De Colón a la Alhambra: Washington Irving en España

eds. **Antonio Garnica Silva, María Losada Friend, Eloy Navarro Domínguez**

De Colón a la Alhambra: Washington Irving en España

Contacto: publicaciones@unia.es
http://publicaciones.unia.es/
http://www.unia.es/

Edita
UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE ANDALUCÍA
SERVICIO DE PUBLICACIONES
Monasterio de Santa María de las Cuevas
Calle Américo Vespucio, 2. Isla de la Cartuja
41092 Sevilla
www.unia.es

Coordinación de la edición
Eloy Navarro Domínguez
Antonio Garnica Silva
María Losada Friend

Copyright de la presente edición
Universidad Internacional de Andalucía

Copyright
Los autores

ISBN
978-84-7993-265-7

Fecha:
2015

Maquetación y diseño
Estudio David Robles

Cubiertas e ilustraciones
Estudio David Robles

Edición electrónica formato PDF
Servicio de Publicaciones / UNIA

De Colón a la Alhambra: Washington Irving en España

eds. **Antonio Garnica Silva, Maria Losada Friend, Eloy Navarro Dominguez**

Exmo. Ayuntamiento de
Palos de la Frontera

/

INTRODUCCIÓN

9

I

LOS CAMINOS DE WASHINGTON IRVING POR ANDALUCÍA

Antonio Garnica Silva

15

II

WASHINGTON IRVING EN SEVILLA: LOS WETHERELL Y LA CASA DE LA CERA

Ezequiel Gómez Murga

39

III

WASHINGTON IRVING Y MOGUER

Diego Ropero Regidor

59

IV

EL LARGO RECORRIDO DE UN PROYECTO ILUSTRADO. LOS VIAJES COLOMBINOS DE JOSÉ DE VARGAS PONCE Y WASHINGTON IRVING

Manuel José de Lara Ródenas

77

V

EL LEGADO CULTURAL ONUBENSE DE WASHINGTON IRVING: LOS COMPAÑEROS DE COLÓN

María Losada Friend

115

VI

WASHINGTON IRVING
Y EL HISPANISMO
NORTEAMERICANO

Eloy Navarro Domínguez

131

VII

WASHINGTON IRVING,
ESCRITOR Y DIPLOMÁTICO

José Cuenca Anaya

149

VIII

LA ALHAMBRA QUE CONOCIÓ
WASHINGTON IRVING
A LA LUZ DE LAS FUENTES
DOCUMENTALES

Juan Manuel Barrios Rozúa

161

IX

EL ROMANTICISMO
DE WASHINGTON IRVING

Cristina Viñes Millet

183

X

GRANADA: WASHINGTON
IRVING, CINCUENTA AÑOS
DESPUÉS

Andrés Soria Olmedo

199

XI

WASHINGTON IRVING
TRADUCIDO: CUENTOS
DE LA ALHAMBRA

Raquel Merino Álvarez
y José Miguel Santamaría

213

INTRODUCCIÓN

Pocas figuras han jugado un papel tan decisivo en el ámbito de las relaciones culturales hispanonorteamericanas como el desempeñado por Washington Irving. A lo largo de sus dos estancias en nuestro país, la segunda como embajador, Irving entabló estrechas relaciones con instituciones y personajes de muy diversa naturaleza, desde aristócratas y eruditos a simples hombres del pueblo, tal como queda atestiguado por extenso en sus diarios y cartas. Pero su contribución más relevante en ese ámbito fueron sin duda los Tales of the Alhambra (publicado en 1832 como The Alhambra: a series of tales and sketches of the Moors and Spaniards) y A History of the Life and Voyages of Christopher Columbus (1828) (que completó en 1831 con Voyages and Discoveriesof the Companions of Columbus), y ello a pesar de la deformación orientalista de nuestro país que contribuyó a propagar con la primera y de la deliberada americanización de un personaje tradicionalmente asimilado a la Historia de España que llevó a cabo con la segunda.

Más allá de su condición de intermediario cultural, Irving fue una figura relevante por otros muchos conceptos. Quienes sólo ven en él al autor de los Cuentos de la Alhambra (sin duda alguna su obra más conocida) desconocen la importancia que tuvo dentro de la historia de la literatura norteamericana como primer escritor nacional y como embajador de la misma en la Europa de comienzos del siglo XIX. Irving se encuentra, efectivamente, en los inicios de una de las más brillantes tradiciones literarias de la edad contemporánea, donde ocupa un lugar destacado por su contribución al relato de viajes con su Sketchbook (1819) o por su doble aportación a la historiografía contemporánea y a la novela histórica gracias a la maestría que mostró para amalgamar historia y literatura en sus biografías y en obras tales como su Chronicle of the Conquest of Granada (1829).

La relevancia que alcanzó dentro de la cultura norteamericana de la época está sin duda detrás del importante papel que desempeñó en el surgimiento del hispanismo en los Estados Unidos. En ese ámbito, el autor contribuyó poderosamente a la institucionalización de los estudios hispánicos en las universidades norteamericanas, y no sólo con sus mencionados estudios históricos, sino también, en otro nivel, con los mismos Cuentos de la Alhambra, los cuales, debido a la profunda fascinación que ejercieron sobre el lector norteamericano, generaron a lo largo de más de un siglo un intenso sentimiento hispanófilo sobre el que se acabaría cimentando el posterior desarrollo del hispanismo académico.

Por otro lado, si Irving llega a ser, gracias al aliento del movimiento romántico, uno de los principales responsables de la imagen exótica que proyecta España desde comienzos del siglo XIX, también es cierto que desempeña, por la misma razón, un papel determinante en el proceso de construcción de la identidad cultural española que se pone en marcha en nuestro país en esos años, pues ese mismo componente orientalista acabará siendo asumido e incorporado como tópico identitario durante dos siglos, al menos hasta su reciente segregación en otro proceso de construcción de identidad cultural como ha sido recientemente el de la actual Andalucía.

Así pues, la figura de Irving se encuentra en los orígenes de una serie de discursos que han ido evolucionando con el tiempo, transformándose gracias a aportaciones muy numerosas y diversas que, a menudo, han oscurecido las que hizo el propio autor y han desdibujado el perfil de éste, lo que ha dado lugar a que en una compleja relación con España queden aún no pocos aspectos por estudiar con exhaustividad. Así, frente a la popularidad de los Cuentos de la Alhambra, llama la atención la menor atención recibida hasta la fecha por sus biografías de Colón y de los otros descubridores, verdadero objetivo del viaje a España en el que el autor descubrió la Alhambra. En ese sentido, la estancia en el palacio granadino ha centrado hasta ahora la mayor parte de los estudios sobre el autor frente a otros estadios de su periplo andaluz, como su residencia en Sevilla o el viaje a los lugares colombinos en la provincia de Huelva. Incluso su relación con Granada admite aún matices no siempre apreciados y sigue abierta a la aportación de datos desconocidos.

Continuando el camino abierto en su día por un libro decisivo en la bibliografía sobre el autor, Washington Irving (1859-1959), volumen colectivo publicado en 1960 por la Universidad de Granada, los trabajos recogidos en el presente libro tienen como ejes los dos temas principales de los escritos de Irving sobre España, como son el Descubrimiento y la Alhambra[1], si bien se proyectan igualmente sobre aspectos complementarios que ayudan a una mejor comprensión de tales escritos.

Ambos temas aparecen situados dentro de su contexto en el trabajo que abre el libro, en el que Antonio Garnica relata el viaje de Irving por Andalucía a partir de sus diarios y cartas, documentos que le sirven para ilustrar no sólo la visión romántica que de España tenía el autor, sino también los pormenores de su estancia en aquellas ciudades en las que pasó más tiempo, como fueron Granada y Sevilla.

La estancia de Irving en Sevilla es el objeto del trabajo de Ezequiel Gómez Murga, que se centra en la relación del autor con la comunidad inglesa de la ciudad y, en especial, con

1
Los trabajos proceden de las conferencias pronunciadas en sendos cursos de verano organizados en el verano de 2009 por la Universidad Internacional de Andalucía en las sedes de La Rábida ("Washington Irving, biógrafo de Colón", bajo la dirección de Antonio Garnica Silva), y Baeza, ("Washington Irving en la Alhambra", dirigido por Mar Villafranca Jiménez y Antonio Garnica Silva).

la familia Wetherell. Sirviéndose de diversas fuentes documentales, el autor relata los viajes y excursiones que hizo Irving a distintos parajes de Sevilla y sus alrededores relacionados con su interés por el arte y las costumbres populares de la ciudad, ubicando además en el breve período sevillano distintos episodios de la composición y edición de sus obras.

Un episodio importante de la estancia de Irving en Sevilla fue sin duda su excursión a los lugares colombinos, que es recreada por Diego Ropero a partir de una abundante documentación procedente de archivos locales. La valiosa información que ofrece el autor del trabajo sobre lugares, costumbres y personas (especialmente la familia Hernández Pinzón) completa y amplía la escasa información aportada por el texto de Irving.

El trabajo de Manuel José de Lara evoca asimismo, a partir del diario del autor y del relato que publicó años más tarde, el citado viaje a Palos. Pero, sobre todo, pone de relieve el papel que el ilustrado gaditano José Vargas Ponce tuvo en la elaboración del corpus documental que utilizó Irving, pues fue él quien, como marino e historiador, inició la búsqueda de documentación colombina como parte de un proyecto de mayor alcance sobre la Historia de la Marina Española, y quien, de hecho, legó a Martín Fernández de Navarrete el material que este utilizó después para sus estudios y que cedió finalmente a Irving.

Aunque la biografía de Colón ha sido hasta ahora el principal objeto de los estudios sobre la relación de Irving con el mundo colombino, María Losada centra su trabajo en los Compañeros de Colón, identificando en el texto algunos de los rasgos característicos del Irving biógrafo y deteniéndose en aspectos relevantes del mismo, tales como la estructura, las técnicas de retrato empleadas o los vínculos que presenta con el ensayo sobre la caballería de Walter Scott. Losada analiza asimismo la relación específica del texto con la biografía de Colón y resume la historia editorial del mismo a partir del estudio de los ejemplares conservados en la Biblioteca inglesa del Club Bellavista de Riotinto.

Los estudios colombinos de Irving le granjearon desde muy pronto la consideración de precursor del hispanismo norteamericano, al que, por medio de tales obras, logró poner además al servicio de la construcción de la identidad nacional norteamericana, proporcionándole, con la deliberada americanización de Colón, un valioso mito fundacional. Pero, como señala Eloy Navarro en su estudio, Irving influyó también en ese terreno por medio de sus Cuentos de la Alhambra, que crearon una corriente de hispanofilia en la sociedad norteamericana sobre la que se sustentaría después el hispanismo académico durante al menos dos siglos.

Los Cuentos de la Alhambra abren el camino al ámbito granadino, al centrar la meditación de José Cuenca Anaya sobre Irving como escritor diplomático. El autor, diplomático y escritor él mismo, pasa revista en su trabajo a las motivaciones que llevan al diplomático a escribir (como el hábito de redactar cartas e informes o la necesidad de romper la soledad y el aislamiento), repasando los temas y géneros más frecuentes, como las cartas, los relatos de viajes y los estudios históricos, géneros que el autor identifica en los escritos de Irving sobre Granada.

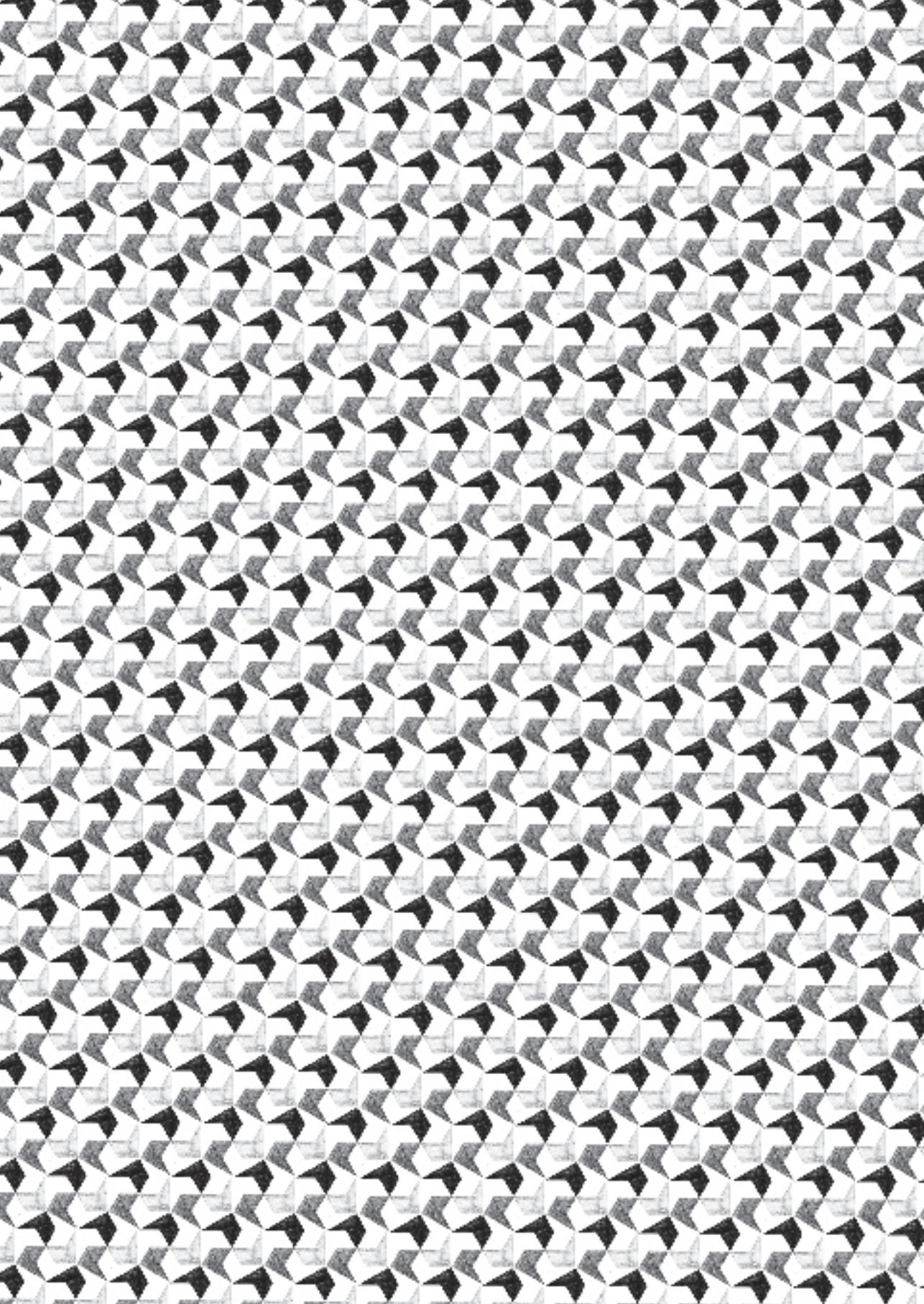
La relación de Irving con Granada es igualmente el objeto del estudio de Juan Manuel Barrios Rozúa, quien, apoyándose en una exhaustiva investigación de archivo, recrea la situación material de la Alhambra durante la estancia del autor de los Cuentos, y reconstruye la composición y las costumbres de la peculiar comunidad humana que albergaba el recinto en esas fechas, prestando especial atención a los personajes mencionados por Irving en sus escritos.

La vinculación de Irving con Granada es analizada asimismo en el trabajo de la llorada Cristina Viñes Millet, en el que se encuadra la obra de Irving dentro del contexto del romanticismo contemporáneo, y muy especialmente en el de su vertiente orientalista. La autora apunta además un tema no suficientemente estudiado por la crítica, como es la influencia que Irving ejerció sobre ciertos autores granadinos, influencia que se manifestaría en un cierto "modo irvingiano" de escritura que habría de tener una larga trascendencia en las letras locales.

Dentro del mismo ámbito granadino, Andrés Soria Olmedo sitúa la obra de Irving en el contexto de la literatura universal, subrayando su deuda con la literatura española y analizando la particular situación del autor dentro del romanticismo a partir de la presencia en sus textos de elementos tales como el orientalismo o el costumbrismo pintoresquista. El autor analiza asimismo la importancia del modelo del Sketchbook en la concepción de los Cuentos de la Alhambra, estudiando además en dos de ellos la particular combinación entre costumbrismo, orientalismo y literatura fantástica que caracteriza el conjunto.

Por último, el trabajo de Raquel Merino y José Miguel Santamaría se centra igualmente en los Cuentos de la Alhambra. A partir de su experiencia como traductores del texto, los autores ofrecen en su estudio un completo catálogo de las traducciones de la obra al español y analizan las tendencias más habituales que se observan en la utilización de las versiones inglesas originales, la selección y ordenación de los cuentos y las adaptaciones de otras traducciones españolas, ensayando asimismo una interpretación sobre la heterogénea tipología de las traducciones al español de los Cuentos.

En definitiva, el conjunto de los trabajos recogidos en el presente libro da cuenta de la gran complejidad de la relación de Irving con España y ofrece un variado muestrario de las diversas perspectivas de estudio que dicha relación admite aún hoy. De ese modo, el autor de las biografías de Colón y sus compañeros y de los Cuentos de la Alhambra vuelve a mostrar en estas páginas el mismo atractivo perfil con el que sedujo al público de su tiempo y la misma capacidad de sugerir imágenes y relatos que, aún hoy, nos permiten entender mejor nuestra propia historia.



I

LOS CAMINOS DE WASHINGTON IRVING POR ANDALUCÍA

Antonio Garnica Silva

España es el país extranjero en el que Irving pasó más años de su vida que en cualquier otro de los que visitó. Lo hizo en dos ocasiones: una primera estancia, de tres años y medio (de febrero de 1826 a finales de julio de 1829), en los que vivió los dos primeros años en Madrid, y el año y medio restante en Andalucía; y otra segunda estancia, ya como embajador de su país en España, que va desde julio de 1842 al mismo mes de 1845, tres años en total, que pasó exclusivamente en Madrid.

El viaje por Andalucía, que es el que pretendemos describir se inició a las doce de la mañana del 1 de marzo de 1828. Irving salió de la capital de España en la diligencia de Sevilla junto con dos amigos de la embajada rusa, Gessler y Stoifregen. Este viaje venía a ser un premio que Irving se autoconcedía por haber terminado a finales del año anterior y después de veinte meses de arduo trabajo su Life and Voyages of Christopher Columbus, la primera biografía del Descubridor que se publicaba en el mundo. Recuérdese que había llegado a la capital de España el 15 de j febrero de 1826 procedente de Burdeos, invitado por el embajador norteamericano Alexander Everett para traducir al inglés la Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV publicada en Madrid el año anterior por Martín Fernández de Navarrete, que había logrado compilar los documentos relacionados con la vida y los viajes de Cristóbal Colón, hasta entonces dispersos por distintas bibliotecas y archivos y que completaría la obra en 1829 con un tercer volumen.

Irving no dudó en aceptar la invitación porque desde joven, en Nueva York, "en las orillas del Hudson", se había sentido fascinado por la lengua, la literatura y la historia de España. Leyó en los años de su juventud la Historia de los dos bandos de los Zegríes y Abencerrajes y de las guerras civiles de Granada, (1595-1619) de Ginés Pérez de Hita, una crónica de la conquista de Granada. Desde entonces para él España, y Granada en particular, se mostró como el país más romántico de Europa, con sus luchas entre moros y cristianos, las huellas visibles de la cultura árabe, sus bandoleros, contrabandistas, toreros y bailarinas.

Sin embargo, Irving se dio cuenta muy pronto de que la traducción al inglés de los diversos documentos compilados por Navarrete no era una buena idea, aunque sí lo sería utilizar aquellas fuentes primarias para escribir una biografía de Cristóbal Colón, el Descubridor. Everett aceptó la sugerencia y Washington Irving se puso a trabajar.

No fue un trabajo fácil. Hasta entonces Irving se había dedicado a escribir otra clase de literatura: relatos cortos, con frecuencia humorísticos, en los que recogía leyendas, tradiciones e informaciones sobre las costumbres y leyendas populares, literatura ejemplarizada en su libro Sketch Book (1819-1820). Pero escribir una biografía era algo muy distinto. Había que recopilar muchos datos históricos, consultar documentos y con todo ello hacer nada menos que un libro, y no una mera colección de relatos.

Washington Irving no pudo escribir el libro de corrido y tuvo que tomarse algún descanso. El más extenso de ellos tuvo lugar al llegar al momento de la vida de Colón en que éste viaja a Granada, donde estaban los Reyes Católicos, para que tomaran una decisión definitiva sobre la aventura del Descubrimiento. La mención de Granada le hizo sentir la tentación de escribir otro libro de historia, pero de una historia menos documentada y más novelada y fácil de hacer, que sería la crónica romántica de la conquista de Granada. Pero después de un receso de tres meses volvió a la biografía de Colón, que logró terminar, por fin, a finales de 1827. La Chronicle of the Conquest of Granada tendrá que esperar un poco más y finalmente aparecerá en dos volúmenes en el año 1829.

En cualquier caso, lo cierto es que, después de veintidós meses de arduo trabajo, Irving pudo mandar finalmente a su editor londinense Murray el manuscrito de History of the Life and Voyages of Christopher Columbus o Historia de la vida y los viajes de Cristóbal Colón (Londres y Nueva York 1828). El libro tuvo mucho éxito y pronto se tradujo a las principales lenguas de Europa, la española en 1833. A principios de 1829 La Real Academia de la Historia nombró al autor académico correspondiente.

Sin embargo, Irving era consciente de que había muchas lagunas en el libro, para el que había utilizado, además del de Navarrete, la biblioteca de Obadiah Rich y otras bibliotecas públicas de Madrid. Tampoco le gustaba la presentación del mismo, en cuatro masivos volúmenes, con errores tipográficos y precio alto. Así que inmediatamente empezó a trabajar en una posible segunda edición que nunca se publicaría. Para esta revisión era necesario utilizar los fondos de la biblioteca colombina y del Archivo de Indias y lo que pudiera haber en el monasterio de La Rábida.

En su largo y extenso viaje andaluz podemos distinguir siete etapas:

Primera etapa: cuatro días de camino en la diligencia, del 1 al 4 de marzo para ir de Madrid a Córdoba y tres días para visitar esta ciudad, del 4 al 7 de marzo.

Segunda etapa: 7 al 8 de marzo. Viaje a caballo de Córdoba a Granada. En Granada está del 9 al 20 de marzo, once días en total. Sus sueños sobre la ciudad y su Athambra se hacen una hermosísima realidad.

Tercera etapa: Ocho días para llegar a Málaga atravesando las Alpujarras, un paisaje muy romántico de altas y peligrosas montañas. Ven el mar en Adra y siguen camino hasta Málaga, la mayor parte de las veces por las montañas costeras. En Málaga estará del 28 de marzo al 3 de abril.

Cuarta etapa: del 3 al 7 de abril otro romántico viaje a caballo de cuatro días de duración por la serranía de Ronda, con lluvia y tormentas, hasta llegar a Gibraltar. Pero no ha tenido la suerte de encontrarse con ningún bandolero ni contrabandista en estos días en que atravesaba los lugares más peligrosos de su viaje andaluz.

Quinta etapa: 7 al 10 de abril, cuatro días sin descanso en Gibraltar, pequeña ciudad en la que domina el poderoso y bien organizado ejército inglés y la incipiente pero no menos activa banca comercial. Desde el imponente peñón se domina el tráfico comercial y militar del estrecho. El gobernador de la ciudad vive en un cortijo en San Roque, donde le enseña agricultura moderna a los campesinos de aquella campiña como si fuera un destacado miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País.

Sexta etapa: un par de días en Cádiz, a donde volverá meses más tarde, para llegar a Sevilla en el vapor Bells el 14 de abril. La estancia en la capital de Andalucía será larga, hasta el 28 de abril de 1829 en que sale para Granada, algo más de un año, del que hay que descontar los días que van del 11 al 15 de agosto, fecha de su "peregrinación" a La Rábida, y del 23 de agosto al 3 de noviembre en que se va al Puerto de Santa María huyendo del calor de Sevilla.

Séptima y última etapa: vuelve a viajar a caballo con su amigo el príncipe ruso Dolgorouki desde el 27 al 30 de abril en que llegan a Granada. Allí estará unos tres meses, hasta el 28 de julio, en que se va de la ciudad para incorporarse a su puesto de secretario de la embajada norteamericana en Londres. Una vez establecida debidamente la cronología del viaje vamos a detenernos en los acontecimientos más relevantes que tuvieron lugar en sus distintas etapas.

PRIMERA ETAPA: DE MADRID A CÓRDOBA (1 al 7 de marzo).

Fueron cuatro días de camino por las desiertas llanuras de la Mancha donde era muy raro ver en el campo algún árbol o algún pastor solitario. No es la España que está buscado, no es el sur. El pueblo es pobre y muy frugal, aunque hospitalario. El campo apenas se cultiva, aunque sí hay viñedos. Sin embargo no hay muchas bodegas: sólo tienen ocasión de ver en Valdepeñas la bodega del marqués de Santa Cruz. Tiene presente el viajero el recuerdo de su admirado don Quijote, héroe en una tierra que le ha sorprendido. Se da cuenta de la ironía del libro de Cervantes: un caballero andante en el desierto de la Mancha, el territorio menos adecuado para aventuras caballerescas.

La diligencia viaja por la noche, de madrugada. Malos caminos y pésimas posadas. Una breve parada para desayunar y cambiar los caballos y a seguir el viaje hasta mediodía. Se come lo que se puede en la sala común de una mala posada y se duerme como se puede la siesta en una pequeña habitación con mucho ruido y mucha gente. No encuentran bandidos en el camino, a pesar de las historias que corren e incluso las que han escrito los viajeros ingleses. En compensación, los guardias y servidores de la diligencia tienen cara de facinerosos.

Despeñaperros anuncia un cambio. Al otro lado empieza el sur. Hay árboles, aunque no tanto como esperaban, el Guadalquivir está cerca, aparecen las flores, las hierbas aromáticas, los olivos, naranjos, limoneros, higueras, grandes plantas de áloe y chumberas. Y sobre todo una brisa perfumada que sosiega el espíritu. Todo esto lo encuentra con plenitud en Andújar.

Y, por fin, en la mañana del 5 de marzo, a las siete y media, llegan a Córdoba. Es la primera ciudad andaluza que ve y además la que había sido la capital del Califato. Pero lo que Irving tiene en su mente en aquel momento no es la conquista de la Península por los árabes sino la historia última de los moros en España: la guerra de Granada. Le gusta lo que ve en Córdoba, pero tal como se puede observar en el diario y en las cartas que escribe posteriormente, no muestra ninguna exaltación romántica durante los tres días que se detiene en la ciudad.

De sus tres días en Córdoba dedica dos a conocer la ciudad y uno a sus alrededores. Va a la mezquita, convertida en parte en catedral cristiana, pero no sufre el fuerte impacto de otros visitantes posteriores. Dice literalmente:

> Por la tarde paseamos por la catedral. Su selva de arcos y columnas estaba en profunda oscuridad y sólo una débil luz alumbraba de cuando en cuando a un santo o un altar. Un bosque de pilares. Las puertas exteriores y algunas de las capillas del interior tienen citas del Corán escritas con letras doradas o coloreadas en las cornisas. En la catedral hay una pequeña capilla circular embellecida con pinturas árabes doradas y mosaicos de cristal. Los moros acostumbraban a andar con los pies descalzos alrededor de sus muros repitiendo sus oraciones y como muestra de ello está desgastado el pavimento. (Journals and Notebooks 139)

Lo más atrayente que recuerda son sus paseos por las orillas del Guadalquivir, el puente romano y la torre de la Calahorra, el campo con sus hierbas aromáticas, el monasterio de San Jerónimo y las ermitas de Córdoba. En realidad parece que tiene prisa y está impaciente por llegar a Granada. Parece como si hubiera parado en Córdoba, porque es el camino más corto para llegar a Granada desde Madrid.

SEGUNDA ETAPA: DE CÓRDOBA A GRANADA (7 al 20 de marzo).

En la mañana del 7 de marzo sale camino de Granada. Un viaje corto con sólo dos paradas: la primera noche en Castro del Río y la segunda en Alcalá la Real. Al atardecer del tercer día llegan por fin a Granada, el objeto de los más íntimos deseos de Irving. Aunque corto, el camino ha sido malo, duro y solitario. Han tenido que comer de lo que llevaban y han dormido en las míseras posadas de Castro y Alcalá. A pesar de las muchas historias que corren sobre bandoleros, siguen sin tener suerte y no se topan con ninguno. Desde que la ve por primera vez desde la Sierra de Elvira, Granada le va a gustar todo lo que esperaba e incluso mucho más durante los doce días que va a estar allí. En su diario y en sus notas queda constancia de que su intención es conocer las bellezas de la Alhambra y escuchar cuentos y leyendas. No le importan las incomodidades que sufre en la fonda del Comercio, donde a hospedan él y sus amigos.

La primera visita que hizo Irving en su primera mañana granadina es a la Alhambra donde, con sus amigos Gessler y Stoffregen, pasan el día entero. De la Alhambra van al Generalife y de éste a la Silla del Moro para contemplar desde allí la puesta dcl sol sobre Loja, mientras las campanas de los conventos tocan el Ángelus. No podía haber mejor culminación de un día de ensueño.

Al día siguiente por la mañana hacen visitas protocolarias al gobernador de la ciudad y al arzobispo. El resto del día lo dedican a conocer el nuevo paseo en las orillas del Genil que acababa de estrenar la ciudad, y ver algunas huellas de la conquista de Granada, particularmente la ermita de San Sebastián, donde Boabdil entregó la ciudad a los Reyes Católicos.

Vuelta a la Alhambra al tercer día. El antiguo palacio árabe empieza a convertirse en una obsesión para Irving. Esta obsesión romántica no hace a Irving ciego al triste estado en que se encontraban tanto el palacio como la fortaleza. Para ello no hay más que leer el capítulo segundo de los Cuentos, titulado "El palacio de la Alhambra" y el quinto "Los habitantes de la Alhambra". En este libro encontrarán un documentado artículo del profesor Barrios Rozúa de la Universidad de Granada sobre este tema.

Como podemos leer en "Los habitantes de la Alhambra", durante la estancia de Irving en las ruinosas torres de la fortaleza se alojaban familias pobres, vagabundos e incluso gentes de mal vivir. En algunas de las salas del palacio se podían ver graffiti con los nombres de los visitantes. En la segunda visita de Irving a la Alhambra su amigo el príncipe Dolgorouki donó un libro de firmas para que los visitantes escribieran allí, y no en las paredes, sus nombres y las impresiones que les había causado la visita. Este libro se conserva completamente lleno de firmas en la biblioteca del Patronato de la Alhambra. Es un documento único y desde mi punto de vista la joya más valiosa de la biblioteca.

Irving habla también de la gente que se alojaban allí por su trabajo. En primer lugar los custodios de la Alhambra, soldados retirados, mal vestidos y peor pagados. Entre las personas de más categoría estaba en primer lugar la señora Antonia, con su sobrina Dolores y otro sobrino estudiante de Medicina, que vigilaba de vez en cuando a su familia. Antonia era la que atendía a los visitantes y le enseñaba los palacios. También vivía allí un personaje curioso, una mujer muy vieja, muy fea y muy pobre, como la describe Irving, María Antonia Sabonea, más conocida como la reina coquina, que dormía en el hueco de una escalera. Nadie sabía de dónde babia venido ni quién era en realidad. Durante el día se dedicaba a coser y cantar incansablemente y en los ratos libres a contar historias. Otro

de los personajes pintorescos de la Alhambra era otro viejo mendigo que se reclamaba del nombre de Alonso de Aguilar, de la casa de Aguilar, la del Gran Capitán, a quien se le conocía con el nombre de padre santo porque al parecer había sido sochantre en una iglesia. Todos estos nombres aparecen en los Cuentos de la Alhambra.

En otra torre ruinosa, la de los Picos, vivía Mateo Jiménez, con su propia familia y con la de su padre. Según Irving en "Los habitantes de la Alhambra", Mateo tenía 35 años de edad cuando conoció a nuestro escritor. En medio de su no disimulada pobreza Mateo se sentía muy orgulloso de ser cristiano viejo y de sangre limpia, y sobre todo de ser "hijo de la Alhambra", donde nació y donde vivió siempre salvo en los años de la ocupación francesa. De él hablaremos seguidamente.

El cuarto día, jueves, fueron a Víznar, a la residencia campestre del arzobispo, donde fueron agasajados en nombre del arzobispo por el mayordomo del prelado. Una bella y amplia casa de campo, más que palacio, en un hermoso lugar, con un jardín encantador donde corría el agua por todos lados y con una espléndida vista de la Vega.

Al día siguiente visitan la catedral y la capilla real, con la tumba de los Reyes Católicos. Visitan el convento de Santo Domingo, cuyo jardín y cuyos baños fueron un lugar de descanso para los reyes nazaríes. Terminan el día recorriendo el valle del Darro. El sábado van al Sacromonte, que él llama Monte Santo, acompañados por el hermano del duque de Gor. Y después de nuevo a la Alhambra. Es un día marcado, porque en la Alhambra se encuentra por primera vez con Mateo Jiménez, que lo lleva a la puerta de los Siete Suelos para que conozca el lugar por el que Boabdil salió de la Alhambra. Es también el día en que le escribe una larguísima carta a Antoinette Bolviller, parte de ella en el Patio de los Leones. Antoinette era la joven sobrina de la mujer del embajador ruso en Madrid Pierre D'Ouvril.

Para conocer los movimientos y los sentimientos de Irving en Granada contamos con dos fuentes complementarias. Una de ellas es sus Journals and Notebooks, es decir el diario de su viaje y las notas de lo que ve y oye. Normalmente son entradas breves y descriptivas que nos dan a conocer sus movimientos por los lugares que visita. La otra fuente son las treinta y siete cartas que escribió a sus parientes y amigos, en las que prevalecen sus sentimientos. Las dos son necesarias y complementarias para conocer lo que Irving vio y sintió en la Alhambra.

En las notas que tomó Irving en su diario en estos días granadinos nos encontramos con su resumen de las leyendas que Mateo Jiménez le contó sobre la Alhambra, y que posteriormente utilizará en los Cuentos. He aquí un ejemplo:

> Mateo Jiménez dice que había muchos tesoros escondidos por los moros. Pensando que volverían y no teniendo mucho tiempo para llevarse sus cosas (no hay duda que así sería en el momento que iban a ser expulsados), un moro excavó una cueva donde puso todos sus tesoros y dejó a un moro encantado para que la guardara. Pasaron cien años. Los vecinos de la casa empezaron a ver apariciones, a oír ruido de cadenas. Consultaron a un moro que se había hecho cristiano, que tenía un libro con caracteres arábigos. Les dice la manera de recuperar cl tesoro escondido: tienen que rezar oraciones a medianoche y cuando tiemble la tierra tienen que encender una vela de cera amarilla. Si se apaga la luz antes de que saquen el tesoro ellos permanecerán encantados. Los hombres rezan las oraciones a medianoche y cavan, la tierra tiembla, se asustan y huyen. A la noche siguiente vuelven a rezar, terremoto, vela encendida,

> leen, se abre la pared, encuentran dentro un moro sentado en una caja, armado con una lanza, etc. Toman el oro, lo dividen entre ellos. El moro se va a Portugal, uno de los hombres a Gibraltar, el otro a Francia. (Journals and Notebooks 180)

Las cartas que escribió desde la Alhambra, tanto en su primera como en su segunda visita son indispensables para conocer los sentimientos de Irving en Granada. La carta a Antoinette Bolviller el 15 de marzo de 1828 es un buen ejemplo de una bella carta romántica. Buena parte de ella la escribe físicamente en la misma Alhambra.

Para que de alguna manera la carta llevara una marca de la belleza del palacio nazarí, sube a la Alhambra con recado de escribir y después de recorrer las torres escoge como escritorio el Patio de los Leones, que para él es el corazón de la Alhambra. Escribe además con una tinta románticamente diluida en el agua de aquella hermosísima fuente. El Patio de los Leones para Irving es un lugar sagrado, porque en uno de los salones adyacentes los Abencerrajes pagaron con su sangre su fidelidad al monarca.

Vamos a examinar algunas líneas de esta extensa carta, como extensas son todas las que escribe a Mlle. Bolviller. Después de mencionar las incomodidades del viaje y la dureza de la Mancha, habla de esta forma de su entrada en Andalucía, donde todo cambia para él:

> Después de una sucesión de escenarios tan duros bajamos a La Carolina donde nos encontramos con otro clima. Empezamos a ver naranjos, áloes y arrayanes; sentimos el cálido aliento del dulce sur: y respiramos por primera vez la balsámica brisa de Andalucía.
>
> En Andújar nos deleitó la limpieza de las casas, los patios con sus naranjos y limoneros y refrescados por una fuente. Pasamos una deliciosa tarde en la orilla del Guadalquivir gozando el aire perfumado de una tarde andaluza y alegrándonos de que por fin habíamos alcanzado esta tierra de promisión. (Cartas 37)

La llegada a Granada queda expresada con palabras llenas de emoción. Por fin está muy cerca de aquella ciudad de la que se había enamorado en su juventud al leer el libro de Pérez de Hita:

> ¡Granada, la bellísima Granada! Imagínese cuál habrá sido nuestra alegría cuando, después de pasar el famoso puente de Pinos, escenario de muchos sangrientos encuentros entre moros y cristianos, y notable por haber sido el lugar donde los mensajeros de Isabel alcanzaron a Colón cuando éste había tomado la decisión de abandonar España desesperado de conseguir la ayuda de la reina para su proyectado viaje, rodeamos el promontorio de Sierra Elvira y Granada con sus torres, su Alhambra y sus montañas nevadas, se presentó de repente a nuestra vista. El sol de la tarde brillaba gloriosamente sobre sus torres bermejas a medida que nos acercábamos y coloreaba suavemente el rico panorama de la Vega. Era como si el mágico resplandor de la poesía y el romance hubieran derramado todo su encanto sobre este lugar de ensueño. (Cartas 37-38)

Dentro del conjunto de Granada, el autor se detiene, como no podía ser menos, en la Alhambra:

> Durante varios días hemos estado incesantemente ocupados en la ciudad y sus alrededores, pero la Alhambra y el Generalife son los lugares que más han excitado nues-

> tro entusiasmo. Cuanto más los contemplo más crece mi admiración por las refinadas costumbres y el delicado gusto de los monarcas granadinos. Las paredes delicadamente ornamentadas, los aromáticos jardines, junto con la frescura y el encantador murmullo de las fuentes y corrientes de agua, los escondidos baños que muestran pureza y refinamiento, los balcones y las galerías abiertos a la fresca brisa de las montañas que dominan el bellísimo panorama del valle del Darro y la magnífica extensión de la Vega: todo ello es imposible de contemplar sin sentir una profunda admiración por el genio poético de los que diseñaron este paraíso terrenal. (Cartas 38)

Le dice también que no ha podido escribirle en la suciedad y ruido de la posada la carta que le prometió al salir de Madrid y ha subido a la Alhambra para hacerlo allí.

> He venido aquí en parte para cumplir con mi promesa y en parte para gozar de algo de tranquilidad. Es casi la hora de la puesta del sol de un día cálido. El sol brilla todavía sobre las torres que dominan este patio y una luz suave y bella se extiende por sus columnas y por sus salones de mármol. Tengo la fuente delante de mí, siempre memorable por el trágico fin de los galantes abencerrajes.
>
> Acabo de diluir la tinta en sus aguas y tomo asiento para escribir tranquilamente una carta de chismorreos en el lugar que ha sido la escena de un crimen atroz... He intentado conjurar la imagen de Boabdil pasando con todo su regio esplendor por estos patios; de su bella esposa Moraima, de los abencerrajes y de otros caballeros granadinos que tiempo atrás llenaron estos salones con el brillo de sus armas y el esplendor del lujo oriental. (Cartas 39-40)

El domingo 16 vemos a Irving de nuevo la Alhambra, el Generalife y la Silla del Moro. Le atrae también especialmente el espectacular y estrecho valle del Darro a los pies de la Alhambra. Por primera en su Journal habla extensivamente de la Vega, donde se adivina ya la primavera cercana. Al día siguiente sube de nuevo a la Silla del Moro para ver salir el sol. El sonido de las campanas de las iglesias se repite en ecos por las montañas y son como la música que subraya la belleza de la Alhambra enrojecida por el sol naciente. Cantan los gallos. Se levanta el humo de las casas en las distintas partes de la ciudad. Poco a poco el sol va devolviendo a la vida los pueblos extendidos por la Vega. La Zubia, Alhendín, Armilla y otros muchos.

Vuelve a encontrarse con Mateo Jiménez, que lo lleva por las torres de la Alhambra. Le gusta sobre todo la de las Infantas donde vivió la princesa Zoraida y a cuyos balcones se asomaba. Será el escenario de uno de sus cuentos más bellos, el de las tres bellas Princesas. Va también a visitar la casa y la familia de Mateo, que son tejedores de cintas. Al día siguiente, martes 18 de marzo, vuelve a la Alhambra, con interés especial de nuevo en la torre de las Infantas, buscando recuerdos de los lugares preferidos por Zoraida. Conoce al gobernador de la Alhambra, don Francisco de la Serna. Después de la comida de mediodía el conde de Teba, padre de Eugenia de Montijo, viene con su carruaje y los lleva a la Cartuja, todavía habitada por los cartujos. el prior les enseña la celda de un monje que consta de dormitorio, pequeña sala de estar y jardín. Orden austera pero que tiene un estanque donde crían tortugas para la mesa del convento.

El conde los lleva después a la Vega, donde Washington Irving admira su fertilidad en frutos y árboles frutales. Pasan una tarde grata conversando con el conde. Terminan el día haciendo gestiones para conseguir buenos caballos con los que proseguir su viaje por Andalucía.

El miércoles 19 es su último día en Granada. Por la mañana se detienen en la Capilla Real, admirando una vez más sus altares y las tumbas de los Reyes Católicos, Juana la Loca y Felipe el Hermoso. Después suben de nuevo y por última vez a la Alhambra. Se detiene en la torre del Peinador de la Reina y admira una vez más el embrujo del palacio árabe y del Generalife a la luz del sol. Hace un recorrido por las torres. De nuevo las Infantas, a donde llegan los sonidos festivos de una fiesta de un grupo de granadinos. La tarde termina de nuevo en el Generalife, donde corre una suave brisa.

TERCERA ETAPA: DE GRANADA A MÁLAGA (21 de marzo a 3 de abril).

Después de su feliz estancia en Granada, sale Irving camino de Málaga el 21 de marzo. Un viaje largo, de ocho días de duración, en el que va a atravesar las montañas y los valles de las Alpujarras, escenario ideal para un romántico al que le gustaban mucho los lugares altos y peligrosos. Sigue Irving sin tener suerte en esta etapa porque, aunque había cruces por los caminos, señal inequívoca de que alguien había muerto allí por un ataque de los bandoleros, la verdad es que llegaron a Málaga sin haberse tropezado con ninguno. Las ventas del camino siguen siendo muy pobres y ofrecen muy poco al hambriento viajero, que tiene que llevar en su bolsa todo lo que necesita para subsistir.

El viaje por las Alpujarras tiene por objetivo visitar las minas de plomo de la sierra de Gádor, cerca de Berja, explotadas por los franceses, así como el puerto de Adra, donde se fundía el mineral y el plomo resultante se embarcaba con rumbo a varias naciones de Europa. Aunque ya había pasado casi un tercio del siglo XIX, el siglo de la revolución industrial, al sur de España todavía no había llegado la industria autóctona y eran extranjeros los que explotaban la riqueza potencial de Andalucía.

Desde Adra hasta Málaga hay que tomar con frecuencia el camino de las montañas costeras que se adentran en el mismo Mediterráneo en muchos lugares. Camino de Málaga se encuentran con Motril, donde sorprendentemente hay ya un hotel y donde el clima tiene aspectos tropicales. Uno de los rincones que más le llama la atención es la Herradura.

En una segunda carta a la Srta. Bolviller le cuenta sus impresiones personales sobre el viaje y dice:

> Las Alpujarras no defraudaron lo que yo esperaba. Ofrecen contrastes muy marcados que van desde una aridez increíble y salvaje a hermosos valles que abundan en fertilidad y verdes praderas. Los campos de trigo estaban entonces al principio de su crecimiento y mostraban un color verde esmeralda que aliviaban la vista tras haber contemplado la aridez de los montes. Los pueblos se asomaban entre huertos de naranjos y las mismas piedras estaban cubiertas de la lujuriosa vegetación de las aromáticas plantas del sur de renombre poético, que habían hundido sus raíces en todas las grietas del terreno. Las mismas montañas, a pesar de su desnudez, mostraban una belleza de colores diversos porque con frecuencia encierran mármoles muy bellos. (Cartas 50)

No se detiene Irving mucho tiempo en Málaga, aunque hay hoteles que ofrecen cómodo alojamiento al viajero. Irving sube a Gibralfaro desde donde recuerda episodios de la toma de Málaga en la guerra de Granada. Le atrae la luz del Mediterráneo y el trabajo de los pescadores en la orilla. Tiene Málaga una colonia inglesa de tamaño regular y también un buen equipo consular. Pero los empleados en los consulados se sienten en Málaga muy lejos de todo, ya que no es fácil salir y llegar a la ciudad por tierra.

CUARTA ETAPA: POR LA SERRANÍA DE RONDA (3 al 7 de abril).

En un principio ni Gesster ni Stofreggen estaban dispuestos a ir con Irving a Gibraltar por los caminos de la serranía de Ronda, sino por el camino del mar, pero al ver que su amigo insistía en ir por los montes no quisieron dejarlo solo. Fueron cuatro días por las montañas, días de lluvia y de tormenta que para Irving no hacían más que aumentar la salvaje belleza del paisaje. La primera noche la pasan en la posada del puerto de Junquera. Así la describe en su diario del día 3:

> En la posada nos sentamos en el rincón de la chimenea, con guardias, arrieros, etc. La otra parte del salón es el establo. El posadero es un hombre alto, fuerte, de piel morena y buen ver. Su hija, muy guapa, está embarazada. También hay una muchacha de trece años muy bonita y un joven alto y bien parecido que es hijo del posadero. Nos han dado una habitación de diez pies cuadrados para los tres y cinco grandes piezas de un tejido entre azul y marrón como camas. Nos sentamos en ellas y cenamos de lo que habla en una mesa baja o taburete: un gran tazón de leche caliente y pan. Comimos todos del mismo plato huevos, etc. Llovió durante la noche. Salimos de nuestro cuarto, Los arrieros y los guardias dormían junto al establo y la candela envueltos en sus capas y acostados sobre unas piedras. (Journals and Notebooks 170)

Al día siguiente, después de bajar y subir por los montes bajo una lluvia pertinaz llegan por fin a Ronda por la tarde. Sigue lloviendo toda la noche. A las seis Irving se levanta para ver el tajo. Después se va a la plaza del mercado para ver a la gente que se congrega en el lugar. Como buen aficionado no deja de darse una vuelta por la plaza de toros que tiene dos pisos, según nota con sorpresa. Y, a las ocho y media, de nuevo en camino.

Siguen caminando por los montes, pero con un tiempo más calmado. Paran en cl pueblo de Atajate, llegan al valle de Gaucín, que los sorprende con su belleza, y pasan la noche en la posada del pueblo. Es la última noche antes de llegar a Gibraltar. Siguen sin toparse con bandoleros, pero por lo menos ven a un hombre, un ladrón, al que cuatro alguaciles conducen con las manos atadas por aquella serranía.

Al atardecer del día siguiente llegan nuestros viajeros a la línea española, la primera que hay que atravesar para llegar a la ciudad. Al llegar a la línea inglesa no pueden entrar en Gibraltar porque se ha hecho tarde y la puerta de acceso en la muralla está ya cerrada. El espacio entre las dos líneas, territorio español, era utilizado por los ingleses en caso de epidemia, como la fiebre amarilla, endémica en la zona. Es lo que posteriormente se llamará inexplicablemente zona neutral, de la que por decisión unilateral Inglaterra se quedará con la mitad en la década de los 40 del siglo XX sin el menor obstáculo del gobierno español. Pero, volviendo a nuestra historia, Irving consigue que los militares ingleses le permitan el paso de la segunda línea, que estaba ya cerrada. Una vez en Gibraltar, se acabaron las inhóspitas posadas del camino y se hospedaron cómodamente en el hotel Mahomet.

QUINTA ETAPA: DE GIBRALTAR A CÁDIZ (7 al 13 de abril).

La estancia de Irving en Gibraltar se extiende del 7 al 10 de abril, cuatro días de actividad incesante, los militares ingleses, sin duda aburridos por su confinamiento en la estrechez de la pequeña ciudad rodeada de murallas, lo invitan a comer, a beber, a sus tertulias y bailes que a veces se prolongan hasta la madrugada. Los viajeros que acaban de llegar

son tres caras nuevas, siempre una novedad en la monotonía de los días y que pueden contar muchas historias nuevas. También son agasajados por los comerciantes y hombres de negocio. Con uno de estos últimos, Mr. Sprague, empezará una buena relación que se prolongará en el tiempo.

El día 10 el general George Don, gobernador de la plaza, lo invita a cenar en su casa de campo en San Roque. Desde Sevilla, el 15 de abril, Irving le contará al embajador Everett su estancia en Gibraltar de la siguiente manera:

> Permanecimos cuatro días en Gibraltar abrumados por la hospitalidad con que nos atendieron, que en los comedores militares conserva el jovial y ruidoso estilo de la vieja escuela, porque los oficiales, confinados en una Roca donde hay pos recursos para el trato social, prolongan la sociabilidad de la mesa. Sir George Don, gobernador de Gibraltar, posee la extraordinaria combinación de un soldado veterano, un excelente deportista y la tradicional cortesía del caballero inglés de la campiña. Mantiene un orden estricto en la guarnición, todas las construcciones militares están muy bien hechas y cuidadas, ha convertido las laderas que rodean esta Roca, antes estériles y desnudas, en un delicioso jardín oriental, al tiempo que en su pequeño retiro campestre de San Roque, a unas dos leguas de distancia, deja su atuendo militar, se viste de campesino, cultiva sus propias tierras, y por medio de sus consejos y su ejemplo, mejora los cultivos de los campesinos españoles, de manera que todas las fincas vecinas se han hecho más fértiles y bellas gracias a sus consejos. (Letters 302)

El día 11 por la mañana salen los tres viajeros de Gibraltar camino de Cádiz. Ven Algeciras y Tarifa a lo lejos y, después de los cuatro días de confinamiento en Gibraltar, se alegran al ver el esplendor de la primavera en el campo gaditano. Al atardecer llegan a Vejer y en su venta, al lado del camino, pasan la noche. En la mañana del día 12 prosiguen su camino a Cádiz. Cansados de tanto caminar a caballo desde Málaga y también de las noches y madrugadas de fiesta en Gibraltar, al llegar a Medina Sidonia dejan los caballos en la venta y alquilan un carruaje que los lleve sin más demora a Cádiz, donde se hospedan en el Hotel Anglais. Aquella noche cenan con el cónsul americano, Mr. Burton, con quien Irving mantendrá también una buena relación.

Irving sólo va a estar un día el Cádiz, el 13. Sus dos compañeros de viaje prefieren disfrutar de la belleza y comodidades de la ciudad durante unos días más. Mr. Burton les sirve de guía en Cádiz. Los sube a un mirador, uno de los muchos que tenían las casas de los comerciantes gaditanos para otear la llegada de los barcos de la carrera atlántica y para tener una buena vista de la ciudad, casi una isla, unida a la tierra firme por una larga lengua de tierra. Los lleva a la costa de levante, la costa del mar abierto, donde están las baterías que defienden la ciudad de los ataques marinos. Y también a la Alameda, el paseo preferido de los gaditanos que mira a la bahía y donde sus árboles le ofrecen un ambiente acogedor y su orientación los protege del viento de levante.

El 14 por la mañana sale para Sevilla en el vapor Betis, que pocos años antes había abierto una comunicación más regular entre las dos ciudades.

SEXTA ETAPA: SEVILLA (14 de abril de 1828 al 28 de abril de 1829).

Aunque la memoria de la estancia de Irving en Sevilla está prácticamente olvidada, esta etapa de su periplo andaluz es no sólo la más larga sino la más creativa de todas las demás.

Recuérdese lo que dijimos al principio: que el viaje de Irving a Andalucía tenía dos polos: Granada y Sevilla. A Granada va a contemplar la belleza de la Alhambra, a oír las historias del tiempo de los moros que le cuenta Mateo Jiménez y a encontrarse con la sombra del desgraciado Boabdil. A Sevilla va a investigar en La Biblioteca colombina y en el Archivo de Indias para la segunda edición que está preparando de su libro sobre Colón, que nunca será publicada. Tiene más suerte en la biblioteca que en el Archivo. A ella va por primera vez el 18 de abril y la frecuenta con asiduidad después de la marcha de su amigo el pintor escocés David Wilkie, con quien pasa sus primeros quince días en Sevilla admirando los cuadros de Murillo y descubriendo a Zurbarán. El 21 de abril va al Archivo de Indias, donde lo atienden muy bien, pero donde le dicen que para consultar los fondos necesitaba una autorización de la Corte que no le llegará hasta el 18 de agosto, a la vuelta del viaje a Palos, a pesar de las gestiones que hace en Madrid el embajador Everett en persona. Ya con el permiso trabaja diariamente en el Archivo hasta el día 23 de1 mismo mes, en que, al no poder resistir más tiempo el calor de la ciudad, se va al Puerto de Santa María. En carta a Everett le dice que no ha encontrado en el Archivo ningún documento de Colón que no esté en los volúmenes de Navarrete, salvo un pleito de los herederos del Descubridor con la corona española.

No por trabajar mucho habrá dejado de disfrutar de la bella primavera sevillana ni de mantener una activa vida social con los muchos ingleses residentes en la ciudad. Entre los amigos de Irving en Sevilla tenemos mencionar a Mr. Walsh, el vicecónsul inglés en Sevilla, al comerciante inglés Julian Williams, que tiene una interesante colección privada de Murillos. También va a pagar tributo a una dama muy poderosa entre los ingleses de Sevilla, la viuda de Merry, irlandesa de nacimiento, y origen de una conocida familia sevillana de este nombre. Y sobre todo a Juanito Wetherell y su familia, el dueño de la fábrica de curtidos instalada en el antiguo convento de San Diego. La amistad de Irving con Wetherell puede ser comparada con la que tuvo en Granada con el duque de Gor y su familia.

Viajero impenitente, Irving no dejará de dedicar tiempo a conocer la ciudad de Sevilla: la catedral, la Giralda, los conventos, el alcázar, las calles y a conocer muchos pueblos y lugares cercanos, como hizo en Granada. Podemos mencionar como sus favoritos la hacienda de Valparaíso, la dehesa de Tablada, la feria de Mairena son lugares preferidos. Le encanta el río Guadaira a su paso por la ciudad, especialmente el paraje conocido como Fuente de la Retama, que le sirve para escribirle un cuento a las niñas de la familia del embajador ruso en Madrid. También va con frecuencia al teatro y a los toros.

Hará también dos escapadas especiales: el viaje a La Rábida del 11 al 15 de agosto, que lo convierte en el primer peregrino que va como tal a los Lugares Colombinos, y su veraneo en el Puerto de Santa María, huyendo del calor del verano sevillano, del 23 de agosto al 3 de noviembre.

El interés por Colón y lo colombino lo acompañó durante su estancia en Sevilla. En esta ciudad conoció el nombramiento de Académico de Honor con que lo distinguió la Academia de la Historia por su libro de Colón, distinción poco frecuente en aquellos tiempos. En Sevilla recibió poco después de su llegada un paquete del embajador Everett con un ejemplar de la Vida de Colón recién editada en Londres por Murray y, pocos días después, otro ejemplar de la edición norteamericana del libro. La obra de Irving no resuelve muchos de los problemas de la biografía del Descubridor, como el permanente de su lugar de nacimiento, pero, como dicen los expertos, abrió el camino de la historiografía americana. El único testimonio que se puede encontrar en Sevilla de su admiración por Irving

se refiere precisamente a este aspecto de su obra. Cuando se preparaba la Exposición Iberoamericana se estableció en una casa del callejón del Agua la Casa de América, una residencia de estudiosos del Nuevo Mundo, el principio de lo que después sería la Escuela de Estudios Hispanoamericanos. La casa está señalada por una placa de bronce que dice: "A Washington Irving, en recuerdo a su amor a España, 30 marzo de 1925". Hay quienes creen que fue en esta casa donde se hospedó Irving durante su estancia en Sevilla, pero no es así. A su llegada se hospedó del 14 al 30 de abril en la desaparecida fonda de la Reina en la calle Jimios, desde donde se trasladó a la pensión de Mrs. Stalker, junto a la plaza de la Contratación. Allí estuvo, como si fuera su casa, hasta que se fue definitivamente de Sevilla. Pero de este punto y de otros relacionados se trata en un trabajo específico de este libro. En su viaje a Palos del 11 al 15 de agosto va a ver frustrada su esperanza de encontrar algún documento de interés conservado en la Rábida. Allí no hay nada: los franceses arrasaron con todo. En cambio, don Luis Hernández Pinzón la va a facilitar un antiguo documento familiar, que le descubre que Colón no fue un héroe solitario, sino que en su aventura del Descubrimiento contó con la inestimable ayuda de los Pinzón, de manera que el descubrimiento de las tierras americanas se convirtió pronto en una tarea con muchos protagonistas. A consecuencia de ello el fruto principal del viaje a Palos, además del hecho de descubrir al mundo la existencia de la cuna del Descubrimiento, será el libro Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón. Se escribió en Sevilla y se publicó en 1831, cuando Irving ocupaba ya el puesto de secretario de la embajada norteamericana en Londres.

Surge también en su etapa sevillana la necesidad de escribir un compendio o una versión breve de la vida y viajes de Colón, que en la edición original constaba de cuatro volúmenes. Se enteró Irving de que un americano desconocido intentaba hacer una edición compendiada del libro de Colón que estuviera más al alcance del lector medio. Irving reaccionó con asombrosa rapidez y fue él quien hizo cl Compendio. La publicación de esta obra sufrió un gran retraso por querer consultar el tercer volumen de Navarrete, que se dilató sin otro motivo que no el no haberse acabado de decidir la fecha de su presentación.

El 17 de junio el calor empieza a sentirse con fuerza en Sevilla, y él se siente sin fuerzas para trabajar y para nada. El día 10 de julio no puede aguantar más el calor y se va con un amigo inglés, Mr. Hall, que ha venido a España a curarse de una grave afección, a una propiedad de los Wetherell, la Casa de la Cera, en las afueras de Sevilla, en la llanura de Tablada, donde se supone que correrá más la brisa que suavice las altas temperaturas de la ciudad. Irving y su amigo pasean a caballo por Tablada algunas tardes. Un sitio favorito de Irving es un antiguo molino árabe en el Guadaira con su azud, donde a veces se baña como muchos niños sevillanos hicieron hasta hace cincuenta años.

El calor aprieta más y más en Sevilla. Irving, con su amigo Hall, se va al Puerto de Santa María en el vapor Corsario el sábado 23 de aquella misma semana. Pero el Puerto se les hace tan insoportable como Sevilla. Hace menos calor que en la capital pero el ruido de la calle, incluso a medianoche es insoportable, y el levante llega con fuerza e insistencia. Juan Nicolás Böhl de Faber le enseña la ciudad y, con su ayuda y la de unos ingleses establecidos en el Puerto, el 1 de septiembre consigue alquilar una casa de campo, el Cerrillo, a una milla de distancia del pueblo, con bellas vistas de Cádiz y la bahía, donde encuentra la tranquilidad soñada.

Ha tenido que pasar una semana, en la que han visitado las bodegas de Domecq, en Jerez, y a sus amigos de Cádiz para dar con su nueva residencia. Pero poco le va a durar la alegría, porque once días más tarde recibe la noticia de que los propietarios del Cerillo se

van a refugiar en la casa huyendo de la epidemia de fiebre amarilla que ha aparecido en Gibraltar y amenaza llegar al puerto de Cádiz. Así que deciden regresar inmediatamente a Sevilla, dada la dificultad de encontrar un alojamiento adecuado en los alrededores del Puerto.

Pero se encuentran con otra dificultad seria. Sevilla ha cortado la comunicación con Cádiz para evitar cualquier posibilidad de que también llegue a ella la temible epidemia. Afortunadamente encuentran otra casa de campo, El Caracol, que les permite seguir por aquellos lugares hasta que cambien las cosas. El 15 de septiembre se mudan a la nueva casa.

Por estos días termina Irving su crónica de la Guerra de Granada y empieza a revisar el manuscrito. Los días 24 y 25 de septiembre escribe el relato 'Mi visita a Palos', dedicado literariamente a la Srta. Bolviller. Se dedica entonces a escribir las monografías de los Compañeros de Colón: Alonso de Ojeda, Vasco Núñez de Balboa, que le ocupa varios días, y Ponce de León, que termina en un par de días.

A finales de octubre empieza a preparar el regreso a Sevilla, viaje que hace el 3 de noviembre. Tiene el propósito de trabajar unos días en el Archivo y en la Biblioteca colombina. Su amigo Hall se queda de momento en El Caracol, con un criado alemán que lo atiende y acompañado con frecuencia por los amigos del Puerto, mientras Irving busca alojamiento para él en Sevilla. Pero el 26 de noviembre le llega la información de que Hall ha muerto tres días antes después de sufrir una seria caída del caballo. Una noticia dura para Irving.

También en su etapa sevillana empezó también a escribir las primeras narraciones de los que serán cuatro años más tarde los Cuentos de la Alhambra. En un primer momento, el 17 de septiembre empieza a escribir en la finca El Caracol, del Puerto de Santa María, el cuento del gobernador manco. Pero pronto se desanima y no lo concluye. Unos días después, el 26 de septiembre, dice en su diario que escribe "algo sobre los Cuentos de la Alhambra". Pero el gran impulso para seguir adelante con el proyecto lo recibe Irving de su amistad con Cecilia Böhl de Faber, la futura Fernán Caballero, hija de Juan Nicolás y de Paquita Larrea y, en aquellos años, marquesa de Arco Hermoso. Una nota en su diario de fecha 31 de diciembre de 1828 nos habla del comienzo de su amistad con Cecilia:

> Voy esta mañana con Mrs. y Miss Hepkins a casa de la marquesa de Arco Hermoso. Es una larga visita. La marquesa cuenta muchas historias del pueblo de Dos Hermanas. Al volver a casa tomo notas de dos de ellas. Por la tarde en casa. Vienen Mr. Hockley y Mr. Nash. El año termina con tranquilidad. Ha sido un año de muchas tareas literarias y hablando en términos generales uno de los que he tenido mayor tranquilidad espiritual en toda mi vida. El éxito literario de la Vida de Colón ha sido mayor del que yo esperaba y da esperanza de que he hecho algo que puede ser más duradero de lo que yo había pensado para mis obras de pura imaginación.
>
> Contemplo el futuro sin esperar conseguir mayores logros, pero también sin el pesimismo que algunas veces me ha oprimido. El único éxito futuro del cual yo confío obtener la mayor compensación es el regreso a mi país de nacimiento, que estoy seguro se cumplirá sin tardar mucho. (Journals and Notebooks 245)

Se habían conocido el día anterior, el 30 de diciembre, en la ópera sevillana y, al día siguiente, como mencionamos en la cita anterior, acompañado de la hija y nieta de John

Wetherell, va a casa de la marquesa, que vivía en el centro de Sevilla, en la calle Jesús. Es una larga visita en la que la marquesa le cuenta a Irving historias populares de Dos Hermanas. El mismo Irving nos dice en su diario que, en cuanto llegó a casa, tomó nota de dos de ellas. Se volvieron a ver al día 2 de enero en la tertulia de la Fábrica de Tabacos. Y lo que es más importante, del 3 al 7 de enero volvió a escribir otro de los Cuentos de la Alhambra, la leyenda del Soldado encantado. Del 21 al 22 escribe el de la Torre de las infantas. La conversación con la marquesa le hizo volver al relato popular

La influencia fue mutua porque la marquesa le enseñó las primeras páginas de su primera novela, La familia de Alvareda. Irving la animó a que siguiera su incipiente vocación de escritora y, de hecho, esta novela fue el segundo libro que publicó con su nombre literario de Fernán Caballero. No le era fácil a una mujer convertirse en escritora, aunque se f ocultara con el disfraz de un varón.

Los cuatro meses de 1829 que pasa en Sevilla trabaja más en la Biblioteca Colombina que en el Archivo, donde tiene que limitarse a consultar los documentos de Colón y no le permiten ver nada que se refiera a otros descubridores. Acabamos de mencionar cómo trabaja algún tiempo en los Cuentos de la Alhambra, pero sin olvidarse de otros proyectos que tiene un su mente, como los compañeros de Colón, y empezando otros, como las crónicas de la conquista de España. En febrero le llega la noticia del resultado de las elecciones presidenciales de Estados Unidos que acababan de celebrarse. El presidente John Quincy Adams ha sido derrotado y el nuevo presidente es el general Andrew Jackson. Poco sospechaba entonces Irving lo que le afectaría el cambio. En estos meses trata de convencer a su amigo el príncipe Dmitri Dolgorouki, consejero de la embajada rusa para que venga a Sevilla y para hacer juntos un viaje por Marruecos. Irving lleva ya demasiado tiempo en Sevilla sin hacer ningún viaje a otro país y su espíritu viajero se inquieta. Trata de compensar esta inquietud visitando una y otra vez con sus amigos ingleses los alrededores de Sevilla que más le gustan. El día 3 de marzo le escribe a su hermano Peter diciéndole que ha empezado la Cuaresma en Sevilla y se han cerrado todas las diversiones, y que esperará a ver la famosa Semana Santa, pero que, en cuanto pase, se irá, aunque no especifica dónde.

De estas fechas es la que yo entiendo es la más bella carta que escribió en su vida: su carta a una niña, Natalie Richter, del entorno familiar del embajador ruso D'Ouvril, en la que podemos descubrir el alma ingenua, cariñosa y romántica de Washington Irving, presente en toda su vida y en sus libros.

A Nathalie Richter.

Sevilla, 22 abril 1829

Mi querida pequeña Nathalie:

Siempre he pensado que tú eres una de las más bellas mujercitas de todo el mundo, como lo prueba tu amabilidad en escribirme. Ahora que ha vuelto la más bella estación del año me gustaría estar una vez más en Madrid, y jugar a las carreras con todas vosotras en el jardín, donde me dicen que la pequeña Inés conduce su coche con el mejor estilo.

He escrito tantas cartas a la familia que tengo muy pocas cosas nuevas que decir. Catiche te contará las cosas tan bellas, pero verdaderas, que yo le he escrito sobre un viejo castillo árabe y una fuente no lejos de Sevilla. No te puedes hacer idea de las cosas tan misteriosas que se cuentan en sus alrededores. No lejos de la fuente están las ruinas de una vieja casona, que era grande y alegre tiempo atrás y un gran lugar de reunión para toda la gente elegante de la comarca. Pero ahora los muros están rotos, las habitaciones y salones no tienen techo, y sus únicos habitantes son los murciélagos, los búhos y los lagartos. Pero en algunas ocasiones aparece toda iluminada por la noche y rodeada de tal bullicio de coches como si la gente alegre de Sevilla se estuviera acercando a sus puertas. Algunos campesinos dicen que han visto grandes carruajes antiguos tirados por seis mulas, con conductores y lacayos con sombreros y antiguas libreas y caballeros y señoras en el interior vestidos con antiguos vestidos de corte, pero que si ellos se atrevían a hablar con esta gente todo aquello se desvanecía en un suspiro.

También por la noche se podía oír desde la antigua casona el rasgueo de las guitarras y el repique de las castañuelas, y los cantos y bailes, y las conversaciones y las risas. Pero por la mañana todo volvía a ser una ruina con murciélagos y búhos volando y lagartos corriendo por allí. No lejos de la vieja casona había un bosquecillo de árboles donde en tiempos antiguos se levantaba un convento, y cerca del lugar vivía un ermitaño de pelo canoso de no más de tres pies de altura, al que algunas veces se le ve andando por la copa de los árboles leyendo un libro grande. Pero si alguien intentaba hablar con él, cerraba el libro de golpe y desaparecía.

Así que puedes ver, mi querida Nathalie, en qué admirable vecindad vivo yo y qué extraños seres andan por aquí. Si tú oyes cosas parecidas en los alrededores de Aranjuez te ruego que me lo digas. Mientras tanto, créeme que se acuerda siempre de ti.

Washington Irving (Letters 407-8)

En abril, el editor John Murray publica por fin la Crónica de la Conquista de Granada como otro libro de Irving, sin cumplir el deseo del autor de que lo presentase como obra de un imaginario fray Agápide. Su relación con Murray no es siempre fácil y mucho menos en momentos de depresión como los que pasa en esta primavera. Su Journal ha perdido la regularidad que tenía hasta principios de año, aunque abundan sus cartas, que nos dan una buena información sobre sus movimientos. Por fin, el 15 de abril llega a Sevilla su amigo el príncipe Dolgorouki, visita que durante tiempo había deseado. Le enseña Sevilla, descartan el viaje a Marruecos con que Irving había soñado y deciden ir a Granada, que estará bellísima en la primavera. Además, Dolgorouki es parte del séquito de la embajadora francesa, que hace un viaje por Sevilla, Cádiz y Granada, de manera que la opción por Granada era la más conveniente.

SÉPTIMA ETAPA: GRANADA (4 de mayo al 29 de julio de de 1829)

Emprenden el viaje el 28 de abril de 1829 y llegan el día 4 de mayo. Los Cuentos de la Alhambra se abren con el relato de las cinco etapas del viaje. Van a caballo y cuentan con los servicios de un joven vizcaíno a quien le ponen el nombre de Sancho por cierto parecido al escudero de don Quijote. Hacen noche en las posadas de Arahal, Osuna Antequera y Loja. El relato del viaje es un relato romántico, en el que no todo es real. Se parece al Viaje a Palos en este sentido, en el que mezcla la historia con la imaginación.

La estancia de Irving en Granada va a ser mucho más extensa de lo que inicialmente proyectó, porque a los seis días de su llegada a la ciudad le llega el ofrecimiento del gobernador de la Alhambra para que se aloje en el palacio, inicialmente en las habitaciones que le estaban reservadas, pero que no ocupaba. El embrujo de la Alhambra lo tiene prisionero durante cerca de tres meses hasta el 29 de julio en que se pondrá de nuevo en camino para incorporarse a su puesto de secretario de la Legación norteamericana en Londres.

En los primeros días de esta segunda visita a Granada conoció al que iba a ser su gran amigo, don Mariano Álvarez de Bohórquez, duque de Gor. Si en la primera visita la persona que más acompañó a Irving fue Mateo Jiménez, en esta segunda visita lo fue el duque de Gor. Mateo seguirá siendo un buen guía y sobre todo una importante fuente de información de las historias de la Alhambra, pero su amistad con el duque ocupa un lugar de privilegio en los días granadinos de Irving, amistad que se renovará cuando vaya a Madrid años después como embajador de su país.

Desde el 14 de mayo en que Irving se traslada a la Alhambra, el lugar lo absorberá tanto que allí pasa la mayor parte de su tiempo con esporádicas visitas a la ciudad para visitar al duque de Gor, para trabajar en la biblioteca de los jesuitas y para asistir al teatro. Los meses de Granada no van a ser meses de trabajo, como fueron los de Sevilla, sino de contemplación. La Alhambra lo tiene encantado día y noche y le gusta sobre todo pasearse como un buen romántico a la luz de la luna por los patios y salones del palacio. Cuenta también con la asistencia personal de la señora Antonia y su sobrina Dolores. Las dos mujeres le preparan y sirven la comida y cuidan de la limpieza. Pepe, el jardinero del Partal, le lleva todos los días un fresco ramillete de flores.

Pero no todo es contemplación de las bellezas de la Alhambra en estos días. Sigue recogiendo todo lo que le cuenta Mateo Jiménez sobre la Alhambra y todo lo que ve y oye, y sobre todo revive en su imaginación lo que dicen aquellas historias. En sus cartas, como veremos, les habla a sus amigos de su nuevo proyecto literario que es escribir un libro sobre la Alhambra, proyecto que tardará más tiempo de lo que pensaba inicialmente a causa de su inesperada marcha a Londres, donde su trabajo en la legación americana no le da tiempo para revivir y escribir sus experiencias en Granada. Será en Nueva York donde escriba la primera edición del libro.

La primera mención de este proyecto literario se encuentra en una carta a su hermano Peter del 13 de junio:

> He decidido permanecer aquí hasta haber puesto en marcha unos escritos relacionados con este lugar y que llevarán el sello de una intimidad real con las escenas que se describen.
>
> Es una singular fortuna poder vivir en este lugar romántico e histórico que tiene tanto impacto en la imaginación de los lectores en cualquier parte del mundo y pienso que merece la pena apartarme de mi plan original y permanecer aquí algún tiempo más para aprovecharme de ello. (Cartas 109)

De esta segunda etapa de residencia en la ciudad de la Alhambra se conservan 34 cartas, todas ellas escritas desde el palacio, salvo las tres primeras.

El 12 de mayo es un día feliz para Irving porque es el día en que se traslada a la Alhambra a las habitaciones del gobernador. El primero a quien le da la feliz noticia es su hermano favorito Peter en carta del día siguiente. Le dice entre otras cosas:

> Puedes imaginarte fácilmente lo contento que estamos al estar hospedados aquí con toda la magnitud del palacio a nuestra disposición para recorrer sus salones y patios a cualquier hora del día y de la noche sin limitación alguna. Estamos instalados en el lugar reservado como habitaciones del gobernador, pero él prefiere residir en la ciudad. Tenemos una excelente señora mayor y a su simpática sobrina de ojos brillantes, que cuidan de la Alhambra y arreglan nuestras habitaciones, comidas, etc. con la ayuda de un joven criado muy alto, y de esta manera vivimos tranquilos, felices y sin ninguna restricción, elevados por encima del mundo y sus peligros. Me pregunto si alguna vez el pobre Chico el Zogoyby estuvo tan confortablemente instalado en su propio palacio. (Cartas 80)

Ese mismo día se ve sorprendido por la inesperada llegada de su sobrino Edgar, guardiamarina que ha fondeado en Gibraltar y ha viajado a Granada para pasar unos días con su tío. Estos sentimientos de Irving quedan expresados en otra carta a su hermano Ebenezer, padre del muchacho, en la que le cuenta la tristeza de la despedida:

> Sentí mucho su marcha cuando se montó en el caballo en la puerta baja de la Alhambra, y pasé algún tiempo en lo alto de la torre de Comares mirándolo con unos anteojos cuando sè dejaba ver por las revueltas del camino a través de la Vega hasta perderlo de vista a él y a su alto y cansino guía al desaparecer detrás de la sierra de Elvira. Esta experiencia me recordó a los pobres moros, que tienen que haber mirado también desde esta torre la marcha de los ejércitos en esa misma dirección, mientras salían por el puente de Pinos, el paso más famoso en los tiempos de las guerras de Granada. (Cartas 89-90)

Días después recibe una carta de su amigo Henry Breevort. con noticias de sus antiguos amigos y compañeros de Nueva York. La carta va a ser una premonición, porque en aquellos momentos estos amigos americanos están presentando al nuevo Secretario de Estado Van Buren la candidatura de Irving para el puesto de secretario de la embajada de Londres. En su contestación, Irving le dice a Breevort lo feliz que se encuentra en la Alhambra y también le habla de sus proyectos literarios:

> Durante mi residencia en la Alhambra tendré tiempo y tranquilidad para examinar mis manuscritos y ordenarlos para ofrecer al público otra obra antes de que pase mucho tiempo. También tomaré nota de las correcciones que hay que hacer en la Historia de Colón. Le digo todas estas cosas porque es como si se lo estuviera diciendo a mi hermano Ebenezer, y no estoy seguro si tendré tiempo de escribirle por este correo. (Cartas 92-3)

A pesar de todo ello a veces se siente solo, como le dice en otra carta a su amigo Dolgorouki:

> Durante un par de días después de la partida de usted y de mi sobrino me Sentí algo solitario especialmente cuando se nubló el cielo y empezó a llover, pero me dediqué a trabajar con mis libros y manuscritos, y me encuentro ocupado y más alegre. Desayuno al estilo de los reyes en el Patio de los Leones y me paseo por el palacio real hasta bastante tarde para gran sorpresa de la pequeña Dolores, que no se aventurará a entrar en estos sombríos salones después de anochecer. (Cartas 95)

El duque de Gor y su familia es quien ocupa en Granada el lugar de los amigos que Irving echa de menos, según cuenta en la misma carta a Dolgorouki:

> La tarde del día de su marcha, el duque de Gor vino a verme a la Alhambra, acompañado del joven pintor que está pintando la caja para usted y me pidió que le dijera que había venido para verlo a usted. Al día siguiente comí en familia con el duque de Gor. Además de la familia estaban presentes dos o tres caballeros y encontré la reunión muy agradable.
>
> Volví a la casa por la mañana y me encontré a la duquesa rodeada de sus hijos y ocupada en enseñarles a escribir. El duque tiene muchas crónicas antiguas y algunas obras curiosas en manuscritos que él se ha ofrecido a prestarme, así como a procurarme acceso a las librerías conventuales. No tengo la menor duda de que encontraré en él y en su familia una relación totalmente adecuada a mis gustos. (Cartas 95-6)

Irving, persona de afectos sinceros, sigue echando de menos a su sobrino Edgar, como se puede ver en la carta que le escribe a Sevilla:

> Yo te miré con los anteojos desde lo alto de la torre de Comares, y te vi caminando por las curvas del camino a través de la Vega apoltronado en tu caballo y con tu guía Antonio caminando con largos pasos detrás de ti. Lo último que vi de ti fue cuando desapareciste tras la sierra de Elvira. Confío, mi querido muchacho, que nos volvamos a ver pronto.
>
> Si te embarcas en Gibraltar, Mr. Henry te dará dinero para pagar el pasaje y yo lo arreglaré con él. Tienes que pagar el pasaje antes de embarcar, porque de otra manera será cargado su importe a tu padre y no sé si él está dispuesto a incurrir en gastos por la visita que me has hecho, que se hizo a petición mía y por mi deseo de verte. Dime la cantidad de dinero que has tomado de los diferentes caballeros para los que te di crédito, de manera que yo pueda pagarles.
>
> Mencionaste cuando estuviste aquí que tenías mi reloj y que querías tener uno francés más delgado. Yo le escribiré a tu tío Peter para que se haga de uno y te lo mande para que puedas usarlo como te venga bien.
>
> Confío en que aprovecharás bien tu permiso y estudiarás seriamente cuando estés en casa para prepararte debidamente para tu profesión. Un hombre no puede ser competente en cualquier trabajo sin esfuerzo y aplicación, y de esta manera se abrirá camino en cualquier oficio que adopte. Haz todo lo posible por aprender francés. Es la llave para poder relacionarse con la sociedad en cualquier parte del mundo, Sin él en cualquier país extranjero un hombre se vuelve sordo.
>
> No gastes mucho tiempo en simple placer y galantería. Me gustaría avisarte otra vez, como verbalmente lo hice en otra ocasión, contra algo que es una costumbre en nuestro país: implicarse en un compromiso matrimonial sin la debida consideración y antes de tener los medios necesarios para mantener una familia. Te hablo ahora de esta manera porque confío que tu corazón esté libre de cualquier relación particular. Sé muy bien que cuando un joven está enamorado no se puede esperar que actúe con prudencia y serenidad. En estas circunstancias tiene que casarse desafiando la penuria y el hambre. Las novelas y los romances mantienen una sólida doctrina sobre este asunto que no se puede contradecir. Pero créeme, un joven que se casa a temprana

> edad y sin ningún medio cierto de subsistencia está medio derrotado. Todos los talentos y diligencia que podría haber utilizado libremente para conseguir fortuna y distinción social, se convierten inmediatamente en una ansiosa e incesante lucha para ganarse simplemente el pan de cada día. (Cartas 99-100)

A su hermano Peter le cuenta que se ha mudado a otro lugar de la Alhambra, próximo al patio de Lindaraja y de nuevo se reafirma en su intención de escribir el libro que ya le dijo:

> Nada me puede ser más favorable para el estudio y el trabajo literario que mi alojamiento actual. Tengo una habitación en una de las partes más retiradas del viejo palacio. Una ventana da al pequeño jardín de Lindaraja, una especie de patio lleno de flores con una fuente en el centro, otra ventana da al profundo valle del Darro que corre murmurando allá abajo y enfrente de esta ventana, en la ladera de una montaña cubierta de huertas y jardines, se puede ver el viejo palacio árabe del Generalife. No se oyen más sonidos que el murmullo del agua, el zumbido de las abejas y el canto del ruiseñor, de manera que ningún ruido interrumpe mi morada.
>
> En las últimas horas del día paseo hasta la medianoche por las galerías que se abren a los jardines y a espacios que hace más bellos la luz de la luna.
>
> He decidido permanecer aquí hasta haber puesto en marcha unos escritos relacionados con este lugar y que llevarán el sello de una intimidad real con las escenas que se describen. (Cartas 109)

También hay en la carta una referencia a su amistad con el duque de Gor y su familia:

> En la casa del duque de Gor, en la ciudad, puedo disfrutar de muchas cosas. El duque tiene entre treinta o cuarenta años de edad, de apariencia muy impresionante, franco, amistoso y sencillo en sus formas. Es uno de los hombres más ilustrados y activos de esta ciudad. La duquesa es la amabilidad en persona y tienen una encantadora familia de hijos pequeños. El duque tiene una interesante biblioteca, que me ha ofrecido para cualquier uso. Me ha conseguido permiso para visitar cuando guste la vieja biblioteca jesuítica de la universidad, donde estoy solo con las llaves de los armarios y puedo pasar el día entero moviéndome con entera libertad. (Cartas 110)

A Dolgorouki le habla también de la permanencia de su relación con Mateo Jiménez:

> Mateo Jiménez, el 'historiador', sigue siendo mi ayuda de cámara, mensajero y guía ocasional y compañero en mis excursiones, y en verdad me ha llevado a varios lugares encantadores que yo no hubiera sido capaz de descubrir de otra manera. (Cartas 113)

Hace calor en Granada en el mes de julio, le dice en otra carta a su hermano Peter, y lo combate bañándose en el estanque del patio de los Arrayanes

> Hace mucho calor para viajar, pero aquí estoy viviendo en un paraíso musulmán. No soy capaz de describirle lo deliciosos que son estos salones y patios en esta sofocante estación. Mi apartamento está en el centro de este palacio y no escucho otro sonido que el zumbido de las abejas, el canto de los pájaros y el murmullo de las fuentes. Hace un par de días que el duque de Gor pasó aquí el día conmigo con su mujer y sus hijos,

> el mayor de los cuales es una niña de nueve años. Vinieron a la hora del desayuno y estuvieron hasta la noche, y pasamos juntos un día delicioso.
>
> Vivo en el viejo palacio tan independiente como el mismo Rey Chico... En uno de los grandes patios hay un bello estanque de agua, de ciento veinte pies de largo y entre veinte y treinta de ancho. El sol brilla sobre él durante todo el día, de manera que de noche viene a ser una piscina de agua deliciosamente templada en la que puedo bañarme a todo lo largo. Los jardines cercanos abundan en frutos deliciosos, fresas, albaricoques, etc. y en brevas, o higos tempraneros de esa clase tan deliciosa que conocimos una mañana en un jardín cerca de Madrid. Querido hermano, qué daría yo porque vinieras aquí a pasar unos días conmigo. Es exactamente la clase de lugar que tu imaginación pudiera presentarte como la residencia ideal para el verano. Uno vive aquí como en una especie de encantamiento. (Cartas 123-4)

Pero el paraíso de la Alhambra se desvanece como los palacios de sus cuentos el 18 de julio, cuando le llega la noticia de que sus días en Granada están contados y tiene que empezar a preparar sin demora el viaje que lo llevará a su puesto de secretario de la embajada de Londres. Duda en aceptarlo porque se da cuenta de que tiene que abandonar sus proyectos literarios. Particularmente el de sus recuerdos de la Alhambra. Intenta imaginarse, sin conseguirlo del todo, que tendrá tiempo para seguir escribiendo en Londres. Sus hermanos y sus amigos lo animan a aceptarlo.

Es lo que le dice a su amigo sevillano Juanito Wetherell en una carta de esos días:

> Confieso que me siento muy poco inclinado a dejar mi tranquilo e independiente modo de vida y estoy muy indeciso. Hay muchas razones personales, independientes de los deseos de mis amigos, que me llevan a aceptarlo, en tanto que mi poca simpatía por el bullicio, el teatro y los negocios de este mundo me inclinan a rechazarlo. Siento no poder estar completamente solo a partir de ahora y pasar soñando mi vida a mi propia manera. (Cartas 128)

Abundan en estos días las cartas que escribe a sus amigos y al embajador Everett, que ha sido cesado por el mismo gobierno que a él lo ha favorecido. Pero todo termina cuando le escribe al embajador en Londres Louis McLane su aceptación del cargo y su próxima llegada a Londres.

De hecho, el 28 de julio, en compañía de un joven inglés, Mr. Sneyd, que vuelve a Inglaterra, inicia el camino de Londres a través de Europa. Murcia, Valencia, Barcelona donde permanecerá unos días, Montpelier, Lión, Ginebra, París y por fin Londres, donde llega a principios de septiembre.

Su última carta desde la Alhambra no podía menos de estar dirigida a su hermano Peter, la otra mitad de su alma, en la que le dice lo siguiente:

> Alhambra, 28 julio 1829.
>
> Acabo de recibir tu carta, con las de Edgard Livingston, Mr. Van Buren, etc. Salgo de Granada a las cinco en un armatoste que llaman tartana, con dos ruedas. Hemos puesto colchones en los que sentarnos y golpearnos las cabezas. Pero es mejor que viajar a

caballo con el calor que hace. Tengo ahora que soportar las provincias mediterráneas de España y si salimos del país sin que me roben me consideraré muy afortunado. La mayor parte de nuestro equipaje va sin embargo por medio de cosarios, que son numerosos y bien armados.

Tu afectuoso hermano,

Washington Irving. (Cartas 141)

En resumen, las cartas que escribe desde la Alhambra son el mejor medio para entrar en los sentimientos de Washington Irving en el que fue sin duda el episodio central de su viaje por Andalucía y también nos revelan su índole personal: amigo de la belleza, y gran soñador en un mundo mejor que el de la realidad de aquellos días, pero también amigo de su familia y de sus amigos y de los que van pasando por su lado. Un hombre bueno sembrador de felicidad.

OBRAS CITADAS

Irving, Washington. Cartas desde la Alhambra. Ed. Antonio Garnica. Granada: Patronato de la Alhambra y el Generalife; Tinta Blanca Editor; Editorial Almuzara, 2009.

---. The Complete Works of Washington Irving. Ed. Richard Dilworth Rust. Boston: Twayne Publishers. Vol. 4: Journals and Notebooks. Volume IV, 1826-1829. Eds. Wayne R. Kime y Andrew B. Myers, 1984.

---. The Complete Works of Washington Irving. Ed. Richard Dilworth Rust. Boston: Twayne Publishers. Vol. 24: Letters. Volume II, 1823-1838. Eds. Ralph M. Aderman, Herbert L. Kleinfield y Jenifer S. Banks, 1979.

II

WASHINGTON IRVING EN SEVILLA: LOS WETHERELL Y LA CASA DE LA CERA

Ezequiel Gómez Murga

II

La prolongada estancia de Washington Irving en Sevilla está documentada con bastante detalle gracias a sus propios escritos, fundamentalmente sus diarios y sus cartas; sin embargo, a la hora de intentar contextualizar sus vivencias, surgen dos grandes problemas: por un lado la radical transformación de la ciudad durante estos dos siglos, que ha dejado a la Sevilla de Irving prácticamente irreconocible a nuestros ojos; por otro, la escasez de estudios sobre la sociedad sevillana de la época, y en particular, sobre la influyente colonia británica, que, como veremos, será la principal anfitriona del escritor.

Irving se encontraba en Madrid desde febrero de 1826, y tenía pensado hacer un viaje por el sur de España al menos desde finales de ese mismo año; pero fue retrasando este propósito hasta tener garantizada la publicación de su Vida y viajes de Cristóbal Colón, que había empezado a negociar por aquel entonces con el editor londinense John Murray, y que vería la luz algunos meses más tarde (febrero de 1828). Este viaje estaba relacionado directamente con su otro proyecto literario, la Crónica de la conquista de Granada, pues deseaba conocer personalmente algunos de los escenarios que allí aparecían. El escritor partió al fin de la capital el 1 de marzo de 1828 y, tras recorrer parte de Andalucía durante mes y medio, se estableció en Sevilla con la intención de preparar su obra para la imprenta. Numerosas distracciones y algún que otro contratiempo alargarán su estancia mucho más de lo previsto, pero, gracias a ello, se embarcará en nuevos proyectos relacionados con España, y se llevará consigo grandes amistades.

La comunidad británica residente en Sevilla fue un importante punto de apoyo para muchos de los viajeros que se acercaron por la ciudad durante la primera mitad del siglo XIX. En un mundo donde una carta de recomendación era imprescindible para hacer la ruta sin grandes contratiempos, encontrar la mano amiga de un compatriota era sin duda un alivio. Quien conozca de cerca la biografía de Irving se dará cuenta, además, de que en su caso esta realidad resultó crucial. Si el escritor no se hubiera encontrado cómodo en Sevilla, rodeado como estuvo de gentes hospitalarias que hablaban su mismo idioma, no hubiera permanecido en la ciudad más que unas pocas semanas. Tres meses después de su llegada a Sevilla él mismo reconocería: "no conozco nada de sus habitantes, pues no me he mezclado con ellos" (Letters 2:323). Fue una suerte que se encontrara con personajes que se hallaban de paso por la ciudad, como su amigo David Wilkie o el joven John Nalder Hall, y con británicos residentes, como los Williams, Wetherell, Walsh, Hill, Naish, o Beck, y especialmente con la fonda de Mrs Stalker, que, además de ofrecer un buen alojamiento al estilo inglés, era un habitual lugar de reunión para estos miembros de la comunidad británica.

CON WILKIE EN BUSCA DE MURILLOS

Washington Irving llega a Sevilla a las cinco y media de la tarde del 14 de abril de 1828, y lo hace en el vapor Betis, auténtico exponente de la irregular industrialización sevillana y heredero del primero de su clase que surcó las aguas del Guadalquivir más de diez años atrás. El escritor se aloja primeramente en la fonda de la Reina, situada en la calle Jimios, pero pronto conocerá otro establecimiento más acorde con sus gustos, la fonda de Mrs Stalker, aunque no se mudará allí hasta el comienzo del mes siguiente. El mismo día de su llegada va a ver al vice-cónsul inglés, Miguel Walsh, y luego al teatro, donde se representaba la comedia Lo que son las mujeres. Después, en la Fonda del Sol (Plaza de

la Encarnación), se reencuentra con su amigo David Wilkie, el pintor escocés, que había venido directamente de Madrid y estaba en Sevilla desde el día 6. El pintor lo acompañará por la ciudad en los veinte días siguientes; lo llevará a visitar las grandes colecciones de pintura sevillana en edificios religiosos y casas particulares, y lo pondrá en contacto con los miembros de la comunidad británica. El primero de ellos, a la mañana siguiente de su llegada, será el comerciante inglés Julian Williams, que poseía una importante colección pictórica en la calle Abades Alta número 26, y cuya tertulia era un punto de encuentro para los aficionados a las bellas artes: pintores locales y extranjeros, y potenciales clientes. Julian Benjamin Williams amasó su fortuna como comerciante, casó con una española de nombre Florentina y se estableció en Sevilla en un momento que no hemos podido precisar, aunque en 1816 ya aparece como uno de los accionistas de la Real Compañía del Guadalquivir. Formó, como decimos, la galería privada de arte más importante de la ciudad, de reconocido prestigio entre los viajeros románticos de la época. Posteriormente, el 6 de abril de 1831, Williams fue nombrado vicecónsul en sustitución de Miguel Walsh, fallecido en octubre de 1830. Irving se relacionará con él todo el tiempo que permanece en Sevilla, pero fundamentalmente, y por razones obvias, durante estas primeras semanas que está en compañía de Wilkie.

En estos días los dos amigos recorren iglesias y conventos en busca de obras de Murillo. Se quedan particularmente extasiados con los ejemplares del Convento de Capuchinos, y acudirán allí repetidas veces. También van a la Casa de Pilatos, de los Duques de Medinaceli. El 16 de abril Irving anota la primera visita a los Wetherell en su fábrica de San Diego, que será, como veremos, uno de los lugares más frecuentados por el escritor mientras permanezca en Sevilla. Los Wetherell eran una prestigiosa familia inglesa, asentada en la ciudad desde hacía más de cuatro décadas. El patriarca de la familia, Nathan Wetherell, era natural de Darlington, en el condado de Durham, y en el momento de llegar Irving era ya un anciano de 80 años. En 1784, por iniciativa de la Corona y de la Sociedad Económica de Amigos del País, había fundado la Fábrica de Curtidos de San Diego, que llegó a ser una de las más importantes y modernas del país, especialmente por su papel como proveedora de material para el ejército. Wetherell había montado su fábrica en el desalojado convento franciscano de San Diego, vecino del entonces colegio de San Telmo, en el solar hoy ocupado por el Casino de la Exposición, y allí parece que instaló también su residencia habitual. Nathan estaba casado con Elizabeth Naish, unos quince años más joven que él, y ambos habían tenido tres hijos, todos ellos nacidos en Mile End (Londres), de los que sobrevivieron dos: Mary Elizabeth (María) y John (Juan o Juanito para los amigos españoles). María Wetherell nació el 28 de abril de 1785. A los veinticinco años, en enero de 1811, se casó en Londres con el comerciante inglés Rupert Leigh Hipkins, pero éste fue encarcelado por deudas en la cárcel de King's Bench de esa capital y murió en septiembre de 1813, dejando a su mujer embarazada de gemelas: Eliza Wetherell Hipkins, que más tarde se casaría en Sevilla con el conocido banquero Emilio Bouisset, y Amelia Thomasina Hipkins, que contrajo matrimonio con el abogado Antonio Escudero Michielsens y que acabaría instalándose en Madrid. María Wetherell, viuda de Hipkins, es por tanto, y según nuestro criterio, la María Hipkins que tanto aparece en las cartas y diarios que Irving escribe por estas fechas. María iba a cumplir 43 años cuando conoció al escritor, y sus dos hijas gemelas rondarían los 15. Cuando Irving nombra a cierta "Miss Lizzy" (Eliza), o "Miss Hipkins", sin duda está haciendo referencia a estas jóvenes.

Juan Wetherell se encuentra de viaje en Madrid durante las primeras semanas de Irving en Sevilla, pero a partir de su regreso ambos llegarán a mantener una gran amistad.

Juan, nacido el 24 de septiembre de 1790, era la mano derecha de su padre en los negocios, y estaba totalmente integrado en la sociedad sevillana. Félix González de León lo definiría como "inglés por nacimiento, sevillano por educación y afecto". Se consideraba discípulo de Alberto Lista y fue amigo de juventud de José Blanco White. Mantenía contacto con algunos de los personajes más destacados de la órbita liberal y, como era de esperar, odiaba profundamente a Fernando VII. En 1831 se casó en Londres con Sophia Gilbert, a quien se podría decir que Irving ayudó a conquistar, como veremos luego.

Irving continúa con Wilkie su andadura por las colecciones de arte. En casa de Williams habían conocido al joven pintor sevillano José María Escacena y Daza, que los acompañará también en algunas de sus visitas. El 17 van a la casa de otro de los grandes coleccionistas de la ciudad, el comerciante de paños Antonio Bravo, que residía en la Plazuela de los Polaineros (primer tramo de la actual calle Álvarez Quintero, junto a la Plaza del Salvador). Por la tarde vuelve al teatro. El 18, la Caridad, la iglesia de Santo Tomás y la Catedral. Ese día vienen de Cádiz a hacer una visita sus compañeros de viaje Mr. Stoffregen y Mr. Gessler, y, por segunda vez en el día, vuelve a subir a la Giralda. El día 20 lee unas cartas de sus amigos, el embajador Everett y Obadiah Rich, que le habían llegado el día anterior. Everett le adjunta su crítica sobre el Colón publicada en North American Review, y Rich la aparecida en The Times. Además, este último le transmite ciertos comentarios del editor Murray, que desea que Irving haga cambios y correcciones en el Colón con vistas a una próxima segunda edición revisada. Irving se enfada mucho porque Murray no le ha trasladado este parecer personalmente, porque se tiene que plantear la revisión de su obra antes de lo que esperaba, y en parte por culpa de Murray, que había editado unos volúmenes muy lujosos, con tipografía de gran tamaño, pero, debido a una deficiente revisión de las pruebas, plagados de erratas e incorrecciones. De hecho, Murray comenzará a solucionar el problema por su cuenta, lanzando tiradas corregidas sin contar con Irving y sin hacerlo notar en la edición.

Al día siguiente, por tanto, Irving hace un paréntesis en sus paseos artísticos con Wilkie y se apresura a entregar sus credenciales en el Archivo de Indias. Sin embargo, allí le comunican que no puede consultar los fondos del archivo si no es con un permiso expreso del Rey. El escritor pide entonces a Everett que le consiga el permiso lo antes posible, pero es consciente de que por el momento no podrá contar con estos fondos. El mismo día 21, Irving y Wilkie comen con la viuda del diplomático Anthony Merry y otros familiares; entre los que le llama la atención una chica irlandesa de dieciséis años que dejó Dublín a los seis y había olvidado el inglés. Ese mismo día va por primera vez a los toros.

El 22 y 23 de abril posa para Wilkie, que hace de él un boceto en acuarela. El editor Murray comprará algunos meses más tarde este retrato, con la intención, quizá, de colocarlo como frontispicio en la esperada segunda edición inglesa del Colón, que finalmente no llegó a publicarse. El retrato fue publicado años más tarde por su sobrino en un grabado de H. B. Hall (Spanish papers, 1866) y se reimprimió en la "Memorial Edition" de Life and letters (1883). Curiosamente, este retrato será el modelo para el bronce de Mariano Benlliure, colocado en 1925 en el sevillano Callejón del Agua con motivo de la creación de la "Residencia de América". Hemos podido comprobar que el original, "Washington Irving in Spanish dress", fechado en Sevilla el 23 de abril de 1828, permanece todavía en la casa de la familia Murray en el 50 de Albemarle St., aunque la editorial fue vendida en 2002 y el archivo adquirido por la Biblioteca Nacional de Escocia. Según la información que amablemente nos ha facilitado la señora Virginia Murray, la obra mide 37x27 cm., y fue exhibida por última vez en 1956-57, con motivo de la exposición British Portraits.

El mismo día 22, Irving y Wilkie van a la Biblioteca de la ciudad, que se encontraba en el desaparecido convento de San Acacio, actual Círculo de Labradores, y a la que se entraba desde la calle Triperas, hoy Velázquez. Esta biblioteca era atendida por un viejo fraile, probablemente Fray Juan Zafra, citado en la Guía de forasteros de 1832. En la biblioteca había algunos cuadros, entre ellos dos que Irving toma por autorretratos de Murillo y Velázquez, copias en realidad, que pasaron más tarde al Ayuntamiento de la ciudad. Sobre esta biblioteca, el viajero asentado en Sevilla F. H. Standish comenta lo siguiente:

> El colegio agustino de San Acacio, actualmente la Biblioteca de la ciudad, que albergaba a veintidós miembros, estaba situado en la esquina de la calle de la Sierpe (la entrada a la biblioteca se hace por la calle de Triperas) [...] Gaspar de Molina, obispo de Málaga, legó una biblioteca a este convento, pero ésta sólo ocupa dos salas medianas, cubiertas con bastas estanterías, y alberga sobre la puerta central tres malos retratos: dos de Murillo y Velázquez, y otro que se asemeja a Felipe V. (Standish 123)

Como se ha encargado de demostrar el profesor Antonio Garnica (2004), parece que Wilkie tomó de allí la idea para una composición pictórica posterior, en la que se ve a Irving leyendo atentamente un grueso volumen proporcionado por un fraile. La obra fue realizada para Sir William Knighton, que por entonces andaba en tratos con Wilkie para la venta de varias de sus obras a la Corona británica. El artista necesitó entonces un boceto de la cabeza de Irving en la posición adecuada, y se lo hizo saber a Irving en una carta fechada el 30 de enero de 1829. Con este propósito, el escritor posará para el anteriormente citado pintor local José María Escacena el 22 de abril de ese año, curiosamente un año exacto después de que la escena se produjera. El cuadro ha tenido diversos títulos, debido a los errores al localizar la acción. Actualmente se conoce como "Washington Irving in the Archives of Seville" y se encuentra en el New Walk Museum and Art Gallery (Leicester). Irving dudaba de su valor como retrato, y lo veía más bien como un experimento artístico de Wilkie, como dijo años más tarde al ser preguntado por el mismo:

> El boceto mío realizado por Wilkie, que Ud. me comenta que tiene en uno de sus volúmenes publicados, no se puede tomar como un verdadero intento de retrato. Recuerdo la composición; la escena creo que era en Sevilla. Yo estaba sentado en una habitación oscura junto a una mesa, inspeccionando un volumen en folio que un monje que estaba de pie junto a mí acababa de pasarme. Wilkie pensó que el conjunto tenía un efecto Rembrandt que lo animó mientras lo realizaba; pero, si no recuerdo mal, mi cara no se podía ver claramente. (Life and Letters, 4:143 y Letters, 4:390)[1]

Wilkie se marcha en la mañana del 24 de abril. Sabemos que, meses más tarde, Irving escribirá un artículo sobre él para un periódico sevillano, probablemente el Diario de Sevilla de Comercio, Artes y Literatura, que se comenzó a publicar el 15 de enero de 1829. La dificultad para encontrar ejemplares de esta fecha ha hecho imposible hasta el momento localizar el citado artículo, aunque, según el testimonio de Irving, la traducción dejaba bastante que desear. El manuscrito autógrafo en inglés se encuentra actualmente en la Universidad de Yale, y en él Irving destaca especialmente que Wilkie fuera el primer pintor "inglés" de renombre en apreciar in situ la calidad pictórica de la escuela española, especialmente de Murillo y sus predecesores.

El mismo día de la partida de Wilkie, Irving visita Itálica, parada obligada para todo viajero interesado en las antigüedades. El día 26 de abril Irving reanuda su manuscrito sobre

1 Carta a Robert C. Winthrop, 4 de abril de 1853.

la Conquista de Granada, aunque no por ello abandona sus distracciones, pues el domingo 27 se va en un carro con cuatro mulas a la famosa feria de Mairena del Alcor, acompañado de Gessler y Stoffregen. Allí se imagina que está en un campamento árabe:

> Un gran número de jóvenes caballeros vestidos de majos; entre ellos están los hermanos del Marqués de Arcamesas [sic, ¿Amarillas?] y el hijo del Asistente. Les acompañamos para ver sus vestidos y sus caballos. [...] La feria parece un campamento árabe o moro después de una incursión. (Journals and Notebooks 4:195)

Con ésta y otras experiencias Irving se formará una idea de la cultura y las gentes de Andalucía, llegando a la conclusión de que los andaluces, en algunos aspectos, pertenecían más a África que a Europa y que la expulsión de los moros había sido "poco más que nominal" (Letters 2:310).

En estos días va de nuevo a los toros con sus amigos, y vuelve a pasar por algunos de los lugares que había visitado con Wilkie. Los ratos de estudio los dedicará a investigar en la Biblioteca Colombina, mientras llega el ansiado permiso para consultar el Archivo de Indias.

EN LA FONDA DE MRS STALKER

El 30 de abril Irving se muda por fin a la fonda de Mrs Stalker, donde en la práctica había estado cubriendo parte de sus necesidades desde que llegó a Sevilla. Al estar regentada por una familia de origen británico, esta fonda se convirtió en uno de los lugares preferidos de los viajeros extranjeros que visitaron la ciudad por aquellos años y en un importante lugar de encuentro para la comunidad británica que residía permanentemente en Sevilla. Semanas después de su llegada, a punto de entrar el verano, Irving realizará la siguiente descripción de la fonda:

> Estoy alojado en una casa que formó parte del antiguo Alcázar o palacio moro; quizá una de las torres o anexos del Alcázar, que era un pequeño pueblo en sí mismo. Mi cuarto tiene las típicas viejas paredes moras, de extraordinario espesor, y bendigo a los moros una docena de veces al día por haberme resguardado tan bien del calor abrasador que reina en el exterior". (Letters 2:318)

Sin embargo, como veremos luego, a los pocos días de escribir esta carta el calor se volverá asfixiante para él incluso allí, y tendrá que buscar otro lugar más fresco donde pasar las noches.

La casa estaba regentada por la irlandesa María Stalker, de la que no sabemos mucho, pero pensamos que probablemente se trataría de la viuda de Diego Stalker, comerciante y antiguo cargo administrativo de la fábrica de curtidos de Nathan Wetherell. El propio Irving resalta la estrecha relación entre Mrs Stalker, y algunos miembros de la familia Wetherell cuando proporciona cartas de presentación para su sobrino Edgard en mayo de 1829. Tampoco se han realizado hasta ahora estudios rigurosos para intentar establecer la ubicación exacta del establecimiento, pese a las citas recurrentes de los viajeros que visitan la capital. Unos meses antes de la llegada de Irving, Alexander S. MacKenzie escribe a H. W. Longfellow desde Gibraltar recomendándole algunos establecimientos de la ciudad: "El mejor hotel es la Fonda de los Americanos; luego está también una excelente fonda inglesa, que tiene Mrs Stalker en la Plazuela de la Contratación, número 4" (1827).

Por otros testimonios, entre ellos los del propio Irving, sabemos que la fonda estaba situada justo enfrente de la cárcel militar, es decir, en la antigua cárcel de Contratación, que se encontraba en el que hasta no hace mucho fue número 6 de la actual calle Miguel Mañara, hoy, junto con la Cilla, edificio anexo del Archivo General de Indias. Otro dato común presente en los testimonios de algunos de los viajeros que describen la fonda es, como hemos visto, su situación dentro de las murallas del propio Alcázar, así como la presencia de gruesas paredes de factura islámica. En sus Sketches in Spain and Morocco (1831), Sir Arthur de Capell Brooke comenta que no había cristales en las ventanas, sino postigos de madera que se cerraban para que no entrara el calor, dejando las habitaciones casi a oscuras, y otro viajero anónimo que visitó la ciudad en el verano de 1831describe la entrada a la casa de la siguiente forma:

> Al entrar en un pequeño zaguán o antesala pavimentada con ladrillos tiré de la cuerda de la campañilla y me inspeccionaron desde un hueco que estaba en el techo a unos veinte pies de altura [6 m]. Me saludaron con la pregunta habitual de "¿quién?". Al devolver la fórmula con la acostumbrada seguridad propia de mis pacíficas intenciones, la puerta se abrió de un golpe, y subí por una escalera curvada. Las paredes eran de un gran espesor, y parecían un robusto bastión de una fortaleza. (152-3)

Para completar esta información hemos podido consultar un padrón de fincas urbanas realizado hacia 1827, donde, a continuación de la Puerta de la Montería del Real Alcázar y entrando por el Arquillo de la Contratación, hoy desaparecido, se lee: "3. y 4. De los Reales Alcázares, la vive D.a María Estaqui [sic], y le gana 6 rs. diarios según 4 recivos – 2.190".[2]

2
Archivo Municipal de Sevilla. Padrón de fincas urbanas [ant. 1828], XX-1856.

En el citado padrón, la finca siguiente, la número 5, no era otra que el antiguo edificio de la Real Casa de la Contratación. La información cartográfica y de otro tipo que hemos podido consultar no es muy detallada para establecer con claridad las transformaciones que ha experimentado la zona desde entonces, pero por todas las pistas anteriormente expuestas nos aventuramos a situar las casas 3 y 4 de Mrs. Stalker en los actuales 1 y 3 de la calle Miguel Mañara, con la posibilidad de que el actual número 1 de la Plaza de la Contratación (esquina con la calle Miguel Mañara) formara originalmente parte de la misma vivienda, hipótesis que habrá que seguir contrastando con la documentación que pueda salir a la luz en el futuro.

Unos años más tarde, esta fonda aparece en manos de un tal Mr Naish, probablemente un pariente de la esposa de Nathan Wetherell, Elizabeth Naish, pues sabemos que en Sevilla estuvieron viviendo al menos dos sobrinos de Elizabeth: James y Henry Naish. Richard Ford (1845) indica entonces que "es muy cómoda y tiene chimeneas".

Durante los meses de mayo y junio, Irving acude a todas las corridas de toros que se celebraron en Sevilla (seis en total), mientras que sólo asiste a dos funciones teatrales, pese a que éstas eran prácticamente diarias. El propio Irving se iba sorprendiendo a sí mismo por la afición que estaba tomando a la fiesta, como le confiesa a su amiga Antoinette Bolviller el 28 de mayo:

> Me parece una mezcla de cobardía y temeridad el ver desde nuestra propia seguridad y diversión los peligros y sufrimientos de otros. La "divinidad que habita en nosotros" no tiene nada que ver con placeres de este tipo; éstos pertenecen a nuestra naturaleza terrenal burda y salvaje. He bajado considerablemente en mi propia estima desde que he comprobado que puedo obtener gratificación de estas visiones. (Letters 2:313-4)

En este periodo, Irving sigue trabajando en Granada y en las correcciones del Colón. Las tertulias vespertinas suelen ser en la misma casa de Mrs Stalker o en la fábrica de los Wetherell, destacados puntos de encuentro de la colonia británica, como ya hemos comentado. Durante su estancia en Sevilla, Irving saldrá varias veces de excursión campestre con algunos de sus compañeros de tertulia, casi siempre a San Juan de Aznalfarache o Alcalá de Guadaíra. El 15 de mayo pasa casi todo el día en la hacienda de Valparaíso, en San Juan, propiedad de Lucas Beck, también vinculado a las empresas de los Wetherell y primo político de José María Blanco White. Además de esta finca, que todavía existe, visita el convento franciscano que hoy alberga el monumento al Sagrado Corazón, entre las ruinas de una antigua alcazaba islámica. El 18 va a Alcalá, donde visita su castillo, las fuentes de la Retama y de la Judía, y algunos de los molinos torreados de herencia islámica que había en la ribera del Guadaíra, hoy afortunadamente en proceso de recuperación.

El 26 de mayo vuelve de Madrid Juan Wetherell, hijo menor de Nathan Wetherell, que llegará a ser su mejor amigo sevillano, y el 29 llega a la fonda de Mrs Stalker John Nalder Hall, un joven londinense que se encontraba en un delicado estado de salud, probablemente debido a una tuberculosis crónica, y que había venido a Sevilla para encontrar alivio. Irving y Hall congenian de tal manera que se convertirán en amigos inseparables. El día 30 disfruta de la festividad de San Fernando, con la exposición del cuerpo del santo en la Catedral, los toros y los edificios iluminados. El 5 de junio, la procesión del Corpus Christi, y el sábado siguiente el baile de los seises. El 15 de junio pasa el día con otros amigos en la ribera del Guadaíra y el 22 van en bote por el Guadalquivir hasta la hacienda de Beck.

En la Biblioteca Colombina localiza con gran alegría la Imago Mundi de Pedro de Alliaco, libro manuscrito que tenía anotaciones de puño y letra de Cristóbal Colón, según había podido leer previamente del Padre Las Casas. Curiosamente en la biblioteca desconocían que estas anotaciones fueran del almirante, e Irving les dejó una nota con esta información, que aún hoy puede verse cosida al libro.

LA CASA DE LA CERA

El 1 de julio John N. Hall se muda a una casa de campo a las afueras de Sevilla, la Casa de la Cera, propiedad de los Wetherell, y allí se retira también Irving, agobiado por el calor de la ciudad. Hall es quien alquila formalmente la casa, mientras que Irving mantiene al parecer su habitación en la fonda de Mrs Stalker. Los acompaña también el alemán Sebastian Becker, antiguo dragón de guardia de Napoleón, que había sido apresado en España durante la Guerra de la Independencia, y que Hall ha tomado recientemente como criado.

Desconocemos qué utilidad dieron los Wetherell a la Casa de la Cera o el momento en el que adquirieron la finca, pues no se ha encontrado aún ninguna prueba documental que confirme dicha adquisición, a pesar del exhaustivo estudio de los protocolos notariales sevillanos que realizó en su momento la profesora Álvarez Pantoja (1977). Por ese motivo, su localización se ha tenido que establecer en base a la cartografía de la época y con la ayuda de algunos testimonios escritos, entre ellos los del propio Washington Irving:

> La casita de campo en la que resido da a una inmensa llanura llamada "Tablada", que ahora está completamente reseca, y su aire tan caliente como el vapor de un horno. No se aprecia ningún árbol, excepto a una gran distancia, algunas plantaciones de olivos; esos miserables árboles que hacen a mis ojos un paisaje aún más árido. La mayor

> comodidad de la casita es un pequeño jardín situado detrás de ella, lleno de naranjos y limoneros, con un porche cubierto por parras y jazmines. (Life and Letters 2:328 y Letters 2:320-1)

3
Documento de la Real Audiencia de Sevilla reutilizado como carpetilla de escrituras públicas. Archivo Municipal de Sevilla, Sig. 6765-P.

Stanley T. Williams (1935) intentó localizar la ubicación de esta finca a través del Registro de la Propiedad de Sevilla, pero comprobó que sus archivos se habían destruido en 1906 a causa de un incendio. A pesar de ello, Williams acertó a identificar la Casa de la Cera con una Huerta de la Cera que había existido por esa misma zona. El profesor Antonio Garnica, por su parte, compara las descripciones de Irving con el aspecto que tenía el sector de la ciudad próximo al molino de San Juan de los Teatinos antes de que se urbanizara, e intuye que la Casa de la Cera pudo situarse en las proximidades de la barriada de El Juncal.

Irving se refiere a la propiedad como "Casa Cera" o "Casa de Cera", por lo que para averiguar algo más de ella habría que resolver en primer lugar la raíz auténtica de esta denominación. Algunas pistas nos llevaron a pensar que se trataba de una casa de blanqueo de cera, especialmente cuando mi buen amigo y colega Jesús Barbero localizó de forma fortuita un documento que parecía hacer referencia al lugar descrito por Irving: [9 de julio de 1784] "...querella de Josefa del Toro, Capataza de las casas blanqueo de Cera, que tiene don Francisco Delgado al citio de Tabladilla, Barrio de San Bernardo..."[3]

Estos locales tenían su razón de ser en el proceso de blanquear la cera, que se realizaba fundiendo la cera virgen y vertiéndola en agua para que se solidificara en pequeñas gotitas o láminas. El resultado se dejaba a la intemperie día y noche, por lo que estas casas tenían amplios patios a cielo abierto. El proceso se repetía hasta alcanzar la pureza y blancura deseadas. Es interesante reseñar que los establecimientos de este tipo de Cádiz y Sevilla tuvieron el monopolio de exportación de la cera blanqueada a Indias desde 1741, y desde 1745 también el Puerto de Santa María; pero estos privilegios se anularon por Real Orden de 23 de noviembre de 1818.

A partir de estos datos iniciamos nuestra búsqueda en la cartografía histórica. Muy pocos planos de Sevilla incluyen este sector de la ciudad, bastante alejado del casco urbano de la época. Finalmente, dos planos han resultado ser fundamentales; por un lado el Plano de Sevilla de D. Manuel Spinola, realizado hacia 1827 (Archivo Municipal de Sevilla) y por otro el muy posterior Proyecto de defensa de Sevilla contra las inundaciones, de D. Javier Sanz, 1900 (Biblioteca Nacional). La Casa de la Cera se situaba, según éstos, en el lado derecho del camino que iba desde la Fábrica de Artillería al molino de San Juan de los Teatinos, en una pequeña elevación que había justo después de cruzar el arroyo Tamarguillo. El molino de Teatinos había sido reconvertido desde la Guerra de la Independencia para la fabricación de armamento, y durante la ocupación francesa la ruta adquirió la natural importancia estratégica, como se puede ver en esta noticia propagandística publicada en 1811 en la Gaceta de la Regencia:

> La partida de Zaldívar ha llegado hoy a Dos Hermanas. Soult se hallaba en S. Juan de los Teatinos, adonde suele ir las más de las tardes con 30 dragones de guardia, y a no haberle avisado un cabrero, hubiera caído en manos de los patriotas, pues a los 6 minutos de haber pasado Soult por la casa de la Cera, llegó la partida. Salieron 350 infantes y 24 gendarmes a perseguirla: pero no se atrevieron a entrar en Dos Hermanas, hasta que supieron que Zaldívar había salido. (Gaceta de la Regencia de España e Indias 1420).

En estos días de verano Irving solía salir de la ciudad por la Puerta de Jerez, pasaba por la fábrica de Wetherell y cruzaba el Prado de San Sebastián hasta conectar con el camino antes mencionado de San Juan de los Teatinos, que pasaba por la Casa de la Cera. Este camino era también una variante del camino de Alcalá, que con el tiempo acabó imponiéndose al original. Coincide en ese tramo con la disposición actual de la Avenida de la Paz, situándose la Casa de la Cera con relativa precisión en torno a los actuales Jardines de Felipe II y los pisos pertenecientes a la barriada del mismo nombre. Irving decía que la Casa de la Cera era un lugar tranquilo, pero que, al mismo tiempo, le permitía ir con facilidad a Sevilla a consultar la biblioteca de la catedral o los archivos. El 3 de julio, por ejemplo, va con Juan Wetherell a la Biblioteca Colombina a ver un manuscrito de Colón. Curiosamente, Juan Wetherell dejará escrito años después en sus breves memorias el texto siguiente:

> Colón. Aunque este perseverante hombre tiene que haber escrito un gran tratado, los únicos escritos que de él se conservan son nueve cartas en poder del Duque de Veraguas, tres en el ayuntamiento de Génova y una hoja en un libro manuscrito de la Biblioteca Colombina de Sevilla, de donde yo tomé una copia". (Wetherell, 1860)

Dos días después van al Archivo Arzobispal para ver los documentos relativos al enterramiento de su hijo Hernando. El propio Wetherell le presenta al archivero, un "pequeño hombre" de ideas liberales (Journals and Notebooks 4:210).

La Casa de la Cera se convierte por esas fechas en otro lugar de reunión de los compañeros de tertulia. Además, algunas tardes Irving y Hall salen de allí para pasear por la ribera del Guadaíra, y en su cauce visitan los molinos harineros. Hall suele ir a caballo a causa de su enfermedad, mientras que Irving lo acompaña a pie. Para llegar tomarían el citado camino de San Juan de los Teatinos y lo seguirían hasta llegar al río. El Guadaíra discurría aún en aquella época por el cauce primitivo y, al no existir todavía el canal de Alfonso XIII, continuaba su curso por Tablada hasta desembocar frente a Gelves. Siguiendo esa ruta podían ver los molinos harineros que se encontraban en término de Sevilla y que, como los de Alcalá, solían tener una fuerte herencia islámica. Según Leandro José de Flores estaban, siguiendo este orden, el molino de Aljudea (o del Judío), San Juan de los Teatinos (reutilizado como barrena de cañones), el de la Torre Blanca, el de Zapote (o Menjoar), el del Arzobispo, junto al puente que cruzaba el Guadaíra camino de Dos Hermanas, y las Aceñas de Doña Urraca. En la salida del 2 de julio llegaron hasta el puente, donde había una cruz por un viajero muerto. El 8 fueron hasta la hacienda de Beck en la Punta, pero al volver intentaron tomar un atajo y se perdieron. No podía faltar tampoco su cita romántica con los ladrones. Según cuenta Pierre M. Irving, un jinete misterioso rondaba a menudo la Casa de la Cera, y finalmente descubrieron que el guarda de la finca estaba dando cobijo a malhechores.

Algunas noches va a la ópera y sigue trabajando en Granada y corrigiendo su biografía de Colón. Para hacer copia de sus manuscritos recurre a gente de su alrededor. El 28 de julio, por ejemplo, parece que da parte de los añadidos del Colón al sobrino del vicecónsul Walsh. El 5 de agosto envía la obra corregida a Murray y a su hermano Ebenezer. En carta de 2 de agosto dice que está trabajando en la Conquista de Granada y que ya va teniendo copiado hasta donde ha escrito. Quizá ello explique que el 22 de ese mes, antes de partir para El Puerto de Santa María, pague a unos frailes por este cometido.

A comienzos del mes de agosto el calor se había hecho insoportable para él: "Esta semana la pasé sobre todo en Casa Cera. Tiempo caluroso, el termómetro a 94 [34oC]" (Journals and Notebooks 4:214). Más tarde dirá a Wilkie: "El termómetro de la casa subía en ocasiones a los 94 durante varias horas al día, pero las noches eran deliciosas" (Letters 2:352).

El 11 de agosto se prepara para su viaje a Moguer, donde esperaba encontrase con los míticos lugares colombinos. Se acaba de enterar de que en Sevilla estudia un joven de la familia Pinzón y va a visitarlo antes de partir. Éste joven era Ignacio Hernández Pinzón, que le da una carta de presentación para su padre, Juan Hernández Pinzón, el que será su anfitrión en Moguer, como se ha visto ya en los trabajos presentados. Irving vuelve a Sevilla el 15 de agosto. Al día siguiente anota una nueva visita al joven Pinzón en el Colegio de San Miguel, aunque meses más tarde comentará a José María Blanco White que Ignacio era el único colegial de Santa María de Jesús, tal como aquel menciona en su Autobiografía. De hecho, Ignacio Hernández Pinzón aparece como Rector de ese colegio en 1829, poco antes de su desaparición definitiva. Hay que decir al respecto que Juan Hernández Pinzón, el padre, también fue Rector del colegio en su momento y compañero, por tanto, de Blanco.

Poco más sabemos de la trayectoria de este Pinzón. La Real Academia Sevillana de Buenas Letras conserva un discurso suyo titulado "Elogio de las ciencias", leído el 31 de mayo de 1833, por lo que parece que llegó a ser un personaje de relativo prestigio. El 14 de enero de 1843, ya en la etapa en la que Irving es embajador en Madrid, el escritor recibe su visita y lo recuerda como el joven estudiante de Derecho que conoció en Sevilla. Ignacio le cuenta qué había sido de su familia durante esos años:

> Su anciano padre murió en 1836, tras una larga vida plena de bondad y gentileza. Su entierro fue el más multitudinario que jamás se había conocido en Moguer. [...] La familia ha vendido la hacienda o finca de Palos, donde el anciano caballero y yo estuvimos un día juntos. Actualmente ellos residen en Moguer, donde don Gabriel (un simple joven en el momento de mi visita) reside ahora, y ha heredado todo el amor de su padre por la caza, el tiro y todos los demás deportes del campo (Letters, 3:475).

El mismo día 16 de agosto Irving recibe el ansiado permiso para investigar en el Archivo de Indias; sin embargo, apenas lo visitará dos o tres días. Hace tanto calor que no puede trabajar. Además, excepto un pleito de los herederos de Colón con el Fiscal de la Corona, todo lo que ha visto estaba ya publicado por Navarrete. En los meses siguientes, una vez actualizada la información con sus investigaciones sevillanas y los detalles proporcionados por la familia Pinzón, Irving quedará a la espera de que aparezca por fin el tercer volumen de la obra de Navarrete, que se retrasará hasta la primavera de 1829.

VERANEO EN EL PUERTO

La noche del 23 de agosto se sube con Hall en el vapor Coriano, que alternaba con el Betis en la ruta Sevilla-Cádiz. Se dirigen al Puerto de Santa María, donde está invitado por Juan Nicolás Böhl de Faber, que conocía la obra de Irving desde hacía varios años. Primero se quedan en el número 4 de la calle Palacios. El 25 van en calesa a Jerez, y allí desayunan en casa de los Domecq. Tratan con Böhl, y el 1.o de septiembre se alojan en el Cerrillo, una casa de campo perteneciente a otro comerciante de vinos, Mr. Moseley. Permanecen allí del 1 al 14 de septiembre, mientras Irving sigue preparando la Conquista de Granada. Tam-

bién corrige el capítulo de los Pinzones en el Colón, que es fruto de su reciente contacto con los descendientes de esta familia y que rápidamente enviará a Murray. No pueden volver a Sevilla a causa de una epidemia que corta las comunicaciones, y desde el 15 de septiembre al 2 de noviembre se alojan en el Caracol. Irving sigue escribiendo Granada. En estos días la hija de la señora Stalker le hace varios envíos del manuscrito, lo que nos hace pensar que pudo ayudar como copista junto con los frailes, pues el escritor se queja de que la lentitud de los mismos estuvo a punto de arruinarle los planes de la temporada. También redacta la memoria de su visita a Palos y trabaja sobre la Alhambra y los Compañeros de Colón (28 de septiembre al 11 de octubre). Finalmente termina de preparar Granada para enviar el manuscrito (12 al 18 de octubre). Según el utilísimo estudio de Miriam J. Shillingsburg para la edición del volumen XIII de las Complete Works de Twayne (1988), a Estados Unidos enviará el original autógrafo, mientras que a Londres hará llegar la copia, realizada por él mismo en torno a un 30 % y por al menos seis personas más, de las cuales sólo una de ellas parece dominar el inglés, seguramente Miss Stalker, como ya hemos apuntado; otra adolece de errores propios de alguien que conoce el alemán, por lo que quizá debamos mirar también a Sebastian, el criado de Hall.

DE VUELTA A LA CIUDAD HISPALENSE

Irving regresa solo a Sevilla el 3 de noviembre y parece que vuelve a hospedarse en la fonda de Mrs Stalker. Lo tenemos que deducir de una carta que escribe a su amigo Breboort semanas más tarde y en la que le comenta que está alojado en la misma casa donde conoció a John Nalder Hall (Letters, 2: 367). Éste, por su parte, se había quedado en El Puerto mientras Irving le conseguía un nuevo alojamiento.

El 9 de noviembre le llega a través de Murray el primer volumen del libro del Coronel Napier sobre la Guerra de la Independencia, History of the War in the Peninsula and in the South of France, from the year 1807 to the year 1814 (1828). Irving entonces se lo presta al Marqués de las Amarillas, pues, según dice, "estoy ansioso de oír sus comentarios, ya que la obra refuta al viejo General Castaños, y creo que acertadamente" (Letters, 2:357). El Marqués, sin embargo, contesta con una dura crítica a la parcialidad de la obra a través de una carta dirigida a Juan Wetherell el 3 de enero de 1829:

> No hay persona alguna en España que no haga justicia a la generosa asistencia del pueblo inglés en aquella grande crisis; al valor y esfuerzo de sus ejércitos, y al genio del ilustre caudillo, que fue el principal agente de la salvación de este país, y ciertamente no era menester humillar a los españoles y privarlos de su parte de mérito en esta gran contienda para hacer resaltar el de la grande y noble nación británica. Hubo gloria bastante para todos. [...] citaré una sola equivocación del coronel Napier, que en la página 140 sienta. "Que al acabarse la guerra no había un solo fusil inglés en los hombros de un soldado español."—Cuando V. y todo el mundo sabe, que no había un soldado español cuyo armamento y vestuario no fuera todo inglés. (Canga Argüelles 2:358)

Irving transmite a Murray los comentarios del marqués en carta de 14 de febrero de 1829, a lo que añade: "Un hecho, por cierto, que fue corroborado por el testimonio de un caballero inglés de mi confianza, que estuvo aquí durante toda la contienda y que tomó parte en el asunto" (Letters 2:384), referencia, naturalmente, a Juan Wetherell y su célebre fábrica de curtidos.

El 14 de noviembre Juan Wetherell le presenta a otro liberal, Ramón Feliu (1784-1831), que fue diputado a Cortes en 1808 y que durante el Trienio Liberal formó parte del Gobierno moderado como Ministro de la Gobernación (marzo 1822-enero 1822). Irving lo describe como "un hombre pequeño, sucio y feo, boca espantosa, labio colgante; pero unos ojos agradables y gran talento" (Journals and Notebooks, 4:238). Estaba preparando un diccionario sobre el Quijote, cuestión que interesó a Irving, pues su editor Murray iba a publicar un trabajo de Lockhart sobre Cervantes.

El 18 de noviembre se entera por su hermano Peter de que en los Estados Unidos se está preparando un compendio pirata de su biografía de Colón. Pese a que días antes había rechazado perder el tiempo en un proyecto para condensar su obra, al día siguiente de la desagradable noticia empieza a trabajar sin parar en su propia versión. El 18 de diciembre envía el manuscrito para Nueva York, donde se publicará al año siguiente. En este caso parece que resultaron de gran ayuda Juan Wetherell, su hermana María Hipkins y probablemente Eliza Hipkins, o Miss Stalker, que se habrían prestado a copiar el manuscrito:

> El barco por el cual va a América estaba anunciado en un principio para el 15, y para que me fuera posible enviar el manuscrito, un hombre, una mujer y un[/a] niño[/a] de mi confianza aquí, y que entendían el inglés, se ofrecieron como voluntarios para ayudar a copiarlo, de manera que lo tuve listo en el transcurso de muy pocos días. (Life and Letters 2:353 y Letters 2:364)

La siguiente nota sin fecha enviada a Juan Wetherell podría corroborar este hecho:

> Mi querido Don Wetherell, Su manuscrito es exquisito, y en lo que respecta a Mrs Hipkins, ella es digna de suceder al ángel "registrador", si ese funcionario celestial es alguna vez reemplazado. No tengo el manuscrito que sigue al que usted ha copiado, pero le envío otro, que espero le venga bien igualmente. Suyo afectísimo, WI. (Letters 2:326-7)

Los editores del volumen II de Letters, fechan esta nota a finales de julio de 1828, relacionándola con la copia del manuscrito de la Crónica de la conquista de Granada; pero, de acuerdo con el planteamiento anterior, nosotros nos inclinamos a datarla en diciembre de ese año y, por tanto, referida al compendio del Colón. Curiosamente el 28 de agosto de 1830 Irving dedica a Juan Wetherell un ejemplar de este Colón abreviado en la edición de Murray, ejemplar que hemos podido localizar en la Universidad de Virginia.

El 16 de noviembre se produce una escena muy peculiar. Se organiza una comida en casa de los Wetherell, e Irving describe cómo los empleados están cogiendo las naranjas del huerto y empaquetándolas para enviarlas a Inglaterra, demostrando el éxito que tenía la exportación de cítricos sevillanos por estas fechas. Más adelante, Irving recibirá en Londres una caja de estas naranjas. El 26 se entera por sus amigos Böhl, Gessler y Burton, que su compañero Hall ha muerto en la madrugada del 24. Al ser protestante, Hall tuvo que ser enterrado en el campo y en la intimidad, "tal es la intolerancia de este país, que un protestante es contemplado con hostilidad incluso después de muerto" (Life and Letter 2:357-8 y Letters, 2:360). Recordemos que esta era una costumbre generalizada, y que en Sevilla fue Nathan Wetherell el creador del primer cementerio británico del que tenemos constancia en la ciudad, que él mismo segregó de la huerta de su fábrica.

La muerte de Hall afectó mucho a Irving, quien contará años más tarde a su sobrino el famoso episodio de la invocación al espíritu del amigo en las proximidades de la Casa de la Cera:

> Hall era bastante escéptico, y propenso a especular con recelo sobre la existencia de una vida futura y la posibilidad de que hubiera apariciones espectrales. En una de estas situaciones, en el transcurso de una charla sobre fantasmas, se dirigió de repente hacia mí y me preguntó de una forma un tanto abrupta si yo estaría dispuesto a recibir su visita después de muerto si él se fuera antes que yo, como era de esperar que ocurriera. "¿Por qué, Hall?" repliqué, "tú eres tan buen compañero, y hemos vivido tan amigablemente juntos que no sé por qué iba a tener miedo de recibir tu aparición, si eres capaz de venir." "Nada," dijo Hall, "soy serio, y deseo que me digas si accedes, si es que la cosa te resulta factible." "Vale," dije, "yo también soy serio, y quiero." "Entonces," dijo Hall, "esto es un pacto; y que sepas, Irving, que si yo puedo resolver el misterio para ti, me comprometo a hacerlo."" (PMI, II, p. 359).

Sigue Irving contando el episodio a través de su sobrino. Después de la muerte de Hall le llevaron su caballo a Sevilla. Una tarde, Irving lo montó y se dirigió una vez más a la Casa de la Cera. Allí, movido por el ambiente, recordó el pacto que había hecho con Hall, e invocó su presencia tal y como había prometido. "Pero él no acudió", comentó Irving, "y aunque realicé invocaciones parecidas antes y después de ese día, nunca obtuve respuesta", a lo que el escritor añadió, bromeando pero desconsolado, "los fantasmas nunca se han portado muy bien conmigo" (Life and Letters 2:360).

El escritor abre entonces sus sentimientos a su amigo de juventud, Henry Brevoort:

> No puedo expresarte, mi querido Brevoort, lo triste que ha sido para mí un acontecimiento así. Hace mucho tiempo que no vivía con nadie en una intimidad tan hogareña, excepto con mi hermano [...]. No me imaginaba que un simple extraño, en tan poco tiempo, pudiera atrapar de tal forma mis sentimientos (Letters, 2:367).

El final del año se acerca. El 30 de diciembre conoce en la ópera a Cecilia Böhl de Faber, hija de Juan Nicolás Böhl y Marquesa de Arco Hermoso, que más tarde sería conocida bajo el seudónimo de Fernán Caballero. Cecilia había enviudado muy joven y el 26 de marzo de 1822 había tomado segundas nupcias con Francisco Ruiz del Arco, capitán del ejército y liberal moderado, que heredó el título de Marqués de Arco-Hermoso. La relación de Irving con Cecilia será corta e intermitente, pero parece que en estos días el escritor encuentra en ella un espíritu afín en cuanto a motivos de inspiración literaria y al tratamiento de los mismos, si bien es cierto que el afán moralizante perderá a la entonces escritora en ciernes. A la mañana siguiente de conocerla Irving le hace una visita en su domicilio de la calle de las Palmas (actual Jesús del Gran Poder), en compañía de María Hipkins y de su hija, y allí Cecilia le cuenta anécdotas del pueblo de Dos Hermanas, donde el Marqués su esposo tenía algunas propiedades. Irving se interesa mucho por estas anécdotas y su forma de contarlas, así que copia lo que puede recordar ese mismo día y al día siguiente. La tarde del 2 vuelve a encontrarse con ella, esta vez en la tertulia de los Wetherell. Fruto de estas charlas será una pequeña colección de argumentos, que fueron estudiados hace años por E. H. Hespelt y S. T. Williams, y que en su mayoría hacen referencia a pasajes de la futura novela que la escritora publicará años más tarde como La familia de Alvareda. Irving sólo utilizará, al parecer, uno de esos argumentos, que se convertirá en el pequeño cuento inédito titulado "The Village Curate". El trato con la escritora pudo ser también el detonante de que Irving comenzara a escribir por esos días algunos pasajes de sus Cuentos de la Alhambra.

A comienzos de febrero, Irving expresa su deseo de hacer una visita a la villa que tantas notas folklóricas proporcionaba: "Me propongo hacer una visita a Dos Hermanas a comienzos de la semana próxima. El mal tiempo y el horrible estado de los caminos me lo han impedido hasta la fecha" (Letters 2:378). Si seguimos al imaginativo Padre Coloma (1910), esta visita se habría desarrollado en la Hacienda de Zafra, que, dicho sea de paso, está en realidad en término de Alcalá de Guadaíra. Santiago Montoto (1969) corrige el nombre de esta hacienda por el de La Palma, en base a argumentos documentales poco concluyentes. Recientemente Leopoldo de Trazegnies ha realizado un interesante trabajo de campo sobre ambas haciendas (2009) y ha puesto de manifiesto con argumentos de distinta índole la preeminencia de Zafra sobre La Palma. Sin embargo, no hay confirmación por parte de Irving que nos permita demostrar que esa visita se produjera realmente. El escritor registra otras excursiones por esas fechas, y las semanas siguientes el diario presenta importantes lagunas.

En las primeras semanas del nuevo año, Irving se encuentra agotado tras la preparación del Compendio y probablemente aquejado de inflamaciones herpéticas, que se reproducirán en varios momentos de su vida. Pese a ello, escribe, como hemos dicho, algunos pasajes de lo que luego serían los Cuentos de la Alhambra y de las Leyendas de la conquista de España. También pretende continuar los Compañeros de Colón, aunque comprueba que no puede ampliar información en el Archivo de Indias sobre otros personajes del descubrimiento a no ser que pida otro permiso específico. El 4 y el 18 de enero vuelve a salir al campo en San Juan de Aznalfarache. El 2 de febrero va una vez más a Valparaíso, y el 8 a Alcalá, donde visita el castillo y el molino de la Mina. El 15 pasea por Tablada y llega hasta Tomares, donde disfruta de las vistas hacia el río. La ópera se había convertido en su entretenimiento favorito desde que había regresado a Sevilla en el otoño; y es que la ciudad vivía ese año un fervor operístico sin precedentes, con una buena compañía italiana y un amplio repertorio, prácticamente monopolizado por el compositor de moda, Gioachino Rossini.

El 25 de marzo Irving escribe a Everett y le comenta que le enviará tres paquetes recibidos de Mr. Burton, el cónsul americano en Cádiz, que piensa que son periódicos antiguos procedentes de Gibraltar. El envío no se realizará por correo, sino que aprovecha el próximo viaje de Juan Wetherell a Madrid para que éste le entregue los paquetes en mano:

> Mr. Wetherell es un miembro de una vieja y respetabilísima manufactura y casa comercial inglesa, que lleva establecida en esta ciudad cerca de medio siglo. Él es un hombre respetable e inteligente, y uno con el que yo creo ud. encontrará interés en conversar, ya que conoce bien España y muchas de las situaciones que han tenido lugar aquí en el transcurso de los últimos veinte años. (Letters, 2:394)

Wetherell marchó para Madrid en la diligencia del 26 de marzo, pero, a su llegada el día 30, fue registrado por las autoridades y sometido a un interrogatorio. Cuando se encontró con Everett le contó lo sucedido, y éste envió carta de protesta a Manuel González Salmón, Secretario del Despacho de Estado. También escribió a Irving, que el 15 de abril le contesta:

> Me imagino que hay algo de animadversión hacia él desde que fue un ardiente defensor de la Constitución, durante el corto periodo de su existencia. Él es capaz de darle a usted muchos curiosos e interesantes detalles sobre los escenarios y personajes del drama político que se representó aquí. (Letters 2:402)

Según exponen las autoridades, la detención se debió a que, en contra de lo establecido en las normas de correos, los paquetes estaban cerrados y, sobre todo, como sospechaba Irving, a que Wetherell había tenido un pasado revolucionario en Sevilla y llevaba en su pasaporte la nota de "liberal muy exaltado".[4]

Entre tanto, Irving ha conseguido que Dolgorouki venga a hacerle una visita. El 25 de abril hacen juntos una excursión a Gelves. La última anotación que se conserva en el diario de Irving sobre Sevilla, tres días antes de partir hacia Granada, es una descripción del Convento de San Francisco, en la que incluye un simple dibujo de una de las fuentes, con unos arcos al fondo (Life and Letters 4:266). Según nuestra hipótesis, estas notas, junto con la historia narrada previamente en Granada por el Conde de Teba, le servirán años más tarde para escribir el relato titulado "Don Juan: A Spectral Research" (Wolfert's Roost), que trata del mito de Don Juan y su nuevo alter ego, Miguel Mañara, cuya trascendencia literaria tendremos que explicar en otro momento; especialmente en los paralelismos con la concepción de Les âmes du purgatoire de Mérimée.

Irving parte de Sevilla camino de Granada el 1 de mayo, en compañía de su buen amigo Dolgorouki. La narración de este viaje la incluirá con ciertas licencias literarias en el primer capítulo de los Cuentos de la Alhambra. En la edición revisada de 1851 Irving añade el siguiente detalle sobre su salida de Sevilla:

> Así equipados y atendidos, salimos a medio galope de la "hermosa ciudad de Sevilla" a las seis y media de la mañana de un radiante día de mayo, en compañía de una dama y un caballero, conocidos nuestros, que cabalgaron algunas millas con nosotros, a la manera española de hacer las despedidas.

SEVILLA EN EL RECUERDO

Mientras estaba en Granada, Irving recibe una carta para que se incorpore como Secretario de la Embajada en Londres, cargo en el que permanecerá hasta 1832, cuando vuelve de nuevo a su país. Durante este tiempo prepara para la publicación dos nuevos libros sobre temas españoles: Voyages and Discoveries of the Companions of Columbus (1831) y The Alhambra (1832). No se encuentra muy a gusto en Inglaterra, pues echa de menos su país, que no ve desde 1815, y España, de donde le sacaron poco menos que a la fuerza. El 13 de mayo de 1830 escribe a Juan Wetherell en estos términos:

> Con las prisas por las diez mil distracciones que me acosan, temo que he olvidado agradecerle la caja de naranjas que ha enviado ud. a petición de Miss Lizzy y su mamá, por la cual tienen ustedes tres mi más profundo agradecimiento. Ojalá yo estuviera una vez más caminando silenciosamente bajo los árboles que las produjeron, pues la vida londinense fustiga hasta mi alma. [...] Cuántas veces miro hacia atrás con pesar la tranquila vida de esparcimiento literario que pasé en Andalucía, bajo cielos tan serenos, y disfrutando de un clima tan delicioso! (Letters 2:521)[5]

No es casual que en septiembre de ese año firmara un poema escrito en castellano, que contenía, además, este delatador estribillo:

> ¡Ay Dios de mi alma!
> Saqueisme de aquí,
> ¡Ay! que Inglaterra
> Ya no es para mí. [...]

4 Archivo Histórico Nacional. Estado, leg. 5576, exp. 9.

5 Carta a John Wetherell, Londres, 13 de mayo de 1830.

En la carta anterior, Irving pide a Juan Wetherell que le consiga varios dibujos para la edición Murray de su próximo libro, Voyages and Discoveries of the Companions of Columbus. Sin embargo, parece que Juan ya estaba preparándose para hacer un viaje a Londres y deja el encargo a su hermana, que contacta con el dibujante Ignacio Wagner, autor de los frontispicios de La Rábida y Palos. En Londres, Juan Wetherell se encontrará de nuevo con Irving y éste le ayudará a realizar algunas gestiones durante su noviazgo con la jovencísima Sophia Gilbert. Cuando Juan regresa a España, Irving escribe a María Hipkins informándole del asunto con fina ironía:

6 Londres, 21 de octubre de 1830.

7 Londres, 17 de diciembre de 1830.

8 Conservado en la colección Taylor de la Universidad de Virginia.

> A estas alturas, John habrá llegado ya a Sevilla, a no ser que haya sido ahorcado o tiroteado en route. Sin duda le habrá dado buena cuenta de su noviazgo y compromiso en Londres, y, como usted sabe que él tiene un poco de andaluz, es posible que usted se imagine que simplemente está haciendo una de sus acostumbradas exageraciones. Le satisfará, por ello, tener una palabra que lo corrobore, de parte de una persona con más peso y credibilidad.... La miniatura que se llevó con él, si no se la han robado por el camino, le dará a usted una idea de su belleza física, que es tanta como un hombre razonable llegaría a desear. Además, tendrá una sustanciosa pequeña fortuna, que no es, con todo, el rasgo menos agradable de su carácter. (Letters 2:556-7)[6]

Algunas semanas más tarde, Irving actúa de intermediario cuando Juan Wetherell hace lo propio y le envía un retrato suyo a la novia:

> Su miniatura llegó a su destino sin complicaciones, aunque lentamente, y tengo la satisfacción de informarle de que no se parece mucho a usted... Vi a la joven dama hace unos días, cuando le entregué el retrato. Estaba más radiante y bonita que nunca, y estoy más convencido que nunca de que está muy por encima de lo que usted se merece. (Letters, 2:570-1)[7]

En octubre de 1830 muere Miguel Walsh, el vicecónsul británico en Sevilla. Irving se entera por la carta de Juan Wetherell, que aprovecha para pedirle que medie para que lo sustituya su amigo Hill, a quien Irving ya conoció en las tertulias sevillanas, pues trabajaba en el despacho del vicecónsul. Al final será el comerciante y coleccionista Julian Williams quien suba a ese puesto el 6 de abril de 1831.

En 1832 Irving regresa por fin a su país natal. El escritor enviará a John Wetherell, a través de su hermano Ebenezer, un ejemplar dedicado de su nuevo libro, The Alhambra.[8]

EMBAJADOR EN MADRID

Se ha especulado mucho sobre las razones por las que Irving no volvió a visitar Andalucía, y especialmente Granada, durante su periodo de embajador en Madrid (1842-1846). Sus tareas diplomáticas, la inestabilidad política y, sobre todo, sus problemas de salud fueron a nuestro juicio los principales motivos de este aparente olvido; también, el que no tuviera en Madrid a nadie que tirara de él como compañero de aventuras –la edad tampoco le permitía ya muchas–, y especialmente, el que, después del tiempo transcurrido, apenas le quedasen amigos por estas tierras, algo que, conociendo la activa vida social de Irving, ésta pudo ser razón más que suficiente. Juan Wetherell será el único personaje que mantendrá ese vínculo y a él remitirá, de hecho, las cartas de presentación para sus conocidos. Y es que Juan Wetherell era entonces el único amigo que le quedaba en el sur.

OBRAS CITADAS

Álvarez Pantoja, María José. "Nathan Wetherell, un industrial inglés en la Sevilla del antiguo régimen." Moneda y Crédito 143 (1977): 133-186.

Beerman, Eric. "Washington Irving en el Archivo General de Indias (1828-1829)." Archivo Hispalense 207-208 (1985): 153-166.

Bowers, Claude G. The Spanish Adventures of Washington Irving. Boston: Houghton Mifflin Company, 1940.

Canga Argüelles, José. Documentos pertenecientes a las Observaciones sobre la Historia de la Guerra de España. Madrid, 1836.

Capell-Brooke, Arthur de. Scenes in Spain. New York: George Dearborn, 1837.

Cunningham, Allan. The Life of Sir David Wilkie. Vol. 2. London: John Murray, 1843.

Garnica, Antonio, ed. Washington Irving y los lugares colombinos. Huelva: Diputación Provincial, 2001.

Garnica, Antonio. "El año sevillano de Washington Irving". Washington Irving en Andalucía. Ed. Antonio Garnica. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2004.

Gaceta de la Regencia de España e Indias, 31 de diciembre de 1811.

Gómez Murga, Ezequiel, Jesús Barbero Rodríguez y Charlotte Luisa Dinger. "Nathan Wetherell (1747-1831), un inglés por tierras de Dos Hermanas." Dos Hermanas. Feria y Fiestas 2006. Dos Hermanas: Ayuntamiento, 2006, 73-79.

Irving, Pierre M. The Life and Letters of Washington Irving. 4 vols. New York: G. P. Putnam, 1862 (vols. I-II) y 1863 (vols. III-IV). [Ed. revisada y abreviada: 3 vols. New York: G. P. Putnam's Sons, 1869].

Irving, Washington. The Complete Works of Washington Irving. Ed. Richard Dilworth Rust. Boston: Twayne Publishers.

- vol. IV: Journals and Notebooks. Volume IV, 1826-1829. Eds. Wayne R. Kime y Andrew B. Myers, 1984.
- vol. XIII: A Chronicle of the Conquest of Granada, by Fray Antonio Agapida. Ed. Miriam J. Shillingsburg, 1988.
- vol. XXIV: Letters. Volume II, 1823-1838. Eds. Ralph M. Aderman, Herbert L. Kleinfield y Jenifer S. Banks, 1979.
- vol. XXV: Letters. Volume III, 1839-1845. Eds. Ralph M. Aderman, Herbert L. Kleinfield y Jenifer S. Banks, 1982.
- vol. XXVI: Letters. Volume IV, 1846-1859. Eds. Ralph M. Aderman, Herbert L. Kleinfield y Jenifer S. Banks, 1982.
- vol. XXIX: Miscellaneous Writings. Volume II, 1803-1859. Ed. Wayne R. Kime, 1981.

MacKenzie Alexander S. "Carta a H. W. Longfellow". Gibraltar, 7-7-1827. Harvard University, Houghton Library.

Mcclary, Ben Harris, ed. Washington Irving and the House of Murray. Knoxville: University of Tennessee, 1969.

Montoto, Santiago. Fernán Caballero (algo más que una biografía). Sevilla: Gráficas del Sur, 1969.

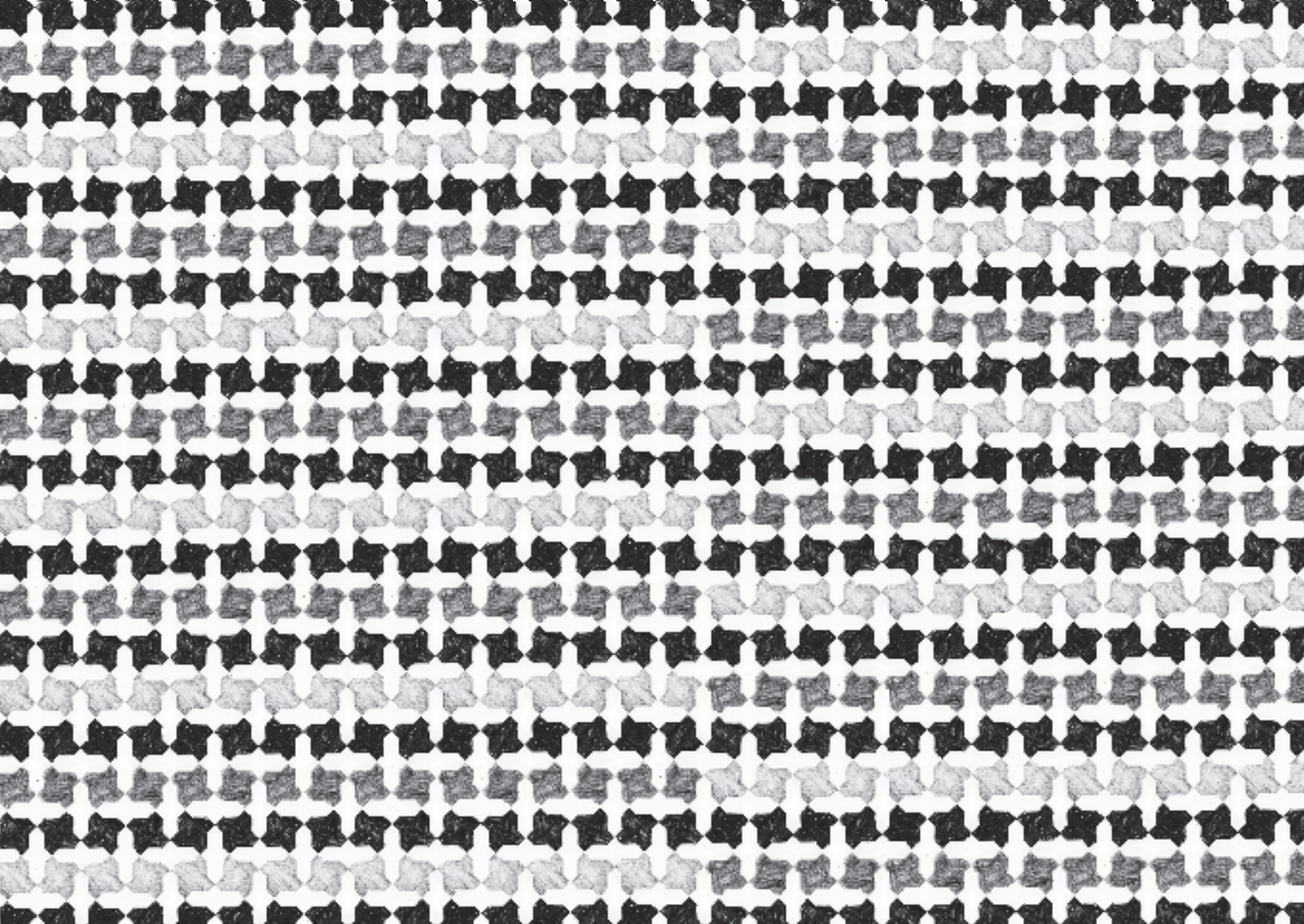
Standish, Frank Hall. Seville and its Vicinity. London, 1840.

Trazegnies Granda, Leopoldo de. "La hacienda de Cecilia", en Los Alcores. Crónicas visueñas. Barcelona: Asociación Cultural Grafein, 2009.

Washington Irving y la Alhambra. 150 aniversario (1859-2009). Catálogo de exposición. Granada: Patronato de la Alhambra y el Generalife, 2009.

Wetherell, John. The Great Misfortune I met with on the 22nd March 1845. Ms. c.1860. Colección particular.

Williams, Stanley T. The Life of Washington Irving. 2 vols. New York: Oxford University / London: H. Milford, 1935.



III

WASHINGTON IRVING Y MOGUER

Diego Ropero Regidor

III

"... sentimientos de gratitud hacia Moguer y sus hospitalarios vecinos." (Sevilla, 1828)[1].

Cuando Washington Irving visitó los lugares colombinos, Moguer era una población que aún recordaba la guerra contra los franceses; además eran perceptibles en el ambiente de 1828, año en que tuvo lugar la llegada del escritor norteamericano, los cambios producidos en los gobiernos de la nación: los dos liberales inspirados por el impulso regenerativo de la Constitución de Cádiz (1812) y el período absolutista representado por Fernando VII, el monarca intransigente e involucionista que precipitaría al país al desastre y al enfrentamiento, surgiendo la idea de las dos España. Esta complicada situación dejó las puertas abiertas a la emancipación de los territorios americanos, gobernados cada vez con mayor dificultad desde la metrópolis, que no pudo ni supo conservarlos. En la Ominosa Década (1823-1833) tenemos ante nosotros unas estructuras caducas que necesitaban ser abolidas para asegurar que el país no quedara aislado del resto de las naciones europeas –como de hecho ocurrió–, propiciando la liquidación del Antiguo Régimen.

El viajero romántico llegaba en un momento de retroceso en casi todo, en contraste con dos grandes proyectos desamortizadores emprendidos contra la concentración de la propiedad en manos privilegiadas y exentas de cargas tributarias, principalmente la Iglesia, que evidenciaban razones políticas y económicas para hacer viable la reforma agraria muchas veces demandada desde la época de los gobiernos ilustrados, si bien finalmente el capital obtenido por la venta de bienes nacionalizados se emplearía en sufragar la Deuda pública y los gastos de la guerra civil, cuya urgencia económica y financiera precipitó el proceso que se había iniciado en 1798 con los primeros decretos. La desamortización eclesiástica tiene dos momentos claves: los comienzos del Trienio liberal (1820) y el impulso definitivo con Mendizábal (1836). A pesar de que el interés del escritor viajero se centraba en conocer los lugares donde se preparó la famosa gesta colombina, hito que le atraía extraordinariamente según ha quedado plasmado en su Diario, y no fue otra la razón que le llevó a conocer de primera mano los entresijos de una de las familias que mejor supo guardar esa herencia histórica, los Hernández-Pinzón. Sin embargo, no debió dejar pasar por alto la realidad de un país que se debatía entre el pasado más añejo, un presente acuciado en su conjunto por problemas endémicos, y un futuro que demandaba propuestas claras de cambio en todos los sectores.

A mediados de la década de los veinte del siglo XIX, Moguer contaba con 6.700 habitantes, seiscientos menos de los que se registraron en 1803[2]. La causa principal de dicho descenso de población fue la guerra. En la estadística de la época aparece destacada su condición de ciudad, perteneciente a la provincia y arzobispado de Sevilla, y partido de Huelva. Tenía Aduana marítima habilitada para el comercio de cabotaje y exportación al extranjero y una Ayudantía de Marina, servida por un contramaestre de la Armada, que dependía de la Comandancia de la provincia de Ayamonte y que llevaba aneja la Capitanía del puerto (Gorostidi y Alonso 1983), la administración subalterna de rentas y otra de loterías. La ciudad contaba también con un Juzgado asistido por cuatro

1 Washington Irving. Washington Irving y los lugares colombinos. Traducción y notas de Antonio Garnica. Huelva: Diputación Provincial, 2001. Washington Irving en los lugares colombinos. Moguer, Palos de la Frontera y La Rabida, Agosto 1828, ed. de E. Myro y M. Hildebrandt. Palos de la Frontera: Lubrizol, 1985.

2 En las respuestas sobre el estado de población para 1803 se contabilizó un total de 7.327 habitantes. A.H.M. Libro de actas capitulares. Leg. 24. Ver Ropero-Regidor (2001).

procuradores, una administración de la renta del tabaco, una estafeta de correos, dependiente de la administración de Niebla, adonde se iba por las cartas tres días por semana (Madoz 107), y dos escribanías públicas del número[3].

3 En la época que nos ocupa fueron atendidas por Francisco Fernández de la Maza, la primera, y Juan Cayetano de Burgos y José Joaquín Rasco, la segunda.

Miñano recopila en su Diccionario (1826, 58) aspectos y noticias de la vida del municipio ya extractados algunos de ellos con anterioridad por Espinalt y García (1795). Los censos de población y cuestionarios sobre el estado del municipio son las fuentes principales utilizadas para dar a conocer los aspectos más destacados. Hacen referencia a la parroquia de Santa María de la Granada (noble fábrica que llamaba la atención por su grandiosidad y aspecto catedralicio, reflejo de la calidad de su sede) al monasterio de monjas de Santa Clara, edificio de clausura vinculado a la biografía de Colón y el Descubrimiento, y al convento de San Francisco, habitado por frailes de dicha orden. Ambos seguían activos cuando Washington Irving se hospedó en Moguer. Según Miñano, existía también un hospital de beneficencia, el del Corpus Christi, un castillo "arruinado" (de esta forma aparece descrito en la documentación de la época), del que nos ocuparemos más adelante, un depósito para el grano instalado en una dependencia del Ayuntamiento, dos escuelas de primeras letras y una de gramática latina.

Moguer, la antigua Olontigi o Lontigi, según parecer de ciertos eruditos que bebieron de los textos clásicos y lo interpretaron a su manera, se encuentra situada en un promontorio a unos 50 metros de altitud sobre el nivel de mar y a una distancia de 70 pasos del río Tinto, que fertiliza la tierra adyacente, aunque gran parte del término es arenoso. Su clima saludable era propicio para los cultivos, principalmente el viñedo. La riqueza del municipio era el vino que se exportaba, desde antaño, a poblaciones de la Península y al extranjero. Confina el de Moguer, por un lado, con los términos de Huelva, San Juan del Puerto, Gibraleón, Trigueros y Beas (del que sólo le separa el río); y por la parte opuesta con Palos, Lucena del Puerto, Bonares, Rociana y Almonte, a una distancia entre sí de entre una y cuatro leguas, mientras que la capital está a catorce.

LUGARES Y PERSONAJES DEL DIARIO

El interés que Washington Irving mostró al llegar a España en conocer los predios relacionados con la hazaña del Descubrimiento se materializó con la biografía History of Columbus, publicada en Londres en 1828, el mismo año de la visita a los lugares colombinos. Esta obra recoge los testimonios escritos y el bagaje de sus contactos con personajes que, como los Hernández-Pinzón, aún mantenían el legado de sus antepasados, que preservaban con orgullo, y, cómo no, el Diario, que, a modo de flash back, escribió y en donde relata su corta pero intensa experiencia en Moguer, Palos y La Rábida. El extracto de esta visita, realizada durante los días 12 al 14 de agosto, corrobora además la predilección que los escritores románticos tenían por los escenarios de especial significación histórica y especialmente, los que habían quedado relegados a una situación de olvido y abandono. Irving no pudo resistirse al tener noticias que los edificios que mencionara en su Historia aún permanecían "casi en el mismo estado en que se encontraban" y que los descendientes de los hermanos Pinzón "todavía florecen en aquellos lugares" (Irving 43).

El escritor salió de Sevilla, donde se hallaba instalado desde mediados de abril de 1828, la mañana del lunes 11 de agosto. Por los textos sabemos que fue un verano muy caluroso, lo que hacía más duro, si cabe, el viaje. Éste se hacía en dos jornadas, de ahí que pernoctara a mitad de camino, a la altura de Villalba del Alcor, donde pasaría la noche en una solitaria

venta, que describe como "una gran cuadra de bajo techo dividida en varios compartimentos, que servía de albergue a los arrieros y las mulas que se encargan del comercio interior de España (43).

En España, las comunicaciones mantenían un esquema radial que partía de Madrid y conectaba con las zonas periféricas. Su trazado, mejorado a finales del XVIII, respondía a la política centralizadora de la época: las vías principales seguían las calzadas romanas, mientras que las otras eran, en su mayoría, caminos de herradura. Los caminos del sur andaluz presentaban un estado mucho más precario. Una red viaria moderna era fundamental para el comercio y una agricultura en expansión que demandaba mejoras. Los poderes públicos, sabedores de la importancia que tenían los caminos para el desarrollo de la economía, invirtieron grandes sumas en su construcción y reparación, sobre todo en aquéllos que gravaban el tráfico de mercancías, puesto que los que percibían tales derechos estaban obligados a destinar a estas obras lo que fuese necesario de las sumas recaudadas (Anes 222-8)..

La calesa en la que viajó Irving desde Sevilla tomó la calzada hasta la altura de Niebla. Desde este núcleo, no queda claro si cruzó el puente romano sobre el río Tinto y, más adelante, la Pasada de las Tablas, donde el cauce se estrecha, o siguió a través de varios caminos de herradura por la margen izquierda del río con dirección a Moguer. El vehículo que utilizó era más ligero que la antigua calesa de cuatro ruedas; de él hace una pormenorizada descripción, "es un carruaje de dos ruedas, parecido a un cabriolé". La suspensión por medio de ballestas que amortiguaban las vibraciones y los golpes bruscos permitía aislar la caja, y hacía que el mal estado de los caminos no quebrantase demasiado los huesos y músculos de los viajeros (Anes 229).. Tras dejar atrás unos "campos tan solitarios", se adentró por la senda de Pinete –antiguo camino real en cuyas laderas y fincas del entorno se dejaban ver restos dispersos de la cultura romana– que conectaba con el monasterio de los frailes jerónimos de la Luz (cuartel, no hacía mucho, de las tropas francesas) y contempló sin duda una vieja fuente con su abrevadero para alivio del ganado que hacía dicho trayecto[4].

Entró en la ciudad al día siguiente, después de la puesta de sol y, como era de esperar, se dirigió a la posada para arreglar su hospedaje. Por el relato nos percatamos de su ávida capacidad de observación. La calesa tomó las mal pavimentadas calles del centro hasta la plaza del Ayuntamiento, donde se concentraban parte de los servicios, como tiendas, tahonas, tabernas y otros establecimientos. La posada principal estaba situada en la calle del Mesón, en el tramo más cercano a dicha plaza, exactamente en la esquina del Campo del Castillo, entonces con una cierta fisonomía industrial debido a las bodegas y los lagares. A ella se dirigió nuestro viajero.

De 1828 no hemos encontrado datos sobre el mesón, pero su permanencia y la identidad del dueño debían ser los mismos que aparecen en dos actas notariales anteriores a esta fecha, en las que se materializa ante escribano público el alquiler de dicho establecimiento a un tal Juan Gómez Batista por parte de José García, presbítero, administrador de los bienes y rentas del Hospital del Corpus Christi. El arrendamiento de las "casas posadas" se hacía cada año y el arrendador estaba obligado a cumplir una serie de condiciones recogidas en el contrato. Por el alquiler del año 1822 pagó 3.500 reales; por el de 1825, la cantidad de 3.200[5].

4
Se trata de una construcción mudéjar que el Concejo reparaba reiteradamente con el fin de garantizar su conservación, la cual recuerda a una qubba islámica, del estilo de la que existe en las inmediaciones de la ermita de Montemayor y la Fontanilla de Palos. Todavía se aprecia su templete, con vanos abiertos, y su abrevadero, ya sin agua, después de siglos de recibirla desde un manantial que aún sigue manando.

Sabemos, por tanto, que la posada era propiedad del hospital desde tiempo inmemorial y que la persona que Irving encontró en ella no sería otra que Juan Gómez, personaje que describe como "uno de los hombres más amables del mundo, dispuesto a hacer todo lo posible para asegurar mi comodidad". No era un establecimiento que estuviera a la altura de las exigencias de un viajero de la calidad de nuestro visitante, pues más parecía "una venta para muleros", acostumbrados a dormir en el suelo, en donde "no había ni dormitorio ni cama alguna". Sin embargo, y a pesar del contratiempo, el posadero se desvivió con el huésped extranjero improvisando una alcoba que le garantizaría el mejor acomodo posible.

Las personas de calidad solían hospedarse en casas privadas –observación que Irving nos transmite– cuando estaban de paso, ya fuese por motivos familiares o de negocios. A pesar de lo apartada que estaba la ciudad de enclaves tan importantes como Cádiz o Sevilla, las relaciones fueron intensas, sobre todo con la primera, adonde iban y venían con sus cargas los barcos vinateros que, hasta hacía poco, habían suministrado a la Real Armada y mantenían el negocio con compañías (algunas de ellas formadas por vecinos de Cádiz y Moguer) y particulares que despachaban en sus establecimientos los productos de esta tierra.

Resuelto el hospedaje, el posadero se ofreció a acompañar a nuestro visitante a la vivienda de don Juan Hernández-Pinzón, a quien conocía por referencias. Al comienzo del relato, Irving hace mención a una carta de presentación que un hijo suyo le había entregado en Sevilla, coincidiendo con un encuentro casi fugaz, pues tuvo noticia de este miembro de la familia Pinzón el día antes de su partida hacia Moguer. Es posible que se refiera a Ignacio, el hijo mayor, y no a Rafael, pues a éste lo conoció durante su visita. El que fuera estudiante de Derecho es un detalle importante que no hemos podido contrastar, aunque en los expedientes de alumnos de esa disciplina del Archivo de la Universidad Hispalense no consta –según se desprende de las investigaciones de Antonio Garnica– dicho nombre y apellido. Ahora bien, don Juan tenía un hijastro, Juan, aportado por su mujer Juana Fernández de la Maza, de su anterior matrimonio con Antonio Bueno Arrayá, que no descartamos[6]. Juan Hernández-Pinzón y Juana Fernández, que había enviudado meses atrás, se casaron en 1799 y tuvieron cuatro hijos: María de la Concepción, Ignacio, Ana María y Rafael, el "gallardo joven de veintidós años" que estudiaba francés y matemáticas, tal como lo recordaría Irving en su relato. De este último sabemos que no hizo el servicio militar, yendo en su lugar un tal Ignacio González a cambio de 1.500 reales. Esta era una fórmula que las familias pudientes usaban para librar a sus hijos, inmediatamente después de celebrarse el sorteo de los quintos[7].

La casa, situada en la céntrica calle Nueva, era propiedad de Juana Fernández de la Maza, quien a su vez la había heredado de la legítima que correspondió a su hijo José, fallecido poco después de su primer marido. Se trataba de la típica vivienda andaluza de una familia acomodada, compuesta de dos plantas –ambas habitables según la estación del año–, con patio central en cuyo entorno se distribuían las habitaciones, un patio trasero y corral, además de otras dependencias. Hernández-Pinzón invirtió su capital en diferentes reformas:

5
A.H.M. Escrituras de arrendamiento de la posada otorgadas por José García, presbítero, a Juan Gómez, ante el escribano público Francisco Fernández de la Maza. Moguer, 1 de julio de 1821 (leg. 295, fol. 65 r.-66 v.), y 2 de enero de 1824 (leg. 298, fol. 241 r.-242 v.). El 7 de junio de 1826 el administrador del Hospital sacó copia, según consta por la nota marginal.

6
En el padrón de habitantes de 1798, Juana Maza, de treinta y dos años, y Antonio Bueno, de treinta y tres, aparecen registrados en la calle Nueva con dos hijos: uno de tres y otro de uno. A.H.M. Libro de actas capitulares, años 1798-1799. Instrucción para renovar el estado de población: padrón del año 1798. El segundo hijo falleció después de su padre.

7
A.H.M. Protocolos Notariales. Escritura de obligación recíproca otorgada por Juan Hernández Pinzón a favor de Manuel Nieves, tutor de Ignacio González, su nieto huérfano, ante el escribano público José Joaquín Rasco. Moguer, 17 de abril de 1827. Leg. 303, fol. 96 y ss.

sólo las casas principales [...] he mejorado dándoles un jardín bastante amplio y desente; he puesto en todas las ventanas y balcón puertas, cristales, lasenas cómodas en las cosinas y comedores, granero vajo de una pieza que tenía la casa en el corral innabitable y servía para las vasuras, agrandando la caballerisa y granero alto[8].

La descripción coincide, salvo algunos detalles, con la casa de Juan Ramón Jiménez[9]. Al llegar a ella, la criada "nos condujo a través de un pequeño patio, situado en el centro del edificio y refrescado por una fuente rodeada de macetas de flores". El encuentro con don Juan tuvo lugar en el patio trasero, donde disfrutaba, en compañía de su esposa, del fresco de la noche de un tórrido mes de agosto. A Irving le pareció "un digno y respetable anciano, alto y más bien delgado, de tez clara y cabellos grises", y más adelante se referiría a él como persona ocurrente, "lleno de una envidiable alegría de vivir y hombre de buen y sencillo corazón". Tenía setenta y dos años, edad avanzada por cierto, de lo que se deduce que se casó ya mayor con la madre de sus hijos. Si su fallecimiento se produjo en 1836, a los 79 años, el dato que nos proporciona el relato es correcto.

Pero volvamos a la familia Hernández-Pinzón de Moguer. ¿Quién era el susodicho don Juan? Es lo que vamos a desvelar. Sabemos que era hijo de José Hernández-Pinzón y de Ignacia Prieto Tenorio. Ambos tuvieron cinco hijos: Francisco, Juan, José Joaquín, Manuel y Luis. Todos varones. Esta circunstancia garantizaría la permanencia del apellido compuesto. Sus abuelos por línea paterna se llamaban Francisco Hernández-Pinzón y Catalina Benítez, y siguiendo la ascendencia llegaríamos hasta el mismísimo Martín Alonso Pinzón, capitán de la carabela "Pinta" en el viaje de descubrimiento. Cuando José Hernández-Pinzón otorgó su estamento en 1798 ya había enviudado, apareciendo en el padrón de habitantes de ese año resaltado por su estado noble y como hacendado. Su casa morada estaba situada en la calle de San Francisco, muy próxima al hospital del Corpus Christi, y en ella vivían también su hijo José Joaquín, de treinta y seis años, y su mujer Jerónima Ramos, con dos hijos, uno de tres y otra de dos. El servicio de la casa, como correspondía a una familia de su calidad, estaba compuesto de un mayordomo, José Arévalo, de quince años, tres criadas de avanzada edad, una hija soltera de dieciocho años de una de ellas y un mozo, también soltero, de dieciocho años. Aparte de la casa principal, José Hernández-Pinzón tenía otras viviendas en distintas zonas de la ciudad: la situada en el Campo de Santa Clara, al final de la calle de las Cocheras, la tenía arrendada al coronel del Regimiento de Pavía, y otra en la calle Nueva que se hallaba alquilada al maestro de sillas del mismo Regimiento[10].

El padre de Juan se encargó de reunir toda la documentación que así lo acredita. Irving hace mención a un volumen manuscrito que pudo ver en la casa de Luis Hernández-Pinzón, el más joven de los hermanos y el único que al parecer mostraba interés y satisfacción "en la grandeza histórica de su casa". En parecidos términos, y refiriéndose a sus hijos, se expresa el patriarca en su testamento, otorgado en abril de 1798: "todos mis deseos siempre han sido la colocación, y acomodo de mis hijos con el honor, y esplendor correspondiente a su distinguido nacimiento y a este yntento he gastado en ellos, y con este objeto, quantiosas summas"[11]. Se trataría del Libro de hidalguía del apellido, donde se reconstruye el parentesco y se relata, con ayuda de los cronistas de Indias y documentos

8
A.H.M. Protocolos Notariales. Testamento recíproco de Juan Hernández-Pinzón y Juana Fernández de la Maza, otorgado ante el escribano público Juan Cayetano de Burgos. Moguer, 11 de septiembre de 1806. Leg. 280, fol. 103 v.

9
Llama la atención la relación dominal que tuvo con este edificio la familia de Antonio Bueno Arrayá, primer marido de la esposa de Juan Hernández-Pinzón, quien aportaría una parte del capital a dicho matrimonio.

10
A.H.M. Libro de actas capitulares, años 1798-1799. Padrón de habitantes del año 1798.

11
A.H.M. Protocolos Notariales. Testamento de José Hernández Pinzón otorgado ante el escribano público Antonio Fernández Morodo. Moguer, 11 de abril de 1798. Leg. 271, fol. 279.

originales que obrarían en poder de José Hernández-Pinzón, la hazaña colombina. Dicho privilegio le fue otorgado a petición propia en 1777, después de aportar las pruebas exigidas, algunas de ellas sacadas de memoriales más antiguos.

Del libro original se hicieron varias copias a instancias de los herederos. La que forma parte de la colección que perteneció al almirante D. Luis Hernández-Pinzón Álvarez, hoy en poder de sus descendientes, fue la que consultaron Washington Irving y, un siglo más tarde, la investigadora norteamericana Alice B. Gould, cuando en los años veinte se adentró por los vericuetos de los archivos para reconstruir la lista de la marinería que acompañó a Colón. Una carta mecanografiada, firmada de su puño y letra, así lo atestigua[12].

Entre los documentos consultados destacan: el auto de armar caballero a Vicente Yáñez Pinzón, en 1501, del Archivo de Simancas; un fragmento del Informe, ad perpetuam rei memoriam, hecho por dos nietos de Francisco Martín Pinzón, de 1544 y 1562, propiedad de Jaime Pinzón Reinoso, de la rama de Ronda; dos poderes para gestionar mercedes, de 1474 (fecha probable) y 1634; los autos sobre posesión del privilegio de los Pinzón, al parecer incompletos, hechos en Moguer en 1691, que se encontraban en el Archivo del Ayuntamiento, en donde sólo queda parte del privilegio de hidalguía, cosido a un libro de actas capitulares; una carta explicando el pleito sobre dicha hidalguía, iniciado en 1734, cuya fecha es posterior a 1762; seis documentos notariales de Ronda y de Chancillería referentes al mismo pleito, de 1734 a 1736, y, finalmente, la certificación del Rey de Armas sobre la nobleza del apellido Pinzón, dada en 1734 y en 1770, con cédula de 1777 confirmando la hidalguía[13].

Los hermanos Hernández-Pinzón heredaron de sus padres el patrimonio que éstos habían acumulado: varias casas y fincas, además de una tienda o almacén de vinos nombrada "Pinzón Verónica", en la ciudad de Cádiz, donde otros moguereños mantenían negocios de igual índole, todo valorado en 15.000 reales. En 1798, y debido a los achaques y avanzada edad de José Hernández-Pinzón, se ocupaban de las cuentas y demás asuntos su hijo José Joaquín y José Vicente Arrebalo[14]. Ellos, por su cuenta, incrementaron los bienes de sus familias con constantes adquisiciones a particulares, sobre todo de viñedos. De manera especial destaca la compra que hizo Luis, por el precio de 50.000 reales, de una casa situada en la plaza de la Iglesia, compuesta con sus altos y bajos, graneros y cuanto le pertenecía, cuyos linderos daban de frente con la iglesia parroquial y la esquina de la calle de la Galinda. Sin duda se trata de un inmueble de consideración, si tenemos en cuenta su valor, que se extendía a lo largo de la actual calle de Santa María, de donde posteriormente se irían segregando trozos de la finca. Casi todos los bienes adquiridos se hallaban gravados con censos que tuvieron que seguir pagando a la colecturía y memorias particulares de la parroquia.

Además de los bienes acumulados por Juan Hernández-Pinzón y su mujer, Juana Fernández de la Maza, quien había llevado el capital de su anterior matrimonio, los hijos incrementaron sus respectivos patrimonios de forma constante, comprando fincas en distintos lugares del municipio y otros pueblos del entorno, con lo cual no sólo cubrieron con creces las necesidades de sus casas sino que también consolidaron un estatus que difícilmente podrían mantener sin bienes materiales, porque de intenciones y mercedes espiri-

12
Carta de Alice B. Gould a Luis Hernández-Pinzón (hijo del almirante del mismo nombre), Madrid, 15 de mayo (contestada el día 29). No consta el año, aunque debe ser anterior a 1927. Colección de Dña. Teresa Hernández-Pinzón Garrido. Existe copia digital en el Archivo Histórico Municipal de Moguer.

13
Véase Gould (1927). La descendiente del almirante Hernández-Pinzón, de Moguer, conserva también un traslado manuscrito en forma de libro, fechado en 1820, del Privilegio de Nobleza.

14
Testamento de José Hernández-Pinzón (Gould, 1927).

tuales se hallaban sobrados. Las fincas estaban en su mayor parte sembradas de viñas, que en tiempos de vendimia se llenaban de bullicio, al igual que las bodegas de su propiedad en la zona del Castillo y en otras calles de la población. También tuvieron que ver con el negocio de los barcos, en el que solían ejercer de prestamistas cuando algún vecino demandaba liquidez para atender alguna operación, siempre a un interés fijo. Esta actividad fue practicada por otros vecinos pudientes que no arriesgaban nada al tener garantizados el capital y los intereses con los bienes hipotecados del beneficiario.

Entre los mayores contribuyentes de la ciudad destacaban Luis Hernández-Pinzón, que aparece en cuarto o sexto lugar, y Juan Hernández-Pinzón. Ambos participaron de la vida política local debido a su condición de hacendados, lo mismo que hicieran sus otros hermanos. El primero, siendo el más joven, tuvo una mayor implicación: fue alcalde primero del Ayuntamiento constitucional en 1821, a comienzos del Trienio, junto con otros vecinos de apellidos también conocidos que repitieron durante el período absolutista. Su hermano José Joaquín había ocupado el cargo de regidor decano con anterioridad; en 1799 fue recibido como alférez mayor, siendo diputado de montes y arbolado. También Antonio y Manuel tuvieron responsabilidades en el consistorio moguereño. El primero fue nombrado alcalde en noviembre de 1835, fecha muy próxima al inicio del proceso de la desamortización de los bienes de la Iglesia. En ocasiones, unos y otros, trataron reiteradamente de eludir el tomar posesión de sus cargos, bien por enfermedad, por estar ausentes o por anteponer alguna exención o privilegio. Para quedar fuera, se dieron distintas fórmulas de protestas que debían ser justificadas con certificados médicos u otros documentos.

Los Hernández-Pinzón mantenían un vínculo muy estrecho con la Armada y la Milicia. Luis, teniente de navío retirado de la Real Armada, y Caballero de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo, había heredado la tradición marinera de sus antepasados. Ésta siguió vigente en su homónimo hijo. Fue el que escaló más alto, llegando al grado de almirante de la flota que se batió en la guerra del Pacífico (1862-1864), y quien daría más lustre si cabe al apellido. Antonio prefirió la milicia; fue oficial de Artillería, aunque vivió retirado en su casa de Moguer, con su familia.

El encuentro de Washington Irving con Juan Hernández-Pinzón tuvo que ser impactante para ambos. Después de declinar la invitación de quedarse en la casa familiar los días que durara la visita, por no hacerle un desaire al posadero y a su esposa (que tanto empeño pusieron en facilitarle un acomodo digno), se despidió. Al día siguiente, día 12 de agosto, Irving, acompañado de don Juan (así se le menciona en el relato), partió bien temprano para la Rábida en la misma calesa que lo había traído. El trayecto que siguieron está perfectamente delimitado. Dos caminos conectaban la ciudad con el histórico convento: el de Palos, que era de arrecife y seguía el trazado del camino real, y la senda de la marisma. A ésta se accedía por el arrecife de la Ribera y el camino del Tejar, desviación que sale al primero. Dice el escritor al respecto: "Como la marea estaba baja fuimos por la llana orilla del río Tinto". Tuvieron que salir por la ribera, dejando a la izquierda las viñas de la familia situadas en los Puntales y, a la derecha, el puerto. Durante el corto recorrido le llama la atención la secuencia de montes y colinas, es decir, los escarpes que se suceden hasta llegar a la desembocadura.

Se dirigieron a la hacienda que "se alza en lo alto de una colina y está rodeada de viñas" y no entraron en Palos. Subieron a ella desde el camino de la marisma que conecta con la calzadilla del pueblo (enclave del histórico puerto) y el convento de la Rábida. Irving, como de costumbre, hace su descripción:

> La casa era un edificio de piedra y de una sola planta, bastante largo y bien encalado. Un extremo del mismo estaba preparado como casa de verano con varias salas, dormitorios e incluso una capilla doméstica, mientras que el otro extremo estaba convertido en bodega, es decir, un almacén para guardar el vino que produce la finca.

15 Breve del papa Pío VII. Roma, 4 de junio de 1803. Original en latín. Archivo familiar de Dña. María Teresa Hernández-Pinzón Garrido.

El edificio en cuestión se conserva aún tal cual, salvo alguna pequeña alteración sin importancia. En realidad, la finca o bodega de "Buenavista" era propiedad de la mujer de Juan Hernández-Pinzón, aunque éste empleó bastante dinero en mejorarla. Cuando se casaron, en junio de 1799, los muros se habían caído y no tenía techumbre. Hizo también una fábrica de aguardiente,

> la que fue necesario edificarla dos veces porque la primera la arruinaron quasi toda los temporales porque acabada de edificar prinsipiaron por septiembre en la actual vendimia unas aguadas muy fuertes y a la tierra que aunque es de una consistesia fuerte en mojándose se deborona mucho, la cogieron fresca faltó la principal pared y se vino abajo toda ella.

Tal era la declaración que Juan Hernández-Pinzón hace en su testamento, otorgado conjuntamente con su mujer, en 1806.

Terminada de construir, la acondicionó con enseres traídos de otras bodegas, como las nueve tinajas de Lucena y Coria, una caldera de cocer arrope con su espumadera y acetre, además de seis tinajas de la hacienda de Bollullos, que correspondió a su mujer por la herencia de su hijo José, habido de su primer matrimonio y fallecido en edad pupilar después de su padre. También construyó una casa con un portal, alcoba y cocina para el casero, y otro para asistencia del dueño en época de vendimia. En total, la inversión realizada por don Juan en la reedificación de la bodega ascendió a 80.000 reales, cifra importante en consonancia con la dimensión de la finca. La hacienda y las distintas partes que componen el conjunto se conservan tal cual las describe Irving.

Pero sigamos en la hacienda. El escritor hace mención a una "capilla doméstica" que, efectivamente, era un espacio destinado al servicio religioso que utilizaba la familia cuando pasaba allí temporadas. Juan Hernández-Pinzón y Juana Fernández de la Maza contaban desde 1803 con un privilegio del papa Pío VII que les autorizaba a tener oratorio en su domicilio "in privatis domos sua habitasionis oratoris"[15], donde podían asistir a la celebración de la misa y otros ritos. Estos oratorios fueron instalados en las casas de algunas familias importantes de la ciudad y se mantenían como una señal de distinción. En el caso de la capilla de la hacienda de "Buenavista" el privilegio papal le otorgaría carta de naturaleza, puesto que éste no sólo afectaba al emplazamiento de la casa principal sino también al núcleo familiar. En dicha prerrogativa, por tanto, quedaría incluida también la capilla que sus propietarios mantenían en la finca de Palos.

Después de desayunar en la hacienda, en un ambiente distendido y cordial, con productos de la tierra, uvas moscatel y uvas negras del viñedo propio (el fruto debía estar ya maduro y cercana la próxima vendimia), melón del huerto de la casa y vino generoso, también de la hacienda, pusieron rumbo en la calesa al convento franciscano de la Rábida. La presencia del viajero extranjero no dejaba de causar extrañeza por allí donde pasaba, sobre todo al calesero, que no podía creer que hubiese personas interesadas en un lugar tan apartado y "miserable" como Palos. Siguieron la senda de la marisma y su-

bieron a la colina donde se localiza el convento, un edificio sencillo y semiarruinado. Lo habitaban tres religiosos: Fr. Antonio González, que había prorrogado su mandato por renuncia de Fr. José M. Canseco; un novicio y un hermano lego. El convento había sufrido los avatares sobrevenidos por los acontecimientos políticos de las dos últimas décadas: el 1808 quedó suprimido por el gobierno "intruso", retornando de nuevo la orden al finalizar la guerra; en 1822, en plena efervescencia liberal, fue nuevamente clausurado al estar dicho convento en un pueblo que no superaba los 450 vecinos, requisito que incluía el decreto emanado de las Cortes. Resultó ser un paréntesis muy breve, pues la comunidad regresó a la Rábida al año siguiente, aunque ya mermada. Los intereses de este convento de la Regular Observancia eran atendidos por el síndico, cargo que esta época ejercía un tal Francisco Ortega, vecino de Moguer[16].

16
A.H.M. Protocolos Notariales. Escritura de poder del síndico del convento de la Rábida a los procuradores del Juzgado de esta ciudad. Moguer, 10 de mayo de 1827. Leg. 301, fol. 254 r. y v.

En el recinto rabideño, Irving comprobó que no existía memoria escrita, es decir, documentos de la época del Descubrimiento, salvo algunas crónicas de Indias que recordaba uno de los frailes. Sin embargo, su interés por la historia colombina, en general, y por este humilde rincón franciscano, en particular, dejó abierta una grata fisura que le permitiría contemplar la imagen de la Virgen de la Rábida, titular del convento, una escultura de alabastro de la que habría tenido noticias por el manuscrito de Fr. Felipe de Santiago (1714), pues todo lo que el fraile contó a nuestro viajero estaba sacado de dicha obra. Mientras tanto, su imaginación desbordante se remontaba a los tiempos de Colón, a los preparativos de la pequeña flotilla, compuesta por una nao y dos carabelas, y a los personajes de Palos y Moguer que participaron en la gesta, especialmente los antepasados de Juan Hernández-Pinzón y los Niño. Ambas familias estaban bien arraigadas en la zona y sus miembros, armadores en su mayoría, compartieron intereses y establecieron vínculos familiares. Llama la atención la opinión de Luis Hernández-Pinzón, el más sensible a los temas colombinos y al pasado de su familia, sobre el hecho de que los barcos fueran preparados en el estero de Domingo Rubio por presentar mejor resguardo. Sin duda se trataba de una hipótesis, aunque sin fundamento histórico. Desde el mirador de la Rábida se divisaba la antigua torre vigía de la Arenilla, emplazada en la confluencia de los ríos Tinto y Odiel. Se trata de un grueso tronco de cono, cuya fábrica de ladrillo es de finales del siglo XVI (Mora Figueroa 34). Esta misma visión panorámica se advierte desde el mirador rabideño, aunque bastante distorsionada por las fábricas del complejo químico.

De regreso a la hacienda, el retiro campestre de los Pinzones, se encontraron con Rafael, el hijo menor de don Juan, de quien nos hemos ocupado anteriormente. Cuando terminaron de comer, el "anciano caballero" y su invitado echaron la típica siesta, "como hacen los españoles en el verano". La brisa marina hacía muy agradable la situación de la finca. Aún quedaba la visita a Palos, parte principal, tal como sugiere el título A visit to Palos, del relato irvingiano que seguimos a modo de guión cinematográfico. El pueblo era pequeño, consistiendo fundamentalmente en dos calles de casitas bajas y encaladas en cuyo extremo opuesto a la hacienda se alzaba la iglesia de San Jorge Mártir, patrón de la villa. Como ya había demostrado en la visita a la Rábida, nuestro viajero se interesó por el archivo parroquial, que había sido destruido, según manifestó el cura párroco con cierto gracejo: "¡Dios le guarde, señor don Juan! He recibido su recado y sólo tengo una respuesta que darle: los archivos fueron destruidos y no queda ni traza de lo que usted busca, nada de nada. Don Rafael tiene ya las llaves de la iglesia, que pueden ustedes ver con toda tranquilidad. ¡Adiós, caballero!" Y, diciendo estas palabras, el buen clérigo se subió en el burro, le golpeó los costillares con la culata de su arma y salió trotando en dirección al monte". Del archivo,

se han conservado varios libros registro de bautismos, matrimonios y defunciones, con una cronología que se inicia en 1560 (Izquierdo Labrado 10). La realidad, por tanto, nada tiene que ver con la severa afirmación que el cura –a quien pondremos nombre y apellidos– hiciera a nuestros anfitriones. Se llamaba José Miguel Núñez y era el cura único, además de beneficiado de la iglesia parroquial[17]. Su apariencia –dice Irving– era muy pintoresca: bajo de estatura pero ancho y fornido. Desconocemos la edad que tendría en 1828, aunque sí algunos aspectos relacionados con su vida y sus aficiones. Dada su condición de eclesiástico, tenía algunas propiedades que le proporcionaban cierta holgura. Este tipo de personaje, más atento a las cosas mundanas que a las espirituales, se repite con frecuencia. No es de extrañar que cuando se encontró con don Juan y Washington Irving, cuya identidad y propósito debió de causarle escaso interés, antepusiera su plan de escapar al campo, con su escopeta y vestido de paisano, para dar satisfacción a su instinto natural, posiblemente el de ir a su finca o cazar en el monte, dejando libertad de movimiento a los visitantes con la llave de la iglesia. A don Juan, dicho desplante no le sorprendería, teniendo en cuenta que lo conocía y lo trataba, no solo en Palos, sino también en Moguer, donde el cura tenía una casa[18].

En 1828 el alcalde de Palos era Lorenzo Gutiérrez, identidad que hemos establecido por unos recibos de pago de derechos que se encuentran anejos a varias escrituras de compraventa de fincas situadas en ese término municipal. Aunque el dato lo consideramos circunstancial, interesa por tratarse de la primera autoridad del pueblo, alguien que no pasaría desapercibida por su condición a ningún vecino.

Antes de subir a la iglesia pararon "junto a las ruinas de lo que había sido en otro tiempo una casa espaciosa y bella, muy superior a los otros edificios del pueblo". Se trataba de una antigua propiedad de la familia –según expresó don Juan– situada en la calle de la Rábida, que pudiera haber sido residencia de Martín Alonso o Vicente Yáñez Pinzón, y que los Hernández-Pinzón habían heredado de sus tíos Antonio y Feliciana Prieto Tenorio. Sea como fuere, la construcción sigue conservando vestigios notables, sobre todo en su portada, una traza típica de principios del siglo XVI. Estaba compuesta de dos portales con un corral que servía de obrador donde fabricar canales, lindaba por arriba con casa de Manuel Camacho, y por abajo con la calleja que va al Pozo Nuevo. Un par de meses más tarde, exactamente el 14 de octubre de 1828, sus legítimos propietarios[19], la vendieron a Manuel Serrano, vecino de Palos, quien ya la disfrutaba, por el precio de 900 reales. El recibo por el pago de los derechos de alcabala (36 reales) fue validado por Lorenzo Gutiérrez, alcalde de primer voto de esta localidad[20].

Tras una rápida visita al interior de la iglesia, de la que Irving destacaría la imagen de San Jorge, titular de la parroquia, una talla en madera que se veneraba en el altar mayor, y al cabezo en el que quedaban restos del antiguo castillo (árabe como el arco de lo que fue –a criterio de Irving– una mezquita; por cierto ni una cosa ni otra) y tras hacer de nuevo alarde de su imaginación al recordar la escena de la lectura de la pragmática real, ante "aquellos alcal-

17
A.H.M. Protocolos Notariales. Escritura de donación otorgada por José Miguel Núñez, cura propio y beneficiado de la parroquia de Palos, a Josefa Rodríguez y sus hijos de 4.033 reales de la casa que le pertenece, situada en la calle Flores, ante el escribano público Juan Cayetano de Burgos. Moguer, 18 de noviembre de 1826. Leg. 301, fol. 167 r.-168 v. En el testamento de Ma del Carmen Coronel, vecina de Palos, viuda de Luis Moreno del Pozo, escribano que había sido de esa villa, aparecen en calidad de albaceas José Núñez, cura párroco, en quien confía por "su asactitud y pureza" y a quien debe cierta cantidad de dinero, y Juan Hernández-Pinzón, vecino de Moguer, persona de su entera confianza. La escritura se otorgó en Palos el 9 de enero de 1827, pero se protocoló en el oficio de Francisco Fernández de la Maza, escribano público de Moguer. A.H.M. Prot. Not. Leg. 302, fol. 12 r.-13 r.

18
No pocas escrituras de compraventa realizada en Palos fueron otorgadas ante los escribanos públicos de Moguer, quedando asentadas en sus protocolos.

19
Como tales figuran Luis, Juan, Francisco, Antonio, Ignacia y María Dolores Hernández-Pinzón, los tres últimos hijos de José Joaquín, su difunto padre, así como, en representación de Mariana Ramos e Ignacia Azcárate, en calidad de apoderada de Manuel Hernández-Pinzón, su marido, todos ellos vecinos de esta ciudad.

20
A.H.M. Protocolos Notariales. Escritura de venta de una casa en Palos, propiedad de los Hernández-Pinzón, otorgada ante el escribano público José Joaquín Rasco. Moguer, 14 de octubre de 1828. Leg. 303, fol.538 r.-539 r.

des, regidores y alguaciles", que obligaba a los vecinos a suministrar barcos y acompañar a Colón en su viaje de descubrimiento, Irving y su acompañante continuaron el viaje de regreso a Moguer, en esta ocasión por el camino real que comunicaba ambas poblaciones.

La visita cultural terminaría en el convento de Santa Clara de Moguer, edificio que también guarda estrecha relación con la gesta colombina, destacando en su relato el cumplimiento del voto que Colón hizo cuando la carabela "Niña" se vio sorprendida por una tormenta a la altura de las islas Azores[21]. Si bien esta demostración de fe de los marineros se enmarca en el contexto de la época, lo que obvia Irving es la relación directa que tuvo Moguer en los preparativos del viaje colombino, así como la decidida participación de los hermanos Niño, propietarios de la carabela más pequeña, la misma que utilizó Colón para regresar, tal vez debido al protagonismo que en esta época se daba a los Pinzón, considerados héroes nacionales y, para algunos, los verdaderos artífices de la hazaña. Los pleitos colombinos, fuente documental que Irving consultaría en el Archivo de Indias durante su estancia en Sevilla, le proporcionarían toda la información para su Historia de Colón, publicada el mismo año de la visita a Palos y Moguer. En fin, ciento cincuenta años después de la muerte del escritor norteamericano, la historiografía colombina ha avanzado extraordinariamente. Sobre Moguer también hemos aportado noticias y argumentos que destacan el vínculo con Colón y su participación en el viaje del Descubrimiento (Ropero-Regidor 2003 y 2006).

Uno de los párrafos más sobrecogedores del relato es el que Irving dedica al convento de Santa Clara, habitado por la rama femenina de la orden Franciscana, cuya historia pudo oír de su anfitrión a lo largo de la visita. En la iglesia contempló la belleza de los túmulos en alabastro y mármol de sus fundadores, los Portocarrero, uno de los linajes españoles más influyentes en la Baja Edad Media y en los siglos posteriores, hasta que quedaron abolidos los señoríos, precisamente en las fechas inmediatas a la visita del escritor norteamericano. En la descripción introduce un detalle que no se ajusta a la realidad, pues, al referirse a las esculturas de los nichos laterales del altar mayor, dice que "aparecen de rodillas", cuando en realidad son parejas de esculturas yacentes: las de Pedro Portocarrero (octavo señor) y su mujer Juana de Cárdenas, a la izquierda, en el lado del Evangelio, y Juan Portocarrero y su mujer María Osorio, en el de la Epístola.

Era ya de noche cuando entraron en la iglesia, único espacio al que pudieron acceder, ya que la zona residencial era de clausura. En el centro del presbiterio destacaba, a los pies del retablo mayor barroco, el grupo escultórico que había sido ejecutado después de 1518, "a la manera vieja", según reza en el testamento de Pedro Portocarrero, obra de Jerónimo Velázquez, con los bultos del fundador y otros miembros: el almirante Alonso Jofre Tenorio, primer señor jurisdiccional de Moguer, su esposa Elvira Álvarez, la hija de ambos, Marina, Beatriz Enríquez, tía-abuela del rey Fernando, mujer de Pedro Portocarrero (quinto señor), y Alonso Fernández Portocarrero, nieto del almirante (Ropero-Regidor, 1992). Actualmente el interior de la iglesia conserva el aspecto que tendría cuando Irving lo visitó, salvo la desnudez de sus muros, entonces cubiertos con retablos y ornamentados con distintas obras de arte, algunas de ellas de especial calidad, que fueron destruidas o desaparecieron durante la guerra en julio de 1936.

21
Este hito quedó recogido en el Diario de a bordo del viaje de descubrimiento, en la traslación extractada que hiciera Fr. Bartolomé de las Casas, el jueves 14 de febrero de 1493: "Otro romero acordó que se enviase a que velase una noche en Santa Clara de Moguer e hiciese decir una misa, para lo cual se tornaron a echar los garbanzos con el de la cruz, y cayó la suerte al mismo Almirante." (Colón 181) El original del "Libro de la Primera Navegación y Descubrimiento de las Indias" se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, Sección de Manuscritos.

En el Archivo de Moguer, hemos averiguado los nombres de las principales religiosas que formaban capítulo "a son de campana como lo habemos de uso y costumbre", las mismas que estampan sus firmas en las actas notariales que se han conservado, otorgadas en la clavería del convento. En 1828 la abadesa era Sor Teresa de la Concepción y Tolón; junto a ella aparecen Andrea del Socorro Benítez, en calidad de vicaria, y las monjas discretas Josefa de San Joaquín Ortiz, Josefa María de Gracia Solórzano y Tolón, Ana de Santa Teresa Andelín, Antonia de Santa Clara Monroy y María del Nacimiento Monroy. Atendía los negocios del convento Fr. Francisco Domínguez, religioso franciscano del convento extramuros, que ostentaba el cargo de administrador e interventor de todos los bienes y rentas con los que se sustentaba la comunidad. El susodicho se hallaba por estas fechas con varios achaques que le imposibilitaban cumplir con su cometido. Las monjas, sin embargo, tenían el compromiso de mantenerlo durante todos los días de su vida. El problema quedó solventado con el poder que otorgaron a Manuel Fernández Amago, quien se encargaría de cobrar las rentas que se debían al convento en Moguer, Ayamonte, Sevilla, Palos, Lucena, Bonares, Rociana, Niebla, Villarrasa, La Palma, Villalba del Alcor, Paterna, Villanueva del Ariscal, Castilleja de la Cuesta, Alcalá del Río, Cantillana, Beas, Trigueros, Gibraleón, Huelva y San Juan del Puerto, donde dicho convento tenía importantes propiedades, así como de hacer nuevos arrendamientos de tierras por tiempo de cuatro cosechas y el precio y las condiciones que contratare[22].

La madre Teresa de la Concepción Tolón había ostentado el cargo con anterioridad. Su nombre ha perdurado en la memoria colectiva gracias a la difusión que hizo de la leyenda de la aparición de la imagen de la Virgen de Montemayor, compatrona de Moguer, en un manuscrito que ella misma se encargó de copiar con los datos que había recopilado Fr. Felipe de Santiago sobre la advocación de Nuestra Señora de la Rábida. El documento en cuestión está fechado en 1804. Pero lo que más destacable de esta religiosa es su origen y relación directa con una de las familias más destacadas de la ciudad. Su abuelo, Juan Pedro Teurbe Tolón, natural de Francia, se instaló y se casó en Moguer, donde nació en 1728 su hijo Ignacio, que heredó de su padre el arrojo y la capacidad para el comercio. Del casamiento con Josefa Bogado nacieron Juan, que eligió la carrera del sacerdocio, Francisco (su hijo homónimo también fue sacerdote), e Ignacio, que marchó a Cuba, fundando allí una dinastía de próceres que conspiraron contra la colonia. El matrimonio tuvo además dos hijas: María Josefa, que se metió a monja en el convento de Santa Clara cuando quedó viuda, y Teresa, la abadesa. La primera tenía una hija, Josefa Gracia Solórzano Tolón, que también profesó en la misma comunidad. Ambas coincidieron en el mismo convento. Aún aparece otro miembro femenino de la familia, Basilia de la Maza Tolón, monja como las otras en Santa Clara. De lo dicho hasta el momento, añadimos que el parentesco de los Teurbe Tolón con los apellidos Pinzón y Maza es un hecho constatado[23].

22
A.H.M. Protocolos Notariales. Poder del convento y religiosas de Santa Clara a Manuel Fernández y Amago, otorgado ante el escribano público Juan Cayetano de Burgos. Moguer, 10 de mayo de 1828. leg. 301, fol. 44o r.-442 r.

23
Un hermano de la madre Teresa emigró a Indias, instalándose en la ciudad de Matanzas (Cuba), donde se casó y tuvo una fructífera descendencia. Ostentó cargo de relevancia en la isla y tuvo negocios que le dieron riqueza y bienestar, además de un prestigio que su hijo José Francisco de Borja Teurbe Tolón y Blandino elevaría a cotas insospechadas. Fue éste un gran erudito y abogado, que, perseguido por sus ideas revolucionarias y para evitar la pena capital, se exilió en Estados Unidos, desde donde prosiguió luchando por una Cuba libre. El gobierno mexicano le nombró vicecónsul en Filadelfia y, después de una intensa y azarosa vida, falleció en Nueva Orleáns en 1834. Continuó su labor Miguel Teurbe Tolón (1820-1857), hijo de su hermano Juan Bautista, quien se aferró a la idea de una Cuba para los cubanos, separada del yugo español. Fue Miguel Teurbe un poeta querido que, como su tío, tuvo que marchar al exilio. En Nueva York siguió conspirando con la ayuda de otros intelectuales cubanos que también abrazaron la misma causa. En Estados Unidos recibió la influencia de ideologías democráticas. Con el general Narciso López llevó su lucha hasta las puertas de la isla, donde ondeó la bandera que él mismo había diseñado, al igual que hiciera con el escudo, los dos símbolos nacionales que aún siguen vigentes. Atendiendo al reclamo insistente de su madre, y tras conseguir que se le conmutara la pena de muerte, regresó a la isla afectado de tuberculosis, falleciendo a los pocos meses. Su primera esposa, Emilia Teurbe Tolón Otero, hija de un hermano de su padre, con quien compartió

los mismos ideales además del exilio, fue una mujer adelantada a su tiempo que tuvo parte muy activa en todo el proceso independentista y se la recuerda por haber sido la artífice del bordado de aquella primera bandera. Véase Ropero-Regidor (2004).

24
A.H.M. Libro de actas capitulares, años 1798-1799. Padrón de habitantes del año 1798.

25
A.H.M. Protocolos Notariales. Escrituras que hacen referencia a la petición de secularización de Fr. José González, Fr. Francisco Caracuel y Fr. Manuel Pérez, presbíteros y religiosos del convento de Moguer. Ante los escribanos públicos Juan Cayetano de Burgos, 21 de enero (leg. 297, fol. 23 r.-24 r.) y José Joaquín Rasco, 21 de abril y 4 de mayo de 1821 (leg. 296, fol. 81 r.-v. y 104 r.-v.

26
A.H.M. Protocolos Notariales. Escritura de venta otorgada por el apoderado de Bernardina Azcárate, hija de Pedro José de Azcárate Ganado, ante el escribano público Antonio Fernández Morodo. Moguer, 25 de febrero de 1794. Leg. 264, ff. 53 r.-55 v. La recuperación del monumento ha hecho desaparecer las construcciones que había en su interior, así como dicha calle.

27
Ibídem. Escritura de venta otorgada por Bernarda Espínola ante el escribano público Antonio Fernández Morodo. Moguer, 7 de abril de 1804. Leg. 277, fol. 130 r.-131 v.

A finales del XVIII, habitaban el convento de Santa Clara 32 religiosas de velo negro, 27 doncellas que servían a las anteriores, 3 donadas o doncellas antiguas que prestaban su servicio a la comunidad y 3 religiosos, dos sacerdotes y un lego. En el convento de San Francisco había 23 frailes, quince sacerdotes, cinco legos y dos donados, que eran personas seglares que habían donado sus bienes a cambio de cuidados y alimento por el resto de sus vidas[24]. En 1821, algunos de ellos solicitaron la secularización[25], y en 1834 el número se redujo a cuatro religiosos, si bien cuando la situación cambió drásticamente fue, como era de esperar, tras la Desamortización.

A la mañana siguiente de la visita a Palos, Washington Irving tuvo la oportunidad de ver algunas casas por dentro y, sobre todo, las de los hermanos Hernández-Pinzón, con quienes hubo desde el principio una grata comunicación a tenor del comentario final que hace en su relato. Esta familia llevaba a gala el blasón que la distinguía como heredera de los Pinzón. El escritor romántico no se resiste y describe una escena idílica de las mujeres de sus anfitriones, "sentadas en los patios de sus casas, a la sombra de los toldos que las libraban de los rayos del sol y rodeadas de macetas y flores". Idéntica observación introduce a comienzo del relato cuando entra por primera vez en la casa de don Juan y se da a conocer a la familia. De nuevo hace mención al Privilegio de Nobleza concedido en 1777 al padre de Don Luis y que este conserva, documento cuyos antecedentes hemos desgranado con anterioridad. Otro detalle que no pasa por alto es el escudo que concedió a los Pinzón el emperador Carlos y que aparece grabado en piedra sobre el dintel de la puerta de la casa de don Luis, el oficial de Marina retirado que mantenía viva la llama de una herencia inmaterial que abría puertas y conseguía unas ventajosas alianzas matrimoniales.

Por último, Irving visitó el castillo, una antigua fortaleza que había sido residencia de los señores de Moguer hasta que, a fines del siglo XVI, aquellos se trasladaron a su casa palacio en la plazoleta del Marqués. En el último tercio del XVIII, en el recinto y el perímetro del castillo empezaron a construirse las primeras bodegas de la zona. Este proceso continuó en la primera mitad de la centuria siguiente con la construcción de nuevas bodegas por cuenta de particulares, algunas de ellas de una dimensión considerable. Los Hernández-Pinzón tenían la suya en lo que había sido parte del histórico edificio, quedando la torre sur dentro de su propiedad. Ya en 1794, Manuel Hernández-Pinzón había comprado la mitad de una bodega y otra porción con unos alpendes, corral y trascorral, en dicho emplazamiento o campo del Castillo, por la que pagó 12.500 reales, y a la que se accedía por una calle nueva que cortaba el castillo por la mitad[26]. En 1804, otros particulares, vecinos de esta localidad, vendieron a José Joaquín Hernández-Pinzón por la cantidad de 3.725 reales un solar y la torre en el mismo barrio, cuyos antiguos propietarios los habían tenido a censo concedido por la casa y estado del Marqués de Frías y Villena, titular del señorío de Moguer, propiedades que lindaban con bodegas y corrales de Francisco Medina, Juan Tolón, presbítero, y otros vecinos[27]. En años posteriores se siguieron haciendo compraventas de solares y bodegas en lo que fue campo del Castillo. La urba-

nización de esta zona obedecía a la fuerte demanda de suelo del momento, tanto para la industria del vino como para viviendas.

Con la satisfacción de haber conseguido su objetivo y mostrando su gratitud hacia todas las personas que hicieron posible que su estancia fuera grata, especialmente a su anfitrión Juan Hernández-Pinzón y su familia, así como al posadero, por su entrega y natural comportamiento, dijo adiós. Años más tarde, publicaría el relato de un viaje corto pero intenso que ayudó a difundir en el exterior los lugares del Descubrimiento.

OBRAS CITADAS

Anes, G. El Antiguo Régimen: los Borbones. Col. Historia de España Alfaguara vol. 4. Madrid: Alianza Editorial, 1978.

Colón. Diario de Colón. Prólogo de Gregorio Marañón. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1972.

Espinalt y García, B. Atlante Español, Madrid, 1795.

Gorostidi y Alonso, J. "Una ojeada al Moguer del siglo XIX." Montemayor (1983): 10 y ss.

Gould, Alice B. "Documentos inéditos sobre hidalguía y genealogía de la familia Pinzón." Boletín de la Real Academia de la Historia, 91 (1927): 319-375.

Irving, Washington. Washington Irving en los lugares colombinos. Moguer, Palos de la Frontera y La Rabida, Agosto 1828, ed. de E. Myro y M. Hildebrandt. Palos de la Frontera: Lubrizol, 1985.

---. Washington Irving y los lugares colombinos. Traducción y notas de Antonio Garnica. Huelva: Diputación Provincial, 2001.

Izquierdo Labrado, J. Palos de la Frontera en el Antiguo Régimen (1380-1830). Palos de la Frontera: Ayuntamiento de Palos de la Frontera, 1987.

Madoz, Pascual. Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar. Madrid, 1847. Edición especial facsímil con los datos de la provincia de Huelva. Huelva: Diputación Provincial de Huelva, 1985.

Miñano y Bedoya, Sebastián de. Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal, Madrid, 1826.

Mora Figueroa, L.: Torres de Almenaras de la costa de Huelva. Diputación Provincial: Instituto de Estudios Onubenses, Huelva, 1981.

Ropero-Regidor, D. "Colón, Moguer y el Almirantazgo", Montemayor (2006): 76-89.

---. "Cristóbal Colón en Moguer", Revista Montemayor (2003): 98-109.

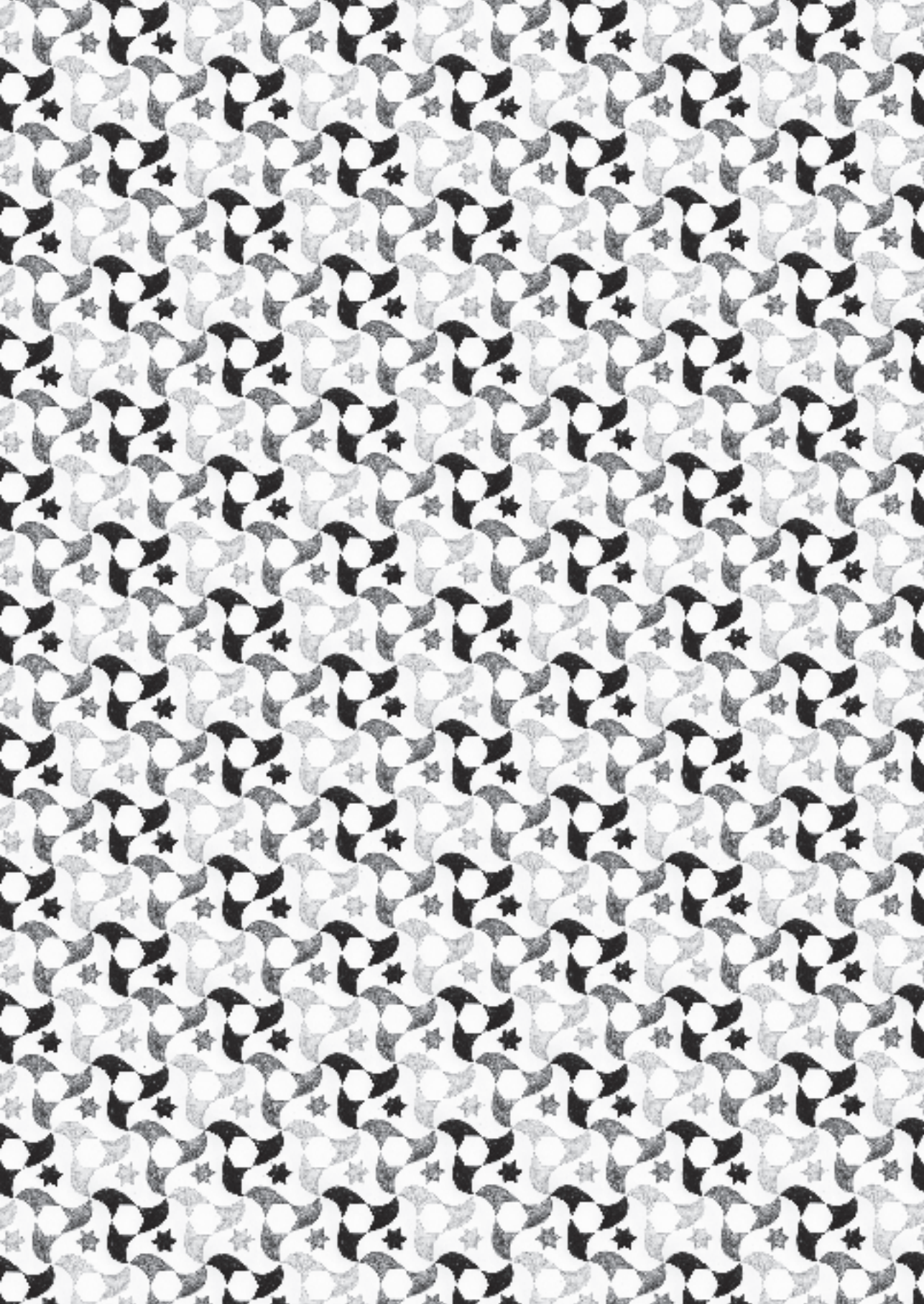
---. "Economía y cultura del vino en Moguer (siglos XV-XX)." Montemayor (2001): 17 y ss.

---. "Los Teurbe Tolón de Moguer y Cuba en los siglos XVIII y XIX". Montemayor (2004): 48-63.

---. Moguer en la era de los descubrimientos. Moguer: Fundación Municipal de Cultura; Archivo Histórico Municipal, 2003.

---. "Monasterio de Santa Clara / Moguer." Los lugares colombinos y su entorno. Dir. Diego Ropero-Regidor. Madrid: Fundación Ramón Areces, 1992, 151-161.

---. "Vida y obra del poeta cubano Miguel Teurbe Tolón". En Miguel Teurbe Tolón. Poesía reunida. Moguer: Fundación Juan Ramón Jiménez, 2004, 9-68.



IV

EL LARGO RECORRIDO DE UN PROYECTO ILUSTRADO. LOS VIAJES COLOMBINOS DE JOSÉ DE VARGAS PONCE Y WASHINGTON IRVING

Manuel José de Lara Ródenas

IV INTRODUCCIÓN SIN VIAJEROS. OLVIDOS DE LA RÁBIDA

Se ha publicado, e incluso existe una placa en bronce que lo conmemora a la entrada del paraje de La Rábida, que el periodista estadounidense Washington Irving fue "el primer escritor en hacer voluntariamente una peregrinación a la cuna de América, de manera que su viaje va a abrir un camino nuevo a los muchos que después de él se van a sentir tocados por los mismos sentimientos de curiosidad y veneración" (Garnica 7). Tal afirmación, que se ha dado por cierta, procede de la extraordinaria seducción que suele ejercer sobre los lectores el relato de su viaje a Moguer, Palos y La Rábida de agosto de 1828, editado en 1831 en inglés como "A visit to Palos" y traducido al español en 1854, en ambos casos como apéndice de una obra más amplia[1]. Esa "peregrinación", como el propio Irving la llama, que le llevó a consultar el archivo del convento en busca de huellas y memorias de Cristóbal Colón y a visitar unos lugares que aún conservaban, aunque sólo para unos pocos, los ecos de los sucesos históricos del Descubrimiento, está contado con tanto tipismo que hoy resulta indispensable a la hora de acercarse a la figura del norteamericano y a los viajes de escritores extranjeros por la Andalucía romántica. Sin embargo, el gusto de época de ese viaje y el interés que ha suscitado el que lo hizo y lo narró no deben confundirnos: no fue Washington Irving el primero que fue a La Rábida, Palos y Moguer a conocer los sitios y examinar los archivos, porque trece años antes, en 1815, ya lo hizo otro escritor de innegable relevancia intelectual: el ilustrado gaditano José de Vargas Ponce.

Es cierto que, con anterioridad al siglo XIX, los lugares donde se discutió, se preparó y se hizo a la mar el primer viaje colombino no estaban fijados de manera apreciable en la memoria histórica o sentimental de quienes habían abordado el tema, y ni siquiera entre los habitantes más cultivados del entorno se esgrimían esos hechos con particular orgullo ni estimación. Rodrigo Caro, que recorrió las localidades de la zona como visitador arzobispal en 1623 registrando de camino los vestigios de su pasado, sólo refiere en un párrafo la historia nebulosa de Alonso Sánchez de Huelva (que él llama Juan), cita de forma escueta el convento de La Rábida y comenta brevemente que el nombre de Palos será "famoso en los siglos, por aver salido de aquí aquellos verdaderos Argonautas, que por inmensos, y no surcados mares, venciendo, no fabulosos, ni encarecidos peligros, sino increíbles por grandes, descubrieron, y costearon el nuevo mundo, llamado indebidamente América" (207 v. y 208). Antonio Jacobo del Barco, vicario de Huelva y uno de los escritores más fecundos del siglo XVIII onubense, no sintió curiosidad por los hechos colombinos en sus averiguaciones históricas y Juan Agustín de Mora, en el apéndice de su Huelva ilustrada de 1762, sólo reproduce un texto de Fernando Pizarro y Orellana sobre Alonso Sánchez, sin mencionar ninguna otra presencia de marineros de Huelva en el viaje del Descubrimiento (20-23). Cuando, hacia 1786, el cura de Palos contestó el cuestionario enviado por el geógrafo real Tomás López, respondió con esta economía de palabras a la pregunta que se le hacía sobre "los sucesos notables de su historia":

1 El relato apareció como apéndice en el libro de Washington Irving Voyages and Discoveries of the Companions of Columbus. John Murray, Londres, 1831, pp. 309-333, y Carey & Lea, Filadelfia, 1831, pp. 325-346. Traducido al español, fue incluido en Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón. Imprenta de Gaspar y Roig, Madrid, 1854, pp. 74-79.

> En ella armó Cristóbal Colón tres carabelas y con ellas, ciento veinte hombres, entre marineros y soldados, que de la una hizo piloto a Martín Alonso Pizón, de la otra a Francisco Martín Pinzón, con su hermano Vicente, y de la otra, capitán y piloto, al mismo Colón, con su hermano Bartolomé. Salió viernes 3 de agosto del año de 1492, al descubrimiento de las Indias, que lograron el día 11 de octubre del mismo año. (Ruiz González 220)

Más sintomático aún es que en el Libro en que se trata de la antigüedad del convento de Nuestra Señora de La Rávida, compilado en su mayor parte en 1714 por Fray Felipe de Santiago y Guzmán (aunque hay más manos y también acumula documentos posteriores a esa fecha) y que presenta todos los sucesos de La Rábida desde su fundación, sólo se mencione a Colón dos veces en un conjunto de 130 folios, poco más que para referir que Palos "será siempre aplaudido, por haber aquellos valerosos católicos llevado la fe al Nuevo Mundo, Colón, y Pinzón y Padre Fr. Juan de Marchena, y sus cuatro compañeros" (31), lo cual es de lamentar por cuanto en aquellos momentos el archivo del convento debía de custodiar alguna documentación de interés[2]. En realidad, si en estas tierras esquinadas de España había algún lugar que por entonces parecía merecer una peregrinación histórica o intelectual, ése no era otro que la Peña de Alájar, donde residió Benito Arias Montano, cuya presencia es frecuentemente recordada en las obras eruditas del momento y que atrajo a Francisco Pérez Bayer en su denominado viaje literario de 1782, en el que examinó los archivos parroquiales de Aracena, Alájar y Castaño del Robledo[3]. Es, probablemente, a causa de la célebre estancia de Arias Montano en la sierra por lo que, en su Cándido o el optimismo de 1759, Voltaire escribió que "Cunegunda, Cándido y la vieja llegaron a la pequeña villa de Aracena, en el centro de las montañas de Sierra Morena", haciéndolos recalar en una posada (29)[4].

Otros viajeros ilustrados pasaron casi de puntillas por tierras onubenses y, desde luego, no recalaron en los lugares colombinos ni mostraron curiosidad por ellos[5]. José Cornide, en 1772, cruzó desde Ayamonte hasta Sevilla sin hacer comentarios especialmente significativos (Abascal y Cebrián, Viajes de José Cornide 55) y Antonio Ponz, cuando estuvo en Sanlúcar de Barrameda, sólo se asomó al Coto de Doñana y al Real Bosque del Lomo del Grullo y dejó en el tomo XVIII de su Viage de España, publicado póstumamente en 1794, algunas descripciones del entorno y la desenfocada afirmación de que la ciudad de Moguer, que es la única población que menciona al margen de las que rodean Doñana, "es la última Thule occidental, en la Frontera de Portugal" (126). Se entiende, por tanto, que cuando ya en las primeras décadas del siglo XIX vayan apareciendo por Moguer y Palos los primeros interesados por las memorias colombinas, los habitantes de la zona los reciban con signos de sorpresa y extrañeza, especialmente los que se dirigen a La Rábida, porque, tras la ocupación francesa, el convento no es más que un edi-

2
Tampoco se extiende en consideraciones colombinas la más breve Memoria sobre La Rábida redactada en 1777 por Fray Juan Crisóstomo López, compuesta de 34 folios manuscritos y que sigue en lo general el libro compilado por Fray Felipe de Santiago y Guzmán. Refiriéndose a Palos, la Memoria recuerda escuetamente que fue "madre de aquel famoso Pinzón codescubridor de las Indias" (Coll 118).

3
Del Diario del viaje que hizo desde Valencia a Andalucía y Portugal en 1782 de Pérez Bayer se conservan tres manuscritos incompletos y no del todo coincidentes (Salas 10).

4
Tras dejar la posada de Aracena, escribió Voltaire que "los tres pasaron por Lucena, Chillas, Lebrija y llegaron por fin a Cádiz" (30). Es evidente que Voltaire tenía delante un mapa de la zona y que trazó una línea, independientemente de los caminos reales, para unir Aracena y Cádiz. Lucena del Puerto aparece destacada en diversos mapas de la época, quizás por estar en su término el monasterio de Nuestra Señora de la Luz. Más curiosa es la mención del topónimo Chillas. Efectivamente, en numerosos mapas de Andalucía de los siglos XVII y XVIII, muchos de ellos franceses (por ejemplo, en el mapa del Royaume d'Andalousie et de Grenade de Daniel de la Feuille, de 1706), aparece un núcleo de población con tal nombre en Doñana, junto al río Guadiamar, casi en su desembocadura en el Guadalquivir. Chillas fue, al igual que Gato, una aldea perteneciente a la villa de Mures, hoy Villamanrique de la Condesa. Actualmente es un cortijo que, conservando dicho nombre, está situado al norte de dicho término municipal. Por ese cortijo, literariamente, pasó el Cándido de Voltaire.

ficio decrépito, habitado por muy pocos frailes y situado en mitad de un pinar sombrío y apartado. Ésa es la triste impresión, sin duda, que debió de llevarse José de Vargas Ponce en 1815, que es el año en que fue a La Rábida a consultar el archivo y a conocer los espacios de los que zarparon las naves descubridoras.

UN PROYECTO ILUSTRADO. LA HISTORIA DE LOS VIAJES ESPAÑOLES Y EL PERIPLO COLOMBINO DE VARGAS PONCE.

José de Vargas Ponce, de quien se conserva en la Real Academia de la Historia un retrato pintado en 1805 por Goya, fue un curioso espíritu erudito situado a caballo entre los siglos XVIII y XIX, aunque su talante, temperamento y actividad inabarcable fueron fundamentalmente dieciochescos. A menudo jocoso y socarrón, algunas veces de ingenio ininteligible, siempre excesivo en trabajos y formas, Vargas Ponce fue a la vez, en palabras de Julio Guillén, "infatigable en la investigación y en el estudio; marino, mediano poeta –se tuvo tan sólo por buen coplero-, comediógrafo, astrónomo, periodista, doctísimo en humanidades –manejó con soltura tanto los clásicos latinos como los castellanos-, crítico de arte, pedagogo, historiador, diputado, arqueólogo, geógrafo" (7), además de director en dos ocasiones de la Real Academia de la Historia, miembro de varias corporaciones más, liberal convencido y sin vacilaciones y –afirma Fernando Durán- individuo versado en "casi todos los géneros y disciplinas intelectuales accesibles a un hombre de su época y educación"[6]. Marino de carrera, aunque retirado de la navegación en 1796 por culpa del asma, vertió toda su energía en la literatura y en proyectos de historia naval que le llevaron a trabajar incansablemente en archivos y bibliotecas, cuyos datos exhumados dieron forma a obras terminadas y a innumerables esbozos sin terminar, hoy en la Academia de la Historia. "Amó profundamente los archivos –insiste Durán-, hogar de sus inacabables búsquedas documentales y de los que extrajo centenares de miles de copias, extractos y originales, que sirvieron para dotar cuantiosas colecciones"[7]. Él mismo lo dijo en una carta de 1808: "la mies es inmensa: mi trabajo ímprobo y casi increíble" (Guillén 39).

Del interés de Vargas Ponce por la realización de una historia naval rigurosa y documentada da cuenta el Discurso leído en la recepción de la Real Academia de la Historia para probar la importancia de la Historia de la Marina y que sólo puede escribirla un marino, con el que el 24 de febrero de 1786 ingresaba en dicha corporación y que, retocado en varias partes, se imprimiría finalmente en 1807. Como dicho discurso ya incluía una propuesta metodológica concreta, sería con arreglo a ese texto como el 7 de septiembre de 1789 presentara al gobierno un Plan para escribir la historia de la Marina, junto con una Propuesta de una colección de viajes españoles, lo que, después de algunos retrasos y vacilaciones, sería aprobado el 16 de agosto de 1792 por el ministro de Marina Antonio Valdés (Durán 26). En su Nota de las tareas literarias del capitán de fragata D. Joseph de Vargas y Ponce, descripción autobiográfica en tercera persona de su labor como escritor, publicada en 1900 por Cesáreo Fernández Duro, lo resume así:

> Presentó Vargas al Rey un plan razonado para escribir la Historia de la Marina, convidándose a llenarlo. Después lo adicionó con otro que incluía la colección de nuestros viajes marítimos y las vidas de los varones ilustres en la mar, y cómo podían dividirse

5
Aunque no se refiere a Huelva ni a su entorno, puede tenerse una idea panorámica de los viajes ilustrados y románticos por Andalucía en el artículo de Antonio López Ontiveros citado en la bibliografía.

6
Una visión panorámica de la actividad intelectual de Vargas Ponce en diversas ramas de la ciencia y la literatura puede encontrarse en el artículo digital de Fernando Durán López "José Vargas Ponce, poeta y soltero" (Biblioteca Virtual de Andalucía. Una galería de lecturas pendientes, 2010).

7
Ibidem.

> estas tareas entre Vargas y su amigo Navarrete. Estos planes sufrieron maligna contradicción, y, sobre todo, se sepultaron con estudio en la Secretaría.
>
> Fue ministro de Estado el conde de Aranda, apasionado amigo y protector de Vargas; y habiendo dado éste, espontáneamente, los primeros pasos para unir los Correos marítimos a la Marina real, proyecto en vano suspirado hasta entonces, el bailío D. Antonio Valdés subió al despacho el plan para la Historia de la Marina, y baxó aprobado con elogio, y se dieron las órdenes al intento, si bien muy luego, caído el conde de Aranda, tuvo Vargas la de ir a Cartagena a embarcarse, y quedó interrumpida, y no por la última vez, todavía no empezada, esta vasta y útil obra de que con tanta mengua carece la nación. (25 y 26)

Por los vaivenes del respaldo político y económico, con el que no siempre contó, por las numerosas interrupciones provocadas por la asunción de otros encargos y cometidos y por la propia envergadura del proyecto, la realización de la Historia de la Marina fue prolongándose en el tiempo de una manera bastante asistemática, aunque desde 1798 puede decirse que se pusieron manos a la obra definitivamente José de Vargas Ponce y sus colaboradores Martín Fernández de Navarrete y Juan Sans de Barutell, propuestos por él para que le sirvieran de ayuda en distintas ocupaciones. Registrando minuciosamente los archivos navales de las poblaciones en las que residían o por donde pasaban, el acopio de información fue creciendo de manera muy considerable, si bien sólo hay noticias de que Vargas redactara "en limpio la primera época de los fenicios", que debe de corresponder al desaparecido "primer tomo de la Marina española" que anota su amigo, el onubense Antonio Manuel Trianes, canónigo lectoral de Cádiz, en el inventario de sus obras (Durán 66). Del proyecto en marcha colgarían, en cualquier caso, muchos manuscritos y apuntes que Vargas, grafómano incansable, iba adelantando como partes de un todo, generando, como resultado más visible de su trabajo, una masa de documentación exhumada extraordinariamente copiosa. Podemos hacernos una idea de la magnitud de la labor emprendida a través de lo que cuenta el propio Vargas en relación a su presencia en los archivos de Guipúzcoa entre 1800 y 1803:

> Hasta 1803 se detubo en Guipúzcoa; visitó 117 archivos, incluso el general; y deseando conocer a fondo este pays baxo todos aspectos, no contiene pueblo, ni monte, ni río, que no le debiese peculiar examen. Para su geografía, historia y economía política, juntó muchos miles de documentos; de suerte que esas partes unidas, como quiera que son raciocinadas, forman un apreciable índice por mayor de su colección diplomática, que hoy pasa de 284 volúmenes en folio, de los quales, pieza por pieza, tiene un índice muy circunstanciado en otros tantos volúmenes en 8o. (Fernández 36 y 37)

Habiendo trabajado con similar o parecida intención en los archivos de Cartagena, de Cataluña, de Aragón y de Navarra, aunque sin la continuidad deseada, desde 1807 inició la redacción –y en algún caso la publicación- de las vidas de los marinos ilustres españoles, comenzando por la de Pedro Niño y continuando por las de Juan José Navarro, Pedro Navarro, Hugo de Moncada, Andrés Cabrera, Antonio de Escaño, Miguel de Oquendo, Álvaro de Bazán, Sancho Ordóñez y Juan Sebastián Elcano. Como veremos más adelante, esta empresa no podía ser culminada sin elaborar la vida de Cristóbal Colón, pues, como él mismo había reconocido en 1804 en carta a Ceán Bermúdez, "porque así es preciso, será la primera la de Cristóbal Colón, esto es, un extracto de cuanto dejó impreso y manuscrito

nuestro [Juan Bautista] Muñoz; seguirá la de Magallanes, y luego la de Juan Sebastián [Elcano]" (Durán 87). El orden era el natural, aunque al final terminaría imponiéndose el que dictaron las circunstancias de cada momento, y la idea de elaborar la biografía de Colón iría quedando rezagada, una vez y otra, para ser abordada más adelante.

Este trabajo, convulso y salpicado de parones y diferencias de opinión con el ministerio de Marina, iba a concluir, al menos en lo que respecta a su respaldo oficial, en 1810, en el contexto de la ocupación francesa de España. El motivo no está claro, pero sí que el ministro de Marina José Francisco de Mazarredo, uno de los miembros más prestigiosos del gobierno afrancesado, puso fin al proyecto y exigió la entrega de todos los materiales recopilados y elaborados. Vargas, que achaca esta actitud a represalia por su negativa a afrancesarse (negativa que no fue ni mucho menos completa), afirma que "en esta triste situación, sentidísimo Mazarredo de su negativa a imitar su depravada conducta, se obstinó con particular tesón en despojarle de sus colecciones de manuscritos, como lo había verificado con la copiosa de Don Martín Navarrete, so color de pertenecer al Estado" (Fernández 44). Aunque terminó conservando sus documentos, a partir de ese momento José de Vargas Ponce careció de apoyo gubernamental en la ambiciosa tarea que había emprendido años atrás, si bien siguió trabajando, a nivel personal y con las nuevas limitaciones que imponía la situación, en la misma línea trazada.

Pese a las anteriores palabras, extraídas de su Nota autobiográfica y motivadas por el deseo de justificarse a posteriori, Vargas aceptaría en octubre de 1810 formar parte de la Junta de Instrucción Pública del gobierno afrancesado, de lo que tres años más tarde tendría que dar cuenta en su proceso de depuración política. Diputado por Madrid en las Cortes ordinarias de 1813 e integrado en su Comisión de Instrucción Pública, ingresaría a principios de 1814 en la Real Academia Española y sería nombrado por segunda vez ese mismo año director de la Real Academia de la Historia (Durán 28). Todo este proceso de afirmación política e intelectual sería bruscamente cercenado en mayo de 1814, cuando la restauración absolutista de Fernando VII provocara su destierro inmediato de la corte y se instalara en Sevilla. Este hecho fue tanto más relevante para su proyecto por cuanto su estancia sevillana, que se prolongaría hasta 1820, un año antes de su muerte, sería aprovechada para continuar sus investigaciones sobre historia naval en el Archivo de Indias y emprender, por fin, la tarea de escribir, entre otras, la biografía de Cristóbal Colón que él mismo, diez años atrás, había considerado prioritaria. El propio Vargas refirió que, en el Archivo de Indias, "ha copiado a la letra quanto hay relativo a Colón, Magallanes, Elcano, Loaysa, Ojeda y otros navegantes al Pacífico", lo que le había ocupado "quatro volúmenes en folio, que contienen 295 piezas y 2.079 páginas" (Fernández 48). Fue en el contexto de este trabajo y de su destierro sevillano en el que, en 1815, emprendió viaje a La Rábida, Palos y Moguer con el fin de consultar sus archivos para completar la biografía de Colón y, de camino, recoger información para hacer las descripciones histórico-geográficas de las villas de Huelva, Palos y Bollullos y algunas biografías de escritores onubenses ilustres.

Todo esto lo sabemos por sus propias palabras, pues en carta a Martín Fernández de Navarrete, enviada desde Sevilla en 1815, afirmaba que "emprendí la descripción de Huelva, Palos y Bollullos y está casi hecha (y como todas mis cosas al quejar). Registré la Rábida con harto fruto para Colón, cogí a la ida una herida de burra de que al cabo de dos meses me resiento todavía, aunque no apareció sino un gran cardenal junto al papa. Esto no impidió completar mi expedición en Moguer" (Durán 126). Como resultado de este viaje en burra, cuya incomodidad y consecuencias físicas refiere de manera tan expresiva (Washington Irving haría el mismo viaje, pero en calesa, trece años después), Vargas Ponce recogió po-

cos datos para su biografía de Colón, aunque escribió para la Academia de la Historia –según escribe en su Nota autobiográfica- "la Descripción geográfica de la villa de Huelva y las Vidas de tres hijos suyos que han sido autores, a saber: el Dr. D. Antonio del Barco, D. Joseph Trigueros y D. Joseph Mora" (Fernández 49). De estas tres biografías nada se sabe, ni tenemos idea exacta de quiénes son José Mora y José Trigueros, onubenses a los que adjudica obra escrita, a menos que sean alusiones erróneas a Juan Agustín de Mora Negro y Garrocho, que publicó Huelva ilustrada, y a Miguel Ignacio Pérez Quintero, natural de Trigueros y autor de diversos libros en las ramas de la historia y la economía. Por supuesto, el primero era Antonio Jacobo del Barco y Gasca, compañero de ilustración de los dos anteriores, vicario de Huelva y una de las mentes más lúcidas de la Huelva dieciochesca.

Es de lamentar, naturalmente, que no hayan quedado los manuscritos de esas descripciones históricas de Huelva, Palos y Bollullos (extraña que mencione Bollullos y no Moguer), aunque es evidente que estuvieron redactados, toda vez que Antonio Manuel Trianes, en su inventario póstumo de las obras de José de Vargas Ponce, recoge al menos la existencia de un Discurso histórico-geográfico de la villa de Huelva (Durán 126) que vuelve a mencionar, como manuscrito, Tomás Muñoz y Romero en su Diccionario bibliográfico-histórico de los antiguos reinos, provincias, ciudades, villas, iglesias y santuarios de España, de 1858, aclarando que "se da noticia de esta obra en el Diccionario de varones ilustres de Cádiz, tomo I, pág. 233)" (139 y 140). Tampoco sabemos gran cosa de las andanzas de Vargas Ponce por los lugares colombinos, pero, curiosamente, sí tenemos constancia de que en La Rábida tuvo en sus manos el antes citado Libro en que se trata de la antigüedad del convento de Nuestra Señora de La Rávida, pues Julio Guillén reproduce el fragmento de una carta en la que el marino gaditano menciona haber visto el "extracto de un libro ms. que se conserva en el Archivo de la Rábida, y que parece obra de Fr. Felipe de Santiago, dispuesta para darla a luz. Contiene milagros de la Virgen, según mi juicio, ninguno tan cierto como que este libro no se haya dado al público" (16). Un comentario similar vertido en otra parte debió de circular suficientemente en los ámbitos eruditos, pues el mismo Diccionario de Muñoz y Romero, al referirse a Palos y aludir a dicho libro, afirma que "Vargas Ponce examinó esta obra, y dice que en la parte antigua es muy disparatada, y para probarlo cita algunos ejemplos, y cuenta entre ellos que el autor trata de probar que la diosa Proserpina fue hija de Trajano, y que dejó de tener culto el día en que nació la Virgen María Santísima. En las noticias que da de la villa de Palos y del convento, dice Vargas Ponce que hay juicio y verdad" (212)[8].

Vargas Ponce llegó a La Rábida cuando ya el convento no podía ofrecerle más que unas pálidas memorias sentimentales. Si la hubiera visitado unos pocos años antes, el archivo le hubiera brindado, con toda probabilidad, datos más cuantiosos sobre la materia que le interesaba, pero en 1815, tras la presencia francesa y la extinción de las comunidades de regulares (cuestión en la que las Cortes de Cádiz no dieron marcha atrás del todo), el convento franciscano estaba en el peor momento de su trayectoria histórica. Ya en los tiempos de la guerra, como señala Peña Guerrero, aunque La Rábida no había sido utilizada como baluarte defensivo, sí había sufrido continuos saqueos por parte de patrullas armadas francesas. Hay que tener en cuenta que, si bien el edificio no podía defender ninguna posición significativa, en su entorno sí tuvieron lugar frecuentes operaciones de las fuerzas españolas con objeto de hostigar a los franceses que ocupaban Moguer: así,

8
A pesar de la opinión de Vargas Ponce de que la historia del convento "en la parte antigua es muy disparatada", aún en 1827 Sebastián de Miñano insistiría en su Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal en que "el convento fue en lo antiguo templo de la diosa Proserpina, después convento de Templarios, y en la actualidad de religiosos Recoletos" (415). porque en aquel paraje solitario y apartado no era lugar de guarnición ni de ofensiva. (4: 177)

por ejemplo, hay constancia de enfrentamientos en las cercanías de Palos con las tropas del duque de Aremberg y de la presencia en la isla de Saltés de un contingente al mando de José de Zayas que, el 29 de marzo de 1811, cruzó hacia tierra firme por la Torre de la Arenilla y sorprendió al destacamento francés de Moguer (33-36 y 56). Todos estos trasiegos no favorecieron la integridad del convento, que a veces se vio en medio de los movimientos de tropas en uno u otro sentido. Ángel Ortega, en su voluminosa historia de La Rábida, de 1926, se refiere a los momentos inmediatamente posteriores a la ocupación de los franceses:

> La comunidad de la Rábida se dispersó, pero quedaron allí dos religiosos; el P. Fr. José Millán, Guardián, y el P. Fr. José Vigones, compañero voluntario. Era el P. Millán hombre de más de cincuenta años de edad, prudente y circunspecto. Agregado a la parroquia de Palos en calidad de cura (su firma se halla repetidísima en los libros parroquiales, año 1810-15), tomando todas las precauciones y revistiéndose del carácter que imponían las circunstancias; sin abdicar un punto de sus deberes como religioso y español, pero sin suscitar inútilmente las iras del invasor, fue una verdadera providencia para el pueblo y para el convento. Éste sufrió saqueos por parte de patrullas que constantemente llegaban a Palos "para llevarse siempre cuanto podían haber a sus manos", según expresa un memorial del secretario de aquel Ayuntamiento, suplicando se le reintegre de sus honorarios no cobrados durantes los 20 meses de ocupación francesa; sacristía, archivo, biblioteca, cuantos objetos de algún valor, y eran bien pocos, existían, todo fue depredado, todo desapareció. Se salvó el edificio, acaso por su misma pobreza y porque en aquel paraje solitario y apartado no era lugar de guarnición ni de ofensiva. (4: 177)

Aunque, por decreto de 20 de mayo de 1814, Fernando VII reinstalaba en sus conventos a las comunidades de religiosos, muchas de ellas dispersas aún, José de Vargas Ponce encontró una Rábida notablemente disminuida, sin archivo ni biblioteca, de modo que su frase "registré La Rábida con harto fruto para Colón" no debió de pasar de una amarga ironía. Desconociendo la altura del año a la que Vargas acudió a La Rábida, no sabemos si el manuscrito que dice Muñoz y Romero que consultó le fue enseñado por Fray Antonio González[9], que era guardián del convento en el trienio 1813-1815, o si fue Fray Juan González Ramos, que le sucedió el 17 de junio de 1815 para el siguiente trienio. También pudo ser Fray Francisco Baena, pues desde la misma fecha era el predicador de La Rábida. La comunidad no debió de ser mucho más numerosa entonces, recién reinstaurada en el convento, constando que, entre 1808 y 1820, había pasado de diez a cinco frailes (Ortega, IV, 53 y 187).

Cabe pensar que, en su viaje a los lugares colombinos, José de Vargas Ponce recalara en Huelva algún tiempo. De hecho, la relación de Vargas con la localidad onubense excedió de una simple visita esporádica para documentarse sobre los viajes colombinos. Si acometió las biografías de tres autores de Huelva y una descripción histórico-geográfica de la villa fue porque dispuso de tiempo para registrar los archivos locales, ya en una estancia continuada, ya en varios viajes. Lo decimos, además, porque en Huelva escribió parte del Elogio histórico de Don Antonio de Escaño, que había emprendido por acuerdo de la Academia de la Historia y que se publicaría tardíamente, en 1852, habida cuenta de las críticas que con-

9 En 1813, en la Noticia del estado eclesiástico de este Arzobispado de Sevilla, sólo se menciona como residente en el convento de La Rábida al guardián Fray Antonio González, sin que sepamos si es que no había más frailes ese año o si los demás conventuales eran legos y no estaban contabilizados. Noticia del estado eclesiástico de este Arzobispado de Sevilla, según el acta de la Visita General Extraordinaria que hizo el Señor Doctor Don Juan Bautista Morales Gallego, presbítero, canónigo de la Santa Patriarcal Iglesia de esta dicha ciudad. 1813. Archivo Arzobispal de Sevilla, Gobierno, Visitas pastorales, leg. 5.237.

tenía contra el gobierno absolutista de Fernando VII. El manuscrito aparece fechado en Huelva a 29 de mayo de 1816. Él mismo, en carta a Diego Clemencín que reproduce Fernández Duro, afirmaba: "Firmé el elogio de D. Antonio Escaño el día del Corpus, que pasó estando en Huelva. Yo tengo la manía de no firmar las cosas hasta que las concluyo" (263)[10].

El porqué de su estancia en Huelva en 1816 puede apuntar en principio a su estrecha amistad con Antonio Manuel Trianes y Rivero, doctor y canónigo lectoral de la Catedral de Cádiz desde 1785 (antes canónigo del Sacromonte de Granada y catedrático de su universidad) e hijo de Antonio Agustín Trianes y Centeno, cabeza de una de las familias más influyentes en la Huelva del último tercio del siglo XVIII y primero del XIX. Trianes, miembro de la Academia Sevillana de Buenas Letras desde 1782 (Aguilar, La Real Academia Sevillana 317) y autor de algunos sermones impresos (Aguilar, Bibliografía 165), elaboró a la muerte de Vargas la relación bibliográfica de sus obras y el vínculo entre los dos fue tan estrecho que, en un papel anónimo obrante en la Academia de la Historia, se alude a aquél satíricamente refiriendo haber sido "lector perpetuo, sin sueldo, del Sr. Vargas Ponce y su gurupié en los trabajos literarios" (Ravina 218). "Testaferro, compinche", que es el significado del americanismo "gurupié", quizás son términos que describen la percepción que se llegó a tener de la amistad entre José de Vargas Ponce y Antonio Manuel Trianes, que también compartieron su compromiso liberal[11]. La familia Trianes habitaba en Huelva, desde 1760, un espléndido palacio en la calle del Puerto, principal arteria de la población, y es posible que allí se alojara –y que escribiera parte del Elogio histórico de Don Antonio de Escaño- en las ocasiones en que se trasladaba a la villa onubense desde Sevilla o desde Cádiz.

De todos modos, Vargas tuvo en Huelva algún contacto más. En verdad, en esos años no faltaban individuos procedentes de Cádiz que se habían establecido en Huelva, ni onubenses que tenían intereses en Cádiz y que se desplazaban a ella con asiduidad, posiblemente entablando conocimiento con Vargas. Uno de los gaditanos radicados en Huelva fue el presbítero Benito Buscaróns y Ortiz, que servía en la parroquia de La Concepción[12] y que había hecho estudios de filosofía en Sevilla[13]. De familia catalana que en el siglo XVII había tenido un familiar homónimo dedicado a la música, el nombre de Benito Buscaróns aparecía en 1794 entre los suscriptores del libro La Beturia vindicada de Miguel Ignacio Pérez Quintero (122), lo que da muestras de su curiosidad intelectual y su interés por la historia, y en 1815, cuando Vargas Ponce llegó a Huelva, tenía ya 63 años e indudablemente era uno de los individuos de referencia en la villa con el que su paisano debió de contactar. También en 1815 era significativa la presencia en Huelva de Antonio Cerón y Mora, pues ese año la Real Sociedad Económica de Sevilla le encargó que gestionara la instalación en Huelva de su propia Sociedad de Amigos del País (Ruiz Lagos 317), aunque ésta aún se haría esperar hasta 1852.

10
La carta, según la reproduce Cesáreo Fernández Duro, presenta la siguiente data: "Sevilla 3 de 16". Sin embargo, al mencionar la firma del Elogio histórico de D. Antonio de Escaño, que fue realizada en Huelva a 29 de mayo de 1816, día del Corpus, debe forzosamente ser posterior a esa fecha.

11
A propósito de su actividad política, Arturo Morgado García anota los siguientes datos sobre Trianes: "El lectoral Antonio Manuel Trianes (1759-1830), autor de algunos sermones predicados en la Guerra de la Independencia exhortando al patriotismo y a la lucha contra el ejército francés, así como de un Discurso exhortatorio que dirigió a la Junta electoral del partido de Cádiz en 1820, en el que llega a referirse a la Constitución como 'un código de leyes sabias que será eterno monumento de los progresos del conocimiento humano y de la civilización de las naciones', siendo definido por Cambiaso como 'uno de los capitulares más dignos de los que ha tenido el obispado de nuestra Isla, y desde la muerte de Don Cayetano María de Huarte el más sabio de todos los existentes'" (198).

12
Noticia del estado eclesiástico de este Arzobispado de Sevilla, según el acta de la Visita General Extraordinaria que hizo el Señor Doctor Don Juan Bautista Morales Gallego, presbítero, canónigo de la Santa Patriarcal Iglesia de esta dicha ciudad. 1813. Archivo Arzobispal de Sevilla, Gobierno, Visitas pastorales, leg. 5.237.

13
Eso consta en el testamento de 1789 de su padre, también llamado Benito Buscaróns, pues afirma que su hijo diácono había estado estudiando filosofía en Sevilla "tiempo de dos años" (González Cruz, Familia y educación 329).

Sin embargo, sus principales interlocutores en Huelva no fueron Buscaróns o Cerón, y quizás tampoco fue Trianes, que se debía a su canongía de la catedral gaditana. En carta de Vargas a Diego Clemencín, firmada en Cádiz en abril de 1817 y también reproducida por Fernández Duro, se alude a un colega de investigaciones residente en Huelva, que realiza sus pesquisas en los archivos locales onubenses y al que gráficamente llama su "encargado de negocios literarios en Huelva":

Mi Diego: Allá va hasta la confidencial de mi encargado de negocios literarios en Huelva. Queda en continuar su pesquisa, aunque la juzga inútil. Yo le animo con que si consigue encontrar el Fuero Real municipal de aquella villa, cuente con el título de Académico correspondiente que desea y merece. Es natural que Vm. le conozca. Es un excelente mozo que, muerto Clavijo, continuó la traducción de Bufón; ojo al amigo lector. (264)

Este corresponsal de Vargas en Huelva fue el abogado sevillano Ignacio de Ordejón, "excelente mozo", traductor del francés[14], que compartió con él su interés por las averiguaciones históricas y sus gustos literarios[15], además de la misma inclinación política liberal[16]. Quizás se conocieron en las tertulias de la marquesa de Villafranca, María Tomasa Palafox, pues Vargas las frecuentaba (Guillén 10) y Ordejón era el administrador de la casa (Téllez y Alonso 89), aunque éste trasladó su residencia a Huelva para desempeñar lo que él llama algunos "cargos en la sociedad"[17]. En una carta firmada en Huelva a 8 de junio de 1816, hoy en el Archivo del Real Jardín Botánico de Madrid, decía al bibliotecario Simón de Rojas Clemente que "la Providencia me trajo a este bendito rincón donde he podido lidiar a la suerte en todas circunstancias y donde me hallo con alguna comodidad y tranquilidad"[18]. Quizás, cuando escribía esta carta, se hallaba con Vargas Ponce, que diez días antes firmaba en Huelva el Elogio a Escaño. En cualquier caso, Ordejón y Vargas mantuvieron amistad y correspondencia, y de ambas cosas se dispone de referencias y muestras. En la Academia de la Historia se conserva, por ejemplo, una carta de Ordejón a Vargas pidiéndole una recomendación para un sobrino suyo ante el también académico Fernando de la Serna, datable entre 1817 y 1821:

Compañero y amigo:

Dejando para ocasión más desahogada desocupar el buche lleno de cosas, se limita ésta a suplicar a V. se sirva remitirme una carta de recomendación para el señor D. Fernando de la Serna como a usted le parezca y en favor de mi sobrino, de quien mi mujer le ha hablado a V. otras veces. La espero y no digo más, porque está obstruidísimo en extremo su siempre amigo afectísimo, Ignacio de Ordejón.

La nota adjunta es la razón del empeño. (Abascal y Cebrián, José Vargas Ponce 503 y 504)

14
Como indican García Garrosa y Lafarga, la primera traducción completa de la Historia natural del hombre del conde de Buffon fue realizada por José Clavijo y Fajardo, empleado del Real Gabinete de Historia Natural, y apareció en 21 volúmenes entre 1776 y 1821. "La fama alcanzada por Buffon –afirman dichos autores- propició que en los años siguientes se tradujeran otras obras relacionadas con el naturalista, como la Vida del conde de Buffon hecha por José Miguel Alea (1797) o el Espíritu del conde de Buffon, traducido por Tiburcio Maquieyra (1798)" (55). Sin embargo, no consta que Ignacio de Ordejón continuara la labor de Clavijo, tal como afirma Vargas. La obra más relevante de Ordejón fue la primera traducción al español del Tom Jones o el expósito, de Henry Fielding, a partir del texto francés de Pierre Antoine de La Place, aparecida en cuatro volúmenes y con un prólogo suyo en la imprenta madrileña de Benito Cano en 1796. De la forma de traducir Tom Jones por parte de Ordejón se ocupa Philip Deacon en su artículo sobre la novela inglesa del siglo XVIII en España (135 y 136). Según Eterio Pajares Infante, "además de Tom Jones de H. Fielding, constan como versiones suyas Victorina o la joven desconocida de Jean-Claude Gorjy (Madrid, 1798), con reimpresiones en 1804, 1812 y 1837 y, del mismo autor, La familia benéfica o Aventuras de Blanzé referidas por el mismo (Madrid, 1798). También tradujo Los cuadros de la penitencia del obispo Antoine Godeau (Madrid, 1819, 2 vols.), con reedición en 1856. Otras traducciones no llegaron a publicarse: el Tratado sobre el modo de criar sanos los niños, de J. P. Frank (1803) y el libreto de la ópera cómica El Jockei o Cazadorcito de moda de François-Benoît Hoffman, con música de Pierre Solié (1802)". Biblioteca de Traducciones Españolas. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

La mención a la mujer de Ordejón y a sus varias conversaciones en torno a su sobrino, además de la confianza que de la carta emana, nos hacen pensar en la posibilidad de que el gaditano se alojara en su casa y no en el palacio de Trianes. En todo caso, arrimado a Vargas, el "título de Académico correspondiente que desea y merece" lo consiguió poco después de las estancias de éste en Huelva en 1815 y 1816, pues en las Memorias de la Real Academia de la Historia consta que Ignacio de Ordejón ingresó como académico correspondiente el 16 de mayo de 1817. Por cierto, que Antonio Manuel Trianes ingresaría 42 días después, el 27 de junio, pudiéndose ver cómo José de Vargas Ponce incorporaba a sus amigos y correligionarios políticos a la Academia ejerciendo su ascendiente sobre la corporación (VI, XCIII). En carta de Vargas a Clemencín, fechada en Cádiz a 17 de junio de 1717, aquél refiere cómo "a los 14 días de escrita llegó a mi mano la carta de Ordejón que incluyo, dando gracias a la Academia, y otro sí, la confidencial a mí que remito también, para que, enterado nuestro Marina de ella cum prole regia, populo sibe comisso me la devuelva Vm." (Fernández 269). Desde entonces, Ignacio de Ordejón mantendría activa correspondencia desde Huelva con la Academia de la Historia, y ya el año de su ingreso se incluyó en las Memorias lo siguiente:

> El Sr. D. Ignacio Ordejón ha remitido copias de dos escrituras de los Sres. Reyes de Castilla D. Alonso el X y D. Alonso el XI, sacadas del archivo de la ciudad de Niebla: en esta última se señalan los términos de la ciudad y es mui notable para la geografía de aquellos tiempos: la otra es el privilegio rodado en que el Rei Sabio autorizó el fuero de Niebla para el gobierno del pueblo y de sus aldeas. (VI, XXX)

Ordejón examinaba en 1817 el archivo de Niebla por encargo del propio Vargas, que por entonces se había sumado a la búsqueda que, por real orden, la Academia de la Historia hacía en toda España de códices del Fuero Real de Alfonso X, para la compilación y edición contrastada de la obra del Rey Sabio. De este proyecto de estudio y recuperación de los códices del fuero alfonsino ha escrito largamente Jesús Vallejo, que trae a colación la noticia de que Vargas Ponce comunicó en marzo de 1817 a la Academia no haber encontrado ningún ejemplar ni en Sevilla ni en Niebla, "localidad esta última de donde llegan noticias en junio sobre el estado 'lastimoso' de su archivo" (454). Estas noticias procedían, naturalmente, de Ordejón, pues acabamos de ver que en abril de ese año escribía Vargas respecto a él que "queda en continuar su pesquisa, aunque la juzga inútil. Yo le animo con que si consigue encontrar el Fuero Real municipal de aquella villa, cuente con el título de Académico correspondiente".

La principal aportación de Ignacio de Ordejón a la Academia de la Historia, sin embargo, fue la redacción y lectura de un Discurso sobre un pedestal antiguo romano que se conserva en la villa de Trigueros, provincia de Sevilla, firmado en Madrid el 3 de diciembre de 1819 y que trataba del conocido como "puteal de Trigueros", del que había realizado un dibujo

15
De hecho, el nombre de Ignacio de Ordejón aparece entre los suscriptores de los ocho tomos de la segunda edición comentada y corregida de El Quijote preparada por el bibliotecario real y académico de la Historia Juan Antonio Pellicer y que apareció en 1799 en la Imprenta madrileña de Gabriel de Sancha.

16
En 1821 sería comisionado por el Ayuntamiento Constitucional de Huelva, por su ciencia y habilidad literaria, para escribir la documentada Exposición que el Ayuntamiento de la Villa de Huelva hace al Congreso Nacional, reunido en Cortes Extraordinarias, dando gracias por haberla elegido para la capital de la nueva provincia de su nombre; y manifestando topográficamente lo acertada y justa que ha sido esta resolución. Este discurso, firmado en Huelva el 1o de diciembre de ese año e impreso en Madrid, lo ha reproducido Gozálvez Escobar en su libro sobre la formación de la provincia de Huelva (59-72) y en él Ordejón alaba sin vacilaciones al Congreso Soberano de la Nación y pide que "llegue Huelva a ser nombrada con elogio en todas las naciones por su riqueza, por su prosperidad, y sobre todo por sus virtudes cívicas y por su amor constante a la Constitución, y nuevo sistema que la dio el ser" (61).

17
Ese traslado a Huelva fue anterior a 1811, pues ese año ya consta Ignacio de Ordejón entre los miembros de la Junta de Subsistencia creada por el Ayuntamiento de Huelva para auxiliarle en materias de hacienda, formada por los vecinos "más condecorados y pudientes" (Vega 459). Al año siguiente firma como miembro de dicha Junta en el acta capitular en el que se manda convocar a los vecinos de Huelva para la celebración de la Constitución de Cádiz (González Cruz, De la Revolución Francesa 107).

18
Carta de Ignacio de Ordejón a Simón de Rojas Clemente, firmada en Huelva a 8 de junio de 1816. Archivo del Real Jardín Botánico de Madrid, Jardín, div. I, leg. 58, carp. 2, doc. 17.)

bastante pulcro. Discurso y dibujo se conservan actualmente, aludiendo el autor en su escrito a que "el estudio de las antigüedades habría sido mi ocupación primera si las atenciones indispensables de mi carrera y cuidados anejos a mis cargos en la sociedad me hubiesen concedido desahogo suficiente" (3). No pudo encontrar Vargas Ponce en Huelva más firme apoyo para sus investigaciones ni quien con más conocimiento le introdujera en la historia de la villa onubense, en los documentos de sus archivos, en sus personajes célebres o en las obras que, en el siglo anterior, habían abordado sus memorias y vestigios antiguos. Gusta leer lo que Ordejón decía acerca de su llegada a la villa onubense y su apasionada lectura de las obras de la historiografía ilustrada de Huelva:

> La situación de la antigua Onuba movió al Doctor Don Antonio Jacobo el Barco a escribir una disertación erudita para probar que fue la que ocupa hoy la Villa de Huelva, su patria, en la confluencia de los ríos Tinto y Odiel, cerca de su desembocadura en el Océano, contradiciendo la opinión del licenciado Rodrigo Caro, que se empeñó en ser la que hoy tiene la Villa de Gibraleón. El licenciado Don Juan Agustín de Mora Negro y Garrocho pretendió lo mismo que el Doctor Barco, en su Huelva ilustrada, pero Don Miguel Ignacio Pérez Quintero, en su Beturia vindicada, siguió la opinión de Caro; y todos por amor de la Patria, o por el de la verdad, trabajaron con tesón amontonando autoridades y monumentos antiguos. (...) Quando por mi casual traslación de residencia a Huelva leí ansioso todas estas memorias y creí encontrarme en la antigua Beturia, país de los celtas, nada me dio tanta curiosidad como ver por mis ojos las villas de Gibraleón y Trigueros, y el campo que las circunda y une con Huelva, el cual contemplé como un teatro de guerras sangrientas y de sucesos atroces, sembrado todavía de mosaicos, columnas, sepulcros, medallas y otros vestigios que manifiestan su antiquísima y numerosa población. (8-10)

Nada mejor que el conocimiento que entonces atesoraba Ignacio de Ordejón para que Vargas Ponce pudiera plantear sus tres biografías de autores onubenses y, especialmente, su Discurso histórico-geográfico de la villa de Huelva, que sin duda hubo de abundar en las mismas cuestiones que Antonio Jacobo del Barco, Juan Agustín de Mora y Miguel Ignacio Pérez Quintero habían tratado ya entre 1755 y 1794. No parece que Ordejón se sintiera especialmente atraído, como Vargas, por los sucesos colombinos y del Descubrimiento de América, sino que, siguiendo los pasos de los historiadores locales del siglo XVIII, estaba mucho más interesado en la antigüedad romana y en la documentación generada por los reyes cristianos medievales. Eso fue lo que normalmente trasladó a la Academia de la Historia en su correspondencia e intervenciones en persona, pues consta por Maier Allende que, estando en Madrid, asistió a algunas de las sesiones académicas en 1819 y 1820 (168). El día que acudió a la Academia a leer su discurso sobre el puteal romano regaló una moneda de Maximino al monetario de la institución y en las Memorias se alude a que en el año académico 1818-1819, "el Sr. D. Ignacio de Ordejón, continuando las pruebas del celo que tiene ya manifestado en otras ocasiones, presentó tres códices originales: el cuaderno de las Cortes de Valladolid celebradas por el Rei de Castilla D. Alonso el XI en diciembre de la era 1363, el de las Cortes tenidas por el mismo Rei en Madrid corriendo el mes de agosto de la era 1367, y las ordenanzas hechas por el Rei D. Pedro el Cruel en las Cortes de Valladolid de la era 1389" (VI, LX).

José de Vargas Ponce valoraba mucho la corresponsalía de Ignacio de Ordejón desde Huelva. En general, todo el mundo científico ilustrado se sostuvo sobre un tupido entramado de corresponsalías, que informaban por carta desde todos los ámbitos locales de cualquier novedad digna de mención que se daba en los ámbitos de la documentación, la epigrafía, la zoología, la botánica, la mineralogía, etc. Esa red de informantes mantenía actualizados a individuos y corporaciones a cambio normalmente de recibir impresos de actualidad científica o literaria, a los que de otra manera no podían acceder, y eventualmente de ser receptores de dignidades y puestos académicos. El propio Ordejón, por ejemplo, no era sólo corresponsal de Vargas Ponce, sino que hacia 1816 también era informante de Mariano Lagasca y Segura y de Simón de Rojas Clemente, entonces director y bibliotecario respectivamente del Jardín Botánico de Madrid[19]. Interesado por los minerales y por las plantas, además de por la historia, el 8 de junio de 1816 escribía a Clemente desde Huelva:

> En punto a minerales y piedras, me parece que encontraría vuesa merced cosas muy nuevas: todas estas sierras del Andévalo están llenas de minas abiertas y trabajadas en lo antiguo: se encuentran abundantísimas escorias, riquísimas almagras y restos de antigüedad muy preciosos. (...) Hay peñas de una pieza, tan grandes como el museo, de esa clase de pórfido o jaspe que aquí han denominado en otros tiempos Diaipreso Sanguíneo, que por estar en suelo del estado de Niebla se ha reputado por minas propias de S.C. En quanto a botánica me parece esto exausto para los observadores y siento no desengañarme en este punto con el juicio de mi amigo D. Pablo La Llave, que había hecho ánimo de hacer por aquí un viage botánico, y creo no lo ha podido verificar[20].

No eran sólo, por tanto, los viajes históricos o literarios como los de Vargas Ponce o Pérez Bayer los que se acercaban a estas tierras, sino también los viajes botánicos. Pablo de La Llave, clérigo mexicano liberal y amigo de Ignacio de Ordejón, con el que éste también debió de mantener activa correspondencia desde Huelva, fue director del Museo de Ciencias Naturales de Madrid durante el período bonapartista y, tras la independencia de México, fue ministro en el gobierno imperial de Iturbide y en la república. La carta de Ordejón a Clemente incluye una alusión a los impresos que éste le remitía a Huelva y que lo salvaban del relativo aislamiento que presentaba la villa onubense en esas materias. El bibliotecario del Jardín Botánico también enviaba impresos a otro corresponsal que tenía en el entorno, en este caso en Moguer: el vicario eclesiástico Manuel José Mioño, informante de aquellas novedades o hallazgos científicos que tenían lugar en su comarca. En carta firmada en Moguer el 19 de mayo de 1816, Mioño le decía a Simón de Rojas Clemente que "a su debido tiempo recibí los 4 impresos, que he repartido en esta ciudad y fuera de ella", y, en cuanto a minerales, le ofrecía "la colección de piexas arrinconadas en esta su casa":

> Ya sabe usted de los museos que me regaló; éstos y otros también de usted que se guardaban en Cádiz en casa de nuestro amigo Don Francisco Torizes los recogí y conserbo; si acaso hacen falta, desde luego dispondrá de ellos. (...) Espero se sirva

19 En el proyecto del herbario De Ceres Hispanica, colección de variedades de cereal presentes en la geografía española recopilada por Lagasca y Clemente, hay alguna semilla que consta haber sido proporcionada por Ordejón. Téllez y Alonso, que la han publicado, afirman que Ignacio de Ordejón era "corresponsal de ambos botánicos para la recolección de trigos y cereales en general" y que "su afición por estos temas botánico-agrícolas le hizo participar con entusiasmo en tales tareas" (89).

20 Carta de Ignacio de Ordejón a Simón de Rojas Clemente, firmada en Huelva a 8 de junio de 1816. Archivo del Real Jardín Botánico de Madrid, Jardín, div. I, leg. 58, carp. 2, doc. 17.

usted estar a la vista para lo que aparesca de Historia natural, variedad de conchas, minerales, petrificaciones, etc., etc[21].

Es muy probable que José de Vargas Ponce trabara conocimiento con Mioño en su estancia en Moguer en 1815, pues, además de ser el vicario y responsable del archivo parroquial, debía de ser también un referente claro de la curiosidad intelectual en la localidad. En 1794 había un "Manuel Mioño, Presbítero", en la lista de suscriptores de La Beturia vindicada de Pérez Quintero, en la que también habíamos hallado a Benito Buscaróns (122). Según los datos obrantes en el Archivo Arzobispal de Sevilla, Manuel José Mioño era vicario de Moguer desde el 8 de enero de 1801 y en la visita pastoral que se hizo a la parroquia en 1818 se hizo constar que era de edad de 65 años, que había estudiado moral y que era "de buenas costumbres, juicioso y prudente"[22]. Cuando Vargas estuvo en Moguer, Mioño tenía, pues, 62 años, aunque él mismo diría al año siguiente que, "a causa de mi edad avanzada y virtuales achaques", se hallaba "poseído de una como hidropesía"[23]. Huelga abundar más en ello, pues lo cierto es que no sabemos si Vargas y Mioño se trataron en Moguer, aunque, como decimos, la idea no parece estar desencaminada.

21
Carta de Manuel José Mioño a Simón de Rojas Clemente, firmada en Moguer a 19 de mayo de 1816. Archivo del Real Jardín Botánico de Madrid, Jardín, div. I, leg. 58, carp. 2, doc. 10.

22
Visita pastoral a la parroquia de Moguer, realizada entre el 21 de enero y el 10 de febrero de 1818. Archivo Arzobispal de Sevilla, Gobierno, Visitas pastorales, leg. 5.240.

23
Carta de Manuel José Mioño a Simón de Rojas Clemente, firmada en Moguer a 19 de mayo de 1816. Archivo del Real Jardín Botánico de Madrid, Jardín, div. I, leg. 58, carp. 2, doc. 10.

De vuelta Vargas a Sevilla, a pesar de que su destierro lejos de la corte (hasta su rehabilitación en el Trienio Liberal) le dio reposo para la continuación de sus estudios y trabajos, la Historia de la Marina y, en concreto, la Vida de Colón no llegaron nunca a ver la luz como tales. A su muerte en Madrid, en 1821, sus papeles fueron repartidos entre los archivos navales y la Academia de la Historia, labor en la que Martín Fernández de Navarrete, amigo y compañero en sus antiguos proyectos, cumplió un papel determinante respecto a la clasificación y ordenación de sus fondos. Navarrete, al que Durán López llama "el continuador y mejor artífice de la obra de Vargas", fue quien con mayor empeño compartió el interés del gaditano por la historia naval de España y quien en lo sucesivo llevó adelante el propósito de realizar la Historia de la Marina, aunque es cierto que en algún momento pareció querer desdibujar la iniciativa de Vargas a favor de su propio protagonismo, ya fuera por vanidad personal, ya fuera por no invocar demasiado la figura de alguien políticamente tan significado contra el régimen absolutista de Fernando VII. Con todo, Fernando Durán afirma sin ambages:

> El riojano y el andaluz tienen una trayectoria sumamente parecida, compartieron numerosos proyectos comunes y se sentían llamados por idénticas inquietudes intelectuales; a la muerte de Vargas, Navarrete fue su primer biógrafo y el encargado de organizar su legado erudito, así como de continuar, personalmente o dirigiendo el trabajo de otros, algunos de los proyectos que con el tiempo el gaditano fue dejando inacabados: el diccionario marítimo, la biografía de Colón, la colección de viajes españoles,... (...) A la vuelta de bastantes años, pudo culminar algunas de las secciones que se le habían adjudicado, en concreto la crónica documentada de los viajes marítimos españoles; también ejecutó un monumental diccionario de escritores navales de España (la Biblioteca marítima española). No obstante, Navarrete tampoco escapó a la desgracia colectiva que parece haber conspirado contra los proyectos culturales de la Ilustración en nuestro país: no fue capaz de publicar entera su Colección de viajes y, respecto a la Biblioteca, el tomo III (adiciones, apéndices e índices) tuvo que malbaratarse sin encua-

> dernar, estando ya los pliegos impresos. En todo caso, la obra de Navarrete, junto con lo que pudo llegar a terminar Vargas, constituye el resultado más palpable de aquella iniciativa tomada por el escritor gaditano en 1789. (Durán 68 y 69)

Esta Colección de viajes aquí mencionada, titulada realmente Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, con varios documentos inéditos concernientes a la historia de la marina castellana y de los establecimientos españoles en Indias, y que Navarrete publicaría en cinco tomos entre 1825 y 1837, era la materialización de aquel proyecto que Vargas Ponce presentó al Rey en 1789 y que incluía la "colección de nuestros viajes marítimos", aunque en su mayor parte terminaron saliendo a la luz como repertorios documentales sin elaborar. Aun así, ya en el primer tomo era visible que el nombre de Vargas se ocultaba, pues sólo se mencionó para decir que, "antes de encargársenos esta comisión, había presentado el teniente de navío D. Josef de Vargas y Ponce, un plan para escribir la historia general de la marina española, vasto y complicadísimo", de resultas de lo cual se le atribuiría al propio Navarrete -dice él- "la coordinación y publicación de nuestros antiguos viajes". En la dedicatoria al Rey, además, hacía constar su agradecimiento "por aprobar el plan que yo habría propuesto para su publicación y honrarme con su Soberana confianza para ejecutarlo" (I, VIII y LXII), haciendo retumbar ese "yo" de forma sonora.

LA UNIVERSALIZACIÓN LITERARIA DE LA RÁBIDA. EL VIAJE ROMÁNTICO Y FILIAL DE WASHINGTON IRVING.

Los dos primeros tomos de la Colección de viajes de Martín Fernández de Navarrete, que aparecieron en 1825 y que albergaban el diario de Colón y otros documentos colombinos, constituyeron el hilo conductor destinado a enlazar el trabajo de Vargas con la obra posterior de Washington Irving y el punto de partida que acabaría haciendo que, en 1828, el periodista estadounidense realizara el mismo viaje a los lugares colombinos que en 1815 había hecho el ilustrado gaditano. De hecho, fue precisamente con el cometido de traducir al inglés los volúmenes de Navarrete para lo que Washington Irving llegó a España por primera vez en febrero de 1826. Él mismo lo cuenta detalladamente en su Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón:

> Hallándome en Burdeos el invierno de 1825 a 1826, recibí una carta de Mr. Alejandro Everett, Ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en Madrid, dándome noticia de estar en prensa cierta obra redactada por don Martín Fernández de Navarrete, Secretario de la Academia Real de la Historia, etc., etc.; la cual contenía una colección de documentos relativos a los viages de Colón, y entre ellos muchos de grande importancia, recientemente descubiertos. Mr. Everett al mismo tiempo espresaba su sentir, de que la versión de aquella obra al inglés por un americano sería muy de desear. Concurrí con él en su opinión, y habiendo pensado hacía ya tiempo visitar a Madrid, me puse poco después en camino para aquella capital, con el designio de emprender en ella la traducción de la obra.
>
> A poco de mi llegada apareció la publicación del señor de Navarrete. Contenía ésta muchos documentos hasta entonces desconocidos, que ilustraban los descubrimientos del Nuevo-Mundo y hacían grande honra a la aplicación y actividad de su sabio editor. La totalidad, empero, de la obra antes presentaba un tesoro de ricos materiales

para la historia, que la historia misma. Y aunque semejantes acopios son inapreciables para el laborioso literato, la vista de papeles inconexos y documentos oficiales suele no agradar a la pluralidad de los lectores, que prefieren siempre narrativas claras y eslabonadas. Esta circunstancia me hizo vacilar en la propuesta empresa; pero era el asunto tan interesante, y para mí tan patriótico, que no me podía determinar a abandonarlo. (19-21)[24]

24
Los textos de Life and Voyages of Christopher Columbus de Washington Irving (1828) están citados con arreglo a la traducción española de José García de Villalta, aparecida en 1833 en la imprenta madrileña de José Palacios como Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón.

Cabe señalar que el embajador Alexander E. Everett, según dice Irving, conocía la obra de Navarrete aun antes de que los dos primeros tomos salieran de imprenta y que éstos, a pesar de que llevan el año de 1825 como el de edición, no aparecerían realmente hasta febrero o marzo del año siguiente, pues Washington Irving llegó a Madrid en febrero de 1826 y parece que los volúmenes terminaron de publicarse poco después. En cualquier caso, era evidente que el estadounidense, que había estudiado español para acercarse a la literatura hispana, de la que estaba francamente interesado según muestran sus diarios de 1824 y 1825, no encontró nada sugestiva la traducción de unos tomos llenos de transcripciones de documentos escritos en un lenguaje ya arcaico, y que no encontrarían una buena acogida entre un público lector medio, y sustituyó la idea inicial por la redacción de la pendiente Vida de Colón, a la que ni José de Vargas Ponce ni Martín Fernández de Navarrete habían terminado de dar forma. De esa manera, como sigue diciendo Irving, "una historia fielmente compuesta de estos materiales llenaría un vacío en la literatura y sería para mí ocupación más satisfactoria, y para mi patria más útil que la traducción que antes me había propuesto hacer" (21).

Y así nació el proyecto de Washington Irving de escribir la biografía de Cristóbal Colón, pilar básico en la puesta de moda del personaje en el transcurso del siglo XIX. Con pulso de investigador paciente en archivos y bibliotecas, pero sin olvidar su temperamento de periodista, el estadounidense fue componiendo su libro a partir de los fondos que fueron inmediatamente puestos a su disposición:

> Me animó además a emprender semejante obra la mucha facilidad que para ello tuve en Madrid. Residía yo en casa del Cónsul americano el caballero O. Rich, uno de los más infatigables bibliógrafos de Europa, que por muchos años se había ocupado en la investigación de documentos relativos a la historia primitiva de América. En su estensa y curiosa biblioteca encontré una de las mejores colecciones que hoy existen de la historia colonial de España, e infinidad de documentos, que en vano hubiera buscado en otra parte. Puso su dueño a mi absoluta disposición la biblioteca, con una franqueza y liberalidad que rara vez se encuentra entre los posesores de obras tan raras y apreciables. Allí encontré los principales recursos de que me he valido en la totalidad de mi trabajo.
>
> También me serví de las riquezas de la biblioteca real de Madrid, y de las que encierra la del colegio de jesuitas de San Isidro: dos nobles y amplias colecciones, abiertas siempre al público, y dirigidas con el mayor orden y liberalidad. Me favoreció con su ayuda don Martín Fernández de Navarrete, comunicándome noticias de alto interés descubiertas por él mismo en sus dilatados trabajos; ni puedo menos de testificar aquí mi admiración del ardiente celo de aquel hombre amable, que uno de los últimos veteranos de la literatura española, y ya casi solo, continúa con vigor incansable sus tareas en un país donde tienen hoy los esfuerzos literarios tan poco estímulo y recompensa.

> Debo también espresar mi gratitud por la liberalidad del duque de Veraguas, descendiente y representante de Colón, que sometió a mi inspección los archivos de su familia, tomando personal interés en hacerme ver los tesoros que contenían. Ni puedo omitir las muchas atenciones que he recibido de mi escelente amigo don Antonio de Ujina, Tesorero del Serenísimo Señor Infante don Francisco, caballero de erudición y talentos, y muy versado en la historia de España y de sus dependencias. A sus incansables investigaciones debe el mundo muchos de los conocimientos exactos que últimamente ha recibido sobre varios puntos de la primitiva historia colonial. Posee el señor de Ujina los más de los papeles de su difunto amigo, el historiador Muñoz, los cuales me presentó, así como otros varios documentos, con una urbanidad y franqueza, que aumentó mucho, y aligeró la obligación al mismo tiempo. (21-24)

25 Así lo decía el propio Juan Bautista Muñoz por carta al obispo de Beja, Frei Manuel do Cenáculo, el 5 de febrero de 1785 (Barajas 539).

Es particularmente destacable el conocimiento trabado entre Washington Irving y el propio Martín Fernández de Navarrete, así como el ofrecimiento por parte de éste de muchos de sus hallazgos documentales. También lo es, desde luego, la consulta de los papeles del "historiador Muñoz", que sin duda alguna era Juan Bautista Muñoz, cosmógrafo mayor de Indias y organizador del Archivo de Indias de Sevilla, que emprendió la tarea de "escrivir la Historia de América en vista de quantos documentos puedan hallarse"[25] y a quien aludió Vargas Ponce cuando vimos que afirmaba, en 1804, que su biografía de Colón debía ser "un extracto de cuanto dejó impreso y manuscrito nuestro Muñoz". Estaba claro que el camino trazado entre los trabajos de Vargas Ponce y Fernández de Navarrete y el de Washington Irving era directo y notorio y que todos los esfuerzos convergían. Irving, como periodista, fue en cualquier caso mucho más resolutivo que Vargas y Navarrete y en poco más de un año culminó su biografía. En 1827, estando en Madrid, firmó la introducción de su obra y en 1828, en doble edición de G. & C. Carvill de Nueva York y de John Murray de Londres, publicó Life and Voyages of Christopher Columbus, biografía romántica que popularizó primero en inglés –y más tarde en casi todas las lenguas occidentales- la figura del descubridor de América. Navarrete se haría eco enseguida de la publicación en inglés, pues en el tomo III de su Colección de viajes, aparecido en 1829, aludiría a "la Historia de la vida y de los viages de Cristóbal Colón que ha publicado con una aceptación tan general como bien merecida", deshaciéndose en elogios por mostrar en ella "la más sana crítica, la erudición y el buen gusto", aunque haciendo constar que Irving había tenido "siempre a mano los auténticos documentos que acabábamos de publicar" y exhortando a que "rectifique el señor Washington algunas noticias u opiniones, que tomadas de fuentes menos puras carecen aún de aquella certidumbre y puntualidad que se requiere" (III, XIII y XIV).

Por la curiosidad que sin duda le despertó la redacción de la obra y por su deseo de continuar la labor con la elaboración de otro libro dedicado a los compañeros de Colón y otros descubridores, entre ellos Vicente Yáñez Pinzón y Pedro Alonso Niño, pronto albergó la idea de hacer un viaje de visita y consulta a aquellos lugares desde donde se gestó la aventura del Descubrimiento. De momento, el primero de marzo de 1828 salió de Madrid para conocer el sur de España, instalándose en Sevilla después de recorrer durante más de un mes las ciudades de Andalucía y asomarse al estrecho de Gibraltar. Llegado a Sevilla en el vapor "Betis" la tarde del 14 de abril de 1828 (Peña Cámara 124), e integrado en su red de sociabilidades inglesas e irlandesas, compuesta principalmente por algunas familias de comerciantes, pintores e intelectuales, trabajó en la segunda edición del libro, completada con algunas informaciones extraídas de la Biblioteca Colombina y del Archivo de Indias (Garnica 16-20). Fue ya en agosto, en el peor momento para recorrer Andalucía, cuando

Washington Irving decidió viajar a Moguer, Palos y La Rábida para cumplir una especie de deber de historiador, de periodista y de americano. La gestación de la idea de ese viaje la cuenta él mismo al inicio del relato que escribiría luego:

> Durante mucho tiempo había soñado con esta excursión como si se tratara de un piadoso deber, e incluso de un deber filial, que como americano tenía que cumplir, y esta intención mía se hizo más apremiante cuando me enteré de que muchos de los edificios que menciono en mi Historia de Colón todavía permanecen casi en el mismo estado en que se encontraban cuando Colón estuvo en Palos, y que los descendientes de los antiguos Pinzones, que lo ayudaron con barcos y dinero y lo acompañaron en el admirable viaje del Descubrimiento, todavía florecen en aquellos lugares. (210)[26]

No sabemos si Irving conocía los detalles y resultados del periplo en burra que había hecho Vargas Ponce trece años antes, aunque Martín Fernández de Navarrete le pudo decir algo, toda vez que Vargas le había informado en su día por carta de los pormenores de la gira. Por lo que dice acerca de los edificios y de la permanencia en la zona de la familia Pinzón, se ve que estaba medianamente informado. Aunque Navarrete pudiera haberle comentado la decrepitud de muchos de los emplazamientos, el relativo olvido de los hechos colombinos entre los naturales de aquellos pueblos y la inexistencia en sus archivos de documentación relevante en torno a las materias que le interesaban, parece que la curiosidad y el "deber piadoso y filial" del periodista estaban dispuestos a sobreponerse a todo. Para hacer el viaje, Irving alquiló[27] una calesa, carruaje de dos ruedas, "profusamente decorada con remates y adornos de bronce" y tirada por un caballo de cuya cabeza caían "unas redecillas de estambre con borlas o madroños en rojo y amarillo". El calesero, aunque taciturno, no era menos pinturero, pues el estadounidense lo describe como "un andaluz alto, con largas piernas, y llevaba una chaquetilla corta, un pequeño sombrero redondo, calzones adornados con botones que iban desde la cintura a la rodilla, y calzaba un par de polainas de cuero color bermejo". La estampa, para un escritor como Irving, no podía ser más romántica, y ello probablemente tiñó de tipismo el viaje desde el principio, pues el periodista permaneció en todo momento pendiente de los detalles costumbristas de la ruta, con alusión incluida a "un contrabandista abrazado a su trabuco" que se encontró en cierto momento durmiendo a su lado (211). A lo largo de todo el recorrido, el viajero describió con gusto, cuando eran típicas, las indumentarias de quienes iba encontrando, como el caso de Rafael Hernández-Pinzón, que "venía bien montado en un caballo tordo y vestía a la andaluza con chaquetilla corta y pequeño sombrero redondo", o el del "joven caballero español" que llegó sobre un caballo ruano a la posada en que se alojaba en Moguer "con un ancho sombrero blanco, con una ancha cinta de raso y escarapela. Chaquetilla ligera. Calzones de montar con botones de vivos colores, botas de cuero, etc." (225 y 235).

26
Para citar los textos de "A visit to Palos" y los del diario que fue llevando Irving en su viaje utilizamos la traducción de Antonio Garnica publicada en Washington Irving en los lugares colombinos (2001), sin duda la más fiel a las versiones en inglés, pese a que introduce en el relato una división en días que no corresponde al original y comete un error de colocación de párrafo, pues el cuarto (210) debe colocarse en sexto lugar. Todas las menciones a páginas en citas de ambos textos van referidas a esta edición. Existen otras traducciones, pero presentan graves deficiencias. La traducción de Fernández Cuesta de 1854, que es la primera, opta por recortar frases para reducir el texto. La edición bilingüe de Myro y Hildebrandt de 1985 es mucho más incorrecta aún: aunque pretende diferenciarlos tipográficamente, mezcla el relato y el diario (además de párrafos de otras procedencias) en un único texto, para lo cual mutila y desordena frases originales y añade otras que no son de Irving, en busca de una hilazón artificial. También introduce una división en días. El resultado es una narración híbrida, confusa y nada fiel al original, tanto en inglés como en español. Con los mismos defectos y alguno más (ya no hay diferencia tipográfica entre los textos), Enrique Myro y Alejandro Solbes han vuelto a publicar en 2012 la misma versión bilingüe, con leves variaciones.

27
El precio del alquiler de la calesa aparece en el diario en dos ocasiones. En ambas, el original inglés sólo utiliza la expresión abreviada "15 *s*". Incomprensiblemente, Myro y Hildebrandt hacen decir a Irving "fifteen dollars" y luego traducen al español por "quince duros". Garnica lo traduce en la primera ocasión por "quince chelines" y en la segunda por "quince dólares".

Como se aprecia bien en las anteriores frases, las impresiones rápidas del viaje –y un bosquejo de dibujo de la puerta del convento de La Rábida- las iría apuntando en un diario de notas sueltas y algo deslabazadas cuyo texto publicó en 1926 Clara Louisa Penney[28] y que al cabo de un mes servirían de base a un relato en que daría forma literaria a estos hechos. Según comentaba Penney en las páginas introductorias de su transcripción, el diario "was written with ink or pencil (or both), with many words crossed out, with many changes, and with small regard for either punctuation or spelling" (XV). Diario y relato, confrontados, se complementan en lo general, aunque no dejan de apreciarse algunas disonancias, que mostrarían la elaboración literaria que el escritor quiso darle a lo vivido, y que alguna vez pudo hacer que se forzase la realidad con el reforzamiento –bordeando lo ficticio- de los pasajes más castizos. En alguna ocasión puede entrar la duda de si cierta circunstancia es o no una invención para dotar a la narración de elementos atractivos para un lector que busque en el texto un mundo típico más o menos completo y autorreferencial. El recién mencionado contrabandista durmiendo junto a su trabuco no aparece en el diario, lo cual es extraño dado que ese día apuntó detalles nimios y mucho menos pintorescos. Con todo, por los detalles que Diego Ropero-Regidor ha mostrado en torno a los personajes, lugares y circunstancias del viaje, no cabe duda de que el conjunto de lo narrado por Irving –al fin y al cabo, un periodista- es, mayoritariamente, de una extraordinaria fidelidad a lo real.

28 En el libro Washington Irving Diary, Spain 1828-1829, de Penney, las notas correspondientes al viaje a los lugares colombinos ocupan las páginas 48-59.

29 Como recuerda Garnica, el 5 de agosto Irving anota en su diario, estando en Sevilla: "Mucho calor. Termómetro a 94 grados". Estos 94 grados Fahrenheit equivalen a 34,4 grados centígrados, no a los 36 que refiere Garnica, aunque bien justifican la alusión del estadounidense al "muchísimo calor" del día 11 de agosto. En cualquier caso, aunque el día 12 se sigue refiriendo a "las sofocantes horas del mediodía", el tiempo refrescó durante el viaje a los lugares colombinos, pues la mañana día 13, entre Moguer y Palos, menciona en el relato una "suave brisa", que al día siguiente en su diario se convierte en "fresca" (212, 213, 219 y 235).

El viaje lo inició el lunes 11 de agosto y, a causa del calor de la estación[29], por lo general hizo los recorridos principales por la mañana o ya avanzada la tarde (tres y media o cuatro en adelante), parando a comer, descansar y dormir en las ventas y posadas del camino y dejando en ellas "que pasaran las sofocantes horas del mediodía" (213), que, dicho sea de paso, también eran las preferidas de los asaltantes ante la soledad de los caminos al tiempo de la siesta. Aunque Irving se quejó de la incomodidad de las posadas españolas, y en especial las de esta zona (como haría poco después Richard Ford), suele apreciarse en su relato un gusto por lo pintoresco de la vida rústica, una recreada imitación de la vida de los pueblos, y no puede dejarse de apreciar cierta aprobación cuando se lee en su diario estas pinceladas sueltas de la realidad cotidiana del campo andaluz: "por la noche oigo los rebaños pasar, las esquilas de las ovejas, perros ladrando. Por la tarde, ya oscurecido, pasan arrieros" (212). El solo hecho de anotar estas impresiones auditivas, que en el entorno no tenían nada de particular, ya refleja cierta atención pictórica o novelesca. Lo mismo cabe decir del paisaje: pese a que describe los cultivos y deja reposar la mirada en las bandadas de pájaros que vuelan o en los pueblos con torres que aparecen en el horizonte, suele aludir a la extensa tierra que atraviesa como un conjunto de "vastas, silenciosas y melancólicas llanuras" (211), que tan poco tienen que decir a un escritor romántico más pronto a enaltecer los abruptos paisajes sentimentales que puso de moda Rousseau que a los monótonos campos españoles, los cuales, por lo demás, antes de las desamortizaciones que no tardarían en llegar, no debían de estar cultivados con especial celo e intensidad. Hay que tener en cuenta que, pocos meses antes, había contemplado los paisajes espectaculares de Granada y las sierras bravías de Málaga y Cádiz. En comparación casi obligada, Irving llama en su diario a las extensiones de la Tierra Llana onubense "campos tristes" y "poco atractivos a la vista" (216 y 217). "Triste distrito" las llamará Ford (193).

La primera jornada del viaje la inició por la tarde y a las nueve de la noche paró a dormir en una pobre y solitaria posada del camino, que no pudo ofrecerle cama ni comida, aunque el viajero –prevenido para la eventualidad- comió de un jamón que traía. Al día siguiente afirma que partió antes del amanecer, que, según las informaciones del Anuario del Observatorio de Madrid, ese día tuvo lugar a las cinco y siete minutos en la posición madrileña, seis minutos después en la que se encontraba Irving (23 y 35)[30]. A las nueve y media o diez (por tanto, unas cuatro y media o cinco horas después), ya se encontraba en Villarrasa, donde compró huevos y uvas y pasó la hora de la siesta. Hacia las tres o cuatro de la tarde reemprendió el camino y, aunque pasó por Niebla, contra todo pronóstico sólo anotó en su diario que "tiene murallas y torres árabes" y que está "edificada en lo alto de una roca" (217). Posiblemente iba ya apresurado, pues llegó a Moguer "justo antes de la puesta del sol" (213), que se produjo a las siete y ocho minutos (Anuario 23 y 35). Era 12 de agosto y, en el santoral del vetus ordo, festividad de Santa Clara, celebración mayor en el principal convento de la ciudad, lo que debió de advertir esa misma noche al visitarlo[31].

El destino de esa jornada era, efectivamente, Moguer, pues Irving esperaba que Juan Hernández-Pinzón, uno de los mayores hacendados del lugar y descendiente lejano de los compañeros de viaje de Colón, pudiera servirle de anfitrión en su visita a Palos y La Rábida. No en vano, como él mismo cuenta, la tarde anterior a la partida un hijo del moguereño, estudiante de Derecho en Sevilla, que Ropero-Regidor ha identificado como Ignacio, le había entregado una carta de presentación para su padre. La llegada a Moguer, al atardecer, está contada haciendo uso de un convincente –casi juanramoniano, valga la extemporaneidad- juego de sonoridades, pues la "calesa, al pasar traqueteando por las estrechas y mal pavimentadas calles del pueblo[32], causó una gran sensación. Los niños gritaban y corrían a su lado asombrados de los espléndidos adornos de bronce y los madroños de vivos colores, y contemplando con reverencia al importante forastero que llegaba en tan espléndido carruaje" (213). A Irving le divierte la sorpresa que en estos paisajes olvidados provoca el paso de la calesa y en más de una ocasión refuerza la impresión con tono literario. También es atractiva la forma de contar su entrada en casa de Juan Hernández-Pinzón, situada en la calle Nueva como también recoge Ropero, y su acceso a los patios, donde la familia disfrutaba del fresco de la noche:

> Pronto llegamos a la casa, un edificio de respetable apariencia que indicaba la holgada si no abundante situación económica de la familia. Según la costumbre de los pueblos españoles durante el verano, la puerta de la casa estaba abierta. Entramos con el saludo usual, o el aviso que se suele emplear en estas ocasiones: ¡Ave María! Nos contestó una joven criada andaluza y al preguntarle por el dueño de la casa nos condujo a través de un pequeño patio situado en el centro del edificio y refrescado por una fuente rodeada de macetas de flores, hasta otro patio trasero, también adornado con flores, donde don Juan Hernández-Pinzón y su familia disfrutaban del fresco de la serena noche cómodamente sentados. (214)

Este Juan Hernández-Pinzón Prieto de 72 años –"digno y respetable anciano, alto y más bien delgado, de tez clara y cabellos grises", según lo describe Irving (214)- era enton-

30
Aunque el primer anuario del Observatorio de Madrid se publicó en 1860 con datos para 1861, la información horaria es válida para 1828. Cabe recordar que, en todos esos años, el horario legal coincidió con el horario astronómico que marcaba el meridiano de San Fernando, sobre el cual la posición cenital del sol determinaba las 12 del mediodía.

31
En el santoral del novus ordo, la festividad de Santa Clara se adelantaría al 11 de agosto, día en el que persiste.

32
En cuanto a las "mal pavimentadas calles del pueblo", que hacían traquetear la calesa de Irving, Bernardo Espinalt y García escribía en 1795 en su Atlante español que las calles de Moguer eran "incómodas, por ser el piso arenoso" (187).

ces el cabeza de familia de los Pinzón, como mayor de cinco hermanos, descendientes de Martín Alonso y Vicente Yáñez Pinzón, coprotagonistas del Descubrimiento de América. José Coll, en su libro Colón y La Rábida, y Ángel Ortega, en el tomo III de su obra La Rábida. Historia documental crítica, registran numerosos datos genealógicos de la familia Pinzón desde los descubridores hasta principios del siglo XIX (Coll 367-376 y Ortega 141-175). Sin embargo, a pesar de esta herencia inmaterial –y, en parte, material-, Juan Hernández-Pinzón "se sorprendió mucho de que yo hubiera venido –cuenta Irving- nada menos que a Moguer sólo para conocer el lugar donde se embarcó Colón, y todavía más al decirle yo que tenía interés especial en conocer la historia de su propia familia" (214), sorpresa que llamó la atención de Irving y le puso ya en antecedentes de que, de todos los que iba a encontrar en su camino, el más interesado en recuperar la memoria de lo que allí sucedió hacía casi tres siglos y medio era él mismo. Muy diferente resultó ser la actitud del hermano menor, Luis Hernández-Pinzón, que entró en la casa más tarde y que fue más alentador para las pesquisas colombinas del periodista estadounidense:

> Aparentaba entre cincuenta o sesenta años, algo robusto de cuerpo, de tez clara, pelo gris y ademán franco y varonil. Era el único miembro de la actual generación que había seguido la antigua profesión de la familia, habiendo servido muy meritoriamente como oficial de la Marina, de la que se retiró al contraer matrimonio, hace unos veintidós años. También es el único que se muestra interesado por la grandeza histórica de la familia y dignamente orgulloso de ello guardando con cuidado el recuerdo de las hazañas y distinciones de sus antepasados. Me prestó un volumen manuscrito con las memorias y los documentos y distinciones de la familia. (215)

La tez clara y el pelo gris de Luis Hernández-Pinzón a los que alude el párrafo bien pueden apreciarse en el cuadro, en poder de sus descendientes, que lo muestra a la edad aproximada a la que conoció a Washington Irving, y que Ropero-Regidor reproduce en su trabajo. De Irving también existe un cuadro, bien conocido, que lo representa precisamente en el año en que viajó a los lugares colombinos, y que su amigo David Wilkie le pintó en Sevilla. En cuanto al volumen de memorias y documentos que el moguereño le prestó, no era otro –según refiere igualmente Ropero- que el Libro de Hidalguía que su padre, José Hernández-Pinzón, consiguió el 27 de mayo de 1777 como reconocimiento a los méritos de la familia. Este libro aún se conserva entre los fondos familiares y fue el que a principios del siglo XX consultó la historiadora Alice B. Gould en sus trabajos sobre el Descubrimiento.

En realidad, este volumen con los documentos de los Pinzón sería una de las pocas fuentes documentales –si no la única- que Washington Irving pudo encontrar y consultar en su viaje. En su diario, apuntó que "en el libro de Pinzón éste dice que Colón los llama a consulta. Los Pinzones se deciden a seguir. Colón disparó contra ellos" (217). Antonio Garnica, a este respecto, señala que Irving reformaría el apéndice de la segunda edición de su Life and Voyages of Christopher Colombus para añadir que "en un manuscrito en poder de la familia Pinzón he podido leer el testimonio de un viejo marinero en el sentido de que Colón, para obligar a los Pinzones a volver a España, disparó contra sus barcos, pero como ellos persistían en seguir adelante no tuvo más remedio que hacer lo mismo, y al cabo de dos días descubrieron la isla de la Española", idea descabellada que nos decepciona respecto al contenido de aquel libro y que el estadounidense explica diciendo que "el viejo marinero... probablemente mezcló en sus confusos recuerdos las disputas de la primera parte del viaje sobre la conveniencia de cambiar la ruta hacia el suroeste con

la deserción de Martín Alonso después del descubrimiento de las Lacayas y Cuba, cuando tras separarse del Almirante descubrió la Española" (218). En cuanto a Luis Hernández-Pinzón y Prieto, que enseñó a Irving el libro, conocemos de él algunas cosas por Víctor Manuel Núñez García, que señala que "fue Capitán de fragata y Teniente de navío de la Armada Española y Capitán del puerto de Moguer; aparte de ello también se mostró activo políticamente hablando, combatió al absolutismo fernandino durante el Trienio Constitucional y llegó a representar a Huelva en la junta electoral de partido de la provincia de Sevilla de cara a las primeras elecciones a Cortes del Trienio" (144). Con todo, fue su hermano mayor Juan el que acompañaría al día siguiente a Irving a visitar Palos y La Rábida, tras dormir esa noche en una posada que, tal como ha estudiado Ropero-Regidor, pertenecía al hospital del Corpus Christi, aunque estaba arrendada a Juan Gómez Batista, "de tez clara, pelo castaño, ojos azules", que era "uno de los hombres más amables del mundo", como escribiría su huésped (213 y 217).

Ese miércoles 13 de agosto de 1828 es el día que, naturalmente, ocupa más extensión en las páginas del relato, y el que provoca en su autor las mayores emociones históricas. Es hermosa la descripción del viaje de Moguer a La Rábida por las orillas del río Tinto, y muy plásticas las alusiones del relato y del diario a la "suave y aromática brisa" que rizaba las aguas del río, a los "promontorios cubiertos de viñas, higueras"[33], y al "melodioso repique de las campanas de la lejana ciudad de Huelva", cuyo "blanco caserío" se destacaba a lo lejos (219, 229 y 230). También es interesante, en otro sentido, esa referencia a que Juan Hernández-Pinzón, como hacendado de la zona, "saludaba a cuantos encontraba en el camino y a todos, incluso a los campesinos más humildes, los llamaba caballeros" (218). Estas irrupciones de la vida cotidiana en la narración, tan pictóricas en su brevedad, nos acercan muy convincentemente a las formas de la sociabilidad rural, en este caso las que emanan del paso de la calesa del potentado del lugar entre los campesinos pobres. Tras parar un momento a desayunar en la hacienda, situada entre Palos y La Rábida, en la que la familia Hernández-Pinzón tenía su casa de verano –y que, abandonada, aún existe con el nombre de Buenavista[34]-, la contemplación del paisaje vacío que se abría a su mirada y el recuerdo de los acontecimientos que él pensaba que se habían producido allí (pues ubicaba el antiguo puerto de Palos en ese entorno) fueron las causas de la mayor manifestación de emoción del estadounidense, pues, como el autor cuenta, "el mismo aspecto del paisaje, tan plácido y tranquilo, me afectó en extremo y mientras caminaba por aquella orilla solitaria junto con el descendiente de uno de los descubridores sentí que mi corazón se emocionaba y que mis ojos se llenaban de lágrimas" (220).

Este corazón emocionado y estos ojos llenos de lágrimas merecen que nos detengamos un momento. Cualquier lector medio de hoy reconocería aquí los síntomas que ese llamado síndrome de Stendhal que desde 1979 está tipificado en los manuales de psiquiatría, pero que tuvieron su antecedente más conocido en lo que, según cuenta el escritor francés, le sucedió en 1811 a la salida de la iglesia florentina de Santa Croce, tras contemplar los cuadros de la capilla Niccolini: esa "marea de emoción" que en el pórtico de la iglesia se transformó en "violentas palpitaciones"[35]. Pues bien, Stendhal no publicó estos recuerdos

33
El año anterior a la visita de Irving a Moguer, Sebastián de Miñano había publicado en su Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal, aunque copiándolo claramente del Atlante español de Bernardo Espinalt (187), que en la localidad moguereña "el clima es saludable, y aunque la mayor parte de su término es arenoso, como pasan por él los espresados ríos, le fertilizan y hacen producir mucho vino que no baja de 300.000 arrobas anuales, higos delicados, almendra, pinos y mucha cría de ganado vacuno, yeguar y cabrío" (58).

34
La hacienda de Buenavista, que Ropero-Regidor describe y en la que la familia Hernández-Pinzón tenía instalada una fábrica de aguardiente, era sin duda la de más calidad del entorno y una de las que hizo decir a Miñano en 1827, refiriéndose a Palos, que "la situación de esta villa es la más hermosa, saludable y alegre, por las muchas casas de campo que hay en su término" (415).

35
Aunque es un ensayo literario y no una obra de investigación, es recomendable la reflexión que Julian Barnes hace sobre la veracidad del síndrome de Stendhal en las páginas 93-98 y 272-278 de su libro Nada que temer (2010), que aquí utilizamos.

hasta 1826, en el libro de viajes Roma, Nápoles y Florencia: es decir, sólo dos años antes de que Washington Irving escribiera este otro relato de viajes. Que Irving conociera ya en 1828 el libro de Stendhal es algo sumamente probable. Que, además, le sedujera ese modelo de exaltación emocional que un viajero era capaz de sentir ante la belleza o sugerencias del arte o del paisaje es también algo bastante natural en un individuo de su carácter. Eso, en principio, no dice nada en contra de la veracidad de la emoción, pero ya sabemos lo que una atmósfera literaria y la vigencia de unos tópicos sentimentales pueden hacer a la hora de provocar ciertas respuestas emotivas.

De todas maneras, hay algo más para reflexionar: existe el diario en el que Henri Beyle (que aún no había adoptado su famoso seudónimo) anotó en 1811 las impresiones suscitadas por la contemplación de la iglesia de Santa Croce. Si en el relato de 1826 que consagró el síndrome de Stendhal se alude a que "la fuente de vida se secó en mi interior y caminé con un miedo constante de caerme al suelo", en el diario de quince años antes sólo se dice que, delante de un cuadro de Bronzino que mostraba el descenso de Cristo al limbo, "casi se me saltaron las lágrimas". Y, luego, de modo más cotidiano: "Estaba exhausto, con los pies hinchados por la apretura de unas botas nuevas"(Barnes 94, 95, 276 y 277). Esta traición del diario marca la diferencia entre lo que se anota en un primer momento y lo que un escritor reelabora con los materiales de su literatura. Y a todo esto, ¿qué dice el diario de Washington Irving sobre la emoción de su corazón y las lágrimas de sus ojos que mencionaría en su relato más tarde? Absolutamente nada.

Camino de La Rábida tuvo lugar, según la narración, una de esas conversaciones que a Washington Irving le divertían particularmente -y que nunca dejaba de incluir-, tocante a la sorpresa que su viaje provocaba en quienes encontraba a su paso, ignorantes de las reverberaciones históricas de aquellos lugares. Esta vez el interlocutor era su propio calesero, extrañado del destino de aquel periplo:

> El buen calesero no acertaba a comprender qué motivo podría tener un extranjero como yo, que al parecer viajaba por el placer de viajar, para haber venido de tan lejos para conocer un lugar tan miserable como Palos, para él uno de los más pobres y abandonados del mundo entero. El tener que hacer ahora un esfuerzo adicional luchando con todas sus fuerzas en abrirse camino por las arenas para llegar al viejo convento de La Rábida colmó su paciencia. Exclamó: Hombre, si esto no es más que una ruina. Y no tiene más que dos frailes. Don Juan se rió y le dijo que yo había venido nada menos que desde Sevilla para ver esa vieja ruina y esos dos frailes. El calesero hizo el típico ademán español de rendirse y no comprender nada: encogerse de hombros y santiguarse. (221)

Como Irving decía, en este caso de los vecinos de Palos, "la gente es muy ignorante y es muy probable que la mayor parte de ellos no conozca ni aun el mismo nombre de América". Llegados al convento, situado en mitad de un pinar que el escritor describe como "un lugar solitario y desamparado", la sensación que dominó su entrada por pasillos, claustros y celdas fue la del silencio, el abandono y el vacío. Con la sola presencia de un gato, y "sin escuchar más ruido que el eco de nuestros propios pasos", cruzaron todas las dependencias del convento hasta llegar "a una puerta entreabierta por la que pudimos ver a un fraile que estaba escribiendo sentado junto a una mesa. Al vernos se levantó y nos saludó con cortesía. Nos llevó a la presencia del superior que estaba leyendo en una celda próxima. Los dos eran jóvenes y junto con un novicio y un hermano lego que actuaba de cocinero formaban la comunidad del convento" (220-222).

La escuálida presencia de estos dos frailes que, junto al novicio y al lego, formaban toda la comunidad de La Rábida cuando la visitó Washington Irving era el resultado de casi veinte años de conmociones militares y políticas: tras la presencia de los franceses y los decretos de reforma y supresión de regulares de 1820 y 1822, que entre otras cosas suprimían "todos los conventos y monasterios que estén en despoblado", la comunidad de La Rábida había quedado extinguida hasta que, en 1823, Fernando VII, restaurado el absolutismo, decretara la reposición de todos los institutos religiosos al estado en que se hallaban antes del 7 de marzo de 1820. Estos vaivenes, naturalmente, provocaron que el número de frailes de La Rábida se resintiera de modo muy notable. Según las cifras de una "Relación exacta de la Provincia de Andalucía formada conforme a las interrogaciones de la Real Junta Eclesiástica", de fecha 5 de julio de 1834, el convento de Nuestra Señora de la Rábida "tenía antes de la invasión del enemigo, en 1808, religiosos moradores, 10, en esta forma; 5 sacerdotes, 2 legos y 3 donados; en 1820, id. 5, y a la fecha tiene sólo 2". En 1828, como refiere Washington Irving, tenía cuatro. El guardián del convento, al que Irving llama "superior", era entonces Fray Antonio González, que lo fue desde el 12 de febrero de 1825 hasta el 21 de marzo de 1831 (Ortega, IV, 53 y 187-191). Fue él, junto a un fraile más joven y más locuaz, el que recibió al periodista estadounidense aquella mañana calurosa del 13 de agosto de 1828, como probablemente también había recibido a José de Vargas Ponce quince años antes, según dijimos. Washington Irving lo contó así:

> Don Juan los puso al tanto del objeto de mi visita y de mi deseo de ver los archivos del convento para comprobar si había algún documento sobre la estancia de Colón en el mismo. Me dijeron que el archivo había sido destruido por los franceses. Sin embargo, el fraile más joven, que había trabajado en él, recordaba vagamente que algunos documentos se referían a los tratos que Colón hizo en Palos, su estancia en el convento y la salida de la expedición. De todo lo que me dijo saqué la impresión de que todo lo que había en el convento había sido sacado de Herrera y de otros autores bien conocidos.
>
> Al fraile le gustaba hablar y no carecía de elocuencia, pero bien pronto dejó el tema de Colón para referirse a otro asunto que él consideraba de mucha más importancia: la milagrosa imagen de la Virgen que posee el convento y que es conocida con el nombre de Nuestra Señora de La Rábida. (222 y 223)

Es obvio que Irving se sintió desilusionado por el resultado de su visita de investigación al convento y, una vez más, por la indiferencia de los habitantes del entorno respecto a los sucesos del Descubrimiento. No sólo el fraile "recordaba vagamente" los documentos colombinos pese a haber trabajado en el archivo, sino que lo que decía era, a juicio del escritor, pura repetición de las crónicas de Indias, especialmente de Herrera[36]. En cambio, todo lo que le interesaba al fraile y que con prolijidad y elocuencia fue contando al estadounidense –aunque éste apenas escuchaba- estaba sin ninguna duda extraído del Libro en que se trata de la antigüedad del convento de Nuestra Señora de La Rávida, que ya enseñaron a Vargas Ponce década y media antes y que, a todas luces, se había convertido en lo único mostrable de la biblioteca y archivo y, pese a sus errores y desproporciones, en intérprete oficial de las historias y leyendas del convento. En realidad, como advierte Washington Irving con decepción, "la biblioteca se reducía a unos escasos volúmenes de temas eclesiásticos, amontonados en desorden en la esquina de una sala abovedada y tristemente

36 Este Herrera al que Irving alude es Antonio de Herrera y Tordesillas, autor de la Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano que llaman Indias Occidentales, también conocida como las Décadas, publicada en cuatro tomos entre 1610 y 1615.

cubiertos de polvo" (222 y 224). Lo único aprovechable que el periodista obtuvo de su visita fue la sugestión de los recuerdos allí densamente acumulados y la vista que desde lo alto del convento se extendía sobre el estero Domingo Rubio, la desembocadura de los ríos Tinto y Odiel en el océano, la torre de Punta Arenilla y el pinar que rodeaba el promontorio de La Rábida, que al escritor le pareció "melancólico". Sin nada más que hacer, pues ni la iglesia gótica ni el claustro mudéjar le causaron ninguna impresión reseñable, viajero y anfitrión volvieron a la hacienda a comer y a dormir la siesta, "como hacen todos los españoles en el verano", para poder visitar luego Palos, no sin antes notar de nuevo la sorpresa que producía la presencia de la calesa, esta vez en La Rábida. No en vano, según contó Irving con el gusto con que solía referirse a estas cosas, uno de los frailes exclamó: "¡Santa María! ¡Quién me iba a decir que iba a ver una calesa en la puerta del convento de La Rábida!" (221, 225 y 226).

Tampoco en Palos encontró el periodista lo que buscaba. De momento, Hernández-Pinzón y él se dirigieron a la casa del cura, previamente avisado, para recabar noticias del archivo parroquial, pero el cura de Palos, que salía en ese momento a cazar al monte con escopeta, chaquetilla corta y sombrero de campo, no se entretuvo mucho con sus visitantes al decirle al moguereño, antes de montar en su burro, que "todos los archivos fueron destruidos y no queda ni traza de lo que usted busca. Nada de nada", invitándoles a visitar la iglesia por su cuenta (227). Tal como Diego Ropero ha comprobado en las fuentes documentales correspondientes a esos momentos, se trataba del presbítero José Miguel Núñez, que incluso en un testamento otorgado en Moguer figura como testigo en compañía precisamente de Juan Hernández-Pinzón. Puede añadirse a ello, según los datos que hemos visto en el Archivo Arzobispal de Sevilla, que había alcanzado el título de teniente de cura de Moguer el 14 de junio de 1786 y que a fines de 1789 o ya en 1790 accedió al curato de Palos[37].

En cualquier caso, en la Noticia del estado eclesiástico del Arzobispado de Sevilla, de 1813, aparece mencionado al frente de la parroquia de Palos con su nombre completo, José Miguel Núñez y Camacho, refiriéndose que era natural de Moguer y que tenía 65 años de edad[38]. Es decir, que cuando, el 13 de agosto de 1828, ese "hombre bajo de estatura pero ancho y fornido" se montaba en su burro para salir "trotando en dirección al monte" a cazar, tenía 80 años. La edad del cura cazador debía de haberle llamado la atención a Irving, porque hubiera dado juego en el relato, pero nada dice al respecto. No podemos pensar que se trataba de otra persona porque consta, en aquellos años, que Núñez era "cura único y beneficiado" de la parroquia de Palos. En verdad, ese encuentro componía un episodio tan pintoresco y adecuado a la visión costumbrista que a Irving le interesaba dar en su escrito que bien hubiéramos podido pensar que era un añadido literario, si no fuera porque en el diario se recoge –bastante escuetamente, es cierto, para lo castizo de la situación- la anotación de haber visto "al párroco en el momento de salir de su casa en su burro para cazar. Dice que no hay nada en el archivo, todo destruido" (227 y 232). Extraña la hora de salir a cazar, pues era por la tarde (según el relato, el escritor almorzó antes en la casa de campo y durmió la siesta), lo cual sólo se explica si tenía la idea de pernoctar en el campo, como Hernández-Pinzón solía hacer. Lo que indudablemente no se corresponde con la realidad es esa afirmación de que el archivo se hallaba "todo destruido", pues han

37
Libro en que se registran los títulos de vicarios y curas de este Arzobispado de Sevilla en el pontificado del Serenísimo Señor Don Luis Jayme de Borbón, infante cardenal de España, mi señor. Archivo Arzobispal de Sevilla, Gobierno, leg. 16.269, fol. 133 v. Si hubiera sido cura de Palos pocos años antes, le hubiera tocado responder al interrogatorio del geógrafo Tomás López y hubiéramos podido tener alguna idea de su formación y conocimientos, pero no fue así y el cuestionario fue contestado por el cura Pedro José Moreno (Ruiz 221).

38
Noticia del estado eclesiástico de este Arzobispado de Sevilla, según el acta de la Visita General Extraordinaria que hizo el Señor Doctor Don Juan Bautista Morales Gallego, presbítero, canónigo de la Santa Patriarcal Iglesia de esta dicha ciudad. 1813. Archivo Arzobispal de Sevilla, Gobierno, Visitas pastorales, leg. 5.237.

sobrevivido de tiempos anteriores series discontinuas de partidas sacramentales y alguna documentación complementaria, aunque ninguna, es cierto, de época del Descubrimiento (Izquierdo, 1988, 113-123). También Vargas Ponce debió de haberse encontrado con él en su estancia en Palos en 1815, aunque en este caso nada sabemos.

Viéndole con la imaginación alejarse en su burro rumbo al monte, podemos pensar en tantos individuos que han salido de la historia así, fugazmente, sin que vuelva a saberse nunca más de ellos. Pero a un cura siempre hay dónde buscarle. Desgraciadamente, las visitas pastorales, a menudo tan minuciosas, no proporcionan una descripción del carácter, formación o costumbres del cura de Palos que conoció Washington Irving, aunque sí sabemos que era bachiller, pues a menudo firmaba como "Br. Núñez", con letra minúscula y puntillosa, las partidas sacramentales que iba anotando en los libros. De todos modos, en 1818, el visitador arzobispal Joaquín Canoves daba cuenta de una situación que, visto qué despreocupadamente atendió el cura a Irving y a su acompañante, bien podría darnos una pista de algo: de la falta de celo que, en general, José Miguel Núñez y Camacho tenía respecto a su parroquia:

> Don Luis Moreno del Pozo, maiordomo que fue de esta Fábrica, quedó debiendo a ella 14.839 reales de vellón y el trigo y cebada que se expresa en el frente de este escrutinio, pero nada ha pagado ni hay esperanza de que pague. El cura, que es actualmente maiordomo de Fábrica, no se atreve a demandar al citado don Luis, lo uno por no indisponerse y lo otro y principal porque, siendo el deudor escrivano de la villa, nada se ha de conseguir con la execución[39].

Hay algunos otros indicios y datos de esa falta de celo. Aunque desde al menos 1790 estaba a su cargo el curato de Palos y, por tanto, era responsabilidad suya el cumplimentar los libros sacramentales, de 1804 a 1818 parece haber evitado ese trabajo y delegarlo en un tal "Marías", quizás un auxiliar de su parroquia[40], irregularidad que se corrigió de cuajo en febrero de 1818 coincidiendo exactamente con la visita pastoral que acabamos de mencionar. Más adelante, sin embargo, la situación sería más grave, pues a la muerte del cura, ocurrida el 23 de diciembre de 1840 según deducimos[41], se descubrió que hacía algunos años que había dejado de anotar en los libros las partidas de bautizos, matrimonios y entierros[42]. El Arzobispo de Sevilla, Cardenal Cienfuegos, así lo decía:

Cabría decir en descargo de Núñez que en 1838, si la edad que constaba en el Arzobispado era correcta, tenía noventa años, aunque ello no le impidió seguir administrando los sacramentos y celebrando entierros hasta poco antes de su muerte, que después no apuntaba. Esta dejación de José Miguel Núñez y, sobre todo, la falta de contabilidad de los ingresos económicos que todo ello generaba motivaron que el Arzobispado, "por el descuido y negligencia del mismo cura condenaba y condenó los bienes y rentas de éste quedados por su fallecimiento al pago de todos los derechos causados hasta la conclusión del asunto". Y así fue cómo

39
Visita pastoral de Joaquín Canoves a la parroquia de Palos. 1818. Archivo Arzobispal de Sevilla, Gobierno, Visitas pastorales, leg. 5.150.

40
Ángel Ortega afirma que el antiguo guardián de La Rábida, Fray José Millán, estuvo "agregado a la parroquia de Palos en calidad de cura (su firma se halla repetidísima en los libros parroquiales, año 1810-15)" (IV, 177). No sabemos si Marías era o no el segundo apellido de José Millán, pero en cualquier caso aquélla es la firma que aparece en los libros de entierros de la parroquia de Palos entre el 23 de octubre de 1804 y el 10 de enero de 1818. Libro 6 de entierros. Archivo de la parroquia de San Jorge de Palos de la Frontera, leg. 12, fols. 36 v. a 87 v.

41
Por anotaciones tardías puede comprobarse que el último bautizo que celebró Juan Miguel Núñez fue el 30 de noviembre de 1840. El 22 de diciembre, sin duda por enfermedad del cura, bautizó con licencia de éste Fray Juan García Mejía, antiguo guardián de La Rábida, y el 24 de diciembre lo hizo el mismo como "guardián del suprimido convento de Nuestra Señora de la Rávida, orden de Nuestro Padre San Francisco, cura interino de la parroquia de señor San Jorge de esta dicha villa", de lo que puede deducirse que el cura titular había muerto. Libro 8 de bautizos. Archivo de la parroquia de San Jorge de Palos de la Frontera, leg. 1, fols. 24 v. y 25 v.

42
El último entierro que apuntó tuvo lugar el 25 de marzo de 1838. Según consta en el mismo libro de entierros, no había habido visita de inspección de la colecturía desde abril-mayo de 1836, de modo que no había podido conocerse antes el estado de los libros sacramentales. Libro 6 de entierros. Archivo de la parroquia de San Jorge de Palos de la Frontera, leg. 12, fol. 127 r.

José Miguel Núñez y Camacho, el cura cazador que dejó sorprendido a Irving, fue condenado -ya muerto- por descuidado y negligente. Es imprevisible la historia, madrastra de la vida: un individuo puede desempeñar su función, mejor o peor, durante cincuenta años, como el cura de Palos, y dos siglos después sólo aparecer en las páginas de los libros por cruzarse, poco más de unos segundos, con un periodista extranjero mientras se iba a cazar.

Desengañado el escritor de que el cura de Palos fuera "un personaje parecido al cura del Quijote, inteligente y buen conocedor de lo que sucedía en su limitado mundo, y que seguramente podría contarme sabrosas anécdotas de su parroquia, sus viejos edificios, sus personajes y los hechos del pasado" (226 y 227), no parece que hiciera más indagaciones documentales ni que, en concreto, preguntara por el archivo del Cabildo, aunque no hubiera estado de más de cara a buscar la información que precisaba. De todos modos, tampoco es que estuvieran los fondos municipales en las mejores condiciones posibles. Según puede saberse, los legajos del Cabildo de Palos estaban depositados en casas particulares y en el Libro en que se trata de la antigüedad del convento de Nuestra Señora de La Rávida hay incluido un documento que señala que buena parte de los papeles del archivo, entre ellos los que se copian en dicha obra, estaban en situación lamentable ya en el siglo XVIII, con lo que Irving no podía contar con ellos. Nos referimos a la declaración que, el 17 de noviembre de 1721, hizo el escribano Diego Cruzado Caballero para hacer constar lo siguiente:

> El año pasado de setecientos y veinte años ejercí la Escribanía de la Villa de Palos de la Frontera. Y entre los papeles de su Archivo, que paraba en un arca grande en las casas de la morada de Matías Prieto, vecino de la dicha Villa, leí diferentes veces ciertos instrumentos, los cuales contenían ciertas noticias de muchos años sobre prodigios y venida de la Virgen de los Milagros, y otras noticias diferentes de apariciones de imágenes, los cuales instrumentos así mismo certifico que, habiendo ido a sacar los papeles de dicha arca para ponerlos en sitio decente y guardarlos con llave con asistencia y acuerdo del Cabildo de dicha Villa, se hallaron la mayor parte de dicho Archivo podridos los papeles, de tal suerte que muchos instrumentos no se pudieron leer ni saber su contenido por causa que sobre dicha arca estaba un cañizo con queso del dicho Matías Prieto, y todo cuanto de los dichos quesos escurría caía sobre dicha caja, por cuya razón hoy se hallaron instrumentos tan modernos en dicho Archivo, que habrá de seis a ocho años más o menos escritos tan pegados que mis diligencias no bastaron a despegar sus hojas y así lo dejé en dicho Archivo; así mismo certifico que cierto día, yendo a abrir dicha arca, hallé una gata parida con sus hijuelos dentro, que a el parecer de diferentes papeles sucios que hallé había parido dentro, pues no había impedimento alguno en su entrada por causa de estar una tabla de un lado quitada, por cuyas razones no impedía el entrar por dicho agujero hasta los muchachos de dicha casa, todo lo cual juro a Dios y a esta cruz + ser cierto sin cosa en contrario. (209)[43]

A falta de archivos que contuvieran una documentación más o menos compacta, dice Irving en su diario que le hablaron de un "escribano de Palos, ya muerto, que sentía mucha curiosidad por Palos, etc., y que guardaba papeles sobre su historia" (217). Ese escribano curioso de la historia de su localidad y que atesoraba papeles más allá de su función

43
José Coll, en 1892, teniendo en sus manos este mismo documento y ante la desolación del archivo de Palos, se lamentaba de la desaparición de su documentación con estas palabras: "Que lo sepan todos, que allí no se encuentra cosa que valga un ardite: de suponer es que habrá habido bastante, nada más natural, lo confesamos; pero lo que es ahora no hay nada, todo ha desaparecido. (...) No hay nada en Palos, lo repetimos; todo se ha perdido, merced al estúpido modo de pensar de aquéllos a cuyo cuidado estuvo por largos años confiado el depósito y guarda del Archivo de aquella villa" (377 y 378).

de custodio de los archivos notarial y municipal (¿o procedían precisamente de ellos?), no era otro que aquél que, según refería el visitador arzobispal en 1818, debía a la fábrica de la parroquia casi 15.000 reales de vellón y a quien el cura Núñez no tenía intención de demandar: Luis Moreno del Pozo, escribano de número y del Cabildo de Palos, miembro de una familia que había dado notarios al pueblo desde 1689 y que –último de la saga- había regentado ininterrumpidamente la única escribanía pública de la villa de 1786 a 1823, es decir, durante 37 años. Efectivamente, según comprobamos en los libros de entierros de la parroquia de San Jorge, Luis Moreno del Pozo había muerto en Palos en 1823 en una fecha tan emblemática para un amante de la historia local como la del 3 de agosto, pues al día siguiente fue sepultado en dicha iglesia con entierro de primera clase[44], de forma que, si Washington Irving hubiera querido informarse bien de cuanto el escribano sabía y había recopilado sobre la historia de Palos, lo cierto es que llegó cinco años tarde.

Es lógico pensar que Vargas Ponce sí conociera en 1815 al escribano y que consultara la documentación que poseía, pues, en su deseo de examinar los archivos locales para la descripción histórica de Palos, antes o después tuvo que acudir a él. Por otra parte, ignoramos el destino que, muerto Moreno del Pozo, se dio a los papeles que guardaba, y tampoco parece que Irving les siguiera la pista o preguntara por más archivos, dedicando en adelante su tiempo a visitar los edificios más singulares de Palos y, luego, de Moguer. En Palos, siguiendo el camino que cruzaba el pueblo, pasó junto a la gran casa, entonces venida a menos, que era propiedad de la familia Pinzón y que "es bastante probable que hubiera sido la residencia de Martín Alonso o de Vicente Yáñez Pinzón en los años del descubrimiento", interesante constatación de que en 1828 la familia Hernández-Pinzón manejaba esa idea, y luego entró en la iglesia de San Jorge, contemplando sobre la colina adyacente los restos del castillo, entonces aún visible, y al otro lado "el valle que lleva al río", alusión que permite deducir que en esas fechas la entrada de agua donde se situó el puerto de Palos se encontraba ya seca. Como refiere el relato, "no hay nada notable en el interior de la iglesia excepto una imagen de madera que representa a San Jorge matando el dragón". Por lo demás, confundió la arquitectura mudéjar con los restos de una hipotética mezquita árabe y de Palos sólo se llevó la imagen de un pueblo pobre compuesto "de dos calles de casitas bajas y encaladas"[45], y de unos vecinos que en su mayor parte presentaban "la tez muy oscura, lo que muestra que por sus venas corre sangre africana", "y que parecen moros", apreciaciones éstas que confirman los estudios antropológicos disponibles[46] y que, a principios del siglo XIX, debía de ser muy obvia (226-228 y 232).

Ya en Moguer, al entrar la noche, visitó el convento de Santa Clara y en esta ocasión sí estuvo más elocuente al referir más tarde la "espaciosa" y "bien decorada" iglesia y, en ella, "los magníficos sepulcros de los Portocarrero", aunque, al ser obra de la primera mitad del siglo XVI y no anterior, no fue correcta su estimación de que un "aspecto semejante debió de haber presentado este solemne lugar cuando el piadoso des-

44
Partida de entierro de Luis Moreno del Pozo, 4 de agosto de 1823. Libro 6 de entierros. Archivo de la parroquia de San Jorge de Palos de la Frontera, leg. 12, fol. 96 v. Nótese de camino cómo en Palos, al igual que en muchas otras poblaciones de España, se seguía enterrando en el interior de las iglesias en una fecha tan tardía como 1823 a pesar de que ello había quedado prohibido por Real Cédula de Carlos III de 3 de abril de 1787.

45
El año anterior, Miñano había contabilizado en su Diccionario 162 casas en Palos, con 211 vecinos y mil habitantes (415).

46
Antonio Delgado decía en 1891, refiriéndose a la población descendiente de los antiguos esclavos en el entorno de Niebla, que "al cabo de tantos años ha perdido su primitivo color y degenerado en trigueño, y sólo mostrando su origen en la forma de sus fisonomías, y en algunos rasgos del ángulo facial de la raza etiópica" (550). Aun así, todavía en 1952 Arcadio de Larrea Palacín afirmaría haber encontrado en Palos "de diez a 12 familias" negras y en Moguer "unas 14 familias de negros puros (70 individuos) y unos 30 o 40 travesaos (mestizos)" (42). Tan importante fue la población negra de Palos que Vicenta Cortés Alonso, para la segunda mitad del siglo XVI, calculó que un 20% de los bautizos era de negros, lo que duplicaba el porcentaje de ciudades como Lisboa o Sevilla (612). Izquierdo Labrado, en su estudio sobre la esclavitud en la Baja Andalucía, llega a decir incluso que Palos era "la villa con mayor presencia relativa de negros de España y, por tanto, de Europa" (Izquierdo, Esclavitud 2:81).

cubridor cumplió su promesa de guardar vigilia de oración durante toda la noche". Escribe Irving que "era ya de noche cuando entramos en la iglesia, lo que hacía aquel espectáculo mucho más impresionante", y comenta Antonio Garnica que "la nocturnidad de la escena es una creación del escritor americano" (229), que responde a su mentalidad romántica, pero lo cierto es que el tempo de la narración concuerda y que, habiendo comido y dormido en la hacienda y visitado Palos, no hay nada que objetar a que le entrara la noche al llegar a Moguer.

De hecho, aunque en el relato no lo menciona, en el diario sí hay una anotación que da carácter a su paseo por Moguer a esa hora, y es que "todos los gitanos y los políticos del pueblo están en grupos en la plaza principal, algunos con capas", a la totalidad de los cuales saluda Juan Hernández-Pinzón (233). Separados en grupos, como marcan las leyes no escritas de la sociabilidad rural, y tomando el fresco de la noche de agosto, componen una imagen muy típicamente andaluza, que el periodista no utiliza en su narración. La plaza es la del Marqués, centro tradicional de la vida pública moguereña, paso obligado, por lo demás, para ir desde el convento de Santa Clara hasta la casa blasonada de Luis Hernández-Pinzón, sin duda la mejor de la familia, frontera a la plaza de la Iglesia, que visitaron esa noche el estadounidense y su anfitrión antes de ir a la de éste. Por cierto, que uno de los hijos de Luis Hernández-Pinzón había toreado ese día "en los montes" (se supone que en un tentadero de la familia) y aún de noche llegaban a Moguer los arrieros que habían estado presentes en la fiesta taurina. El escritor, curiosamente, no aprovecha estos elementos costumbristas en su relato y sólo los conocemos por apuntes rápidos de su diario. A las ocho y media dice Irving que volvió a su posada a dormir, aunque era ya de noche –como vimos- cuando entró en el convento de Santa Clara, lo cual, teniendo en cuenta todo lo que hizo entre ambos momentos, no pudo haber sido mucho después de las siete. El cálculo es correcto, pues, como informaba el Anuario del Observatorio de Madrid, estando el horario sujeto al paso astronómico solar, la puesta del sol del 13 de agosto tenía lugar a las diecinueve horas y un minuto en la posición de Madrid, seis minutos después en Moguer (Anuario 23 y 35).

En la posada, esa noche, el periodista estuvo consultando y anotando el contenido del libro manuscrito que guardaba Luis Hernández-Pinzón con informaciones de su familia, que el dueño le había prestado y con el que completó algunos pasajes de la segunda edición de su Life and Voyages of Christopher Columbus. Tras haber estado ese día en La Rábida, en Palos y en Moguer, Washington Irving bien podía decir, como hacía efectivamente en su relato, que "con esta visita había cumplido el principal objetivo de mi viaje: conocer los lugares relacionados con la vida de Cristóbal Colón". Por la mañana del 14 de agosto tuvo aún ocasión de volver –según se deduce del diario- al convento de Santa Clara, probablemente para ver los sepulcros con más luz, acercarse a una de las torres del desvencijado castillo de Moguer y visitar algunos domicilios de la familia Hernández-Pinzón, en las que encontró a las mujeres "sentadas en el patio de sus casas, a la sombra de unos toldos que las libraban de los rayos del sol y rodeadas de macetas de plantas olorosas y flores". Y el escritor comentaba, con el tono del viajero romántico que era, que "el patio es el lugar donde las mujeres andaluzas suelen pasar la mañana haciendo sus labores y rodeadas de sus criadas en el estilo más primitivo o, mejor dicho, como una costumbre oriental". Se lo dice la mujer de Luis Hernández-Pinzón, que en el libro de Víctor Manuel Núñez consta que se llamaba María Teresa Álvarez Muñoz: "vivir en Moguer es vivir en el paraíso, rodeada de todo lo bueno". En el almuerzo de ese día en casa de Juan Hernández-Pinzón, "que duró desde las doce hasta la una" y en el que comió "pescado, ricas frutas y deliciosos

melones", le acompañaron el matrimonio y tres hijos. Tras recoger sus enseres en la posada, y regalarle al posadero "varios cigarros puros de gran calidad", Washington Irving salió de Moguer en su calesa a la una y media de aquel jueves, "muy satisfecho" por la visita "y lleno de los mejores sentimientos de gratitud hacia Moguer y sus hospitalarios vecinos" (233-236).

Ahí termina el texto de "Una visita a Palos", aunque el diario se extiende hasta cubrir el itinerario de regreso a Sevilla. De Moguer a La Palma y luego a Villalba del Alcor, donde hizo noche, tardó seis horas y media, llegando a la posada a las ocho. La estancia en la posada de Villalba es interesante por lo que concierne a la conversación mantenida con un joven que "habla con libertad del lamentable estado de España y quiere irse a América". Mientras tomaban gazpacho ("guspacho") –no debe olvidarse que estaban en verano[47]- y un ragut de liebre, la conversación giró hacia temas que a un viajero norteamericano debían de interesarle en plena construcción del tópico romántico: "de corridas de toros, de bandidos, de contrabandistas" (236). A la mañana siguiente salieron de Villalba hacia Sevilla. Apunta el diario que, antes de emprender el camino, el calesero asistió a misa muy temprano. Hay que tener en cuenta que ese día era 15 de agosto, festividad de la Asunción de María y, por tanto, fiesta de guardar en el mundo católico. Washington Irving era presbiteriano y debió de esperar fuera de la iglesia o en la posada a que su calesero terminara de cumplir sus obligaciones religiosas, sin duda asistiendo a la misa de hora prima[48]. En cualquier caso, a las nueve de la mañana -ese día amaneció en Villalba a las 5 y 16 minutos (Anuario 23 y 35)- estaban ya en Sanlúcar la Mayor para desayunar. La posada en la que entraron, frente a la cual se extendía un campo cubierto de olivos, permitiría al estadounidense contemplar otra escena llamativa y digna de una narración costumbrista, con la que Cervantes –y aún más Gautier- hubiera disfrutado mucho. Las protagonistas fueron la posadera y su criada, sentadas a la sombra de los arcos del patio, y una vecina que acudió junto a ellas a hacer "sus labores" y a conversar –ya que no había otro tema, al parecer- de "los méritos de los toreros". No fue la conversación lo más castizo que presenció Irving en aquel patio, pues, de repente, posadera y visitante se enzarzaron en una pelea en que volaron las manos y las palabras: "Las de Olivares dicen que los sanluqueños son todos negros y mulatos. La de Sanlúcar replica que las de Olivares son todas putas". A las once y media salía la calesa de Sanlúcar y a las dos y media llegaba a Sevilla, poniendo fin al viaje (236 y 237).

Cinco días después, el 20 de agosto de 1828, en carta al embajador Alexander E. Everett, Irving daba cuenta del periplo realizado:

> La semana pasada fui a Palos, para visitar el lugar de donde salió Colón en el viaje del descubrimiento. Fue un viaje cansado ya que tuve que soportar los conocidos inconvenientes de las posadas españolas, pero mereció la pena. Llevaba una carta de presentación para uno de los descendientes de los hermanos Pinzón, un anciano caballero muy cortés y agradable, de setenta y dos años de edad, pero

47
En los siglos XVIII y XIX, muchos viajeros por España, especialmente por Andalucía, afirmaron con énfasis haber tomado gazpacho, como Richard Twiss, Théophile Gautier o William George Clark, que incluso publicó en 1850 sus memorias de un viaje por España bajo el título de Gazpacho or Summer Months in Spain, donde refería que "it is a sort of cold soup, made of bread, pot-herbs, oil, and water" (V). Gautier tomó gazpacho en Vélez-Málaga en 1840 y, dado que este "infernal potage" merecía una "descripción particular", dio la receta: "Se echa agua en una sopera; a esta agua se le añade un chorro de vinagre, unas cabezas de ajo, cebollas cortadas en cuatro partes, unas rajas de pepino, algunos trozos de pimiento, una pizca de sal, y se corta pan que se deja empapar en esta agradable mezcla, y se sirve frío" (291 y 292). El tomate es un añadido tardío. Y concluye Gautier: "Llega a gustar".

48
En las Constituciones sinodales del Arzobispado de Sevilla, mandadas redactar por el Cardenal Niño de Guevara en 1604 y vigentes en 1828, se obligaba a las parroquias que tuvieran al menos tres beneficiados a que dijeran una "Missa por la mañana, en manera que se acabe casi en saliendo el Sol, porque los trabajadores puedan oír Missa rezada, antes que vayan a sus labores o negociaciones" (90 r.). Esa misa, llamada de hora prima y que en esa época del año habría de comenzar sobre las cinco de la mañana, fue sin duda la que escuchó el calesero, pues la siguiente era la de hora tercia, a las nueve de la mañana, momento en el que ya estaban en Sanlúcar la Mayor.

> lleno de vida, de salud y de energía. Me atendió con la mayor hospitalidad, me informó de la historia de su familia y me acompañó a todos los lugares relacionados con la historia de aquella expedición. La familia Pinzón es muy numerosa y floreciente, como puede verse, y desde el tiempo de Colón han seguido viviendo en aquellos lugares, particularmente en Moguer, donde las mejores casas son propiedad de miembros de la familia, y durante siglos han ocupado los puestos de confianza y honor en aquella pequeña ciudad. Visité Palos, el convento de La Rábida, la iglesia en la que Colón leyó la pragmática real para la provisión de las carabelas, la iglesia en la que hizo una vigilia de oración a su regreso cumpliendo así una promesa que había hecho durante una tempestad en el mar. En pocas palabras, busqué todo lo que tuviera una relación con él y con su empresa. (Garnica 23 y 24)

Los frutos intelectuales del viaje serían varios. Como hemos dicho, el apéndice de la segunda edición de la biografía de Colón apareció corregido con algunos pormenores extraídos del libro de Luis Hernández-Pinzón y, lo que es más relevante, el escritor dio forma a sus recuerdos y a las anotaciones recogidas en su diario en un relato que, según Garnica, fue escrito en el Puerto de Santa María a finales de septiembre de ese mismo año (21), aunque lo cierto es que, al frente del texto, aparece la siguiente anotación: "Sevilla 1828". El escrito, literariamente, estaba redactado como una carta a Antoinette Bolvillier, sobrina de la mujer del embajador ruso en Madrid, y apareció como apéndice a Voyages and Discoveries of the Companions of Columbus, publicado en 1831 por John Murray de Londres y por Carey & Lea de Filadelfia y editado en español en 1854 en la imprenta de Gaspar y Roig, con traducción de Fernández Cuesta. Del motivo para dar a luz "Una visita a Palos" da cuenta el propio autor en un párrafo introductorio:

> Al empezar a escribir el siguiente relato la intención del autor fue la de escribir una carta amistosa, pero sin pretenderlo se extendió hasta tomar su forma actual. Lo inserta en este lugar en la creencia que otros muchos sentirán la curiosidad de conocer el actual estado de Palos y sus habitantes, que es precisamente lo que lo movió a él a hacer este viaje. (209)

Ese breve relato, enmarcado en la revalorización historiográfica de los hechos del Descubrimiento de América, de la que Washington Irving fue uno de los más importantes difusores, puso en cierta manera de moda el nombre de La Rábida, al menos de momento, entre los lectores de lengua inglesa. También las imágenes de los espacios vinculados a Colón alcanzaron repercusión. En 1831, como ilustraciones a la edición londinense de Voyages and Discoveries, aparecieron dos grabados de La Rábida y de Palos firmados por Edward Finden y tomados de apuntes del natural de Ignacio Wagner, que tuvieron lógica difusión. En el de Palos se basó Turner para realizar unos dibujos a lápiz y acuarela que se publicaron en 1834 en la segunda edición del libro Poems de Samuel Rogers, acompañando al poema "El viaje de Colón", y ese mismo año está fechado el cuadro "Colón en el convento de La Rábida" de David Wilkie, amigo de Irving en España, que cuelga hoy en el North Carolina Museum of Arts (Gozálvez, 2013, 12 y 13). Desde entonces, los grabados de La Rábida se harían más frecuentes y tanto en libros como en prensa irían apareciendo con alguna regularidad.

La misma celebridad fueron alcanzando los lugares colombinos entre los escritores anglosajones. Ya de entrada, a principios de la década de 1830, Moguer, Palos y La Rábida fueron visitados por Richard Ford, que, en su Manual para viajeros por España y lecto-

res en casa de 1845, menciona a Washington Irving y sus escritos acerca de los descubridores. Como cualquier "lector en casa" puede apreciar, Richard Ford no fue nada benévolo en sus palabras acerca de Moguer ("la ciudad y su castillo están medio en ruinas"), de Palos ("pobre puerto pesquero, una parte de la decrépita España") y de La Rábida ("que ahora está arruinándose"), pero es significativo que, habiendo leído a Irving, se decidiera a aventurarse por un "triste distrito" que, en general, dice que "carece de interés" y para el que recomienda que "no piense nadie en ir allá, excepto empujado a ello por la más absoluta necesidad o por una excursión deportiva" (193, 195 y 196).

Mucho más agradecido fue el estadounidense Robert Dundas Murray, que en su libro The Cities and Wilds of Andalucia, traducido parcialmente al español en 2009 por María Antonia López-Burgos, da cuenta de cómo en 1846 o 1847 visitó la casa de Juan Hernández-Pinzón y cómo, fallecido ya el dueño que atendió a Irving (pues murió en 1836), su viuda lo recibió la noche de su llegada. Fue su hijo Ignacio quien sirvió esta vez de anfitrión, emulando lo que había hecho su padre casi dos décadas antes, y debió de ser él quien le mostró el relato de su compatriota Washington Irving, pues dice Murray que "fue bajo el techo de los Pinzones donde por primera vez leí la narración de su amistad con la familia, y su descripción de sus respectivos miembros, a los que, debo añadir, se dirigía con sentimientos de agradecimiento y orgullo" (68). Ignacio Hernández-Pinzón le acompañó a visitar los monumentos de Moguer (aunque estuvieron más tiempo en las bodegas), Palos y La Rábida, e incluso cabalgó con él para que conociera las minas de Riotinto. Murray, en los lugares colombinos, recorrió paso por paso los mismos sitios en los que había estado Irving, hacienda de Buenavista incluida, aunque en esta ocasión La Rábida era un edificio vacío y abandonado, toda vez que la comunidad del convento había quedado extinguida por Real Orden de 25 de julio de 1835. Abierto, desmantelado y arruinado, Murray escribió un largo desahogo sobre la incuria del tiempo, el desprecio de los hombres y, paradójicamente, la belleza del entorno, traduciendo las impresiones que recibió mientras recorría las estancias conventuales y se asomaba a su parte superior, como había hecho Irving.

El convento de La Rábida estaba, sin duda, en el peor momento de su historia. "En la actualidad se encuentra arruinado", escribió Pascual Madoz en 1848 (118). "Todo era abandono, todo eran ruinas", añadió Víctor Balaguer, que la visitó ese mismo año, como recuerda Ángel Ortega (203). De hecho, el 10 de agosto de 1846 y a propuesta de la Diputación Provincial, el gobierno mandó destinarlo a refugio de veteranos de la Marina y, el 8 de enero de 1851, el gobernador José María Escudero propuso -y se le aceptó el 5 de agosto- la demolición de las partes más lastimadas del edificio (Coll 78-80). En aquellos años, sin embargo, La Rábida se había convertido en destino de viajeros que, como Vargas Ponce en 1815 y Washington Irving en 1828, acudían al ex-convento para conocer los espacios en los que se había gestado el Descubrimiento de América. Muchos de ellos dejaron en las paredes del edificio abandonado el testimonio de su presencia y su recuerdo de los acontecimientos históricos que venían a conmemorar, y Víctor Balaguer y Braulio Santamaría reprodujeron numerosos versos allí escritos (Ortega, 4: 204 y 205 y Santamaría 268-270). Por entonces, recordaba Santamaría, La Rábida "empezó a visitarse por nacionales y ex-

49
Aunque se adjudica al gobernador Mariano Alonso y Castillo, tanto en esa placa conmemorativa como en distintas publicaciones, haber evitado la desaparición de La Rábida, salvándola de su total demolición, no fue tal cosa lo que había solicitado el 8 de enero de 1851 su antecesor José María Escudero ni lo que aprobó el gobierno. En comunicación de 5 de agosto de 1851, el ministro de Comercio, Instrucción y Obras Públicas comunicaba al Gobierno Civil de la Provincia la Real Orden por la que se mandaba que, "respetando cuidadosamente la iglesia del citado monasterio, la cual se halla por fortuna en bastante buen estado, y todas las demás partes que, a juicio de peritos, puedan conservarse, proceda V. S. al derribo de las paredes absolutamente inservibles". A esto es a lo que se opuso el 2 de septiembre de 1851 el gobernador Alonso y Castillo, "por un principio de conciencia administrativa, tanto para el presente como para el porvenir" (Coll, 79-82).

tranjeros que grababan en las paredes, unos, la expresión de su dolor al ver el triste estado de tan memorables ruinas, y otros punzantes inculpaciones" (268). Esa recuperación del valor inmaterial del edificio, llevada a cabo por viajeros de toda procedencia y encabezada por el nuevo gobernador Mariano Alonso y Castillo, salvó la integridad del edificio a partir de 1851, de lo que una placa en cerámica –no del todo certera[49]- da cuenta en Huelva. En cierto modo, fue el resultado de la idea ilustrada de estudiar y poner a la luz del conocimiento la historia naval española, la vida de Colón y la participación de los hermanos Pinzón en la aventura del Descubrimiento de América, proyecto que duró tantos años, que fue tan arduo de realizar y en el que tantas manos sucesivas colaboraron desde 1789.

OBRAS CITADAS

Abascal, Juan Manuel, y Cebrián, Rosario. Los viajes de José Cornide por España y Portugal de 1754 a 1801. Madrid: Real Academia de la Historia, 2009.

---. José Vargas Ponce (1760-1821) en la Real Academia de la Historia. Madrid: Real Academia de la Historia, 2010.

Aguilar Piñal, Francisco. Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII, tomo VIII. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1995.

---. La Real Academia Sevillana de Buenas Letras en el siglo XVIII. Sevilla: Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Sevilla, 2001.

Anuario del Real Observatorio de Madrid. Segundo año. 1861. Madrid: Imprenta Nacional, 1860.

Barnes, Julian. Barcelona: Nada que temer. Anagrama, 2010.

Barajas Salas, Eduardo. "Cartas de académicos de la Historia al obispo de Beja, Frei Manuel do Cenáculo." Boletín de la Real Academia de la Historia 191.3 (1994): 517-564.

Caro, Rodrigo. Antigüedades y principado de la ilustríssima ciudad de Sevilla y chorographía de su convento iurídico o antigua Chancillería. Sevilla: Imprenta de Andrés Grande, 1634. (Hay edición facsímil en Sevilla: Alfar, 1998).

Cebrián Fernández, Rosario. Comisión de Antigüedades de la Real Academia de la Historia. Antigüedades e inscripciones, 1748-1845. Catálogo e índices. Madrid: Real Academia de la Historia, 2002.

Clark, William George. Gazpacho or Summer Months in Spain. Londres: John W. Parker, 1850.

Coll, José. Colón y La Rábida. Segunda edición aumentada y corregida. Madrid: Imprenta y litografía de los Huérfanos, 1892. (Hay edición facsímil: Huelva: Universidad Internacional de Andalucía, 2004).

Constituciones del Arçobispado de Sevilla, hechas i ordenadas por el Ilustríssimo i Reverendíssimo Señor Don Fernando Niño de Guevara, Cardenal i Arçobispo de la S. Iglesia de Sevilla, en la Synodo que celebró en su Cathedral año de 1604, y mandadas imprimir por el Deán i Cabildo, Canónigos in sacris, sede vacante. Sevilla: Imprenta de Alonso Rodríguez Gamarra, 1609.

Cortés Alonso, Vicenta. "La población negra de Palos de la Frontera (1568-1579)". En Actas y Memoria del XXXVI Congreso Internacional de Americanistas. Vol. 2. Sevilla Universidad de Sevilla, 1966. 609-618.

Deacon, Philip. "La novela inglesa en la España del siglo XVIII. fortuna y adversidades". Actas del I Congreso Internacional sobre la novela del siglo XVIII. Ed. Fernando García Lara. Almería: Universidad de Almería, 1998, pp. 123-139.

Delgado, Antonio. "Bosquejo histórico de Niebla." Boletín de la Real Academia de la Historia 18 (1891): 484-551.

Durán López, Fernando. José Vargas Ponce (1760-1821). Ensayo de una bibliografía y crítica de sus obras. Cádiz: Universidad de Cádiz, 1997.

Espinalt y García, Bernardo. Atlante español o descripción general de todo el Reyno de España, tomo XIV. Madrid: Imprenta de Aznar, 1795.

Fernández Duro, Cesáreo, ed. Correspondencia epistolar de D. José de Vargas y Ponce y otros en materias de arte. Madrid: Establecimiento tipográfico de la viuda e hijos de Manuel Tello, 1900.

Fernández De Navarrete, Martín. Colección de los viages y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, con varios documentos inéditos concernientes a la historia de la marina castellana y de los establecimientos españoles en Indias. 5 vols. Madrid: Imprenta Real, 1825-1837.

Ford, Richard. Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa. Madrid: Turner, 1988.

García Garrosa, María Jesús, y Francisco Lafarga. "La historia de la traducción en España en el siglo XVIII". En Sabio Pinilla, José Antonio (ed.): La traducción en la época ilustrada (Panorámicas de la traducción en el siglo XVIII). Granada: Comares, 2009, pp. 27-80.

Garnica, Antonio, ed. Washington Irving y los lugares colombinos. Huelva: Diputación Provincial de Huelva, 2001.

Gautier, Théophile. Viaje a España. Madrid: Cátedra, 1998.

González Cruz, David. Familia y educación en la Huelva del siglo XVIII. Huelva: Universidad de Huelva, 1995.

---. De la Revolución Francesa a la Guerra de la Independencia. Huelva a fines de la Edad Moderna. Huelva: Junta de Andalucía, 2002.

Gozálvez Escobar, José Luis. La formación de la provincia de Huelva y el afianzamiento de su capital. Huelva: Diputación Provincial de Huelva, 1982.

---. Turner tables. Huelva: Tate Gallery – Puerto de Huelva, 2013.

Guillén y Tato, Julio. Perfil humano del capitán de fragata de la Real Armada D. José de Vargas y Ponce, de las RR. Academias Española, de Bellas Artes y de la Historia, y Director de ésta, a través de su correspondencia epistolar (1760-1821). Madrid: Magisterio Español, 1961.

Irving, Washington. Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón. Madrid: Imprenta de José Palacios, 1833.

---. Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón. Madrid: Imprenta de Gaspar y Roig, 1854.

---. Mi viaje a los lugares colombinos. España. 1828. Almería: Casa Sinapia Ediciones, 2012.

Izquierdo Labrado, Julio. Palos de la Frontera en el Antiguo Régimen (1380-1830). Huelva: Ayuntamiento de Palos de la Frontera, 1988.

---. La esclavitud en la Baja Andalucía. 2 volúmenes. Huelva: Diputación Provincial de Huelva, 2004.

Larrea Palacín, Arcadio de. "Los negros de la provincia de Huelva." Archivo del Instituto de Estudios Africanos 20 (1952): 39-57.

Libro en que se trata de la antigüedad del convento de Nuestra Señora de La Rávida y de las maravillas y prodigios de la Virgen de los Milagros. 1714. (Hay edición de David Pérez. Huelva: Ayuntamiento de Palos de la Frontera, 1990).

López Ontiveros, Antonio. "Caracterización geográfica de Andalucía según la literatura viajera de los siglos XVIII y XIX." Ería 54-55 (2001): 7-51.

López-Burgos, María Antonia. Huelva, la orilla de las tres carabelas. Relatos de viajeros de habla inglesa. Siglos XIX y XX. Sevilla: Junta de Andalucía, 2009.

Madoz, Pascual. Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar. 16 vols. Madrid: Imprenta de Pascual Madoz, 1845-1850. (Hay edición facsímil de las voces correspondientes a la provincia de Huelva publicada en Huelva: Diputación Provincial, 1999).

Maier Allende, Jorge. Noticias de antigüedades de las actas de sesiones de la Real Academia de la Historia (1792-1833). Madrid: Real Academia de la Historia, 2003.

Memorias de la Real Academia de la Historia, Vol. 6. Madrid: Imprenta de I. Sancha, 1821.

Miñano, Sebastián de. Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal, tomo VI. Madrid: Imprenta de Pierart-Peralta, 1827.

Muñoz y Romero, Tomás. Diccionario bibliográfico-histórico de los antiguos reinos, provincias, ciudades, villas, iglesias y santuarios de España. Madrid: Imprenta y estereotipia de M. Rivadeneyra, 1858.

Mora Negro y Garrocho, Juan Agustín de. Noticias adquiridas después de impressa la obra de la Ilustración de Huelva. Sevilla: Imp. del Dr. Jerónimo de Castilla, [1762]. (Hay edición facsímil publicada en Huelva: Diputación Provincial, 1998).

Morgado García, Arturo. "La reforma de la fiesta religiosa en el Cádiz de fines del siglo XVIII." Revista de Historia Moderna 28 (monográfico La España de Carlos IV) (2010): 185-199.

Myro, Enrique, y Marta Hildebrandt. Washington Irving en los lugares colombinos. Huelva: Lubrizol, 1985.

Núñez García, Víctor Manuel. Huelva en las Cortes. Élites y poder político durante la década moderada (1843-1854). Huelva: Universidad de Huelva, 2007.

Ordejón, Ignacio. Discurso sobre un pedestal antiguo romano que se conserva en la villa de Trigueros, provincia de Sevilla, 3 de diciembre de 1819. Biblioteca de la Real Academia de la Historia, CI-HU/9/3940/2(4).

Ortega, Ángel. La Rábida. Historia documental crítica. 4 vols. Sevilla Imprenta y editorial de San Antonio, 1926. (Hay edición facsímil en Huelva: Diputación Provincial de Huelva, 1986).

Penney, Clara Louisa. Washington Irving Diary, Spain 1828-1829. Nueva York: The Hispanic Society of America, 1926.

Peña Cámara, José de la. "Washington Irving en Sevilla, 1828-1829". Minervae Baeticae. Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras 15 (1987): 123-130.

Peña Guerrero, María Antonia. El tiempo de los franceses. La Guerra de la Independencia en el Suroeste español. Huelva: Ayuntamiento de Almonte, 2000.

Pérez Quintero, Miguel Ignacio. La Beturia vindicada o ilustración crítica de su tierra, con la noticia de algunas de sus ciudades e islas. Sevilla: Imprenta de Vázquez y Compañía, 1794. (Hay edición facsímil en Manuel José de Lara Ródenas. Un heterodoxo en la Huelva de la Ilustración. Miguel Ignacio Pérez Quintero. Huelva: Diputación Provincial de Huelva, 1995).

Ponz, Antonio. Viage de España, en que se da noticia de las cosas más apreciables y dignas de saberse que hay en ella, tomo XVIII. Madrid: Imprenta de la Viuda de Joaquín Ibarra, 1974.

Ravina Martín, Manuel. "José Vargas Ponce y la historia de Cádiz". Había bajado de Saturno. Diez calas en la obra de José Vargas Ponce, seguidas de un opúsculo inédito del mismo autor. Eds. Fernando Durán López y Alberto Romero Ferrer. Cádiz: Universidad de Cádiz / Universidad de Oviedo, 1999. 211- 222.

Ropero-Regidor, Diego. "Washington Irving y Moguer". En este libro.

Ruiz González, Juan Enrique. Huelva, según las relaciones enviadas por los párrocos al geógrafo real Tomás López en el siglo XVIII. Huelva: Diputación Provincial de Huelva, 1999.

Ruiz Lagos, Manuel. Ilustrados y reformadores en la Baja Andalucía. Madrid: Editora Nacional, 1974.

Salas Álvarez, Jesús. "El viaje arqueológico a Andalucía y Portugal de Francisco Pérez Bayer." Spal 16 (2007): 9-24.

Santamaría, Braulio. Huelva y La Rábida. Tercera edición corregida y aumentada. Madrid: Imprenta y librería de Moya y Plaza, 1882. (Hay edición facsímil en Granada: Universidad Hispanoamericana de La Rábida, 1991).

Téllez Molina, Ricardo, y Manuel Alonso Peña. Los trigos de la Ceres Hispánica de Lagasca y Clemente. Madrid: Instituto Nacional de Investigaciones Agronómicas, 1952.

Vallejo, Jesús. "Academia y fuero. Historia del real en la Real de la Historia." Initium. Revista catalana d'Història del Dret 3 (1998): 419-484.

Vargas Ponce, José. Elogio histórico de D. Antonio de Escaño. Madrid: Editorial Naval, 1962.

Vega Domínguez, Jacinto de. Huelva a fines del Antiguo Régimen. 1750-1833. Huelva: Diputación Provincial de Huelva, 1995.

Voltaire. Cándido o el optimismo. Barcelona: Millenium, 1999.

V

EL LEGADO CULTURAL ONUBENSE DE WASHINGTON IRVING: LOS COMPAÑEROS DE COLÓN

María Losada Friend

V

El hecho de que los estudios sobre la biografía de Irving sobre Colón (The Life and Voyages of Christopher Columbus, 1827) se hayan realizado en su mayoría desde la perspectiva histórica, suele oscurecer la compleja faceta de Irving como biógrafo literario. Hilton fecha los primeros intereses del autor por este género a comienzos de 1813, durante su trabajo como editor en la Anaclectic Magazine en Filadelfia (Brodwin 12); pero además, Irving indagó y explotó este género narrativo en la descripción de los que denominó "compañeros de Colón" (The Voyages and Discoveries of the Companions of Columbus, 1829), y retomó al final de su vida este patrón literario para examinar personalidades muy diferentes entre sí. Así lo demostró con Biographical and Poetical Remains of the Late Margaret Miller Davidson (1841), The Life of Mahomet and His Successors (1849), Oliver Goldsmith. A Biography (1849) o Life of George Washington (1859). Gurpegui mantiene que la calidad artística de estas últimas biografías "es considerablemente inferior a la de obras anteriores, hasta tal punto que son sistemáticamente ignoradas en gran parte de las antologías críticas" (57) y, sin embargo, unir a todas ellas en un estudio sobre la peculiar biografía de los compañeros de Colón permite incidir no sólo en las claves diferentes que Irving utilizó en ella, sino en comprender por qué la obra llegó incluso a formar parte de la Biblioteca inglesa de del Club Bellavista, gestionada por la Rio Tinto Company Limited en Minas de Río Tinto (Huelva) durante finales del XIX y principios del XX.

Las biografías de Irving, como todas sus obras, tuvieron una aceptación importante entre un público norteamericano ávido por conocer el viejo continente y su cultura, y entre el público europeo, ilusionado por ver su historia recreada. Irving, de hecho, consiguió erigirse como un educador literario del XIX, como modelo de elegante prosa en colegios británicos o de cuentos folkóricos en Alemania (Bradbury 81). Su biografía sobre el irlandés Goldsmith llegó a convertirse en un libro de texto para estudiantes norteamericanos y la de Colón fue leída, contrastada y tomada como referente por historiadores y sociólogos. ¿Qué encierra, pues, el discurso biográfico de Irving sobre aquellos que siguieron la aventura de Colón?

Esta, como todas sus otras biografías, es prueba fehaciente del carácter personal y peculiar del discurso del autor americano, por su modo de captar la curiosidad del lector y engancharlo en una sucesión de crónicas recreadas de figuras del descubrimiento que él selecciona como "certain of the companions and disciples of the admiral" (Life and Voyages, 1888, iii). Para Irving, primaba el interés por formar, informar y entretener con un estilo amable, sin estridencias donde dejaba entrever un fino sentido del humor y de la sátira, sin caer nunca en la crítica despiadada. No es de extrañar que César Girón hable de "su hermoso estilo adisoniano" (8), observando en Irving la sensibilidad y gracia que tanto nos recuerdan la perspicacia y chispa de los primeros periodistas del siglo XVIII inglés, o que se vea en su lenguaje la continuidad del lenguaje directo, poco enrevesado del XVIII (Rubin-Dorsky 32). Es en suma, el "gentle humorist" descrito por su contemporáneo Longfellow en 1876[1], un escritor ama-

1 Longfellow escribió el epitafio "In the Churchyard at Tarryton" (En el cementerio de Tarryton) en 1876. Una de las estrofas alude al tipo de literatura ensoñadora y con ribetes de romance con la que entretenía a sus paisanos. "How sweet a life was his; how sweet a death!/ Living, to wing with mirth the weary hours/ Or with romantic tales the heart to cheer;" ("Qué dulce fue su vida! Qué dulce muerte!/Viviendo, aliviaba las horas del cansancio con regocijo/O con relatos románticos nos alegraba el corazón.")

ble, cosmopolita, que continuó, desde su perspectiva americana, esa misma tradición de la bonhomía inglesa del XVIII que se respira en sus biografías.

Las incursiones en el género biográfico en manos de Irving se volvieron además muy cercanas en ocasiones a los libros de viajes que tan bien conocía. Es interesante recordar que cuando Everett le ofreció que tradujera The Voyage of Columbus, la obra del director de la Academia de la Historia, Fernández de Navarrete, Irving transformó el encargo en su personal recuento de la vida de Colón. Bravo Villasante mantiene que el autor, con ello, y en su objetivo prioritario por entretener al público lector, amoldó el género, creando un libro de viajes y ofreciendo una mezcla de relato literario e histórico (15). Esta, en realidad, es una constante en su producción, pues también persiguió este estilo en A Chronicle of the Conquest of Granada (1829), donde buscó la combinación de romance y sátira con la seriedad de los detalles históricos. Este espíritu y las técnicas del libro de viajes venían gestándose ya desde su recuento de las expediciones de los compañeros de Colón.

Tampoco podemos perder de vista que su discurso biográfico va teñido de la subjetividad romántica que siempre se atribuye al estilo irvingiano en sus representaciones sobre aspectos de España. Ya Garnica en su libro Washington Irving y los lugares colombinos (2001) estudió el relato de su viaje por Huelva, añadiendo las notas reales del diario de Irving, y mostrando la sistemática desviación romántica y la tergiversación de los hechos que el autor ofrecía. El resultado, novelístico, romántico y acorde con una imagen puramente personal, funciona también al hablar de aquellos que siguieron los pasos de Colón. Conforma con ello un recuento de héroes que, en ocasiones, entre admiración, observación inquisitiva y nueva interpretación del Descubrimiento, llega a rozar lo burlesco, marcando conscientemente la distancia de un intérprete externo de España, pero con el respeto a un país que aprecia.

Las biografías de Irving suelen cumplir parámetros similares. En primer lugar, Irving proponía siempre una estructura muy clara y expositiva (prefacio, vida y conclusiones). Además, exponía directamente su intención, el proceso de creación de la obra y las fuentes utilizadas. En la vida de Colón, por ejemplo, explicaba detalladamente el proceso cumplido, admitiendo que daba a la luz la obra "con extrema desconfianza", un rasgo de captatio benevolentiae, y oficialmente consciente de sus limitaciones, la acompañaba con el listado de obras que había consultado, algo que resulta muy común en sus otras biografías. Sabía lo que significaba crear leyendas y recrear asuntos históricos, pero quería que su labor como biógrafo se considerara seria. Por ello, en general, es consistente en la justificación de las fuentes, en la evaluación de otras voces críticas y en su permanente declaración de veracidad ante los lectores. En la introducción a los compañeros de Colón sostiene: "The extraordinary actions and adventures of these men, while they rival the exploits recorded in chivalric romance, have the additional interest of verity" (Life and Voyages, 1888, v).

Resulta por ello interesante comprobar, por ejemplo, que el número 20 del Apéndice de la vida de Colón, que también se incluye en la obra de los compañeros de Colón, lo dedica a Sir John Mandeville. Si bien lo presenta como descriptor veraz en los retratos de Catai y de las provincias de Magui, utilizadas por Colón como fuentes autorizadas, es consciente de la reputación proverbial del exagerado y fantasioso viajero. Irving, que se surtía también de fábulas, supersticiones y estereotipos, dando en ocasiones al lector diferentes versiones sobre un mismo hecho, pone empeño caprichoso en sus fuentes históricas (algunas de las cuales tampoco eran objetivas), e intenta redimirse frente aquellos que pudieran atacarlo como historiador. Se erige así como "contador" de hechos reales

utilizando crónicas y leyendas indistintamente. En los Compañeros de Colón, sin embargo, y como veremos más adelante, Irving no menciona como fuente una de las obras literarias que se respira en el relato, el Essay on Chivalry de Scott.

Para sus biografías, Irving fue muy consciente de la continua actualización que debía presentar como autor bien documentado. Por ello incide en los prefacios en sus datos sobre lo último escrito sobre el tema. Para la biografía de Goldsmith, por ejemplo, partiendo de Prior, fue consciente de la publicación reciente de Forster, a la que priorizó evitando al primero como autor engorroso e inclinándose por el estilo elegante y discursivo de Forster, en el que detectaba chispa, sentimiento, gracia y elocuencia. Lo mismo ocurrió con la vida de Mahoma, donde, reconociendo fuentes españolas, escritos musulmanes y la traducción de Garnier del historiador árabe Abulfea (cuya copia encontró en la Biblioteca de los jesuitas del convento de San Isidro en Madrid), dio con la obra reciente del bibliotecario de la Universidad de Heildelberg, Dr. Gustav Weil (1843), del que se confiesa deudor. Para los Compañeros de Colón también contó con fuentes muy específicas, a las que copia, calca, altera y complementa, creando una reescritura muy entretenida y dejando entre líneas sus propias impresiones y actitudes. Cuidadosamente lista sus fuentes, como los documentos legales del Archivo de Indias entre Diego de Colón y la Corona, obras de Herrera, Las Casas, Gomara y Pedro Mártir, y afirma orgulloso que un libro que puntualmente salió cuando su obra estaba en prensa - un volumen de la Vida de españoles célebres de Quintana- coincide con sus datos sobre la vida de Nuñez de Balboa[2].

2
Feliú incluyó éstas con otras obras que ayudaron oportunamente a Irving: el tercer tomo de Colección de Viajes y Descubrimiento y la Historia General de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, en manuscrito de la Biblioteca Colombina de la Catedral de Sevilla, los documentos relativos a los pleitos de Colón, las alegaciones de Diego Colón y las del Fiscal de la Corona, e igualmente la Historia de los Castellanos de Antonio de Herrera (64).

Asimismo, sus conclusiones generalmente suponen un buen resumen del perfil completo de la figura elegida y de sus virtudes y defectos, siempre dentro de una amabilidad que poco invita a la polémica, y desde la perspectiva, en ocasiones condescendiente, de observador curioso y aparentemente neutral. Sobre Colón, al igual que con Goldsmith y Mahoma, la justificación del personaje legendario se hace en base a su trascendencia pública y a su dimensión de héroe (en el caso de Goldsmith, un anti-héroe). Curiosamente, en la obra sobre los compañeros de Colón, precisamente por su estructura, la conclusión general se obvia, y la unidad de la obra queda marcada no sólo por la breve pero densa introducción de cuatro páginas, sino por el orden de los capítulos, que mantiene la relación entre personajes y sigue un orden cronológico, como veremos más adelante.

Las biografías de Irving, además, dejan entrever visos de admiración por sus personajes. Son homenajes encapsulados hacia unas figuras por las que Irving se sentía atraído con una mezcla de admiración y curiosidad. En el caso del examen a los compañeros de Colón, esto se hace con visos casi antropológicos para discernir la peculiar raza de un puñado de emprendedores que, arrastrados por el sentido caballeresco de sus hazañas, en nombre de una fe incuestionable y guiados por la ambición y la gloria, decidieron seguir el ejemplo de Colón.

Si bien sus biografías se convierten en ocasiones en actos de reverencia, Irving no permite que los fallos, defectos o errores de sus personajes queden sin nombrar. Por ejemplo, aun cuando la biografía de Goldsmith la describe como un "acto de amor" hacia el clásico irlandés, como agradecimiento del autor adulto que recuerda los libros tan entretenidos de su infancia, simultáneamente destaca su carácter excesivamente benevolente, bohemio y alocado. De Colón destaca sus habilidades tanto para ser el hombre de negocios práctico como el proyectista poético, pero no duda en poner de manifiesto la necesidad

de paliar sus errores. Aun cuando los justifica como parte del contexto histórico en el que vivió, espera que sus fallos sirvan como lección para otros. En el análisis de la esclavitud de los indios afirma: "It is not the intention of the author to justify on a point where it is inexcusable to err. Let it remain a blot on his illustrious name, and let others derive a lesson from him" (Life and Voyages, 1888, 605). De ahí que Bowden lo llegue a calificar como "overt moralist" (119), incidiendo en la tendencia didáctica de Irving, que quiere hacer reflexionar al hombre moderno a partir de los errores cometidos por los hombres del pasado, algo que igualmente mantiene en la relación de los compañeros de Colón.

Tampoco puede evitar que su sensibilidad literaria quede al margen, y, curiosamente, hace a sus personajes partícipes de una dimensión lírica y literaria sorprendente. A Colón llega a retratarlo como poeta y pintor (604) y alaba su espíritu literario, señalando cómo incluso su uso del español no le impedía expresar con emoción las bellezas del Nuevo Mundo. Curiosamente, ese mismo lirismo lo aplica en escenas importantes en los Compañeros de Colón, donde, por ejemplo, recrea el momento en que Nuñez de Balboa ve por primera vez el Pacífico, "the promised ocean":

> Then, with a palpitating Heart, he ascended alone the bare mountain-top. On reaching the summit, the long-desired prospect burst upon his view. It was as if a new world were unfolded to him, separated from all hitherto known by this mighty barrier of mountains. Below him extended a vast chaos of rock and forest, and green savannas and wandering streams, while at a distance the waters of the promised ocean glittered in the morning sun. (713)

Otra característica común en sus biografías es la de las revisiones a que somete el texto, que muestra diversos estadios de edición de las obras. Como en otras, Irving generalmente toma notas, escribe, publica y después revisa. Las revisiones, en el caso de la biografía de Goldsmith, se hicieron de manera urgente, en dos meses, antes de su versión final. La génesis de Vida y viajes de los compañeros de Colón pasó también por ese proceso antes de adoptar su forma final como libro independiente. Bravo Villasante puntualiza, afirmando que en el mismo año 1828, cuando Irving va a Andalucía, empieza a tomar datos para este segundo libro. Stanley Williams fijó el final de la escritura del manuscrito en 1829, mientras que Villoria fecha las ediciones oficiales inglesas a partir de 1831, la de Murray en diciembre de 1830 o enero de 1831 y la edición americana de Carey y Lea en marzo de 1831. En 1849, Irving haría la última revisión de la biografía para The Author's Revised Edition de Putnam, que la añadiría de nuevo como una segunda parte a la biografía de Colón, apareciendo ambas unidas en el mismo volumen en las obras completas.

El libro, por lo tanto, fue un arreglo a partir de fragmentos que Irving había incluido al final de la vida de Colón y más tarde fue publicado por separado. Acogido con éxito en las reseñas de Europa y América por el tema y por su tono poético, se leyó como lectura de ocio y de educación, y fue incluida en colecciones divulgativas de autores británicos clásicos (como Family Library). Hilton lista 23 ediciones hasta 1960, principalmente de Londres, París, Nueva York y Boston, y apunta traducciones principales al alemán, checo, español, francés, holandés, italiano y sueco. En español, la más conocida es la de Gaspar y Roig (1854), que incluye varios grabados. Jones (2003) ha actualizado la información sobre la recepción del libro anotando que se vendió bien en ambos continentes, aunque compara cifras mostrando que no alcanzó al número de las ediciones de la biografía de Colón, de la que se habían vendido más de 10.000 ejemplares en los Estados Unidos. El crítico observa que si bien las reseñas inglesas del libro destacaron sobre todo su estilo na-

rrativo, los críticos americanos lo tomaron como otra prueba de la buena reputación que ya había alcanzado Irving y lo utilizaron para equipararlo con importantes historiadores.

Como todas las biografías de Irving, la dedicada a los compañeros de Colón mantiene un discurso ameno. Si bien es cierto que, como Leary afirma, no hay que buscar en la literatura irvingiana sentido trascendente (1972), sí podemos afirmar que se trata de la continuación natural en la interpretación propia del Descubrimiento que el autor había empezado con Colón, "su mejor mérito", en palabras de Morales Padrón (56). Creó, por tanto, a partir de fuentes conocidas un discurso propio con el que recorrió las crónicas en mini-biografías seleccionadas que no debemos calibrar por su valía meramente histórica. Feliú ya marcó la diferencia entre Irving y Prescott, uniéndolos precisamente a través de esta obra y sosteniendo que ambos habían trabajado en el mismo cometido, "desbordando con sus libros el localismo patrio", y, como artistas, embelleciendo la narración histórica (1960, 10). El valor de la obra, según Feliú, radica en la fuerza poética y la penetración psicológica, que, sin duda, es parte fundamental de todos los retratos.

Pero aun siendo tachado de relato de claro/oscuro y descrito como literature cum history, o atacado por alejarse de la veracidad histórica, este libro encierra aún más posibilidades de análisis si atendemos al hecho de que la obra llegó y permaneció en el rincón de Riotinto como parte necesaria de la Biblioteca Inglesa del Club de Bellavista, conformando el canon literario de la pseudo-colonia establecida para la explotación de las minas. En efecto, esta obra de Irving, incluida en una colección de sus obras completas, se une a un grupo de libros con ediciones de la última década del XIX que conforman lo que fue el primer canon de libros en inglés para los socios de la Compañía Río Tinto Limited[3]. En la actualidad, se conservan los siguientes volúmenes de Irving en la mencionada colección, ahora bajo la custodia de la Biblioteca de la Universidad de Huelva[4]:

The Alhambra. Tales of a Traveller. London: Raphael Tuck & Sons, [s.d.] (1891).

Astoria: or, Anecdotes of an Enterprise beyond the Rocky Mountains. London: George Bell and Sons, 1886.

A Chronicle of the Conquest of Granada: from the Mss. of Fray Antonio Agapida to which is added Legends of the Conquest of Spain. Vol. 1. London: George Bell and Sons, 1890.

The Life and Voyages of Christopher Columbus. Vol. 1. London: George Bell and Sons, 1890.

The Life and Voyages of Christopher Columbus. Vol. 2. The Voyages and Discoveries of the Companions of Columbus. London: George Bell and Sons, 1888-1890.

The Sketch book of Geoffrey Crayon Gent [s.d.]. London: J.M. Dent and Co.; New York: E.P. Dutton & Co. (s.d.) Everyman's Library. Editado por Ernest Rhys.

Tales of the Alhambra [s.d.]. Editado por el Capt. Edric Vredenburg e ilustrado por Arthur A. Dixon y H.M. Brock.

3
Para un estudio completo sobre la historia de la Biblioteca del Club de Bellavista y su catálogo en inglés, debe consultarse el libro de María Dolores Carrasco Canelo, Una biblioteca victoriana en Minas de Riotinto (Huelva: Universidad de Huelva, 2013).

4
Con motivo del ciclo de conferencias Irving, biógrafo de Colón, organizado por el profesor Antonio Garnica en la UNIA en julio 2009, la Biblioteca de la Universidad de Huelva quiso adherirse al homenaje digitalizando todas las obras existentes del autor que se conservaban de la Biblioteca de Recreo Bellavista y que se hallan actualmente custodiadas en la Biblioteca Universitaria. Aprovecho esta ocasión para agradecer la gestión y colaboración del director de la Biblioteca, José Carlos Villadóniga.

El volumen y el contenido en concreto que nos interesa es el de la obra sobre los compañeros de Colón, que aparece en el volumen VII de la edición de las obras completas de Irving (ver Apéndices 1 y 2). Si bien los últimos trabajos en torno a Irving han abierto caminos que analizan su complejidad narrativa en cuanto a libros de viaje[5], no se ha llegado a ahondar en la carga del discurso de los Compañeros de Colón como discurso biográfico del extranjero que indaga sobre el carácter español en su colonización a las tierras del nuevo Mundo. Esa sería una de las razones por las que la colección de Irving habría resultado interesante para algunos ingleses de la Compañía Riotinto, que, a su vez, residían después de otro gran descubrimiento económico, el de las Minas de Riotinto, adquiridas en la provincia onubense para su explotación económica.

Irving, enriquece la descripción de las crónicas con un discurso reflexivo sobre la experiencia colonial, pero además, intenta ahondar en el carácter español, siguiendo en parte a su admirado autor, Walter Scott, del que sin duda, en mi opinión, toma ideas concretas para analizar los valores de los caballeros legendarios, de la nobleza y gallardía de aquellos que continuaron la labor de Colón en América, como veremos más adelante. Así, el que muchas ediciones antiguas de Scott también estén representadas en esta pequeña biblioteca muestra que ambos autores representaban el gran atractivo que el romanticismo histórico tenía todavía para los lectores ingleses en Riotinto.

El análisis de la edición de 1890 de los compañeros de Colón de Irving que existe como legado aún en Huelva, permite, en primer lugar, ser conscientes del cambio significativo que transformó la cita inicial que acompañaba al título de la edición de 1831 en la de 1890, revisada por el autor (ver Apéndice 4). En la de 1831 (ver Apéndice 3) se incluía una cita de la obra de Pedro Mártir de Anglería, el conocido capellán de la Reina Católica, cronista de las Indias y relevante figura de la historiografía española y americana, al que Irving, denominándolo Peter Martyr, cita como una de sus muchas fuentes[6]. En la edición revisada por el propio Irving, se reemplazó esta cita original por una cita de Medea de Séneca, relativa al hecho de los descubrimientos, la misma que usó Hernando Colón en las memorias sobre su padre[7]. Ambas citas estaban elegidas con intención y muy relacionadas con el tono y contenido del libro, señalando no sólo los esfuerzos victoriosos de los españoles, a los que se compara con dioses en la primera cita, sino el deseo de expansión, a través de la metáfora de una tierra que ya nunca acabaría en Tule, en la segunda cita.

La estructura del libro resulta interesante, ya que recoge nueve diferentes apartados dedicados a los individuos que Irving selecciona como relevo de Colón. La estructura fragmentaria se muestra en una distribución irregular, puesto que algunos de los personajes (Ojeda) tienen asignados tres apartados y otros como Valdivia, Guerreo, Aguilar y Cordo, se incluyen en el apartado de Vasco Nuñez de Balboa. Los apartados fluctúan en número de capítulos, siendo los más numerosos los dedicados a

5 Recientes aproximaciones al contexto de Irving y a su retrato sobre España han sido las de Esther Ortas Durand (2005) o Leonardo Romero Tobar y Patricia Almarcegui (2005). Dentro del estudio de los relatos de viajes, Ramón Espejo (2008) estudia a Irving como elemento de comparación con el estilo de escritura americana de viajes, como la Globe Trekker, y Alberto Egea (2008) lo ha tomado como patrón para hablar de las viajeras olvidadas, como la británica Emmeline Stuart-Wortley (The Sweet South, 1856) o la norteamericana Louise Moulton (Lazy Tours in Spain and Elsewhere, 1897).

6 "To declare my opinion herein, whatsoever hath heretofore been discovered by the famous travayles of Saturnus and Hercules, with such other whom the Antiquitie for their heroical acts honoured as gods, seemeth but little and obscure, if it be compared to the victorious labours of the Spanyards." (P. Martyr, Decad. III. Cc.4. Lock's translation). "Escribo para declarar que lo que haya sido descubierto hasta ahora por los trabajos famosos de Saturno y Hércules, con otros similares de aquellos a los que la Antigüedad ha honrado como dioses por sus actos, parece diminuto y ensombrecido, si se compara con los esfuerzos victoriosos de los españoles" (P. Mártir, Decad. III. Cc.4. traducción de Lock).

7 "uenient annis saecula seris,/ quibus Oceanus uincula rerum/ laxet et ingens pateat tellus/Tethysque nouos detegat orbes/ nec sit terris ultima Thule". ("Pasados los años, vendrán tiempos nuevos: Soltará el Océano los lazos del orbe, y un gran continente saldrá de las olas, y Tetis la gloria verá de otros mundos. Y entonces la tierra no acabará en Tule" (Traducción de Valentín García Yebra, 2001).

Ojeda y Vasco Nuñez de Balboa. En orden de aparición, tal y como Irving los menciona en el índice son: "Alonzo de Ojeda (His first voyage in which he was accompanied by Amerigo Vespucci); Pedro A. Nino and Chris Guerra; Vicente Yañez Pinzon; Diego de Lepe and R. De Bastides; Alonzo de Ojeda (Second voyage); Alonzo de Ojeda (Third voyage); Diego de Nicuesa; Vasco Nuñez de Balboa (Discoverer of the Pacific Ocean); Juan Ponce de Leon (Conqueror of Porto Rico, and discoverer of Florida)".

La distribución de las crónicas, que en principio parecería irregular, tiene nexo de unión por su introducción, su dinámica narrativa (contempla de 1499 a 1521), y por la relación entre los individuos con un objetivo común. En su conjunto, la obra podría ser comparada con las narrativas inglesas denominadas composite novel o short-story cycle, compendios narrativos que surgen de distintas narraciones unidas por un mismo objetivo o línea argumental en torno a una idea o principio común. En el caso de Irving, las crónicas –ordenadas desde Ojeda, "youthful adventurer" (509) a Ponce de León, "the gallant old cavalier" (793)- recogen el reconocimiento de hombres descritos como valerosos, productos de una época y seguidores del objetivo de Colón. Cada uno de ellos toma parte en tal empresa de manera individual, y destaca por sus hazañas y por su personalidad, lo que muestra el interés de Irving en detenerse en la dimensión humana.

Como otro tipo de historiador romántico, Irving saca a relucir claves que se perpetúan en ese tipo de literatura. En primer lugar, presenta unos españoles que quiere definir con valores puramente castellanos, relacionados con un carácter duro, noble y de fuerte temperamento. Si bien estos colonizadores (no todos castellanos) acudían a la empresa del Descubrimiento en muchos casos por necesidades puramente económicas, Irving los envuelve en acciones que alcanzan a veces signos de narración legendaria, mostrando su gusto por el carácter épico en batallas y encuentros cara a cara entre descubridores e indígenas. Incluye además descripciones con el tono de los imaginarios libros de viaje, como en la raza de gigantes que describe Ojeda (616), en las huellas de pie gigante que Yañez Pizón encuentra en la playa (625) o en los tree men que Vasco Nuñez ve en Abiboyba (701), etc. Sin embargo, su relación toma un cariz diferente cuando introduce detalles que arrastran al lector a entender el esfuerzo y angustia de algunos momentos, o los horrores del territorio salvaje, como el que observa Ojeda antes de la fundación de San Sebastián, donde la muerte se hace deseada y aliada (653). Describe desde un punto de vista retrospectivo el afán de riqueza y la ambición, lo utópico y hasta lo absurdo de la empresa, y se sorprende ante la ingenuidad, tanto de hombres aguerridos que vivían guiados por fantasías y leyendas, como de los indígenas, que acogían a los visitantes como ángeles o dioses superiores antes de verlos convertidos en demonios.

Irving no había sido el primero en ahondar en los seguidores de la empresa de Colón. Entre otras muchas crónicas similares sobre estos viajes menores, ya el Inca Gracilaso había contado las aventuras de aquellos que siguieron a Pizarro hasta la conquista de Perú, los famosos trece Caballeros de la Isla del Gallo, que resistieron en la Isla de la Gorgona. La tradición se mantuvo en España con Nicolás Fernández de Moratín, que se sintió atraído por las desventuras de Cortés ("Las Naves de Cortés destruidas"), o con José Viera y Clavijo ("El segundo Agatocles o Cortés en la Nueva España")[8]. Además del peso de la tradición a Irving lo avaló el hecho de que este libro fuera la transición, de la Vida de Colón, que tanto éxito le había proporcionado.

Pero sobre todo, en mi opinión, resulta significativo el hecho de que cuando escribió la obra ya hubiera conocido a Walter Scott. Su visita a Abbotsford había sido en 1817 y no

8 Ver Victoria Galván González (1991), "El episodio de la destrucción de las naves por Cortés en dos autores del siglo XVIII" en Revista de Filología, Universidad de La Laguna, 1991, n. 10, 195-204.

resulta peregrino imaginar que allí conociera el ensayo sobre la caballería que Scott había publicado antes. Muchas de las ideas que aparecen en el retrato de los Compañeros de Colón de Irving tienen conexiones evidentes con este ensayo del autor escocés sobre la los valores y la historia de la caballería.

Scott publicó Essay on Chivalry por primera vez junto con otros dos textos, Essay on Romance y Essay on the Drama, en el suplemento a la edición de 1815-1824 de la Enciclopedia Británica, así como otro sobre Amadís de Gaula en la Edinburgh Review. Anteriormente otros autores habían hecho algo similar, como Richard Hurd, Letters on Chivalry and Romance (1764). El ensayo de Scott es ciertamente denso y completo, y muy interesante, ya que su definición del origen, historia y declive de la caballería le dan paso a cuestionar de manera crítica costumbres y hábitos de su propia sociedad, como el duelo. Scott incluso lamenta la tendencia a la degeneración de los valores de la caballería "into a ferocious, propensity to bigotry, persecution, and intolerance" (1887, 10). Resulta, pues, tremendamente interesante conocer cómo tanto en el nivel ensayístico en Scott como en el biográfico de Irving, el concepto del honor del caballero se asumía como parte integrante del proyecto de la colonización de América. Si comprobamos la dura afirmación inicial de Scott a comienzos de su ensayo:

> The Spanish conquerors of South America were not, indeed, knights-errant, but the nature of their entreprises, as well as the mode in which they were conducted, partook deeply of the spirit of chilvary. In no country of Europe had this spirit sunk so deeply and spread so wide as in Spain. (9)

Podemos colegir la similitud con la afirmación de Irving en su Introducción:

> They may be compared to the attempts of adventurous knights-errant to achieve the enterprise left unfinished by some illustrious predecessor. Neither is this comparison entirely fanciful; on the contrary, it is a curious fact, well worthy of notice, that the spirit of chivalry entered largely into the early expeditions of the Spanish discoverers, living them a character of wholly distinct from similar enterprises, undertaken by other nations. (iv)

Al igual que esta primera afirmación, Irving sintetiza en su Introducción las claves que Scott marcó al principio de su largo ensayo: la colonización como extensión de la guerra y conquista de Granada, la religión como arma para la nueva cruzada más allá de los mares, la ambición o la intolerancia. Pero lo que llega a ser en Scott un ataque directo a los españoles ("a people more remarkable for force of imagination, and depth of feeling, than for wit or understanding") (9), en Irving se vuelve una distancia que intenta ser neutral, y que se desvía hacia la presentación de esta empresa romántica, donde su visión busca el efecto literario, más que el crítico ("Chivalry had left the land and launched upon the deep. The Spanish cavalier had embarked in the caravel of the discoverer") (v). Su acercamiento es, sin duda, más amable que el de Scott y en la introducción parece querer posicionarse de manera muy diferente al escocés en su concepción de los españoles. Así, describiendo las acciones y aventuras que denomina extraordinarias de estos hombres sostiene:

They leave us in admiration of the bold and heroic qualities inherent in the Spanish character, which led that nation to so high a pitch of power and glory; and which are still discernible in the great mass of that gallant people, by those who have an opportunity of judging of them rightly. (v)

Es sorprendente descubrir que parte de la teoría de Scott tiene su contrapartida práctica en los casos que cuenta Irving. Su mención de las leyes de los conquistadores en la Nueva España se vuelven en Irving detalles del sistema legal, de los privilegios para los conquistadores, del sistema de prebendas y de personalidades concretas como Fonseca. La justicia que Irving presenta es dura con todos ellos, que se sienten desprotegidos desde el Nuevo Mundo ("justice seems to grow fierce and wild when transplanted to the wilderness of the New World"). Irving es consciente - y quiere que el lector también lo sea- del cambio de fortuna o del pago desagradecido que en ocasiones recibieron estos emprendedores, o del trato de la avariciosa monarquía, -a veces tildada de tirana, otras de generosa,- que olvida lo mucho que arriesgaron por conseguir una fama y una riqueza que no estaban garantizadas. Por ello, acompaña a todos sus personajes desde el principio de su aventura hasta su final, recomponiendo en muchos casos, su trasformación de ricos a pobres (como Ojeda, "a triumphant client, but a ruined man" (637) o de ensalzados a condenados y humillados (como Yañez Pizón, cuya reputación maltrecha afecta por entero a la ciudad de Palos a su vuelta) (628).

En sus retratos nunca olvida el rasgo de ambición que observa en mayor o menor grado en todos ellos, y que advierte íntimamente mezclado con la religión, con la que justifican sus acciones, y por la que se sienten protegidos (véase la importancia de la reliquia que acoraza milagrosamente a Ojeda) (510). Irving recoge sus actuaciones sin contemplaciones durante los expolios que describe como peligrosos y extravagantes (708), los preludios para santificarse antes de las batallas (645) o los himnos de agradecimiento (Te Deum laudamus) que Irving denomina "usual anthem of Spanish discoverers".

Para Irving, contemplar el perfil de los conquistadores implica instigar su espíritu crítico, pero no puede ocultar la admiración que le merecen estas expediciones casi suicidas, lo cual explica el tono de narración legendaria que a veces adopta. Así, describe el coraje y bravura que llevan en la sangre estos hombres ("courage peculiar to their race") (615). El acercamiento al personaje se hace a través del relato de los momentos duros del viaje, de los éxitos y fracasos de los descubridores (Vasco Nuñez, por ejemplo, se ve obligado a tirar oro en el Golfo de Uraba por la tormenta, 701). Son hombres que deben enfrentarse a momentos de turbulencias, desorden, caos, motines con la tripulación, etc. Por ello, Irving destaca no sólo su valentía, sino también su sagacidad y astucia, que en ocasiones funciona y en otras no. De manera similar, el nativo, retratado en su inocencia y temor, es al mismo tiempo sagaz, inteligente y hospitalario, pudiendo resultar también cruel y conocedor de una naturaleza desconocida para los descubridores, como en la imagen que recrea Irving de los ríos en el primer viaje de Ojeda ("Rivers infected with alligators, resembling the crocodiles of the Nile") (614). La indiferencia y el asombro de los indígenas frente a algunas escenas de prepotencia de los caballeros e instituciones religiosas de los españoles también nos indican el cariz burlesco con el que Irving se posiciona indistintamente en ambos bandos para evitar tomar partido.

Irving relata las leyendas de los nativos y alude a sus dioses (699), describe los palacios de los caciques, sus ofrendas o sus fieros ataques, y en muchas ocasiones sus puntos de vista frente a la experiencia colonial, como el enfrentamiento entre el cacique Carete con Vasco Núñez (694), o las impresiones del joven hijo del cacique en Comagre, al ver cómo los españoles se pelean al repartir el oro (697).

Por último, un rasgo muy interesante de esta peculiar biografía es sin duda el cuidado metodológico con el que Irving ayuda al lector, poniéndose en su lugar, con las dificultades

del castellano. Es quizás éste un buen ejemplo para recordar que simultáneamente Irving había estado recibiendo clases de español y tenía en mente a un público lector inglés que necesitaba comprender aspectos de la otra lengua. En este caso, se entendería que el libro se leyera con facilidad y cercanía entre los ingleses instalados en la comunidad de Riotinto. El libro contiene no sólo observaciones de tipo fonético sobre la pronunciación de los nombres, sino también una organización cuidada del contenido. Explica, por ejemplo, la pronunciación del nombre de Alonzo de Ojeda ("Ojeda is pronounced in Spanish Oheda, with a strong aspiration of the h.") (609), y en la sección "Pedro Alonzo Niño* and Christoval Guerra" (1499), guía al lector con el asterisco hacia la nota a pie de página sobre la pronunciación del apellido del nativo de Moguer: "* Pronounced Ninyo. The Ñ is Spanish is always pronounced as if followed by the letter y") (620). Irving facilita también la lectura traduciendo al inglés, por ejemplo, el epitafio escrito en español por Juan de Castellanos a Juan Ponce de León[9].

9 "Aqueste lugar estrecho/Es sepulcro del varón,/ Que en el nombre fue León/Y mucho más en el hecho" ("In this sepulchre rest the bones of a man, who was/a lion by name, and still more by nature") (794).

En cuanto a la técnica narrativa, Irving es consciente de aquellos momentos en los que la narración es lenta (714) y, por ello, hace partícipe al lector de preguntas retóricas, casi para abrir un debate (como, por ejemplo, sobre las conjeturas que se haría un español confundido y asombrado tras el descubrimiento del Océano Pacífico) (713), o bien formula pensamientos desde su perspectiva de hombre moderno, opuesto al uso de métodos salvajes con las poblaciones indígenas (634). También es consciente de que algunos conocen su obra sobre Colón, pero asume que otros no, e incluye en muchas ocasiones pinceladas generales para dar a conocer el contexto. En general, cuida mucho la técnica de esta curiosa biografía en los retratos de diferentes crónicas. Irving juega además con el ritmo argumental, combinando recuerdos (como los de Nuñez de Balboa) (693) o introduciendo saltos que predicen acontecimientos futuros (como el relato de la hija del cacique Careta, descrita como "Indian beauty", de Vasco Nuñez, 695).

En suma, la biografía compuesta que son los Compañeros de Colón, estudiada como legado de Irving dentro de la comunidad onubense, permite reconocer algunas de las claves del discurso biográfico del autor, en el que une la curiosidad y la admiración, no exenta de crítica, por personajes de la historia de España se apoya en la interpretación personal de datos y crónicas existentes que son objeto de una reescritura literaria, casi antropológica, con la que el autor pretende identificar un carácter nacional español caracterizado por unos valores caballerescos que lo hacen único.

Esta biografía, peculiar por las diferencias que presenta con el resto de biografías de Irving en contenido y estructura, dio continuidad a la Vida y viajes de Colón, pero profundizando aún más en el carácter de unos conquistadores a los que -basándose en el patrón del caballero descrito por Walter Scott- disecciona en un dibujo de virtudes y defectos. El interés en estos viajes menores nos presenta a Irving como testigo retrospectivo de la intervención española en los confines aún secretos del Nuevo Mundo por medio de una obra que marca y estudia la Edad Moderna desde un sentido literario y casi didáctico. Mezcla grandes hechos y grandes debilidades y así, Juan de la Cosa queda ensalzado, pero Ojeda y Nicuesa son dignos de nuestra compasión en el retrato de una ambición desmedida, que resta valor a sus grandes empresas. Además, si se ocupa de aquellos que van y vuelven, también lo hace de los que mueren en la hazaña (Valdivia), de los que se convierten también a la nueva cultura (Guerrero) o de los que, convertidos, vuelven a la madre patria y acusan el choque cultural (Jerónimo Aguilar). Narrativamente esta obra

dista mucho del diseño de sus otras biografías, por ser una narración casi circular, rica en discurso poético y dramático, pero, sobre todo, por incluir visos de crítica moderna, moderada con intención casi moralista, que muestra el sentido revisionista de Irving en su atención a la naturaleza humana.

OBRAS CITADAS

Bradbury, Malcolm. "Washington Irving's Europe" Studia Patriciae Shaw Oblata. Ed. Santiago González y Fernández-Corugedo. Vol. 3. Oviedo: Universidad de Oviedo, 1991, 80-95.

Bowden, Mary Weatherspoon. Washington Irving. Boston: Twayne Publishers, 1981.

Brodwin, Stanley, ed. The Old and New World. Romanticism of Washington Irving. New York: Greenwood Press, 1986.

Burstein, Andrew. The Original Knickerbocker. The Life of Washington Irving. New York: Basic Books, 2007.

Egea, Alberto. "Geografías románticas alternativas: viajeras anglosajonas en Andalucía" Escritoras y pensadoras anglosajonas. Otras voces y otras lecturas, siglos XVII al XX. Eds. José Manuel y Margarita Estévez Saá. Sevilla: ArCiBel Editores, 2008, 93-102.

Espejo Romero, Ramón. "Silencing the Center(s) in American Travel Writing: From Washington Irving to Globe Trekker." The European Messenger 17.2 (2008): 20-27.

Feliú Cruz, Guillermo. El Imperio Español y los historiadores norteamericanos. Vol. 1. Washington Irving. Santiago de Chile: Editores de los Anales de la Universidad de Chile, 1960.

Forster, John. The Life and Times of Oliver Goldsmith. London: Ward, Lock and Co., 1890.

Galván González, Victoria. "El episodio de la destrucción de las naves por Cortés en dos autores del siglo XVIII." Revista de Filología 10 (1991): 195-204.

Garnica, Antonio, ed. Washington Irving y los lugares colombinos. Huelva: Servicio de Publicaciones de la Diputación de Huelva, 2001.

Girón, César, ed. Washington Irving. Cuentos de la Alhambra. Granada: Editorial Comares, 1998.

Gurpegui, José Antonio. Introducción a Cuentos de la Alhambra, de Washington Irving. Ed. de José Antonio Gurpegui. Traducción de José Miguel Santamaría y Raquel Merino. Madrid: Cátedra, 1996.

Hellman, George S. Washington Irving, Esquire. Ambassador at Large for the New World to the Old. New York: Afred A. Knopf, 1925.

Hilton, Sylvia L. Washington Irving: Un romántico entre Europa y América. Madrid: CSIC/ Centro de Estudios Históricos, 1986.

Irving, Washington. The Life and Voyages of Christopher Columbus. Vol. 1. London: George Bell and Sons, 1890.

---. The Life and Voyages of Christopher Columbus. Vol. 2. The Voyages and Discoveries of the Companions of Columbus. London: George Bell and Sons, 1888-1890.

---. Oliver Goldsmith. A Biography. Ed. Charles Robert Gaston. Boston: Ginn and Company, 1903.

Jones, Jay. Washington Irving. An American Original. New York: Arcade Publishing, 2008.

Leary, Lewis. "The Two Voices of Washington Irving." From Irving to Steinbeck: Studies in American Literature in Honor of Harry R. Warfel. Eds. Motley Deakin y Peter Lisca. Gainsville: University of Florida P, 1972, 13-26.

Morales Padrón, Francisco. "El descubrimiento de América según Washington Irving." En Washington Irving (1859-1959), 53-86.

Muñoz Santamaría, Juan Antonio, ed. Washington Irving. De Nueva York a Granada. Cuentos y Leyendas. Madrid: Páginas de Espuma, 2003.

Ortas Durán, Esther. "La España de los viajeros (1755-1846): Imágenes reales, literaturizadas, soñadas." Los libros de viajes: realidad vivida y género literario. Eds. Patricia Almarcegui Elduayen y Leonardo Romero Tobar. Tres Cantos: Ediciones Akal/UNIA, 2005, 48-91.

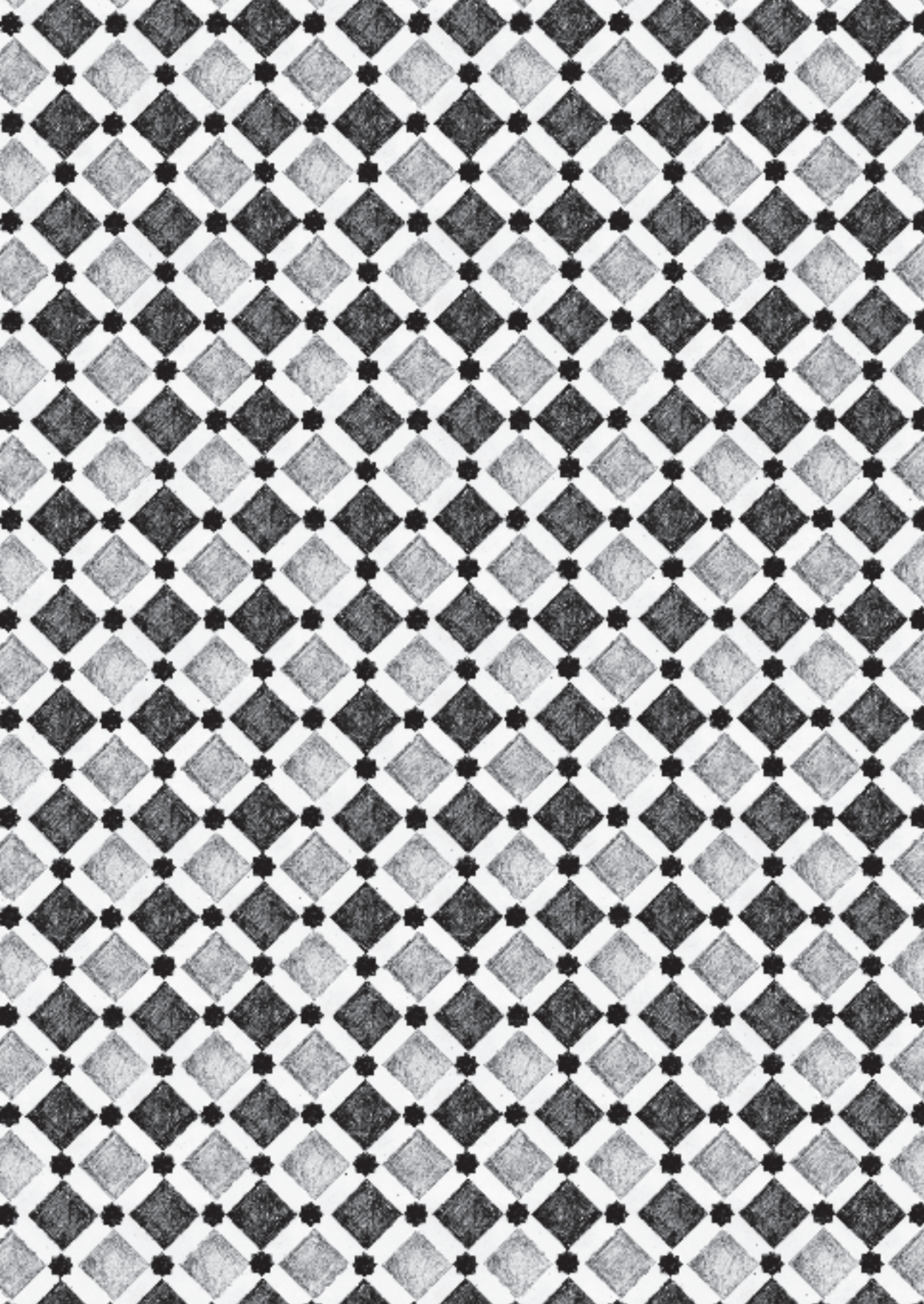
Ritter, John P. "Irving's Neighbours." The New York Times, 9 de Septiembre de 1899.

Scott, Walter. Essays on Chivalry, Romance and the Drama. London: Frederick Warne and Co., 1887.

Villoria Prieto, Javier. Washington Irving en España: cien años de traducciones. León: Universidad de León, 1998.

Washington Irving (1859-1959). Granada: Universidad de Granada, 1960. Edición facsímil. Presentación de Antonio Gallego Morell y prólogo de José Luis Martínez Dueñas Espejo y Andrés Soria Olmedo. Granada: EUG, 2008.

Williams, Stanley T. Washington Irving. Selected Prose. New York: Rinehart & Co. Inc., 1950.



VI

WASHINGTON IRVING Y EL HISPANISMO NORTEAMERICANO

Eloy Navarro Domínguez

VI

Uno de los tópicos que más suele repetirse acerca de la figura de Washington Irving es sin duda el de su condición de precursor o fundador del hispanismo norteamericano[1]. Sea lo que fuere lo que entendamos por hispanismo y sea cual sea su verdadera posición en él, lo cierto es que, más allá de su biografía de Colón, Irving logró crear, gracias a su innegable talento y a su prestigio como primer escritor norteamericano, una imagen literaria de España que ejerció durante décadas una fuerte atracción sobre los lectores norteamericanos y que, junto con el ejemplo vivo del propio autor, contribuyó notablemente al surgimiento de no pocas devociones por nuestro país, muchas de las cuales, con el tiempo, habrían de acabar encauzadas hacia el ejercicio profesional de los estudios hispánicos.

En la figura de Irving se pueden apreciar una serie de rasgos que, de un modo u otro, conforman desde sus comienzos la particular identidad del hispanismo norteamericano. Efectivamente, Irving ejemplifica como nadie la importancia que el componente afectivo, lo que podríamos denominar hispanofilia, ha tenido históricamente en el surgimiento y desarrollo del hispanismo y, al mismo tiempo, la frecuencia con que el estudio científico de la lengua española y las culturas de los países hispanoparlantes (ámbito que finalmente ha acabado acaparando el término en cuestión) se ha visto enriquecido y estimulado con aportaciones surgidas en ese mismo terreno fronterizo entre historia, ficción y relato de viajes en el que destacó el autor de Life and Voyages of Christopher Columbus y The Alhambra. Por último, en Irving se puede observar asimismo (y muy especialmente en la difusión alcanzada por su biografía de Colón) la particular importancia que lo español e hispánico han tenido desde un primer momento en la constitución de la identidad nacional norteamericana (bien como término de contraste o bien, por el contrario, como elemento constitutivo dentro de una sociedad formada por agregación de culturas), de lo que se deriva el carácter diferencial que presenta el hispanismo norteamericano no sólo frente al surgido en otros países, sino también frente a los estudios de otras lenguas y culturas dentro de los Estados Unidos. Sin embargo, representativo como lo es de la particular naturaleza del hispanismo norteamericano, Irving presenta, un rasgo particular que lo distingue dentro de éste y que le hace acreedor de un reconocimiento especial, como es el haber logrado elevar esa hispanofilia de base de la que surge el hispanismo en general a una altura literaria que no ha sido alcanzada después por ningún otro.

Pero para entender la peculiar ubicación de Irving dentro del hispanismo norteamericano es necesario comenzar recapitulando sumariamente la historia de éste y considerando su particular naturaleza, y aún antes que eso, examinar el sentido que el término ha tenido y tiene en la actualidad, pues en la evolución de las palabras que la designan se transparenta en gran medida la que ha seguido la propia disciplina a lo largo del tiempo.

El carácter vocacional que desde sus orígenes tiene lo que habitualmente entendemos por hispanismo se encuentra ya implícito en la aparición del propio término hispanismo y, mucho antes que él, hispanista. En un principio, los diccionarios de Covarrubias y de Autoridades incluían, para referirse a los extranjeros aficionados a lo español, la palabra españolado[2]. Posteriormente el término hispanista fue recogido oficialmente

1 Así lo consideran, entre otros, Romera Navarro, quien lo sitúa entre los "precursores" del hispanismo (15) e Ynduráin, que se refiere al autor como "primer hispanista norteamericano" (9). Aunque sin utilizar el mismo término, Adorno (2002) y Kagan (2002) lo sugieren también implícitamente.

2 'El estrangero que ha deprendido la lengua y las costumbres y traje de España' en Covarrubias.

por el Diccionario de la Real Academia, tal como ha recordado Juan Antonio Frago (2003), en 1914[3] (si bien había sido ya utilizado en torno a 1876 por Menéndez y Pelayo), mientras que hispanismo, que tradicionalmente había sido recogido con significado exclusivamente lingüístico (modo de hablar particular y privativo de la lengua española.)[4], aparece con el sentido al que aquí nos referimos (aunque nunca como primera acepción) sólo a partir de 1936[5]. El profesional de los estudios hispánicos (incluyendo indistintamente a historiadores y filólogos) irá siendo designado progresivamente con el término hispanista; de ahí que, para aludir al simple aficionado a lo hispánico, el Diccionario de la Real Academia recoja desde 1970 el término hispanófilo. En cualquier caso, tal como destaca Frago (y es sin duda un aspecto relevante de la cuestión que nos ocupa), el término que alude a la persona aparece recogido antes que el que nombra la actividad o menester desempeñado por ella.

Otro tanto ocurre en la propia lengua inglesa, donde hispanism aparece recogido en una entrada de 1964 del Oxford English Dictionary sólo como sinónimo de hispanicism[6], mientras que el Diccionario Merriam Webster lo localiza en 1940, dando como primera y segunda acepción respectivamente 'a movement to reassert the cultural unity of Spain and Latin America' y 'a characteristic feature of Spanish occurring in another language'[7]. Sin embargo, el término hispanist aparece datado en 1934[8] por el Oxford English Dictionary con el significado 'one versed in, or devoted to, the Spanish language or the study of Spanish', mientras que el Merriam Webster lo adelanta a 1786, dando como definición 'a scholar specially informed in Spanish or Portuguese language, literature, linguistics, or civilization'. Este último diccionario lo sitúa, pues, en una fecha próxima a la que diera en su día R. J. Dingley (1987), quien lo registra en varios pasajes del libro de Joseph Baretti, Tolondron. Speeches to John Bowle About his Edition of Don Quixote; Together with Some Account of Spanish Literature (1781), edición esta, la de Bowle, en la que Blecua sitúa el comienzo del hispanismo británico (74).

El término hispanist aparece, pues (como no podía ser menos), antes en la lengua inglesa que en la española y, sobre todo, en aquella, antes también que su correlato hispanism, con lo que parece claro, de nuevo, que la vinculación con España o lo hispánico se reconoce inicialmente en un plano personal, como vocación o afición, siempre antes que la conceptualización de la actividad y su posterior institucionalización. Ello nos permite deducir que hubo una época en la que había hispanistas que se reconocían ya entre sí con ese nombre, pero cuya actividad, sin embargo, no era todavía conocida como hispanismo. El término designa, pues, en sus orígenes, al simple aficionado, y sólo más tarde, con la constitución de la Historia de la Literatura como disciplina en el tránsito del siglo XVIII al XIX (Romero Tobar, 2003), al profesional académico que ejerce lo que se conoce ya como hispanismo.

Sin embargo, antes de seguir los pasos del hispanismo consolidado como disciplina académica, conviene recordar que, a pesar de la falta de una disciplina constituida como tal y de la ausencia de la infraestructura académica necesaria para su desarrollo, los primeros hispanistas de afición lograron acercarse en muchas ocasiones al grado de rigor que alcan-

3
'Persona versada en la lengua y literatura españolas'.4
Así en el Diccionario de Autoridades. Frago (44) menciona igualmente el uso que del término hace Unamuno en 1905 como sinónimo de "españolismo".

5
'Afición al estudio de la lengua y literatura españolas y de las cosas de España'.

6
'Spanish idiom or mode of expression'.

7
Aunque no aparece recogido en ninguno de los diccionarios consultados, hispanism se usa asimismo (al igual que el correspondiente término francés hispanisme) para aludir, en el contexto de la política internacional, a los partidarios y favorecedores (a veces colaboracionistas) de España, ya sea en la Francia del siglo XVII o en la Hispanoamérica del XIX.

8
La cita procede a su vez del New International Dictionary of the English Language (Ed. W. T. Harris y F. S. Allen. 2a ed. 2 Vols. Springfield: Merriam, 1934). En el Oxford English Dictionary aparece igualmente, en un texto de 1960, hispanophil(e), 'a lover of Spain and Spanish culture' e incluso, en 1906, y con el mismo sentido, el préstamo hispanofilo.

zarían después los profesionales universitarios, a quienes legaron, de hecho, numerosas obras sobre las que habría de constituirse posteriormente la disciplina como tal. Un ejemplo podría ser el del británico Lord Holland (1773-1840), de quien Wardropper ha escrito:

> It must be remembered that Lord Holland did not possess the tools of erudition which the modern Hispanist has at his disposition. No histories of literature to give him, however imperfectly, a panoramic view of his subject; no learned reviews; no classified bibliographies; and no library collections with any pretensions to completeness. He was therefore forced to start from scratch and use conversations with those who had read as substitutes for works of criticism; he had to make what use he could of the inaccurate and often illogical eighteenth-century studies on Cervantes, the theatre and the art of poetry; and in default of a reference library he had to build up his own private library of Spanish Works . . . Lord Holland was, as a result of the collection of this library, able to read enough on his subject to make him more than a mere dilettante. (262-3)

En realidad, la relación genética entre hispanofilia e hispanismo nunca ha desaparecido del ámbito de la disciplina. En un interesante capítulo de su libro sobre los hispanistas anglosajones ("Labor of Love: Hispanism as Hispanophilia"), Sebastiaan Faber (2008) ha llamado la atención sobre esa relación, a propósito precisamente de los pioneros del hispanismo norteamericano, entre los que incluye inevitablemente a Irving:

> But how, then do we account for the fact that these same Hispanophiles are also considered the first foreign Hispanists- that is, the first recognized experts on things Spanish? . . . Historically, then, Hispanophilia lies at the origin of Hispanism as an academic field, at least as practiced by non Spaniards. And in the same way a developing human embryo quickly speeds through the stages of the species' evolution, it is probably also true that many a foreign Hispanist's individual career, mirroring the evolution of the discipline, originated in a love of the Hispanic world that was less based on knowledge than on fancy. (21)

Sin embargo, la mencionada evolución nunca ha llegado a eliminar del todo del hispanismo académico aspectos importantes de la hispanofilia, como el componente fuertemente emocional[9] o la coexistencia de la práctica académica con actividades de muy diversa naturaleza, tal como se refleja en el retrato que Faber hace de los hispanistas de comienzos del siglo XX: "Even though professionalization was on the rise, especially in the United States, the interbellum Hispanist was still a jack of all trades: traveler, langage teacher, text-book writer, scholar, journalist, tourist guide, and, above all, something of a self-appointed ambassador of Spanish culture (...) In many cases, the Hispanist was simply a Hispanophile who had turned his passion into a profession" (8)[10].

El tránsito de la simple hispanofilia al hispanismo profesional que se dio entre finales del XVIII y comienzos del XIX se vio favorecido, como se ha dicho, por la constitución de la Historia Literaria como disciplina académica, pero también, en el contexto particular de los Estados Unidos, por la necesidad que experimentaban los hispanistas aficionados de legitimar por la vía académica el estudio de una cultura que era percibida como inútil o inferior fren-

9
Sobre este aspecto véase Vargas Llosa (2003).

10
Uno de los ejemplos más interesantes de hispanista aficionado contemporáneo es el de Gerald Brenan, que escribiría, además de sus obras más conocidas, diversos estudios de Historia literaria como The Literature of the Spanish People. From Roman Times to the Present Days (1951), y que representa, para Romero Tobar, una "mixtura de escritor y lector apasionado que se preocupa por la Historia de la literatura española" (205) en la que se aprecia una característica "pervivencia del viejo taller romántico que todavía impregnaba muchas miradas de viajeros extranjeros a la España de mediados del XX" (206). Sobre el hispanismo de Brenan véase el capítulo ("'Spain is My Country: Revolution or No Revolution': Love and Politics in Gerald Brenan") que Faber le dedica en su libro (155-182).

11
Tal como recuerdan tanto Faber (2008) como Fernández (2002), esa misma escala de valores seguía vigente todavía en las universidades norteamericanas antes de la Primera Guerra Mundial.

te a otras como la francesa o la alemana, un problema que, según Faber (véase el capítulo "U. S. Hispanism and the Quest for Prestige" de su libro ya citado), ha acompañado desde sus orígenes al hispanismo norteamericano[11]. Finalmente, además de contribuir a alimentar la hispanofilia con su preferencia por los temas hispánicos, el romanticismo contemporáneo debió hacer ver a más de un hispanófilo que la dedicación a los estudios hispánicos constituía en sí misma un gesto romántico en el que, aparte de la reivindicación de un espacio periférico con respecto a Europa (como lo eran, por lo demás, los Estados Unidos), había también algo de empresa quijotesca en defensa de una cultura tradicionalmente despreciada.

11 Tal como recuerdan tanto Faber (2008) como Fernández (2002), esa misma escala de valores seguía vigente todavía en las universidades norteamericanas antes de la Primera Guerra Mundial.

12 Véanse Stimson (1954 y 1961), Williams (1955) y Kagan (2002).

Es en ese contexto en el que debemos situar el caso de Irving, a quien, si no como origen del hispanismo norteamericano, habría que considerar desde luego como un hito decisivo del mismo. Efectivamente, si antes que él ya otros se habían dedicado a los estudios hispánicos[12], la relevancia que alcanzó Irving en este terreno se debió en gran parte al hecho de haber coincidido en el tiempo con una encrucijada decisiva del hispanismo norteamericano, en la que éste habría de experimentar, según Richard Kagan (Introduction: 8) una clara disociación en dos tendencias o "vías paralelas". Una de ellas, la que habría conservado como tal la denominación de hispanismo hasta la actualidad, correspondería a los estudios académicos relacionados con las culturas hispánicas. La segunda sería más bien de carácter literario y se correspondería con una hispanofilia que no tendría que conducir necesariamente a la profesionalización y que, además de manifestarse en género literarios específicos, como el relato de viajes, se extendería asimismo a otros ámbitos como las bellas artes o la música. En ambos casos, como se verá, la huella de Irving fue decisiva.

La primera tendencia a la que nos hemos referido tendría como representante más emblemático a George Ticknor, autor de la pionera History of Spanish Literature (1849) y verdadero fundador del hispanismo universitario norteamericano, quien, desde 1819, había estado al frente de una de las primeras cátedras de Español de los Estados Unidos, la Smith Professorship of the French and Spanish Language del Harvard College, cátedra en la que le sucederían otras dos destacadas figuras de la literatura norteamericana: Henry Wadsworth Longfellow y James Russell Lowell (Kagan 2002; 9-11; Hart 108). Dentro de esta misma línea, pero en el ámbito de los estudios históricos, la otra gran figura del naciente hispanismo fue sin duda William Hickling Prescott, el autor de History of the Reign of Ferdinand and Isabella (1837), History of the Conquest of Mexico (1843), Conquest of Peru (1847) y History of Philip II (1855-8). El papel jugado por Prescott fue decisivo en la evolución posterior del hispanismo norteamericano, pues fue él quien consagró lo que Kagan (2002) ha llamado el "paradigma Prescott", es decir, la representación de España como un país monárquico, indolente y fanático frente a unos Estados Unidos republicanos, emprendedores y racionales.

A pesar de no haber ocupado ninguna cátedra, la contribución de Irving a esta tendencia del hispanismo fue, no obstante, de gran importancia, pues, de hecho, se anticipó a la publicación de las obras de Prescott y Ticknor con la publicación de Life and Voyages of Christopher Columbus (1828) y Voyages and Discoveries of the Companions of Columbus (1831). Sobre el impacto de la Vida y viajes de Cristóbal Colón dentro de la primera de las líneas mencionadas poco más podría añadirse a lo escrito en su día por Rolena Adorno (1997, 2001, 2002 y 2008), quien considera la obra "a landmark in Anglo-North American Hispanism" (Washington Irving's Romantic Hispanism 61). Más allá de los muchos detalles que aporta, Adorno

sugiere una idea que me parece fundamental para situar la obra a la vez dentro y fuera del hispanismo, y es que los motivos de Irving a la hora de escribir sobre Colón (siempre hay que recordar que fue un encargo institucional y que inicialmente sólo se trataba de una traducción) no tenían nada que ver específicamente con España, ya que lo que le interesaba no era tanto la empresa del Descubrimiento como el perfil moral del personaje que la hizo posible, y no tanto las consecuencias que dicha empresa tuvo dentro del ámbito hispánico como las que hubo de tener para los Estados Unidos. Como recuerda Adorno, Irving escribe en una época en la que los norteamericanos contemplan con especial atención a las recién independizadas repúblicas hispanoamericanas, y su obra coincide en el tiempo con la proclamación de la doctrina Monroe en 1823 y con la formulación en 1845 de otra doctrina, la del Destino Manifiesto, igualmente relevante para las relaciones de los Estados Unidos con el mundo hispánico. Se trata, por tanto, de una época en la que la joven república se encuentra empeñada en la construcción de su propia identidad nacional, un proceso en el que Irving estaba jugando ya un papel decisivo en el terreno literario como prueba palpable de la existencia de una literatura específicamente norteamericana. En ese proceso, los vínculos con Europa y, sobre todo, con Gran Bretaña, constituyen sin duda un elemento esencial, pero también empieza a cobrar una importancia creciente la conciencia de una identidad americana hemisférica, para la que el hecho del Descubrimiento y la figura de Colón son fundamentales.

Para Adorno, Irving logró hacer del Descubrimiento un hito fundacional de los Estados Unidos (por encima incluso de la llegada del Mayflower en 1620) y de Colón uno de los fundadores del país, para lo cual lo adornó con una serie de virtudes que los norteamericanos reconocían como suyas propias, y lo presentó como una suerte de colono decidido, valiente y razonable, "the proto-American hero . . . the model of citizenship for the U.S. romantic era" (Washington Irving's Romantic Hispanism 72), o, desde otra perspectiva, como una versión primitiva de uno de los grandes mitos norteamericanos: el "self-made man". De ese modo, tal como resalta Adorno, "Washington Irving, as Prescott and others would do after him, turned the Spanish adventure in the New World into a remarkable Anglo-American story" (Washington Irving's Romantic Hispanism 61). En ese sentido, dentro de la construcción de este nuevo Colón, tiene una especial importancia, como ha sabido ver Adorno, la representación que Irving hace del rey Fernando (para la que le convenía más sin duda el relato de Hernando Colón que el trazado por Martín Fernández de Navarrete), un rey cuyo particular temperamento no sólo contribuía a destacar las virtudes morales del héroe, sino también a reforzar el perfil americano de éste, estableciendo además el autor un paralelismo implícito entre la relación de ambos y el enfrentamiento de los norteamericanos con el rey Jorge III de Inglaterra. Finalmente, el conflicto del héroe solitario con el rey facilitaba la asimilación del relato a la novela histórica del romanticismo, decisiva, como sabemos, en la obra de Irving, pero también a determinados textos de carácter igualmente fundacional (el rey Católico habría actuado como Alfonso VI en el Poema del Cid), dimensión esta última que era esencial para la inserción del texto y su protagonista en la historia cultural norteamericana.

Efectivamente, dentro del proceso de construcción de su identidad nacional, los Estados Unidos necesitaban un héroe fundacional y, dada la reciente formación del país, no era posible buscarlo en tiempos remotos (como habían hecho los románticos europeos al volverse al período fundacional de sus estados, la Edad Media, para llevar a cabo una refundación literaria de los mismos) y hubo de conformarse con un acontecimiento más reciente, aunque, eso sí, de proporciones no menos heroicas que las gestas medievales. Irving escribió así la

única novela histórica de los orígenes que era posible en los Estados Unidos, y se propuso relatar en ella el único mito fundacional igualmente posible, el del Descubrimiento, para lo cual tenía necesariamente que americanizar a Colón, una naturalización que no resultaba demasiado forzada dada la condición de apátrida del Almirante y la propia composición de la sociedad norteamericana. En definitiva, se podría decir que, a falta de un personaje legendario sobre el que basar la historia nacional, Irving procedió en sentido contrario y convirtió en héroe de leyenda a un personaje histórico.

Esta americanización de Colón fue una de las claves del inusual éxito que tuvo la obra entre el público norteamericano, que la leyó, sin duda, de un modo bien diferente a como se leería en España después de ser traducida en 1833 por José García de Villalta. La biografía trajo consigo además, como es sabido, la inevitable versión abreviada, que, tras su introducción en las escuelas, fue determinante en la consagración de Colón dentro del imaginario cultural norteamericano, si bien es cierto que, por ser más leída que la original, acabaría también por dar argumentos a quienes dudaban de la seriedad de Irving en su trabajos históricos.

Esta última cuestión, la competencia de Irving como historiador, ocupó el centro de la recepción crítica de su biografía de Colón. Así, tanto en España como en los Estados Unidos, los juicios que recibió la obra se centraron sobre todo en dos aspectos: el modelo historiográfico elegido por el autor y la utilización que éste hizo del libro de Martín Fernández de Navarrete. Uno de los más ajustados fue sin duda el de Marcelino Menéndez y Pelayo:

> Dos escritores yankees, dotados los dos de singular talento de estilo y de no menor entusiasmo por las cosas de España, historiadores románticos en el buen sentido de la palabra, esto es, discípulos de Thiery y de Barrante, que ha vuelto a convertir la historia en una maravillosa obra de arte, fueron los primeros en explotar aquel tesoro, con el mismo ingenio y amenidad que antes y después aplicaron a la restauración de otros períodos de nuestra historia. Pero W. H. Prescott sólo pudo tratar de las cosas de Colón por incidencia en algunos capítulos de History of Ferdinand and Isabella, obra tan sólida como deleitable; al paso que Washington Irving le dedicó un libro entero en su conocidísima Life of Columbus, a la cual puso término en Madrid en 1827, siendo gallardamente traducida al castellano, en 1834, por don José García de Villalta, tan conocedor de la lengua inglesa como de la propia. Irving distaba mucho de valer, como historiador, lo que valía Prescott: no juntaba, como éste, la erudición del arte. Era más bien un narrador poético, un historiador anovelado, en quien se reconoce siempre al autor de los Cuentos de la Alhambra. Su Crónica de la conquista de Granada, por ejemplo, es una especie de libro de caballerías, histórico en su fundamento y en sus rasgos principales, pero lleno de pormenores fantásticos y de pura invención: obra, en suma, que parece un retoño póstumo de las Guerras civiles de Ginés Pérez de Hita o de la Crónica de Abulcacón Tarif Abentarique, parto de la fértil inventiva del morisco Miguel de Luna. Pero la Vida de Colón es cosa muy distinta; y sin dejar de ser uno de los libros más agradables y de más fácil e interesante lectura que pueden encontrarse, es al mismo tiempo un trabajo histórico serio, en que el autor, conteniendo en razonables límites la lozanía de su pluma, ha tenido el buen gusto de no añadir accesorios fabulosos a una realidad que por sí misma es más poética que cualquiera fábula. La novela estaba dada en los hechos mismos; Washington Irving no tenía más que contarla, lo cual hizo de un modo superior a todo elogio, sacando el jugo a los documentos publicados por Navarrete y considerándolos con las historias impresas

> y manuscritas, que disfrutó casi en su totalidad, puesto que Navarrete le ayudó generosamente con sus consejos y con sus libros y tuvo, además, libre acceso a la Colección Muñoz y a otras particulares. Merece, pues, respeto la erudición de Irving, por más que no hiciera de ella ostentación y aparato. Que hubiera sido impertinente en un libro popular, en una obra de arte; y así por esto, como por el buen juicio que generalmente muestra en las cuestiones dudosas, y por la singular belleza de su estilo descriptivo y narrativo y por lo mucho que amó a España y contribuyó a hacer amables las cosas españolas, le debemos un dulce recuerdo y la justicia de reconocer que, tomada en conjunto la biografía de Colón, no ha sido superada todavía y es la que principalmente debe recomendarse a los hombres de mundo y a los aficionados; aunque, por nuestra parte, encontramos superior aún, en interés y en fuerza poética, su libro de los Compañeros de Colón, que viene a ser una segunda parte. Hoy desgraciadamente no suelen escribirse libros de este género. Es evidente, sin embargo, que la curiosidad científica no puede totalmente satisfacerse con tales libros, por más esfuerzos que el autor haga por mantenerse en equilibrio los derechos de la historia y los de la fantasía. Así es que tras el libro de Irving vino otro de muy distinto carácter, y en el cual sobre la misma base de los documentos de Navarrete, se entra en todas aquellas minuciosas discusiones de geografía física, y de astronomía náutica, que el elegante narrador americano había esquivado, ya por falta de competencia, ya en obsequio a la armonía artística de su obra. (104-5)[13]

13
El libro al que se refería Menéndez Pelayo no era otro que el Examen crítico de la Historia y de la Geografía del Nuevo Continente y de los progresos de la Astronomía Náutica en los siglos XV y XVI (1836) de A. von Humboldt, quien, después de usarla en abundancia, diría de la Vida de Colón: "no sólo brilla por la elegancia del estilo, sino también por el descubrimiento de muchos hechos nuevos importantes para la historia" (228, n.1).

Tal como se puede apreciar en la cita, la valoración del libro dependió en gran medida de la estima en que se tuviera esa misma escuela de historiografía romántica a la que se refería Menéndez Pelayo, pues, si algo caracterizaba la obra de Irving era, desde luego, su indudable querencia novelesca, manifiesta sobre todo en la construcción del relato y de los personajes según procedimientos típicos de la ficción narrativa. En realidad, se trataba de un rasgo característico de la historiografía romántica norteamericana, presente, como estudiara en su día David Levin en History as Romantic Art (1959), entre historiadores tales como Bancroft, Motley, Parkman y el propio Prescott, quienes se sirvieron de recursos típicamente literarios no sólo en el tratamiento de los protagonistas de sus obras, en textos de marcado sentido épico, sino también en el diseño del tejido narrativo de las mismas. Irving, que contribuyó notablemente a esta tendencia con la Vida de Colón y que incluso abrió camino con ella a alguno de los historiadores estudiados por Levin, estaba sin duda mejor dotado como escritor que el resto y, por tanto, logró dar a su obra cualidades verdaderamente literarias. En ese sentido, no hace falta recordar la importancia que tiene la historia como materia literaria en el romanticismo y la escasa distancia que separa ambos dominios en la época, hasta el punto de que, como ha recordado George Dekker (1990), no era infrecuente que un mismo autor simultaneara historiografía y creación literatura, como fue el caso del propio Walter Scott, que ejerció, como es sabido, una fuerte influencia sobre Irving. Esta preferencia de Irving por un modelo historiográfico tan próximo a la novela histórica habría de ponerse de manifiesto abiertamente en la Crónica de la Conquista de Granada, que fue escrita, como es sabido, de forma paralela a la biografía de Colón, y en la que Irving fue aún más allá de la incorporación de elementos novelescos, llegando, como es sabido, a atribuir la supuesta crónica a un Fray Antonio de Agápida enteramente ficcional. Sin embargo, y dada la utilidad que esta misma historiografía romántica presentaba para la construcción de una identidad nacional propia, los historiadores norteamericanos fueron especialmente benevolentes con la obra de Irving

(en quien no dejaban de ver al primer hombre de letras de la nueva nación), como fue el caso de William Prescott, gran patriarca del hispanismo norteamericano e integrante, como hemos visto, de la misma escuela historiográfica, quien no escatimó elogios a la biografía, augurando al autor, en su History of the Reign of Ferdinand and Isabella, un lugar permanente dentro de la historiografía colombina (Adorno 2002).

En España siempre se apreció el que Irving contribuyese con su biografía a la glorificación de un acontecimiento histórico que era considerado como un momento estelar de la propia historia nacional, por mucho que el Colón que los españoles vieron reflejado en la obra no coincidiera con el que les había sido presentado tradicionalmente por la historiografía española. En general, hay que decir que en España, donde no existían los mismos intereses políticos que en Estados Unidos alrededor de la figura de Colón (o simplemente eran de otro signo), se conocía mejor el trabajo de Fernández de Navarrete y la relación de éste con Irving, y, por ello, se percibía también con mayor claridad el componente novelesco que tenía la biografía del norteamericano. El propio Fernández de Navarrete, a pesar de los muchos elogios que vertió sobre la obra de Irving, no dejaría de considerarlo como autor de ficción, mientras que, según recuerda Adorno (2002), Enrique Gil y Carrasco (que siempre reconoció las virtudes de Irving como "colorista") denunció en el periódico El Pensamiento el mal uso que, a su juicio, había hecho el norteamericano del libro y de los documentos de Fernández de Navarrete.

En realidad, Gil y Carrasco no hacía sino reproducir los juicios de Severn Teackle Wallis, quien habría de convertirse en el crítico más hostil de las obras de Irving sobre España. Abogado de Baltimore, Wallis había sido alumno de Cubí y Soler en el St. Mary's College, y su ferviente hispanofilia se vería recompensada con su elección en 1843 como miembro de la Real Academia de la Historia. Wallis visitó España por primera vez en 1847 y, más tarde, en 1849, fue enviado en misión diplomática por el Gobierno, publicando posteriormente un libro, Glimpses from Spain (1849), que constituye, como se ha dicho, una excepción con respecto al modelo que Irving había establecido dentro de la práctica del relato de viajes por España. Desde las páginas del Southern Literary Magazine, Wallis lanzó una dura campaña contra la biografía (que, mientras tanto, había alcanzado ya las aulas de Secundaria en su versión abreviada) por no haber reconocido en toda su extensión la deuda que tenía con Fernández de Navarrete y por el mal ejemplo que daba con ello a la naciente investigación historiográfica en su país (Adorno, Washington Irving's Romantic Hispanism 74-82). Pero el cuestionamiento de Wallis no afectaba en exclusiva a la metodología empleada por Irving, sino que se extendía también a la imagen de España que éste había dejado plasmada no sólo en la biografía de Colón, sino también en Tales of the Alhambra, como un país anclado en el pasado, ignorante y fanático, imagen que, en opinión del hispanista, no coincidía con lo que describía como "a living, existing nation, modern, civilized, and Christian" (cit Adorno, Washington Irving's Romantic Hispanism 77). A esta crítica añadía Wallis el que, además de mantener los estereotipos habituales, Irving distorsionara la realidad atribuyendo en exclusiva a los españoles una crueldad y una codicia de las que los anglosajones (que se presentaban a sí mismos como laboriosos y bienintencionados colonos) tampoco habían estado libres.

Pero, al margen de las polémicas inmediatas por parte de quienes, de un modo u otro, se encontraban directamente implicados en la cuestión, lo cierto es que el aprecio por la obra de Irving se mantendrá durante décadas, tal como se pone de manifiesto, por ejemplo, en el juicio que hizo de ella Edward Bourne, el autor de Spain in America (1904), quien, escribiendo

desde una época en la que el positivismo había dejado atrás la historiografía romántica, protestaría, sin embargo, por el descrédito que el estilo elegante y colorista y el tratamiento épico de la historia habían granjeado a Irving, cuando, en opinión del historiador, su biografía era, con la excepción del Christophe Columb de Henry Harrisse (1884), una de las más fieles a los documentos conservados.

14 Véase a ese respecto la tesis de Jo Labany (2004).

La contribución de Irving al hispanismo académico fue, pues, decisiva, aun a pesar de estar limitada a un par de obras, y ello no sólo por el rigor historiográfico que subyacía debajo de la apariencia literaria de las mismas, sino, sobre todo, por el hecho de que, al centrarse en la figura de Colón y presentarlo bajo una apariencia que lo hacía asumible como parte integrante del proyecto político de los Estados Unidos (y prueba de ello fue la difusión de la versión abreviada), demostró que los estudios hispánicos podían ser de utilidad para la sociedad norteamericana, contribuyendo así poderosamente a la posterior institucionalización de los mismos.

Pero, la influencia de Irving en el desarrollo del hispanismo académico no sólo se dejó sentir directamente por la vía de la publicación de sus trabajos colombinos, sino, sobre todo, por el modo en que otros textos suyos cambiaron la visión que de España tenía la sociedad norteamericana, la misma, en definitiva, que sostenía las universidades donde empezaba a estudiarse la lengua y la cultura españolas, y las nutría, además, de jóvenes vocaciones. Se trata de una influencia de fondo que entraría dentro de esa otra vía del hispanismo, más literaria que científica, a la que se refería Kagan y en la que Irving tuvo un papel aún más relevante que en la otra, gracias fundamentalmente a sus Cuentos de la Alhambra, una obra cuya repercusión fue, de hecho, mucho mayor que la que llegó a tener la biografía de Colón.

En los Cuentos, Irving dio forma a la imagen de una España que acabaría prevaleciendo en esta segunda línea de hispanismo literario, la imagen romántica de un país anclado en el pasado que sólo se vería cuestionada, como vimos, por Severn Teackle Wallis (Kagan "Introduction" 2002; Gifra-Adroher 2000) y cuya consolidación se debió sin duda a lo que Kagan ha definido como su "oriental interpretation of the Spanish character" (Prescott's Paradigm 250). A ese respecto hay que recordar que, en sus distintas versiones, los Cuentos de la Alhambra nunca llega a ser un libro sobre España; ni tan siquiera como lo son tantos otros escritos a lo largo del XIX y en los que la búsqueda del "color local" distorsiona inevitablemente la visión del país; y no lo es por haber elegido el autor un lugar de por sí tan singular que de ningún modo podía resultar representativo de la historia y la geografía española. La razón de la elección de la Alhambra y de Granada como epítomes de España no es otra que la capacidad de evocación del pasado histórico, que es lo que en realidad interesa al autor (de ahí las poco verosímiles continuidades genealógicas que traza entre los granadinos nazaríes del siglo XV y los del XIX), por lo que, finalmente, en lugar de explicar Granada a partir de España, Irving intentó más bien explicar España a partir de Granada, algo que tuvo sin duda una recepción favorable entre norteamericanos y europeos y que, en cierto modo, llegó incluso a ser aceptado entre los propios españoles, ocupados también por entonces en un proceso de redefinición de su identidad nacional en el que las singularidades folklóricas acabarían jugando un importante papel[14]. Pero esta distorsión era, de alguna manera, perfectamente explicable, ya que la obra responde al modelo romántico del libro de viajes, que concibe el género como testimonio de una experiencia subjetiva y trascendentalizada, (de ahí la fórmula de la "peregrinación" que con tanta frecuencia adopta) frente a la simple presentación de la realidad que había sido habitual

en los relatos de viajes hasta el siglo XVIII. Desde esa perspectiva, se podría decir incluso que, para Irving, más que un espacio geográfico que funciona como puerta de acceso a un pasado histórico o como emblema de una identidad nacional, Granada es sobre todo, un estado de conciencia, el mismo que otros muchos "peregrinos" norteamericanos (no necesariamente hispanistas y ni tan siquiera hispanófilos) han buscado posteriormente en sus viajes a la ciudad. En ese sentido, el modo de proceder de Irving y de quienes le siguieron se ajusta al procedimiento del que, según afirma Edward Said (1978), surgiría la imagen occidental del Oriente, imagen apoyada en un "esencialismo sincrónico" que obviaría tanto la historia como el presente del país y que, como ha señalado Gifra-Adroher, haría que a partir de entonces España pasara de ser un país simplemente remoto a ser un país prácticamente de otro mundo (2000: 226).

Con los Cuentos, Irving estableció además el modelo del que habría de convertirse en el género más habitual dentro de esta vertiente literaria del hispanismo, el relato de viajes, modelo que siguieron Caroline y Caleb Cushing en Letters (1832) y Reminiscences of Spain (1833) respectivamente, y Longfellow en Outre-Mer; A Pilgrimage Beyond the Sea (1835), y que, después de la guerra de Secesión, adoptarían otros autores como John Hay en Castilian Days (1871), Kate Field en Ten Days in Spain (1875), H. C. Chatfield-Taylor en Land of the Castinet (1896) y James Russell Lowell en Impressions of Spain (1898).

En realidad, Irving no fue el primer norteamericano en escribir un relato de viajes por España. Como han estudiado Kagan (2002) y Gifra-Adroher (2000), los primeros viajes a España de John Adams, James Monroe y John Jay (Gifra-Adroher 44-66), se habían producido ya durante en el período revolucionario, pero apenas tuvieron un impacto apreciable en la sociedad norteamericana, pues sus autores se limitaron a recoger y transmitir información sobre el país. Más adelante, entrado ya el siglo XIX, los relatos viajes de Mordecai Noah, Travels in England France, Spain, and the Barbary States in the Years 1813-14 and 15 (1819) o Alexander Slidell Mackenzie, A Year in Spain (1829), concebidos todavía con un sentido didáctico típicamente dieciochesco, analizaban la realidad española desde una perspectiva claramente ideológica que, de acuerdo con el "Paradigma Prescott", contraponía las virtudes de la sociedad norteamericana, protestante y republicana, a los males de una España decadente, católica y absolutista (Gifra-Adroher 67-121).

Aunque no abandonan del todo el antiguo modelo ilustrado y su característico acopio de datos sobre el país visitado, los libros de viaje por España de autores norteamericanos muestran a partir del primer tercio del siglo XIX una serie de cambios que se deben a la influencia de Irving, y no sólo de los Tales of the Alhambra, sino también del Sketchbook, al que puede considerarse, de hecho, como uno de los primeros libros de viajes del romanticismo. Así, aunque la visión exótica de España tendía a la "feminización" de su imagen según el modelo orientalista estudiado por Said, lo cierto es que, según Gifra-Adroher (187-223), en tales relatos se puede observar asimismo una cierta orientación hacia un público específicamente femenino, como en el libro de Caroline Cushing, que refutaba la presunción de que el viaje a España era, por las características específicas del país, una experiencia reservada sólo a los hombres. Además, como señala de nuevo Gifra-Adroher, los viajeros que siguieron el modelo de Irving introdujeron asimismo una perspectiva irónica que faltaba en los relatos de Noah o MacKenzie, e igualmente un componente imaginativo y novelesco que estaba destinado a reforzar la mencionada superación de la historia contemporánea frente a la obsesiva presencia de esa misma historia en sus predecesores.

Irving tuvo contacto personal con la mayor parte de los autores mencionados. A MacKenzie y Longfellow, como recuerda Gifra-Adroher, los trató en 1827 durante su estancia en

Madrid. De todos ellos, fue con Mackenzie con quien Irving tuvo una relación más estrecha, llegando a corregirle la edición británica de A Year in Spain (1831) e intentando que su editor le publicara su segundo libro, Spain Revisited (1836). En París, en 1829, Irving conoció, de camino a Londres, a Caleb Cushing, quien, después de haber leído, como Longfellow, el Sketchbook tenía intención de escribir algo similar, y a quien el propio Irving dio algún consejo al respecto, aunque los Tales of the Alhambra, el sketchbook por excelencia sobre España, apareció sólo unas semanas antes de su propio libro. Tales of the Alhambra no llegó a ser leída por Cushing, como tampoco por Longfellow, quienes, sin embargo, sí leyeron, y muy atentamente, según se ha dicho, el Sketchbook y, por supuesto, Life and Voyages of Christopher Columbus. Esta última obra, al igual que la Crónica de la conquista de Granada está muy presente, como no podía ser menos, en el libro de Mackenzie, quien, de hecho, alaba a Irving como uno de los mayores escritores vivos en lengua inglesa, y también lo está en el relato de Caleb Cushing, mientras que la esposa de éste, Caroline, cita tanto Tales of the Alhambra como Life and Voyages al referirse en su libro al Archivo de Indias de Sevilla.

Esta influencia de Irving hará que los autores de relatos de viaje incluyan desde muy pronto, casi como una convención más del género, el reconocimiento expreso a su figura. Así lo hace, por ejemplo, el anónimo autor de Scenes in Spain (1837), quien, al llegar a Granada, decide sencillamente ahorrarse la descripción de la ciudad aduciendo que cualquiera desmerecería de la del autor de Alhambra; y así se pone de manifiesto igualmente, todavía en 1896, en uno de los más interesante libros de viaje de esta corriente, The Land of the Castanet, de H. C. Chatfield-Taylor, quien señalará:

> To speak of Granada is to speak of the Alhambra, but one falters at describing the vastness and the delicacy of that last effort of the Spanish Moor; one falters at treading in Irving's footsteps even in the humblest way, for he made the palace and all its memories so thoroughly his own. The hotel beneath the walls bears his name; his Tales are sold by importunate vendors; the guide shows the room in which he slept with an air of mysterious reverence, and wherever one turns one feels the presence of the American writer who, more than any man, has preserved the memory of the Moor. (161)

Pero la influencia de la visión de España que Irving plasmó en sus escritos no se redujo al ámbito de la literatura, sino que se extendió a otros lenguajes artísticos, y singularmente (como no podía ser menos en el contexto del romanticismo) a la pintura. En su libro Vistas de España (2007), Elizabeth Boone ha estudiado la obra de tema español de los pintores estadounidenses de mediados del XIX y, en especial, la de Samuel Colman (1832-1920), quien en 1860 (y siguiendo la ruta sugerida por Richard Ford en el Handbook for Travellers in Spain) hizo un viaje por el sur de España que incluyó Gibraltar, Sevilla y Granada, viaje en el que habría de recoger suficiente material para pintar numerosos cuadros de tema español durante los siete años siguientes. Considerado como el Washington Irving de la pintura norteamericana, Colman no hace en realidad sino trasladar a este dominio la visión del autor de Tales of the Alhambra, basada, como se ha visto, en la recreación de un pasado brillante a partir de un presente miserable. Colman pintó, como no podía ser menos, la Alhambra y otros paisajes granadinos, e incluso un cuadro, hoy perdido, con una escena de la victoria de los Reyes Católicos. Para Boone, la influencia de Irving se pone de manifiesto asimismo en The Hill of the Alhambra, de 1865, que retrataría una procesión similar a la relatada por Irving en su libro y que correspondería a la celebración de la toma de Granada. Pero el caso más representativo

sería sin duda el del cuadro Near Antequera, Spain, descrito así por el propio Colman en una carta dirigida a quien lo había encargado:

> I intended to send you a description of your first Picture when I sent it to you, but you may find it on page 30 of Irving's Alhambra, "The Journey". The city of Antequera in the foreground, in the middle distance the Vega, and the high mountain in the distance the famous Rock of the Lovers or El pennon de los enamorados. The subject is therefore in a measure historical[15]. (cit Boone 31)

Tal como se pone de manifiesto en el caso de Colman, los norteamericanos aprendieron desde muy pronto a ver España con los ojos de Irving y, como él, seleccionaron aquellos elementos de la realidad española que mejor se avenían con su propio temperamento, con sus intereses como norteamericanos y también, como no podía ser menos, con las modas del día.

Se trata sin duda de una visión distorsionada de España que ese mismo hispanismo a cuyo frente se sitúa convencionalmente a Irving como precursor ha intentado desmontar, pero de la que también se ha nutrido, dentro y fuera de las universidades, durante casi dos siglos, si bien en la actualidad los vientos que soplan dentro del hispanismo norteamericano parecen aún menos favorables para reconocer al biógrafo de Colón como precursor de la disciplina. Efectivamente, el concepto de hispanismo ha venido sufriendo en las últimas décadas el asedio de corrientes críticas de orientación muy diversa, desde el poscolonialismo a la teoría del canon o los estudios de género, todas ellas coincidentes en su incompatibilidad con el modelo de hispanismo establecido en su día, no ya por propio Irving, sino incluso por Prescott y Ticknor[16]. Pero, además, la situación de Irving se ha visto agravada por la importancia que en su obra sobre España tienen dos elementos particularmente conflictivos en la actualidad, como son el Al-Andalus musulmán y el descubrimiento de América. Así, el orientalismo exotista sobre el que se asientan Tales of the Alhambra y otros textos (el mismo que fue combatido por Said en su libro) está en el punto de mira de la crítica poscolonial, que, en otro frente, tampoco ha dejado a salvo la visión épica del descubrimiento de América ofrecida por Irving en su biografía de Colón. Incluso la misma interpretación de España dada por Irving, orientalista o no, pero basada en la creencia de una unidad cultural española, se ve ampliamente cuestionada en un momento en el que el Estado Autonómico ha sentenciado la hegemonía cultural del castellano en el ámbito peninsular, lo cual ha dado lugar en algunos ámbitos académicos a propuestas alternativas al concepto de hispanismo (alguna de ellas formuladas no casualmente desde los Estados Unidos), como la denominación "Estudios Ibéricos"[17].

El hispanismo de Irving sufre hoy día el asedio de los mismos que profesan la disciplina a cuya creación tan decisivamente contribuyó, y que no parecen muy proclives a reconocer en el autor su condición de precursor, aun a pesar de que los mismos departamentos desde los que se hostiga el concepto de hispanismo fueron creados como consecuencia de la influencia cultural ejercida por los textos del propio Irving. Perdida, pues, la perspectiva de nuestros contemporáneos, queda sólo el testimonio de los del propio Irving, que casi mayoritariamente supieron reconocer el valor de su ejemplo, como lo hizo, por ejemplo, Martha Perry Lowe (1829-1902), en unos versos de su libro The Olive and the Pine (1859):

15 El cuadro había sido encargado por Samuel A. Coale Jr. con la siguiente indicación: "A mass of architecture on one side of the picture against a sunset sky with mountain beyond, purple with a low sun in the foreground".

16 Véanse Read (1992 y 2003), Del Pino y La Rubia (1999), Foster, Altamiranda y Urioste (2000), San Román (2000) Epps y Fernández Cifuentes (2005), Moraña (2005) Sampedro Vizcaya y Doubleday (2008).

17 Véase Gullón (1998) y Resina (2009).

WASHINGTON IRVING

If there be any who have listened to
My songs, it was because thou wentst before;
Because thy master-hand a picture drew
Touched with the very look España wore.
And it was painted with a brush so rare,
So smooth, so lightsome, in its workmanship,
That men stood all entranced in pleasure there,
And wondered why the hours so fast did skip.
The colors were in richening soberness
Laid on, with flitting hues of light and shade,
That glow for ever, like the Virgin's dress,
And never from our native sky shall fade.
America stood still amid her chase
Through glaring daylight and reality,
And dreamed with thee among that twilight race,
Until it softened down her fevered eye.
Perchance, if thou shouldst scan these songs of mine,
They'd wake within thee pensive memories,
Or mind thee how that legend-page of thine
Is gilded with thy country's fondest praise.
And if I have no power to charm her, then
Mayhap she will turn back, when I do sing,
From counting o'er her gold, to look again
Upon the costlier treasures thou didst bring.

OBRAS CITADAS

Adorno, Rolena. "Los orígenes del hispanismo norteamericano en el 'encuentro colombino' de Washington Irving y Martín Fernández de Navarrete". De Guancane a Macondo. Estudios de Literatura Hispanoamericana. Sevilla: Renacimiento, 2008. 411-420.

---. "Un caso de hispanismo norteamericano temprano: El 'encuentro colombino" de Washington Irving y Martín Fernández de Navarrete. El hispanismo anglonorteamericano. Aportaciones, problemas y perspectivas sobre la historia, arte y literatura españolas, (siglos XVI-XVIII). Actas de la Conferencia Internacional "Hacia un Nuevo Humanismo" C.I.H.N.U., Córdoba, 9–14 de Septiembre de 1997. Ed. José Manuel de Bernardo Ares. Vol. 1. Córdoba: CajaSur, 2001. 87–106.

---. "Washington Irving's Romantic Hispanism and its Columbian legacies." Kagan, Spain in America 49-105.

Blecua, Alberto. "Hispanismo". Egido 73-78.

Egido, Aurora, ed. Mapa del Hispanismo. Número monográfico Boletín de la Fundación Federico García Lorca 33-34 (2003).

Boone, Mary Elizabeth. "Samuel Colman, Washington Irving and the Landscapes of Southern Spain." Vistas de España: American Views of Art and Life in Spain, 1860-1914. New Haven: Yale University Press, 2007. 13-35.

Chatfield-Taylor, H. C. The Land of the Castanet. Chicago: H. S. Stone, 1896.

Dekker, George. The American Historical Romance. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.

Dingley, R. J. "An Early Use of Hispanist." Notes and Queries 34:3 (1987): 352

Epps, Brad, y Luis Fernández Cifuentes, eds. Spain Beyond Spain: Modernity, Literary History, and National Identity. Lewisburg: Bucknell University Press, 2005.

Faber, Sebastiaan. Anglo-American hispanists and the Spanish Civil War: Hispanophilia, Commitment and Discipline. New York: Palgrave MacMillan, 2008.

Fernández, James D., "Longfellow's law": the place of Latin America and Spain in U.S. hispanism, circa 1915. Kagan, Spain in America 122-141.

Foster, David William, Daniel Altamiranda y Carmen de Urioste, eds. Current Debates of Hispanism. New York: Garland, 2000.

Frago Gracia, Juan Antonio. "Hispanismo, hispanista." Egido 41-49.

Gifra-Adroher, Pere. Between History and Romance: Travel Writing on Spain in the Early Nineteenth-century United States. Madison: Fairleigh Dickinson University Press, 2000.

Gullón, Germán. "El hispanismo ante la España autonómica." Foro Hispánico 14 (1998): 17–23.

Hart, Thomas R. Jr. "George Ticknor's History of Spanish Literature." Kagan, Spain in America 106-121.

Humboldt, Alexander von. Cristóbal Colón y el descubrimiento de América : historia de la geografía del nuevo continente y los progresos de la astronomía náutica en los siglos XV y XVI. Madrid: Sucesores de Hernando, 1914.

Kagan, Richard, ed. Spain in America: the origins of Hispanism in the United States. Urbana: Illinois University Press, 2002.

Kagan, Richard L. "From Noah to Moses: the Genesis of Historical Scholarship on Spain in the United States." Kagan, Spain in America 21-48.

---. "Introduction." Kagan, Spain in America 1-20.

---. "Prescott's Paradigm: American Historical Scholarship and the Decline of Spain." Kagan, Spain in America 247-276.

Labany Jo. "Love, Politics and the Making of the Modern European Subject: Spanish Romanticism and the Arab World." Hispanic Research Journal 5.3 (2004): 229-243.

Levin, David. History as Romantic Art. Bancroft, Prescott, Motley y Parkman. Stanford: Stanford University Press, 1959.

Lowe, Martha Perry. The Olive and the Pine. Boston: Crosby, Nichols, and Co, 1859.

Menéndez y Pelayo, Marcelino. "De los historiadores de Colón." Estudios y discursos de crítica histórica y literaria 7, Obras completas de Menéndez Pelayo. Vol. 12. Dir. Miguel Artigas. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1942.

Moraña, Mabel, ed. Ideologíes of Hispanism. Nashville: Vanderbilt University Press. 2005.

Pino, José Manuel del y Francisco La Rubia Prado, eds. El hispanismo en los Estados Unidos. Discursos críticos/prácticas textuales. Madrid: Visor Libros, 1999.

Read Malcolm K. Educating the educators: Hispanism and its institutions. Cranbury: University of Delaware Press, 2003.

---. Language, Text, Subject: A Critique of Hispanism. West Lafayette: Purdue University Press, 1992.

Resina, Joan Ramon. Del hispanismo a los estudios ibéricos: una propuesta federativa para el ámbito cultural. Madrid: Biblioteca Nueva, 2009.

Romero Tobar. "Las historias literarias de los hispanistas escritores". Egido 197-208.

Sampedro Vizcaya, Benita y Simon Doubleday, eds. Border Interrogations: Questioning Spanish Frontiers. New York: Berghahn, 2008.

San Román, Gustavo, ed. Assertive Hispanisms: Tensions and Affirmations in Cultural Identity. Número monográfico de Forum for Modern Language Studies 36.2 (2000).

Stimson, Frederick S. "The Beginning of American Hispanism, 1770-1830." Hispania 37:4 (1954): 482-89.

---. "The Influence of Travel Books on Early American Hispanism." Americas 11(1954): 155-159.

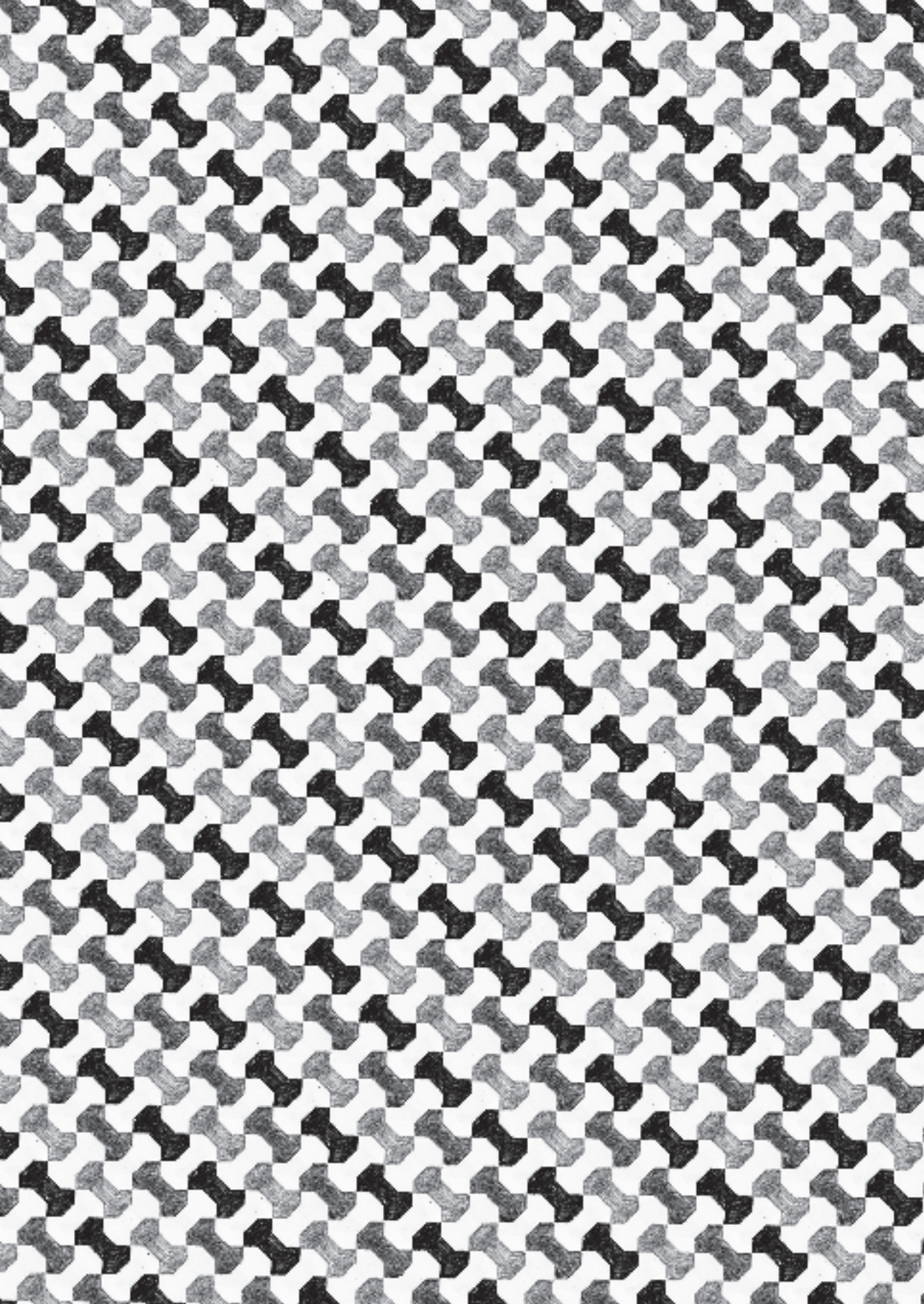
---. Orígenes del hispanismo norteamericano. México: Librería Studium, 1961.

Vargas Llosa, Mario. "El hispanista". Egido 357-351.

Wardropper, Bruce W. "An Early English Hispanist." Bulletin of Spanish Studies 24:96 (1947): 259-268.

Williams, Stanley Thomas. The Spanish Background of American Literature. New Haven: Yale University Press, 1955. Traducción española, La huella española en la literatura norteamericana. Madrid: Gredos, 1957.

Yndurain Hernández, Francisco. "Washington Irving, primer hispanista norteamericano." Washington Irving, (1859-1959). Granada: Universidad de Granada, 1960. Edición facsímil. Presentación de Antonio Gallego Morell y prólogo de José Luis Martínez Dueñas Espejo y Andrés Soria Olmedo. Granada: EUG, 2008. 7-51.



VII

WASHINGTON IRVING, ESCRITOR Y DIPLOMÁTICO

José Cuenca Anaya

VII

Cuando niño, hace de esto muchos años, descubrí el hotel Washington Irving, una tarde que subía hacia La Alhambra con mis compañeros del primer curso de bachillerato. "Mirad", nos dijo el profesor que nos acompañaba, "este hotel fue construido sobre las ruinas de la pequeña casa en que vivió un gran novelista americano, de ese mismo nombre. Y en ella, escribió los Cuentos de La Alhambra".

Tal información escondía una doble falsedad: ni Washington Irving vivió en casita alguna, sino dentro del recinto de La Alhambra, ni escribió sus famosos cuentos en Granada. En el bello palacio nazarí, donde se alojó a comienzos del verano de 1829, escuchó viejas historias, tomó notas y apuntes y compuso el cañamazo de alguno de sus textos; pero no escribió los cuentos, al menos en su redacción definitiva. Y es que la vida de este diplomático, romántico y viajero, sigue rodeada de historias y leyendas –esas que a él tanto le gustaban– que tenían como objetivo algo de lo que siempre fue devoto convencido: transformar y embellecer la realidad.

Por entonces, mis tías me regalaron, en la fiesta de San José, una bonita edición de los Cuentos de la Alhambra, ilustrada con sencillos grabaditos en color. Me los leí con avidez, porque siempre he sido, y sigo siendo, un devorador de letra impresa. Luego, sus dibujos y relatos se me fueron borrando con el tiempo, hasta sólo conservar en la memoria uno de ellos: "El legado del moro". Muchos años más tarde, diplomático ya y destinado como Consejero de nuestra Embajada en Londres, tuve la fortuna de adquirir en pública subasta el número 90 de la magnífica tirada, de sólo cien ejemplares, en que consiste la serie restringida de la llamada "Darro edition" de esta obra, la más completa edición de las muchas que han visto la luz en todos los idiomas. Se presentaba en dos lujosos tomos, adornados con fotografías de la época, color sepia, que aportan un enorme valor documental. Se trata de un hermoso libro, publicado en 1891 por los herederos de quien, desde algunos años antes, era ya su editor en exclusiva: Putnam's Sons. De manera que ahora podía dar plena satisfacción a mi deseo: leer los Cuentos en versión íntegra, corregida y ampliada, y en su lengua original.

Hoy, embajador amante de la pluma, puedo hablar desde La Rábida de escritura y diplomacia, de la mano de aquel neoyorkino universal que se alojó en estas estancias, buscando entre los documentos del archivo, y en las gentes de los puertos de la costa onubense, testimonios y datos para dar remate, o confirmar, sus más serios trabajos sobre el Descubrimiento. Por entonces, él servía en la legación de Los Estados Unidos en la capital de España, y había editado ya algunos de los libros que le dieron mayor renombre y fama.

Washington Irving fue, en efecto, escritor y diplomático. Y pongo por delante su condición de escritor, porque, como profesional de este viejo oficio mío, la diplomacia, sólo ocupó tres puestos a lo largo de toda su carrera. Aunque, eso sí, dos de ellos en Madrid, donde llegaría a ser máximo representante de los Estados Unidos. En el 150 aniversario de su muerte, resulta interesante hablar del personaje y de su creación literaria desde la óptica de un Embajador de la Cultura, que es lo que soy y siempre he sido. Y, de su mano, les expondré mis opiniones acerca del binomio "escritura y diplomacia", con una reflexión sobre estas dos cuestiones: por qué escribimos los diplomáticos, y cuáles son los temas y géneros literarios que más nos han interesado. Porque son los mismos que tentaron a nuestro gran aventurero americano, como luego se verá.

¿Por qué escribe el diplomático? Ante todo, vaya por delante que quienes seguimos esta profesión debemos redactar cartas, despachos, telegramas y notas muy variadas a lo

largo de toda la carrera. Y lo hacemos en el estricto cumplimiento de una de nuestras más características funciones, tal y como vienen fijadas en la Convención de Viena sobre Relaciones Diplomáticas: el deber de informar. Tenemos, en consecuencia, costumbre de escribir. Pero hay otras razones que nos empujan a la literatura.

El diplomático es un viajero, un ser cosmopolita, alguien que se mueve en contacto con una realidad cambiante y colorista que le gusta descubrir y retratar. De ahí la tentación de relatar sus viajes y adentrarse en un mundo de exotismo y aventura. Por otra parte, necesita escribir cartas, ese cordón umbilical para mantenerse unido con los suyos, para profundizar en el análisis de la realidad internacional, que debe conocer y valorar, y para estudiar a fondo la historia del país en el que ha sido acreditado. Y algo más. Lejos de su tierra y de sus gentes, los diplomáticos pueden convertirse en hombres solitarios, y encerrarse en una cáscara que, en no pocas ocasiones, llega a ser muy dura. Es el síndrome de la soledad: un hondo sentimiento que, a veces, llega a transformarse en obsesión, y que él procura combatir con ayuda de la pluma. En las noches ardientes de las selvas tropicales, o en los helados destierros de las nieves, él precisa sentir la cercanía y el apego de sus gentes, que evoca en el recuerdo; y notar, sobre la piel del alma, la sencilla calidez de la ciudad o el pueblecito en donde enderezó los pasos. Porque, para los que viven apartados del entorno en que han nacido, su patria será siempre la tierra prometida; y escribir sobre ella es, sencillamente, un acto de amor, un estar acompañado.

Esta soledad del diplomático, en su expresión más dura y desgarrada, la representa como nadie un granadino: Ángel Ganivet. En sus puestos consulares, desde las brumas holandesas y los vientos de cuchillo de Helsinki y de Riga –donde encontró su trágico final–, él vivió la ensoñación y la nostalgia de su ciudad natal, tan lejana, hermosa y añorada. Y lo marca en sus escritos. En Granada la Bella da rienda suelta a esos anhelos, a veces marcados por la pena; y ahí nos deja una reflexión sobre La Alhambra, que, para él, no es ese "alcázar vaporoso donde se vive en fiesta permanente", sino la muestra decadente de una civilización agonizante. Éstas fueron sus palabras:

> El destino de lo grande es ser mal comprendido. Todavía hay quien, al visitar la Alhambra, cree sentir los halagos y arrullos de la sensualidad, y no siente la profunda tristeza que emana de un palacio desierto, abandonado de sus moradores, aprisionado en los hilos impalpables que teje el espíritu de la destrucción, esa araña invisible cuyas patas son sueños.

Se trata de una Alhambra diferente de la que cantó Washington Irving, y de la que visitaron los viajeros románticos del siglo XIX. Desde sus imaginaciones desbordadas, estos trotamundos europeos trataron de leer entre las piedras de la Fortaleza Roja las glorias del Islam, las leyendas de zegríes y abencerrajes, amén de los relatos de amores y princesas, marinos y guerreros, dignos de ser cantados por la hermosa Sherezade, experta en las difíciles, sosegadas y muy antiguas artes de contar cuentos. La Alhambra de Ángel Ganivet es otra muy distinta, y en ella quiso ver un icono derrotado, un reflejo de su propio drama personal, hecho de tragedia, amargura y soledad.

La segunda cuestión es ésta: ¿qué temas interesan y han interesado a mis compañeros de carrera? Son muchos y variados. El diplomático, cuando toma la pluma, cubre todas las variantes de lo que García Márquez ha llamado "el insaciable y abrasivo vicio de escribir". Y se adentra en géneros literarios tales como la poesía (como Pablo Neruda, Cónsul General en Barcelona, Embajador en París y Premio Nobel), la historia (donde hay escritores

formidables en Francia, Inglaterra y Alemania), el teatro (como Enrique Llovet, Premio Nacional de Teatro), los diarios y memorias o la narrativa, en sus más variadas formas. Me centraré solo en tres campos que, a los de mi profesión, les han parecido particularmente atractivos: cartas, viajes y análisis histórico. Son los que, junto a los relatos breves y el periodismo, cautivaron también a Washington Irving.

Si hay un diplomático maestro consumado en el género epistolar, ese es don Juan Valera: gran embajador y, al mismo tiempo, uno de nuestros más importantes novelistas del siglo XIX. Profundo conocedor del corazón de la mujer –ahí están Pepita Jiménez y Juanita la Larga para probarlo–, don Juan debutó en su larga carrera diplomática como agregado de Embajada en nuestra legación en Nápoles. Y allí, a sus 22 años, hizo lo que un fiel y discreto funcionario, leal y respetuoso, nunca se debe permitir: quitarle la novia al Embajador. Según cuenta Valera en una de sus cartas, tal moza había pasado de Nápoles a Roma –y cito literalmente las palabras de don Juan– con "un atrevidísimo y endiablado propósito": seducir al Santo Padre. Objetivo que, al parecer, no pudo lograr.

Don Juan, que servía a las órdenes del Duque de Rivas –otro cordobés, diplomático y escritor–, pasaría años después a ser nombrado secretario de nuestra Embajada en San Petersburgo. Y allí consiguió los favores de Magdalena Broham, una apasionada actriz francesa en la que el Duque de Osuna, nuestro embajador en la corte de los zares, había estado interesado. Quizá por ello, Osuna dispuso el fulminante traslado de Valera, que Madrid le concedió. Y en la ciudad del Neva quedó inconsolable y malherida –aunque no por mucho tiempo–, la bella Magdalena.

En su camino de regreso, ya en Berlín, don Juan escribió a un amigo lo siguiente: "Heme aquí, querido Mariano, libre ya de mis deberes diplomáticos y lejos de mi ofendido jefe. ¡Alabado sea Dios, que así lo ha dispuesto!".

Al margen de sus aventuras de "boudoir", que nuestro fogoso secretario describe con detalles increíbles (a pesar de tratarse de cartas al Secretario de Estado, que habían sido censuradas para su publicación), estamos ante un acabado monumento del difícil arte epistolar. Aunque Valera estuvo en ese puesto sólo siete meses, fueron suficientes para dejarnos una correspondencia de valor excepcional, que contiene un inteligente, profundo y atinado análisis sobre la Rusia de mediados del siglo XIX. Cuando fui nombrado embajador en Moscú, a finales de 1986, examiné esas cartas con deleite y obtuve notable provecho en su lectura, de gran utilidad para conocer las entretelas del puesto que me había sido asignado.

Washington Irving también es un virtuoso del género epistolar. Tres años después de morir en su mansión de Sunnyside, su sobrino y heredero, Peter Irving, escribe una primera biografía de su tío basándose en los cientos de misivas que dejó. La titularía Life and Letters of Washington Irving, un libro de gran éxito que le publicó Putnam, que ya era por entonces su editor. Después, sus dos más serios y profundos biógrafos y comentaristas, Stanley Willims y Claude Bowers, utilizarían esa correspondencia para reconstruir la vida y los trabajos del que ya era reconocido como el primer escritor americano de alcance universal.

A mí me interesan, sobre todo, las cartas que escribió desde Granada, con tres destinatarios: Mademoiselle Antoinette Boviller, a quien da noticia muy completa de sus primeras impresiones, como más adelante apuntaré; su hermano Peter, con el que comenta diversos temas de interés, algunos relativos a sus obras; y el príncipe Dolgoruky, que le había hecho compañía en su segundo viaje, el que hizo de Sevilla hasta Granada. Un viaje cargado de

hondas resonancias cervantinas, ya que, en su momento, Irving había pensado escribir una biografía del autor del Quijote.

A estas cartas debemos añadir la que escribe a otro compañero de aventuras, el pintor David Wilkie, que se incluyó como dedicatoria en la primera edición de los Cuentos de La Alhambra. De ella, a pesar de ser una de las más breves, se desprenden tres notas de interés para el tema que tratamos. En primer lugar, prueba que habían visitado juntos varias ciudades, entre las que destacan Toledo y Sevilla, donde admiraron culturas tan dispares como la gótica y la morisca, que dejarían en nuestro romántico andariego una huella muy profunda. En segundo lugar, confirma que fue David Wilkie quien le animó a que escribiera un libro en el ambiente de la corte de Harum al-Rashid y la rica tradición de los cuentos orientales. Y finalmente, atestigua que esa obra se encuadraría en la España que describe como "land of adventure": una tierra de aventura, que le había cautivado por su gente y su paisaje. Así es como Washington Irving iría descubriendo nuestra España: un país de leyenda, atractivo y singular, donde, según propia confesión, pasó los años más felices de su vida.

El segundo género literario al que me quiero referir es el de los libros de viajes: un amplio campo que ha tentado siempre a los diplomáticos, desde los más remotos tiempos de la literatura. Porque ellos deben ser, por oficio y vocación, grandes viajeros. Aquí nos encontramos con dos ejemplos muy tempranos: Il Milione, popularizado como Libro de las Maravillas del Mundo, debido a Marco Polo, y la obra de Ruy González de Clavijo, en la que da noticia de su misión a Samarkanda.

El libro de Marco Polo, que Colón había estudiado, lo leyó Washington Irving en los primeros años del siglo XIX, según nos cuenta en su correspondencia y en su Diario. De él tomó una enseñanza: cómo una misión diplomática y comercial puede convertirse en un pretexto a la hora de plasmar sobre el papel la descripción de tierras muy lejanas. En este caso, las del hermético y misterioso Imperio de la China. Es verdad que la primera encomienda de los Polo, a finales del siglo XIII, tuvo un carácter predominantemente comercial: la apertura a Occidente, donde ya brillaba la opulencia de Venecia y las ricas ciudades italianas a la ruta de la seda. Pero en el segundo viaje a los confines del Catay, Marco era portador de una carta del Sumo Pontífice dirigida a Kubla Khan, heredero del imperio que había fundado Gengis Khan, lo que añade a este periplo el componente diplomático que acabo de citar.

El segundo de estos libros, titulado Vida y Hazañas del Gran Tamorlán, con la descripción de las tierras de su Imperio y Señorío, no es probable que lo conociera Washington Irving. Lo escribió Ruy González de Clavijo, enviado por Enrique III con una finalidad claramente diplomática: conseguir el apoyo militar de la caballería mongola para contener al turco, que ya amenazaba seriamente las fronteras de la cristiandad. El viaje, realizado entre 1403 y 1406, se hizo en barco en su primer trayecto, entre el Puerto de Santa María y Trebisonda, para continuar por tierra a Samarkanda, la corte legendaria del Mongol. El intento no cuajó por la muerte del Gran Tamorlán en vísperas de emprender la campaña militar; pero puso de relieve la pujanza y la vocación de presencia internacional y de expansión que ya tenía el reino de Castilla. Con ello, nos legó la sorprendente aportación de un emisario y escritor: un relato variopinto, interesante y divertido que ahora, tras siglos de silencio, ha sido de nuevo divulgado.

El diplomático es un testigo que, en sus desplazamientos, relata lo que ve. Y, a veces, lo deja escrito para siempre. Eso es lo que hizo Washington Irving, en sus andanzas por Eu-

ropa y por España, y en sus largas excursiones por los anchos espacios aun poco conocidos de la gran pradera americana.

De todos los viajes que describe en nuestro país destaco el que hizo de Sevilla hasta Granada, en la primavera de 1829. Quizá porque fue el primero que leí. O quizá porque en él se pintan, mejor que en ningún otro, los paisajes, las escenas y los personajes que tanto le apasionaron. Antes de eso, en su camino hacia las fértiles vegas del sur, había atravesado la España agreste y dura, la de los secarrales de la Mancha y los recios serrijones andaluces. Un paisaje que describe como "áspero, triste y melancólico", pero lleno de grandeza. En cuanto a los personajes que le van saliendo al paso, sobre todo en estas últimas jornadas, siente por ellos el mayor respeto, tanto por los que encuentra en su camino como por los que luego le hacen compañía en sus aposentos de La Alhambra.

En estas andaduras se dibuja ya lo que fue su gran aportación: entender la estrecha intimidad que existe entre el hombre y su entorno natural. Washington Irving piensa, también él, que cada hombre tiene su paisaje. Y lo expresa en estos términos:

> Este paisaje no deja de ser elevado en su severidad, en consonancia con las peculiaridades del pueblo que lo encuadra. Tanto que, desde que he conocido y estudiado la tierra que habitan, creo que conozco y comprendo mejor el carácter sufrido, frugal, sobrio y altivo del español, su viril resistencia a la adversidad y su desprecio por goces, contentos y halagos enervadores.

Así es, en verdad. Y de esa forma nos han visto quienes han escrito sobre España y los españoles, desde Trogo Pompeyo a Julián Marías. También es ésta mi manera de pensar. En mi libro La Sierra Caliente hablo de los pastores, furtivos, labriegos y pineros de las Sierras de Cazorla y de Segura. Y los pinto como gentes de pasos aplomados y palabra sosegada, recios y sufridos, altivos como reyes, que saben plantar cara a la más dura adversidad. Para añadir que ellos son el alma de las tierras de Jaén, y el imprescindible componente que da vida y hondura a su paisaje. Convencido, como estoy, de que "sin sus hombres y mujeres, la Sierra es sólo piedra".

Los viajes por Europa y por España no impidieron que Washington Irving se sintiera también atraído, con un tirón fuerte y entrañable, por la parte inexplorada del Oeste americano. De esa vocación, tan fecunda, nacieron tres de sus mejores obras. En A Tour in the Prairies (1835), Irving sintió la tentación del espíritu pionero del hombre de frontera y describió sus andanzas con los indios de la gran pradera americana. En Astoria (1836), relata la aventura de los tramperos de Oregón en torno a un personaje de leyenda: John Jacob Astor, nacido en Alemania y fundador la American Fur Company, con la que reunió una gran fortuna basada en el comercio de las pieles. Su tercer libro sobre el Oeste fue The Adventures of Captain Bonneville, que escribió un año más tarde. Bonneville fue un aventurero francés que exploró el Noroeste americano, abriendo las rutas de Oregón y la Alta California a los pioneros. Irving lo conoció en Nueva York y le compró los apuntes, las notas y los mapas que tenía, con los que compuso el libro que el francés, otro personaje de leyenda, no supo o no quiso redactar.

Estas obras reflejan el amor hacia su país, teñido por tres notas características del romanticismo: el espíritu aventurero, la atracción por lo desconocido y el mito del buen salvaje, que llenará páginas y páginas desde Rousseau a Rudyard Kipling. Es el mismo impulso que alienta en otro gran novelista americano, contemporáneo suyo: James Fenimore Cooper, que en 1827 escribe La Pradera y que, un año antes, había publicado su obra maestra, El último de los Mohicanos.

El culto de la Historia constituye otra atracción del diplomático, de antes, de ahora y de siempre. El análisis de los acontecimientos históricos de un determinado entorno y de las realidades que lo enmarcan, es parte del oficio de un buen observador, que debe conocer a fondo el puesto que le ha sido asignado. De ahí que, para mejor desempeñar su función, tenga que recurrir a las enseñanzas de esa "maestra de la vida" que, como afirma Cicerón, es la Historia. O, como la definiera Cervantes en el Quijote, una ciencia que es madre de la verdad, "émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir".

Amén de los historiadores rigurosos y serios que abundan entre los de mi carrera –y en España tenemos varios ejemplos, antiguos y recientes–, no son pocos los cultivadores de una variante más ligera de esta ciencia, que es la "historia novelada". A tal capítulo pertenece, por derecho propio, uno de los libros de más éxito de Washington Irving: La Conquista de Granada.

Sabedor de las limitaciones de este género, donde se mezclan datos reales con aportaciones de la imaginación y la leyenda, Washington Irving no quiso firmar este trabajo con su nombre, y echó mano de un recurso –ya lo había utilizado en su Historia de Nueva York–, que le parecía eficaz: inventarse un manuscrito inexistente y atribuirlo a un autor imaginario, Fray Antonio Agápida. Luego, cuando su editor de entonces desvela en la portada el verdadero padre de la obra –y Murray lo decide por intereses económicos–, nuestro hombre corrige ciertos pasajes discutibles de su crónica, que sabe que son falsos, para cuidar de su buen nombre. Además, en una carta dirigida a su hermano Peter, protesta airadamente contra lo que considera "una licencia indecente" de Murray: haber incluido, por su cuenta, y si encomendarse a nadie, al verdadero autor en la portada. Una decisión que adopta el editor, como digo, por dinero: porque sabía muy bien que Irving era ya famoso y que el libro, de esa forma, tendría más atractivo y se vendería mejor.

Washington Irving era muy consciente de que en su investigación histórica, incluso en los trabajos más serios, había concedido un ancho espacio a la leyenda. Lo admite y lo justifica, en el prólogo de una de sus obras, en los siguientes términos: "Descartar la leyenda en la historia de España es eliminar una de sus más bellas e instructivas características nacionales. España es un país de poesía y romance, donde la vida de cada día se hermana con la aventura". Eso era para él la España en la que vivió siete años: una tierra de poesía, romance y aventura.

Ya en el terreno de la Historia como ciencia, hay que conceder atención muy principal, sobre todo en este foro de La Rábida, a una de sus aportaciones más interesantes: Vida y Viajes de Cristóbal Colón. En relación al binomio "literatura y diplomacia", añadiré en relación al capítulo colombino una pincelada que quizá sea novedosa.

El 26 de noviembre de 1959, en los actos celebrados con ocasión del centenario de la muerte de Washington Irving, pronunciaba en la Universidad de Granada una espléndida conferencia don Francisco Morales Padrón, a quien yo conocí hace casi sesenta años. Decía el docto profesor:

> Se me ha de perdonar que en un ciclo de actos en honor de Irving yo introduzca cierto tono acusador, agresivo, pero mis acusaciones no son contra el hombre sino contra la obra construida sin mala fe, pero con un descarado favoritismo o admiración que ha llevado al autor a ensombrecer hechos y personajes con el fin de resaltar a su héroe.

Su héroe, no hay que decirlo, era Colón. Hasta aquí, la cita literal. Pasa a continuación a criticar, con sólidos argumentos, muchas de las tesis vertidas en la Vida que ahora comentamos. Y lo hace con el rigor del académico, con la base documental que maneja un profesor y con los sólidos conocimientos de quien consagraría una vida entera al estudio de la historia americana. Sin embargo, don Francisco lleva a cabo una tajante afirmación que, a mi entender, es equivocada: que "el autor norteamericano llega al tema casualmente". Y que Irving comienza a interesarse por Colón cuando, estando en Francia, recibe una carta de su embajador en Madrid invitándole a venir a España para estudiar los documentos y legajos que preparaba, sobre el descubrimiento de América, don Martín Fernández de Navarrete.

No es así. Irving no llega al tema casualmente. Al contrario: conocía los trabajos de los historiadores de Indias, y se había documentado ampliamente, e incluso había escrito ya sobre las lagunas y misterios que rodeaban todos los aspectos del descubrimiento de América. Y eso, desde mucho tiempo atrás. En su A History of New York, una de sus obras más famosas, publicada en 1809 con el seudónimo de Diedrich Knickerbocker, dedica varios capítulos a exponer sus ideas, a veces de manera muy superficial y peregrina, sobre esta cuestión controvertida, que le venía preocupando desde antiguo. Y lo hace con ese espíritu desenfadado, ligero, socarrón y divertido que alienta en su famoso trabajo sobre los orígenes de Nueva York, uno de sus libros más populares –en Estados Unidos sigue estando en los anaqueles de todas las librerías–, que lo consagró como el primer escritor de su país. Por ejemplo, dice en el capítulo III que el culpable de que América no se hubiese descubierto antes fue Noé, al que llama, con humor, "primer navegante de la Historia". Y eso porque sólo tuvo tres hijos, a los que concedió Europa, África y Asia como herencia. Si hubiesen sido cuatro –y esa fue su culpa, nos dice Washington Irving–, Dios habría dispuesto el descubrimiento de América con suficiente antelación, de manera que todos los retoños del Patriarca habrían gozado de una hijuela parigual.

En el capítulo V se adentra en el problema seriamente. Mejor dicho, casi seriamente. Y ahí se alinea con las tesis lascasianas, denuncia los abusos de la colonización y añade por su cuenta algunos de los más notorios desvaríos de la leyenda negra, incluyendo, como prueba, el texto de la carta de un "reverendo padre" a sus superiores religiosos de España. Tal carta es, por supuesto, una falsedad. En ella, el pretendido dómine dice no entender cómo los indígenas se quejaban de ser expoliados de sus tierras y riquezas, cuando deberían estar agradecidos a los conquistadores; porque, a cambio de estos bienes materiales y perecederos, los nativos recibirían a su muerte algo de infinitamente más valor: el Reino de los Cielos. En la obra aparece el texto entre comillas, como para probar la autenticidad del documento consultado; pero la carta es un invento.

Hasta aquí los variados argumentos para demostrar que el diplomático americano no llega al tema colombino casualmente, aunque fuera luego, en Madrid, en Sevilla y en La Rábida, donde lo analizase con mayor profundidad. ¿Cometió errores en su libro? No hay duda: todos los que destaca Morales Padrón, y algunos más. Errores en los hechos, en la interpretación de los fondos documentales y en el mismo planteamiento general, ya que todo su enfoque de la peripecia colombina estuvo lastrado por la pasión desordenada que sentía hacia el Almirante de la Mar Océana. Pero eso no le resta a la obra un doble mérito: ser la primera biografía de Colón y, además, abrir en todo el mundo anglosajón un ancho campo, enormemente sugestivo, a la investigación americanista.

Es importante establecer el paralelismo entre la Vida y viajes y la primera biografía de Cervantes, que don Gregorio Mayans y Siscar escribió en 1737. Es cierto que esta última también contiene errores (por ejemplo, hace nacer a Cervantes en Madrid), pero tuvo el mérito no sólo de ser el primer trabajo serio sobre el autor del Quijote, sino el de "poner al genio en el lugar que merecía". Después vendrían otros intentos, más completos y atinados; pero nadie podrá restarle a don Gregorio el mérito de haber compuesto un primer trabajo profundo y bien documentado sobre la vida de Cervantes. Aunque contenga errores. Y eso es lo que Washington Irving hizo en su trabajo sobre Cristóbal Colón.

Cartas, viajes, estudios históricos: ésos son los tres grandes capítulos (además de las memorias, la narrativa y la poesía) que tientan al diplomático escritor. Sólo he querido adentrarme en estos tres. Pero, tratándose de Washington Irving, hay un tema adicional en el que confluyen todos ellos, como savia nutricia de su actividad creadora: Granada, su Granada.

Irving viene a España en su segundo viaje a Europa, y la descubre, de verdad, al cruzar Despeñaperros, a finales del invierno de 1828, cuando se le aparece Andalucía en todo el esplendor de una primavera ya cercana. Una Andalucía que él calificará, en sus cartas y en sus diarios, de "tierra de promisión, país de ensueño y paraíso terrenal". Y ahí, en sus viajes a Sevilla, la Rábida y Granada, encontrará el marco adecuado y la inspiración para desplegar todo el poder de su imaginación.

El 8 de marzo de 1828, festividad de San Juan de Dios, Washington Irving llega hasta Granada, en el primero de sus encuentros con la ciudad que le fascinará. El deslumbramiento que le causa esa impresión lo describe, como tenía por costumbre, en una carta. Se trata de una de las más esclarecedoras, luminosas y sentidas que escribió a lo largo de su vida: la que dirige a Mademoiselle Antoinette Boviller, anteriormente citada. Es un texto largo, del que quiero destacar solamente este pasaje:

> Imagínese cuál debió ser nuestra alegría cuando después de pasar el famoso Puente de Pinos, escenario de famosos encuentros entre moros y cristianos y notable por haber sido el lugar donde fue alcanzado Colón por un mensajero de la Reina Isabel, divisamos Granada, con su Alhambra, sus torres y sus nevadas montañas.

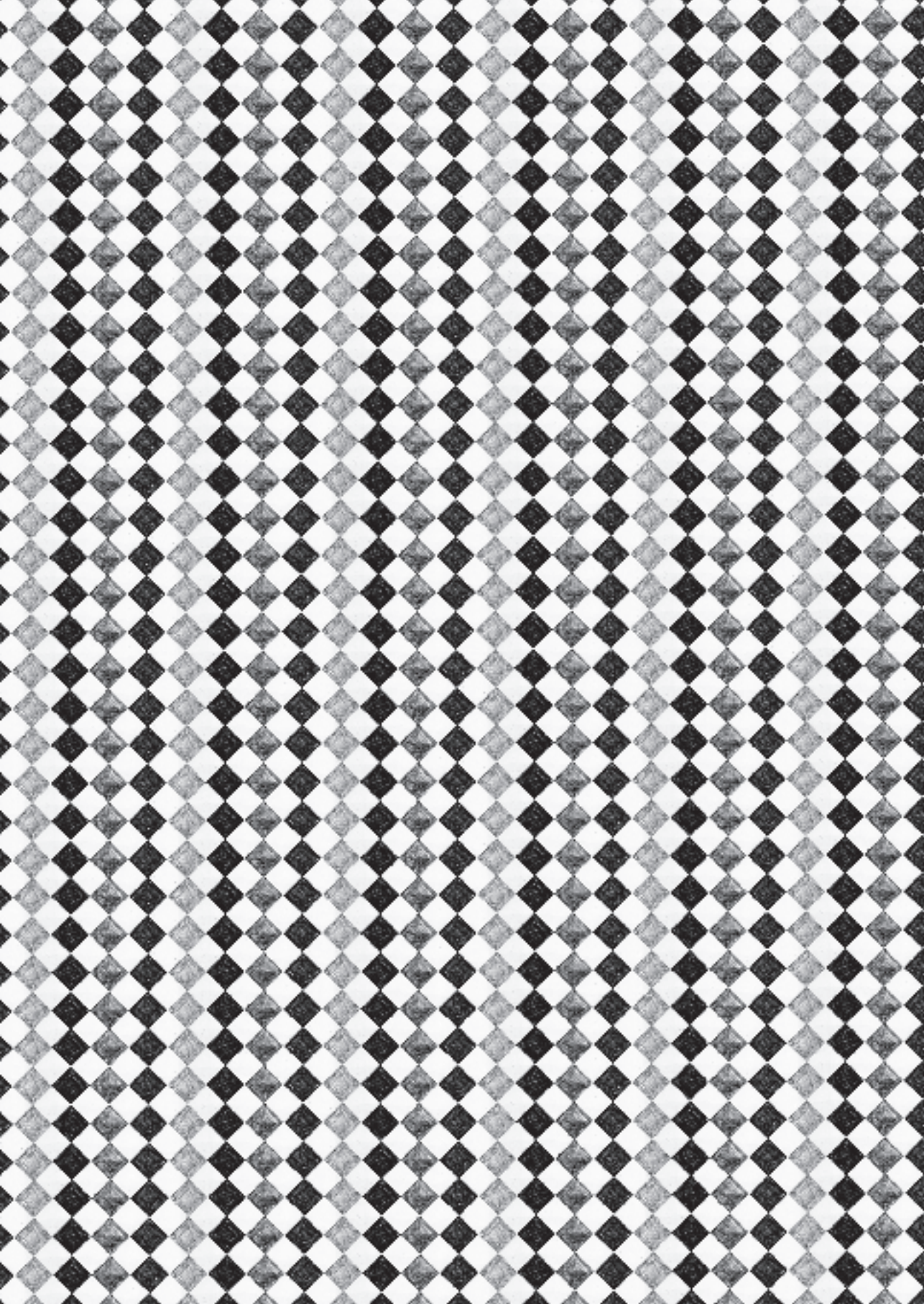
Luego, en este mismo documento, le habla de los valientes abencerrajes, del triste destino de Boabdil y de los tesoros ocultos en los sótanos y pasadizos de la Fortaleza Roja, el bello y misterioso palacio nazarí. Es decir: de todos los temas que, más adelante, inspirarían buena parte de los Cuentos de La Alhambra. Una obra, traducida a todos los idiomas, sobre la que quiero destacar sólo unas breves notas.

En artículos y publicaciones he podido comprobar, además de los yerros y deslices que he señalado anteriormente, otros muchos errores de no menor calado: que escribió los Cuentos en el verano de 1829, que los publicó nada más llegar a Londres y que luego se editaron en Filadelfia, dos años después. Y, sobre todo, que supusieron para el mundo el descubrimiento de Granada. Todo falso. Como dijo don Francisco Yndurain, hace ya cincuenta años, Irving no vino a Granada a descubrir: vino a confirmar. Y a gozarse con la generosidad de los granadinos, que le dieron su acogida, y con los encantos y atractivos de La Alhambra.

Dicho esto, conviene precisar algún detalle. Antes de su primera visita a la Granada que lo enamoró, ya habían visto la luz varios libros de viajes –ingleses, franceses, italianos y alemanes–, sobre España, donde nunca faltaba un recorrido por Andalucía y un obligado paseo de evocaciones y nostalgias por la antigua corte de Boabdil. En la mayoría de los casos, son obras ilustradas con soberbios grabados sobre el bellísimo, inquietante y misterioso palacio nazarí. Ahí están los trabajos de Townsend y Swinburne –este último, con magníficos grabados–, la monumental aportación de Laborde y los testimonios de los incontables viajeros que nos venían visitando desde el siglo XVIII. Esto es cierto. Pero el mérito de los Cuentos no estuvo en descubrir sino en divulgar. Y eso nadie se lo puede discutir a nuestro autor. Porque este libro popularizaría, sobre todo en su país, esa visión galante, sensual y misteriosa de La Alhambra y de Granada. Hasta el punto de extender, especialmente en el mundo anglosajón, una "moorishmania" sin precedentes, que llenó de monumentos hispanoárabes las nuevas construcciones de todo un continente, América del Norte, que empezaba a despertar.

En cuanto al libro en sí, no se edita hasta 1832, tanto en Londres como en Estados Unidos, y se traduce inmediatamente a todos los idiomas europeos. Sin embargo, ese primer texto sería después corregido y ampliado, en base a las notas, apuntes y relatos que guardaba el propio autor. De manera que, para tener una versión bien ordenada, íntegra y definitiva de los Cuentos de la Alhambra, hay que esperar hasta 1851, cuando Putnam da a la estampa la obra enriquecida y retocada, en el título y en su contenido. Para ella, el autor escribe un prólogo en el que aporta varios comentarios atinados y muy esclarecedoras observaciones. En esa introducción nos revelará Washington Irving diversos hechos: que guardaba varios borradores, que ahora ven la luz por vez primera; que se añaden nuevos elementos, basados en sus notas, para comprender mejor este microcosmos que es La Alhambra; y que en su libro ha tratado de pintar un mundo "mitad español y mitad oriental", tal y como lo conoció durante su estancia en el palacio, junto al espíritu caballeresco que aún pervive entre sus ruinas.

Para la Casa de América de Sevilla esculpió Mariano Benlliure una plaqueta en bronce, en la que figura esta leyenda: "A Washington Irving, en recuerdo de su amor a España: 20 de mayo de 1925". Eso es exactamente lo que fue: un enamorado de España, que le valió el honroso título de pionero entre los hispanistas americanos. Y el autor de la primera biografía de Colón, que reavivó en el mundo entero la pasión por el Descubrimiento y por la figura, entonces envuelta en la penumbra, del Almirante de la Mar Océana. A Washington Irving le debemos también el enorme impacto que tuvieron los Cuentos de La Alhambra, que popularizaron en su país, y en toda Europa, la imagen de Granada y de la Fortaleza Roja, el más bello palacio del planeta. Y a él le debo yo mis primeros entusiasmos de chiquillo por este mundo de leyenda y de misterio al que supo despertarme, cuando leí, con la ilusión de mis once años, los relatos que aún guardo en la memoria.



VIII

LA ALHAMBRA QUE CONOCIÓ WASHINGTON IRVING A LA LUZ DE LAS FUENTES DOCUMENTALES

Juan Manuel Barrios Rozúa

VIII LOS HABITANTES DE UNA CIUDADELA DEPAUPERADA

Tras la Guerra de la Independencia, la Alhambra había quedado muy maltrecha. Aunque es cierto que el general Horace Sebastiani dirigió obras de restauración en la Casa Real por expreso deseo de José Bonaparte, éstas no compensan las destrucción que sufrió el resto de la ciudadela por malos usos, derribos y la detonación de minas en las murallas durante la retirada. Al frente de la administración de la Alhambra volvió como gobernador el coronel Ignacio Montilla[1] y el veedor-contador José Antonio Núñez de Prado, miembro de una tan pobre como corrupta familia que desde mediados del siglo XVIII detentaba ese puesto con carácter hereditario. Durante tres lustros, la Alhambra, además de estar mal gobernada y ser víctima de algunos expolios, sufrió el desinterés del Real Patrimonio, que apenas dio fondos para su conservación y no supervisó las tareas administrativas.

El poco esfuerzo que el gobernador dedicó a sacar a la ciudadela de la postración contrasta con el empeño que puso en mantener la Alhambra como una entidad administrativa diferente e independiente de Granada. Cuando el Ayuntamiento planteó si la Alhambra debía considerarse como un barrio más de la ciudad y tener su celador de policía, Ignacio Montilla se opuso tajantemente[2]. Los conflictos de competencias con el municipio eran un problema secular, que con frecuencia entraba en el terreno de lo pintoresco. Así, en marzo de 1826, el gobernador elevó una queja al rey por el "desaire" que le había hecho al alcalde mayor de Granada, el cual consistía en no haberle respondido a unos oficios que le envió[3]. Washington Irving supo reflejar con ironía estas rivalidades en su cuento "El gobernador y el escribano".

El Real Patrimonio puso fin al desgobierno cuando en abril de 1827 cesó a Ignacio Montilla y nombró al coronel Francisco de Sales Serna, que permanecería en el cargo hasta 1835 y que es, por tanto, el gobernador al que Irving conoció y para el que tuvo cálidas palabras:

> He conocido al gobernador de la Alhambra (don Francisco de la Serna), un hombre joven, el único durante muchos años que se ha tomado mucho interés en su cargo y que está haciendo todo o que puede para reparar la Alhambra y para frenar el rápido deterioro en que está cayendo. (Cartas 70)[4]

Francisco de Sales nació en Granada e inició los estudios de jurisprudencia en su Universidad en 1801. Sin embargo, la invasión francesa le obligó a enrolarse en el ejército, participando en la batalla de Bailén y en otras posteriores. Tras la guerra ocupó puestos de importancia en la guardia real y siempre permaneció soltero[5].

Los problemas a los que se hubo de enfrentar al llegar a la Alhambra fueron muy grandes desde un primer momento. Para empezar tuvo que proceder a reemplazar a varios empleados, lo que generó un profundo rencor entre los defenestrados. El resentimiento que provocaron los despidos se sumaba al enrarecido ambiente de endogamia en que

1 Ignacio Montilla era persona de "notorio patriotismo" que había luchado contra la Francia revolucionaria entre 1793 y 1795, siendo herido de un disparo de fusil y hecho prisionero durante seis meses. Cuando Horace Sebastiani ocupó la ciudad en enero de 1810, Ignacio Montilla no se presentó ante él, por lo que no sólo fue encarcelado, sino que estuvo a punto de ser fusilado. Tras la retirada de los invasores, el general Ballesteros lo repuso inmediatamente como gobernador de la Alhambra. Restaurado el absolutismo, se le confirmó como titular en el puesto por ser persona de confianza (Archivo General Militar de Segovia, 1a sección, M-3967 y Archivo Histórico Municipal de Granada, en adelante AHMG, 985/49).

2 AHMG, 10758/25.

3 El alcalde mayor era Luis Antonio del Campo. Archivo General de Palacio, en adelante AGP, 10758/41.

4 Carta fechada el 9 de mayo de 1829.

5 AGP, 10758/19 y Reinados, Fernando VII, 290/1 y Archivo Histórico de la Alhambra, en adelante AHA, 203-4.

vivían los habitantes de la ciudadela, y que podemos rastrear en los odios y venganzas que afloran en la documentación motivados por la demarcación de fincas, denuncias, deseos frustrados de ocupar puestos en la administración, etc.

Tras analizar las cuentas, Francisco de Sales elaboró un informe en el que se denuncia el "desorden espantoso" que reina en la parte administrativa de la Alhambra. Se lamenta de que su antecesor, Ignacio Montilla, se "burló" de él, pues cuando tomó posesión estaba "ausente" y lo dejó "sin noticia ni antecedente de su gobierno en veinte y tres años". Es más, los empleados del Real Patrimonio, empezando por el tesorero, le pusieron todo tipo de obstáculos cuando intentaba enterarse de las cuentas, faltaban documentos en el archivo y, en suma, había "un laberinto de desórdenes". En este informe se denuncia con más o menos claridad que la administración precedente se ha aprovechado en beneficio propio de las rentas del Real Patrimonio y ha cometido un sinfín de irregularidades. Incluso cuando se quisieron recuperar casas o cuevas del Real Patrimonio, se invirtieron más recursos en los litigios que beneficios se generaron. Así pues, la reorganización del archivo y de las cuentas son las primeras tareas que se abordan para poder iniciar la recuperación de la Casa Real, que "en pocos años" puede estar en buen estado si se libran los recursos[6].

El 24 de octubre de 1827 el gobernador convencía al Real Patrimonio de la necesidad de suspender de sus empleos al veedor, asesor y escribano, pues "habían contribuido a la destrucción de todo"[7] y de nombrar como nuevo veedor-contador al comisario de guerra Francisco María Muñiz, que se iba a convertir en su mano derecha y para cuya gestión no ahorraría elogios. Otros puestos tradicionales en la Alhambra que estaban vacantes no serán cubiertos por estimarse innecesario. En fin, poner orden en las cuentas fue una tarea ardua que se extendió durante cerca de dos años, todo supervisado desde Madrid por el contador general de la Real Casa de acuerdo con nuevos decretos. El gobernador trabajaba en una oficina en la Real Chancillería "para despachar más cómodamente sus asuntos oficiales", según nos cuenta Irving, que fue a visitarlo[8].

En junio de 1828 el gobernador escribía al contador general de la Real Casa: "no puede V.S. figurarse el trabajo que cuesta llebar a cabo tan sencilla operación [los cobros] y las trabas y dificultades que tocamos" dada la confusión heredada de "días aciagos". Las rentas se han hallado en un "escandaloso atraso" y se observa la falta de numerosos documentos en todo lo que se refiere a cobranzas, enajenaciones, etc.

> El deterioro y ruina en que he encontrado los edificios y todo cuanto pertenece a la hermosa Alhambra me ha llenado de dolor; y si remedios ejecutivos y eficaces no se aplican con mano fuerte desaparecerán del todo. Bien conozco que la empresa de reedificar esta desmoronada fortaleza es superior a mis fuerzas y el corto caudal con que cuento.[9]

Para conseguir los recursos imprescindibles el gobernador propone dos vías: una, la de explotar la mano de obra de una partida de presidiarios del depósito de Málaga, lo cual

6
Una memoria de las dificultades (en particular la resistencia del tesorero) que el veedor-contador Francisco María Muñiz encontró para poner orden en las cuentas puede verse en AGP, Rei8

7
Las palabras entrecomilladas son del nuevo contador-veedor Francisco María Muñiz. Como asesor de la Real Chancillería fue reemplazado Pedro Montoya por Antonio José Godinez, pero no pudo desempeñar el encargo por marcharse a Galicia y finalmente ocupó el puesto Francisco Suárez Valdés. Para el puesto de escribano se sustituyó a Antonio María Prieto por Antonio del Rey. El escribano cesado enviaría durante dos o tres años numerosas reclamaciones que incluían duros epítetos contra el gobernador y el nuevo escribano, llegando a negar que la Alhambra sufriera ningún abandono antes de 1828. Archivo de la Real Chancillería de Granada, 4450/26 y 27, AGP, 10761/2, 10938/4 y AHA: 131-1, 200-3 y 227-1-17.

8
Washington Irving se entrevistó allí con él en la primavera de 1829: "Nos explicó los inconvenientes de su estancia en el palacio, dado que se encontraba en la cumbre de una colina y lejos de la sede de sus asuntos y de los lugares de trato social" (Cuentos 59, 69).

9
AGP, 107569/20.

"ahorraría al Real Patrimonio muchas sumas" que se destinan al pago de peones, medida que efectivamente se llevó a cabo. La otra vía es la de establecer nuevas familias en la Alhambra, lo que, según él, atraería puestos de comidas, comercio y otras actividades sobre las que cobrar impuestos cuyo importe se destinaría a reparar el palacio[10]. Esta medida, de haberse aplicado, hubiera cambiado el curso de la historia de la Alhambra alargando su vida como barrio de la ciudad, quizá acelerando también las obras de restauración de la Casa Real y permitiendo la conservación de viviendas hoy desaparecidas, pero con la contrapartida de dificultar la restauración y excavación arqueológica de otras partes del recinto.

Tras la guerra volvió a la Alhambra la compañía de Inválidos Hábiles, cuya principal misión era custodiar a los presos que había en la Alcazaba. La mayoría de los reos eran militares que habían cometido los más diversos delitos, desde oficiales, a los que se dan las mejores celdas, hasta soldados rasos que, por ocupar las más angostas y húmedas, sufren frecuentes enfermedades, situación que no mejoró con los años. También desfilaron por sus calabozos algunos liberales víctimas de la represión de Fernando VII[11]. El cuartel donde se alojaban algunos de los militares —otros lo hacían en viviendas— estaba situado sobre las hoy denominadas caballerizas y consistía en una nave construida sobre ellas, cuya ruinosa estructura fue preciso reparar.

En octubre de 1829, poco después de que Washington Irving se marchara de la Alhambra, quedó disuelta la compañía de Inválidos Hábiles de Granada en virtud de un reglamento que el gobierno aprobó para todas las de su clase. Para reemplazar a los soldados inválidos se destinó una compañía de veteranos, lo cual estaba lejos de implicar una valoración más alta de la ciudadela. Los veteranos cobraban un salario tan mísero que se veían obligados a mendigar a los visitantes. El jurista Antonio Benavides recordaba haber visto en 1830 a "un anciano militar cubierto de andrajos y heridas y con las armas mugrientas y arrimadas a un portal" pedir "limosna para una venerada imagen de Nuestra Señora" (Benavides y Fernández Navarrete 93). Con su patético aspecto, estos destacamentos militares pasaron a la historia de la literatura como el más expresivo contraste entre un presente de soldados que dormitan en sus puestos de guardia "envueltos en sus andrajosas capas" y el esplendor de la guardia nazarí, que se imagina con relucientes corazas y coloristas ropajes (Irving, Cuentos 61).

En cuanto a la población civil, ésta había evacuado forzosamente la ciudadela por orden de los invasores. Cuando los franceses se marcharon comenzó un regreso en lento goteo, dificultado porque muchos encontraron sus casas deterioradas o en ruinas[12]. A pesar de los destrozos de los franceses y los obstáculos burocráticos que suponía instalarse en un lugar de interés militar, la población de la ciudadela se recuperó, y cuando Irving visitó la Alhambra en 1829 pudo decir que "era la fortaleza, por sí misma, una pequeña ciudad con varias calles y casas en el recinto de sus murallas, además de un convento de franciscanos y una iglesia parroquial" (Cuentos 58). La escasez de vivienda no pasó desapercibida al escritor norteamericano[13].

10
El número de familias que podría instalarse sería fijo, lo que demuestra que no se considera positiva una Alhambra superpoblada. Estas ideas son del veedor-contador Francisco María Múñiz y las asume el gobernador. AHA: 227-1 y AGP, Reinados, Fernando VII, 290/2.

11
En septiembre de 1814 nos encontramos recluido en la Alhambra a Domingo Dueñas, que fue diputado de las Cortes extraordinarias, y en octubre de 1825 al Conde de Cazalla del Río y a los coroneles Vicente Abello y Jerónimo Muñoz. También veremos arrestado a un subteniente del batallón de voluntarios realistas, un cuerpo levantisco cuyo extremo absolutismo anunciaba la rebelión carlista. AHA: 233-14, 237-2, AHMG, Actas Capitulares, 29 octubre 1814 y AGP, Reinados, fondo Isabel II, 42/21 y 10758/34.

12
AHA, 119-28 y AGP, 10759/8.

13
El problema de la vivienda lo plasma en un párrafo tan pintoresco como este: "Cuando una torre comienza a desmoronarse, se adueña de ella una andrajosa familia, que ocupa, en compañía de murciélagos y lechuzas, sus dorados salones, y que cuelgan sus harapos, dechado de pobreza, en sus miradores y ventanas" (Cuentos 80).

Según el lacónico padrón de marzo de 1819, la Alhambra tenía 290 habitantes comprendidos los 55 militares, las mujeres y los niños, a los que había que sumar los 25 frailes. La media de edad era superior a la de Granada. De todos estos habitantes tan solo uno figura como licenciado, prueba del carácter eminentemente popular de la población. Bastantes de los 23 empleados activos al servicio del gobierno de la ciudadela no residían en la Alhambra y ni siquiera trabajaban en ella, empezando por el gobernador[14].

El padrón de 1824 muestra que la población ha subido a 381 habitantes y nos indica su procedencia. El grupo más numeroso es el de los nacidos en la propia Alhambra, que asciende a 128 personas, mientras que 58 lo han hecho en la ciudad de Granada y otros tantos en pueblos de la provincia; el resto procede mayoritariamente de Andalucía y son muy pocos los originarios de otras regiones españolas. Como dato curioso, se observa que hay varias personas de origen alemán, una genovesa, una portuguesa y un transilvano[15].

14
AHA, 28-12.

15
AHA, 259-13.

16
AHMG, legajo 1468 libro 12046.

17
AHA, 119-8 y 237-2.

18
AHA, 241-43 y 299-13.

19
La cueva fue denunciada en enero de 1826. AHA, 228 y 259-13.

20
AHA, 258-2

El padrón elaborado por el Ayuntamiento en 1832 muestra un brusco descenso de la población que se explica por la sustitución en 1829 de la compañía de inválidos por una menos numerosa de veteranos; debemos tener en cuenta que los inválidos se marcharon en su mayoría acompañados por sus familiares —eran pocos los solteros o viudos—, mientras que los veteranos se alojaron en el cuartel sin poder traer consigo a esposas e hijos. Encontramos así 287 personas, a las que hay que añadir 17 militares instalados en el cuartel, los presos en la torre del Homenaje y 25 frailes en el convento. En total 329 personas más medio centenar de presidiarios[16].

En los años siguientes a la guerra se instalaron en la Alhambra numerosos bodegones y prostíbulos, lo que hace pensar que no eran usados sólo por los militares y trabajadores afincados en la Alhambra, sino también por muchos granadinos que subían al recinto para divertirse de una manera en que no podían en la ciudad[17]. En el verano de 1816 el propio arzobispo denunció desde el púlpito de la Catedral que la Alhambra se había convertido en el recinto de los que "han abandonado el temor a Dios y a la Religión". A finales de agosto, la Real Chancillería intervino exigiendo bajo multa que cesara el abastecimiento de las numerosas casas de comidas establecidas, "para evitar la reunión de gentes con peligro de la decencia y buen orden"[18]. Se cerraron entonces numerosos negocios, quedando apenas dos en los tiempos en los que Irving estuvo en Granada.

Sin embargo, en el bosque de la Alhambra, en el llamado Camino de las Cruces, la cueva llamada de Mala Muerte se convirtió en "guarida de prostitutas y de hombres sospechosos" y en 1832 nos encontrarnos una vez más el cierre de una taberna por los "escandalosos desórdenes" que en ella se producen[19]. Por otra parte, el propio bosque era un lugar al que acudían parejas de enamorados que buscaban el refugio de la vegetación. Pero estos actos, juzgados inmorales, eran duramente reprimidos; hay casos en los que el guarda detiene a una pareja y encarcela al hombre en la torre del Homenaje, no quedando en libertad hasta después de un juicio y el pago de una multa. Un detenido, que había sido sorprendido cometiendo adulterio, no se le ocurrió mejor explicación que decir que el "demonio los tentó"[20].

No bastó con un estricto control de las tabernas para evitar la presencia de gentes marginales en un barrio que gozaba de algunas prerrogativas judiciales propias y unos guardia-

nes miserables y fáciles de corromper. El gobernador militar de Granada estaba muy descontento por las actividades de contrabando y llegará a acusar al gobernador de la Alhambra de resistirse a que se apliquen "los reconocimientos necesarios para la represión del fraude", ordenándole que acate la ley sin obstaculizarla[21].

Las tabernas no eran el único esparcimiento que ofrecía la Alhambra a propios y foráneos; había también un juego de pelota que se ubicaba en la plaza de los Aljibes y que explotaba un particular al que se concedía en pública subasta. En 1830, el subdelegado de policía pidió el cierre del juego en el marco de "la prohibición de esta clase de diversión", pero el gobernador prefirió tolerarlo porque "nunca ha causado disgustos" y además era rentable al Patrimonio Real[22]. Otra de las principales diversiones de los habitantes eran las tertulias, que Washington Irving describió con su habitual maestría:

> En el pozo [de la plaza de los Aljibes] existe una especie de tertulia perpetua, que se prolonga todo el santo día, formada por los inválidos, las viejas y otros curiosos desocupados de la fortaleza, que se sientan en los bancos de piedra bajo un toldo extendido sobre el pozo para resguardar del sol al encargado. Allí se pierde el tiempo charlando de los sucesos de la fortaleza, se pregunta a todo aguador que llega las noticias de la ciudad y se hacen largos comentarios sobre cuanto se ve y oye. No hay hora del día en que no se anden por allí comadres y criadas holgazanas en interminable cuchicheo, con el cántaro en la cabeza o en la mano, deseosas de oír el último chisme de aquella buena gente. (Cuentos 201-2)[23]

Los aljibes sobre los que se desarrollaba la tertulia se llenaban con el agua de la acequia del Rey, la misma que regaba las huertas de varios vecinos y alimentaba desde 1818 un pilar de nueva fábrica junto a la iglesia de Santa María, pilar que reemplazaba a otro anterior que había sido destruido durante la guerra[24]. La acequia daba también agua a algunos barrios de la ciudad, por lo que toda iniciativa del gobernador de la Alhambra respecto a su uso generaba malestar entre las autoridades granadinas, que lo acusaban de acaparar "las aguas del río Darro". El agua de la acequia permitía obtener ingresos de cierta cuantía al Real Patrimonio; además, a partir de 1830 también se procedió a subastar el agua de los aljibes[25].

MATÍAS JIMÉNEZ Y SU FAMILIA

El personaje más destacado de los cuentos de la Alhambra es Mateo Jiménez, cuyo nombre real es Matías. Irving se refiere a él exactamente en los mismos términos en los cuentos y en sus cartas. Aquí incorporaré a los testimonios del norteamericano datos procedentes de archivos y de otros viajeros que nos permitirán conocer más en profundidad a una persona sin la cual el libro The Alhambra habría sido bien distinto, ya que fue él quien transmitió a Irving la mayoría de los cuentos que recoge y lo llevó a apartados rincones que es posible que no hubiera descubierto de otra manera[26].

Las leyendas que Matías Jiménez cuenta a Irving las conocía a través de su abuelo, un "sastrecillo legendario, que vivió casi cien años, durante los cuales sólo hizo dos salidas

21
Esto ocurre en 1827. AHA, 263/10 y 272-10.

22
AHA, 274-9 y Archivo Histórico Nacional, 3529-L.75. Según un testimonio de la época, su presencia restaba perspectivas a la fachada principal del palacio de Carlos V (Benavides y Fernández Navarrete 94-5). Al parecer, fue derribado en 1858 junto con una "mezquina casa adherida a la muralla de dicha plaza, la cual ocupada por una taberna pública, contrasta con el singularísimo y monumental arco árabe titulado Puerta del Vino que se hallaba a su inmediación"(Valladar y Serrano 260).

23
Todavía en 1840 seguían siendo los aljibes el punto de cita de la menguada población de la Alhambra: "en el centro hay un pozo, cuyo brocal está rodeado de una especie de cobertizo de madera, guarnecido de esteras, bajo el cual, por un cuarto, se beben grandes vasos de agua clara como el diamante, fría como el hielo y de exquisito sabor" (Gautier 202).

24
AGP, 10757/8, 12 y 14, y fondo Fernando VII, 282/7.

25
Los archivos nos muestran que la acequia Real y los aljibes presentaban por lo general un estado de conservación deficiente. AGP, 12011/41 y AHA, 228 y 279-1.

26
Sobre la gestación y ediciones de The Alhambra véase Villoria Prieto (2000) y el estudio preliminar a la edición de Cátedra de Gurpegui (2001).

fuera del recinto de la ciudadela" (Cuentos 73) . En ningún momento se dice cuál es el nombre de este sastre, pero los censos de casas del último cuarto del siglo XVIII apuntan a que podía llamarse igual que su nieto[27]. Así describe Irving el origen de los conocimientos del célebre abuelo y cómo los transmitió a su nieto:

> Casi por espacio de todo un siglo, fue su taller el punto de reunión de un grupo de viejos charlatanes que se pasaban la mitad de la noche hablando de pasados tiempos y de los sucesos maravillosos y ocultos secretos de aquellos lugares. La vida entera, los movimientos, hechos e ideas de este famoso sastre, tuvieron como límite las murallas de la Alhambra; nació dentro de ella y allí vivió, creció y llegó a viejo; allí murió y dentro de ella recibió sepultura. Afortunadamente para la posteridad, sus tradiciones no murieron con él. El propio Mateo, cuando era un rapazuelo, solía escuchar atentamente los relatos de su abuelo, así como los del grupo de oyentes que se reunía en torno a la mesa de cortar, y de esta manera llegó a ser dueño de un valioso repertorio de conocimientos sobre la Alhambra, que no se encuentra en ningún libro, aunque muy dignos de llamar la atención de todo viajero curioso. (Cuentos 73)

Ignoro cuantos hijos pudo tener el sastrecillo; lo que sí puedo afirmar con certeza es que el padre del guía de Irving se llamaba Nicolás Jiménez. Había nacido en la Alhambra, era tejedor de seda y estaba casado con Francisca Velloque (o Belloque), oriunda de Granada y con la que tuvo numerosos hijos. Establecer el número de miembros de la familia de este tejedor es muy difícil, pues en los archivos consultados se observa una gran movilidad de los que son sus hijos ciertos o probables.

El mayor de todos es Juan, que tiene un año más que su hermano Matías, nacido también en la Alhambra y de oficio cintero. Casará con María Aranda, con la que en 1836 tiene ya cuatro hijos. Vive en una casa huerto —o sea, un carmen— en la Puerta de Hierro, la que fue vivienda de su padre y de la cual Irving ofrece una descripción que más adelante veremos. La mayor de las hermanas se llama Isabel, que está casada con Agustín Peña. En 1819 tiene un niño pequeño y vive en el callejón del Perulejo, cerca de su hermano Matías. Ese mismo año, Nicolás y Francisca tienen también dos niñas mellizas, cuya edad y nombre no se especifica. Otras probables hijas son Juana y María Josefa Jiménez, ésta última cinco años menor que Matías y que se alojaría en una casa inmediata a la de su hermano. Pero no puede descartarse que fueran sólo primas.

Y es que en la Alhambra viven otros Jiménez. El de edad más avanzada es Isidro, nacido en Granada en 1756, militar y casado con María de Avalos. Este hombre tiene indudable parentesco con Nicolás (tal y como pone de manifiesto un pleito que luego analizaremos) pero no sabemos en qué grado. Otros Jiménez alojados en la Alhambra no está tan claro que tengan lazos con esta familia, pues parecen soldados o esposas de soldados desplazados coyunturalmente a la ciudadela[28]. En fin, sólo un análisis sistemático de la población de la Alhambra en el siglo XVIII permitiría conocer con más precisión a esta prolífica familia.

La familia de los Jiménez tuvo que abandonar la Alhambra en 1810, cuando las tropas de José I ordenaron evacuar la ciudadela. No sabemos dónde se establecieron, pero es

27
Los censos citan en reiteradas ocasiones a Matías Jiménez (1788, 1790, 1791, 1793, 1795, 1796) pero, con menos frecuencia, a otros Jiménez llamados Juan y Francisco (AHA, 251-1). Por otra fuente he encontrado a un hombre llamado Casimiro Ximénez, que en 1771 es citado como mayordomo de la Hermandad de las Benditas Ánimas de la Iglesia de Santa María de la Alhambra (Actas de la hermandad 1771-1787 conservadas en el Archivo del Hospital del Corpus Christi).

28
En 1836, en la placeta del Emperador, vive Francisco Jiménez, de 45 años y viudo con una hija, que es capitán y del que dudo tenga algo que ver con Matías. Ese mismo año encontramos a una María Jiménez diferente a la ya citada, de 22 años, casada con un sombrerero llamado Juan y que vive en la calle Real (AHMG libro 12056).

probable que se alojaran en el hoy desaparecido convento de Agustinos Descalzos del Albaicín, edificio desamortizado que albergó a numerosos habitantes expulsados de la Alhambra.

Cuando los franceses evacuaron la ciudadela los Jiménez retornaron a su casa antes de que pudieran hacerlo los frailes del exclaustrado convento de San Francisco[29]. Cerca del cenobio, las tropas napoleónicas habían creado una explanada para sus maniobras militares, de manera que las lindes de las fincas se habían borrado. Esta confusión fue aprovechada por Nicolás Jiménez para apropiarse de un trozo de la huerta conventual. Esto dio lugar a un pleito en el que se llamó al maestro de obras de la Alhambra, el anciano Tomás López, el cual dio la razón a los frailes. A finales de 1814 concluyó un juicio que condenó a Nicolás Jiménez a pagar las costas del proceso y la restitución de la tapia, algo difícil para un hombre que se lamentaba de haber sido arrojado a la miseria por la guerra, pues su casa estaba en ruinas y su huerta había sido arrasada. Además de estos maltrechos bienes, no tenía en propiedad más que dos "telares de máquina cinteros"[30].

Sumidos en la miseria por la guerra y por una sentencia judicial que había propiciado el torpe proceder del cabeza de familia, los Jiménez sobrevivirían a duras penas durante los siguientes lustros. No es de extrañar que años después encontremos a cuatro de los Jiménez (Nicolás, Isidro, Juan y Matías) imputados en un sórdido asunto. Al igual que todos los miembros del arte de la seda de la Alhambra, los Jiménez pertenecían a la hermandad del Jesús de la Humildad y Paciencia, con sede en la iglesia de Santa María. El funcionamiento de la hermandad presentó preocupantes irregularidades que obligaron en marzo de 1827 a la celebración de una tensa reunión para poner orden en las cuentas, con presencia del párroco como representante del arzobispo. Al parecer la familia de los Jiménez se apropió de dinero destinado al enterramiento de los hermanos fallecidos, que era la principal labor de la hermandad. Para ello, Matías Jiménez, posiblemente el único de la familia que sabía leer y escribir, llegó a falsificar la firma del párroco y a elaborar recibos falsos. Fueron condenados a pagar de su bolsillo las costas de ulteriores enterramientos, a lo cual se resistieron[31]. En fin, no era el deseo de enriquecerse lo que impulsaba a los Jiménez a cometer estas tropelías, sino la mera supervivencia.

Nicolás Jiménez tenía arrendada una "una casa del real patrimonio que en antiguo fue torre, situada junto al callejón que va a la Puerta de Hierro". En 1828 los maestros de obras José de Salas y Antonio Agustín Garrido analizan la casa y determinan la urgente necesidad de repararla. Como Nicolás Jiménez no puede, se le concede la vivienda a Domingo Fernández Espejo[32]. Parece que, efectivamente, Nicolás se mudó a una choza construida por él mismo muy cerca de su antigua casa. Irving describe así la vivienda y familia de un hombre que tenía exactamente 63 años de edad, aunque él lo cree algo más viejo:

> La familia de mi locuaz escudero, Mateo Jiménez, forma, al menos por su número, una parte muy considerable de esta abigarrada comunidad. No es infundada su jactancia de ser hijo de la Alhambra; su familia ha vivido siempre en la fortaleza, desde los tiempos de la Conquista, transmitiéndose de padres a hijos una pobreza hereditaria, y sin que ninguno de los suyos, que se sepa, haya sido dueño de un maravedí. Su padre, que es un tejedor de cintas, y que sucedió al famoso sastrecillo como cabeza de familia,

29
La historia de este convento durante la Guerra de la Independencia y la época en la cual Irving estuvo en la Alhambra la analizo en otro lugar (Barrios Rozúa, 41-44).

30
AHA, 119-28.

31
AHA, 268-27.

32
Un censo de 1825 nos indica que Nicolás vive en el callejón del Perplejo, sin embargo, o bien era ese su domicilio a efectos legales, o bien su casa junto a la puerta de Hierro estaba tan deteriorada que permanecía vacía. Por otra parte, en 1830 Domínguez Espejo tuvo un pleito por hacer una alberca arrimada a la muralla, algo que estaba expresamente prohibido para evitar filtraciones que debilitaran los lienzos y torres. AHA, 259-13, 264-1, 299-35 y AGP, 10759/8.

> cuenta ya cerca de setenta años y vive en una casucha de cañas y barro hecha por él mismo, encima precisamente de la puerta de Hierro. El mobiliario se compone de una desvencijada cama, una mesa, dos o tres sillas y un arca de madera que contiene su escasa ropa y el «archivo de familia». Consiste éste en unos cuantos papeles de varios pleitos entablados por generaciones distintas [...]. El orgullo de la casucha es un escudo colgado de una pared, con las armas del marqués de Cayesedo en sus blasonados cuarteles, y los de otras nobles casas con las que esta familia, comida de pobreza, pretende estar unida por los vínculos de la sangre. (Cuentos 81-2)

Su hijo Matías Jiménez nació en la Alhambra en 1792. Era muy joven cuando se casó con la granadina María de Frías, que debió conocer durante la ocupación francesa. Cuando se retiraron los invasores, ambos se establecieron en la Alhambra. En 1819, el censo los ubica en el callejón del Perulejo, cerca de la iglesia parroquial. Tienen cinco hijos, la mayor una niña de 7 años, y da alojamiento a su cuñado José de Frías, de 21 años y soltero por poco tiempo. Cinco años después ha fallecido uno de los hijos, aunque pronto recuperarán la pérdida con dos nuevos alumbramientos.

El callejón del Perulejo debía ser ciertamente inmundo, pues el gobernador tenía el proyecto de cerrarlo[33]. Por ejemplo, Matías tenía un vecino pastor, Vicente Uceda, al que denunció en 1824 porque la manada de cabras que guardaba en una casa producía malos olores. Probablemente con mala fe, le reprocha además que "a la sombra de las cabras se introducía contrabando". Vicente declara que esta acusación está dictada por el resentimiento y es finalmente autorizado a seguir introduciendo sus cabras en la Alhambra[34].

En 1825 Matías Jiménez solicitó que se le vendiera a censo perpetuo una casa en estado de ruina por la voladura de los franceses, la cual pertenecía al Real Patrimonio y lindaba con la calle Real. La persona que la ocupaba a censo antes de la guerra no volvió a ella al terminar el conflicto debido a su mal estado y perdió sus derechos sobre el inmueble[35]. Parece que el edificio se lo cedieron a Matías, porque en febrero de 1829 vive en la calle Real y su casa-carmen está "compuesta de su solar de 786,5 pies superficiales, y un huerto lindante a ella con 441 varas cuadradas"[36]. En el seno del ruinoso edificio habilitó una "cueva" para instalar a su familia, que Washington Irving describe así:

> El propio Mateo . . . ha hecho lo posible por perpetuar su casta y continuar la pobreza de la familia; tiene esposa y un numerosa prole, y viven en una casucha del barrio, casi desmantelada. Cómo se las arreglan para subsistir, sólo lo sabe Aquel que puede penetrar en todos los misterios. La vida de una familia española de esta clase ha sido siempre un enigma para mí; y, sin embargo, viven, y hasta parecen satisfechos con esta existencia. La mujer baja los días de fiesta al paseo de Granada, con un niño en brazos y otra media docena detrás. La hija mayor, casi una jovencita, se adorna el cabello con flores y baila alegremente tocando las castañuelas (Cuentos 82.)[37].

En 1832 vemos que Matías tiene seis niños y que no ha invertido mucha imaginación en ponerle los nombres: Antonio, Antonia, Mariano, Mariana, Diego y José. En el censo se aclara que su casa es la número 16 de la calle Real, mientras que en una casa vecina vive la viuda de su desaparecido cuñado.

33
Se pretendía cerrar en 1827, motivo por el cual su padre, Nicolás, elevó una protesta. AGP, 10759/6.

34
AHA, 259-13.

35
Del documento parece deducirse que la casa, que linda también con la placeta de Barraganas, estaba reducida a un solar cercado. AHA, 284-3.

36
AGP, Reinados, fondo Fernando VII, caja 290, expediente 2.

37
Véase también la sucinta referencia que hace en una carta de 1828 (Cartas 41).

En 1836 la situación familiar ha cambiado sensiblemente. Matías está viudo a sus 44 años de edad y en el domicilio paterno sólo quedan cuatro hijos (Mariano 19, Mariana 17, José 10 y Antonio 20), no sabemos si los ausentes se han marchado o han fallecido. Además aloja a otro cuñado, Juan de Frías, de 28 años de edad y carpintero. El oficio de Matías es el de sedero y es dueño de la casa que habita en Cobertizo de la Calle Real, lo que indica una mejora de su situación económica derivada de tener un segundo y mejor remunerado trabajo como guía gracias a la fama que le dio Washington Irving.

El 7 de noviembre de 1839 Matías Jiménez denuncia la casa de su vecino Manuel Atienza, en la calle Real y frente al callejón de los Morales, pues amenaza con hundirse sobre un huerto que "tiene como desahogo de su familia". Un reconocimiento del arquitecto municipal Juan Pugnaire da la razón a Matías y señala que el origen de la ruina es muy antiguo, pues se remonta a la voladura de la torre de los Barraganes por los franceses y a un terremoto ulterior. Miguel Atienza se lamenta de que si su casa es demolida quedará sin lo único que tiene, pues "me allo sin ropa, sin qué comer". Este es el motivo de que aproveche para hacer una gravísima acusación contra Matías que debemos tomar con mucha precaución, pues probablemente sea falsa. Según declara el resentido Manuel Atienza, el gobernador Ignacio Montilla fue un traidor a su Rey que tras la retirada de los franceses y con la complicidad de Matías Jiménez, pasó "dos años vendiendo los enseres que dejaron los franceses y los pocos que el Sitio tenía de S. M. y todos los Materiales de todas las casas derrivadas y todo el adorno de la Casa Real asta sacar los azulejos del Patio de los Leones". Es probable que la acusación sea un invento, pues no es verosímil que Matías entrara en tratos con el gobernador y, además, no parece que en el patio quedaran muchos azulejos para esa época, pues ya en el siglo XVIII habían desaparecido bastantes. Acusa también a Matías Jiménez de blasfemo y de ladrón, y recuerda que tuvo una causa con la justicia, en alusión al incidente de la hermandad que veíamos antes. Declara Manuel Atienza que Matías le ha amenazado de muerte y que ha robado en su huerto. De nada valieron sus acusaciones, porque su casa sería derribada al estar, efectivamente, ruinosa[38].

En 1840 dos hijos de Matías, Mariano y José, se incorporaron a la milicia[39]. Por otra parte, su hija Mariana se casa y vive en la placeta de los Cuatro Álamos. En el censo de 1851, Matías Jiménez ya no aparece recogido. O abandonó la Alhambra, lo que parece poco probable, o ha muerto en los dos años precedentes. No obstante, los Jiménez siguen bien presentes en la ciudadela[40]. De Matías Jiménez anciano conservamos al menos una imagen, un grabado, realizado probablemente a partir de un daguerrotipo, que nos lo muestra como un hombre muy enjuto y curtido[41].

Matías Jiménez tenía 36 años cuando conoció a Irving. En una carta fechada en su primera visita a la ciudad (1828) declara que el "pobre diablo" le dio "muchos y muy curiosos particulares de las supersticiones que circulan entre la pobre gente que vive en la Alhambra con respecto a las viejas torres que se están desmoronando" (Cuentos 41). Por motivos literarios, en The Alhambra sitúa el encuentro en su segundo viaje y describe a Matías como "un alto y delgado individuo, con una raída capa parda que, sin duda, tenía

38
Documento fechado el 14 de mayo de 1839. Manuel Atienza era viudo. AHMG, 2-32.

39
AHMG, 998-19.

40
En la placeta de los Adarves vivía hasta 1852, año en el que se ha mudado a la Calle Real, Antonia Jiménez, de 28 años, casada con Juan Morales, de la misma edad y trabajador de la seda, con dos hijos llamados Juan y Mariano. En la Calle Real vive María Jiménez, de 30 años, casada con Francisco Ayala y un hijo llamado Juan. En calle Real vive José Jiménez, de 26 años, que trabaja de intérprete, casado con María Muñoz y con una hija de nombre María del Carmen. Una mujer llamada Dolores Mesas tiene tres hijos con el apellido Jiménez llamados José, de 18, Antonia, de 16, y María, de 15, los tres bautizados en San Gil y viviendo en la placeta de los Aljibes (Censo de 1851-1852, AHMG Libro 2.02297).

41
Imagen mostrada en una reciente exposición (Villafranca Jiménez y otros, 2009).

por objeto ocultar el lamentable estado de sus ropas interiores". Como puede suponerse, de primeras no le convenció el aspecto de quien se definió como un "hijo de la Alhambra" y cristiano viejo "sin mancha de moros o judíos" (Cuentos 60), pero Matías fue insistente y "se nombró e instaló como criado, cicerone, guía, guardián y cronista historiador mío". Sin embargo, el éxito de Matías no se explica sólo por su insistencia, sino también por su carácter sencillo, buen humor y locuacidad para contar historias sobre cualquier rincón de la Alhambra (Cuentos 72-3).

Según Irving, Matías creía a pie juntillas todas las leyendas que le contaba, de ahí que lo llame con cariñosa ironía "harapiento historiador", "harapiento filósofo" y "cronista-escudero" (Cartas 99, 112; Cuentos 192). Como reconoce en una carta, no sólo le proporcionó numerosas leyendas, sino que "me ha llevado a varios lugares encantadores que yo no hubiera sido capaz de descubrir de otra manera" (Cartas 113).

Irving parece que pagó con generosidad los servicios de Matías, a quien, entre otras cosas, dio nuevas prendas de vestir. Pero el mejor favor que le hizo fue convertirlo en destacado personaje de The Alhambra, pues los numerosos viajeros que leyeron el libro a partir de 1832 reclamaron los servicios del "bien informado cicerone". Irving supo que la fortuna del "sagaz y sabelotodo" Matías había cambiado. Pese a su humildísimo origen, sabía leer y, según carta que el duque de Gor escribió a Irving, leyó sus libros y se convirtió en el "guía oficial" de la Alhambra: "El hijo de la Alhambra fue desde entonces su cicerone corriente y bien remunerado; hasta el punto de que —según he oído— nunca se ha visto obligado a recobrar la andrajosa y vieja capa parda en que lo encontré por vez primera" (Morales Souvirón 117).

Buena parte de los viajeros que llegaron después de la publicación de The Alhambra en 1832 habían leído el libro y no podían dejar de anotar sus impresiones sobre los personajes reales en él citados. El de más aceradas críticas es Richard Ford, a quien nunca le habría gustado que se le considerara un viajero romántico y que nos pone en guardia sobre la capacidad del norteamericano para idealizar la realidad:

> Ella es la Doña o Tía Antonia de Washington Irving, quien con su sobrina Dolores y Mateo Ximénez han quedado inmortalizados por su pluma. Como hemos vivido durante dos veranos con estas damas [en 1831 y 1833], podemos atestiguar históricamente que la Tía Frasquita era rabiosa y avinagrada, Dolores fea y mercenaria, y Mateo un charlatán necio. De estas buenas piezas Irving hizo héroes y heroínas, porque el poder romántico puede dorar hasta los metales más bajos. (Ford 35)

Rochfort Scott visitó en 1830 la Alhambra y ocho años después publicó un libro en el que decía que se le ofreció de guía Mateo Jiménez, "un nombre hecho clásico por la pluma de Washington Irving", el cual se comportaba como una "especie de Director General de viajeros ingleses en Granada". Scott nos muestra cómo el haber conocido a Irving había cambiado su destino:

> Mateo ahora era debido a los honorarios de su auto creado nombramiento, uno de los habitantes de mas tomo [sic] de la Alhambra; debido a sus disertaciones elocuentes y eruditas disquisiciones, un reconocido diletante y un experto en antigüedades y, como el "Ministro de Gracia y Justicia" de la mayoría de los visitantes, una persona de considerable influencia con la vice gobernadora del palacio [la Tía Antonia] (López-Burgos 1:123).

Según Rochfort Scott, el granadino se atribuía buena parte del mérito de The Alhambra y acusaba al escritor de haberse inspirado "bastante poco en su propia imaginación" —juicio que coincide con el de la moderna crítica literaria—, pues lo que narraba era lo que Matías le había contado y a su vez sabía por los relatos de su abuelo[42]. La inglesa Mrs. Romer dirá en 1842:

> Aunque el palacio era conocido a través de los numerosos dibujos realizados por los innumerables cronistas de la Alhambra, había sido Washington Irving el que había contribuido en mayor medida a que este monumento fuera familiar a todos los lectores ingleses y es por esto, por lo que todos ellos nada más llegar a Granada, se han asegurado el servicio de Mateo Ximenez, «hijo de la Alhambra» que, gracias a la pluma de su distinguido patrón, ha conocido la fama, no sólo como el mejor cicerone, sino como la persona más versada en todo lo referente a antiguas leyendas de «salas y torres». Nos apresuramos a buscarle pero fue inútil ya que un Coronel inglés se nos había adelantado. (López-Burgos 2:143)

El viajero inglés William George Clark (1849) tuvo también la ocasión de conocer a Mateo Jiménez, que estaba lejos de ser un ingenuo guía:

> La viva fantasía de Washington Irving ha mostrado al «honesto Mateo» a los ingleses de medio mundo como un pequeño héroe de novela, transmitiéndolo a la posteridad, además de darle la posibilidad de sacarles un dinerillo a sus contemporáneos.
>
> Él me mostró un libro de unos viajeros americanos en el que se le elogiaba, lleno de frases exageradas, escrito, de hecho en ese estilo grandilocuente que les distingue de nosotros. El viejo zorro me llevó a su propia guarida, donde tenía para la venta (bajo cuerda) muchos trozos de decoración de estuco y otros restos robados de la Alhambra."[43]

LA TÍA ANTONIA Y OTROS HABITANTES CITADOS POR IRVING

A pesar de lo mucho que el gobernador Francisco de Sales Serna hizo por poner orden en la administración de la Alhambra e iniciar su restauración, algunos viajeros ensalzarían como la mejor valedora del palacio a una "humilde campesina" llamada Francisca Molina y apodada tía Frasquita, que no figura entre los empleados con nómina de la Alhambra, pero que vivía con su familia en la Casa Real y estaba encargada de limpiarla y enseñarla. Richard Ford la califica de "rabiosa y avinagrada", pero señala que fue la que puso orden en la Casa Real tras la retirada de los franceses e hizo todo lo posible por mantenerla aseada (Ford 35-7). Washington Irving la retrató en The Alhambra con el nombre de Tía Antonia o Antonia Molina y dijo que "mantenía en orden los salones y jardines árabes, y se encargaba de enseñarlos a los forasteros" (Cuentos 63). Según él esta anciana mujer vivía del cobro de las entradas y de "todo el producto de los jardines, a excepción de un pequeño tributo de frutas y flores que está obligada a entregar de cuando en cuando al gobernador" (Cuentos 71). Del interés que ponía en el desempeño de su función dio fe David Inglis en Spain in 1830 al indicar que en "distintas zonas de la Alhambra, muchos desaprensivos han arrancado trozos de estuco de las paredes, pero la anciana que ahora acompaña al visitante, cumple su cometido con tanto celo, que a menos que ella esté dispuesta al soborno, yo pensaría que es difícil cometer un robo" (López-Burgos 1:29).

42 Mateo también le sirvió de guía en una excursión a Sierra Nevada (López-Burgos 1:128).

43 Su viaje está recogido en la recopilación de (López-Burgos 3:93).

El mismo año en que David Inglis visitaba la Alhambra otro viajero, Charles Rochfort Scott, decía que las autoridades de la Alhambra "habían designado a un oficial de rango para su custodia, cuyo permiso era un requisito que había que obtener antes de que el forastero pudiera traspasar sus puertas y una anciana [Francisca Molina] se alojaba allí dentro como su ayudante, para embolsarse el dinero de las entradas y hacer los honores". Y añade que "bajo la atenta mirada de este personaje que vigila y cuya escoba siempre está activa, el lugar ahora se mantiene en excelentes condiciones", aunque la señora es muy dogmática en el recorrido a realizar (López Burgos 1:122).

Cuando Irving se alojó en la Alhambra, Francisca Molina, nacida en Granada, contaba 57 años y era soltera[44]. Tenía en propiedad "unas casuchas dentro de la fortaleza, en estado ruinoso", pero que producían una renta estimable a los ojos de los pobres habitantes de la ciudadela (Cuentos 71). El gobernador Francisco de Sales intentó expulsarla de la Alhambra, si hacemos caso de lo que con demasiada parcialidad relata Richard Ford, cuya injusta inquina hacia Francisco de Sales contrasta con la simpatía que muestra hacia su corrupto predecesor. Seguramente fue predispuesto por la propia Francisca, señora que debía su puesto a Ignacio Montilla. En cualquier caso, que Francisco de Sales expulsara a la mayoría de los habitantes de la Casa Real fue un paso importante en la conservación del palacio (Ford 37)[45].

En el censo de 1824 se nos dice que la tía Antonia tiene dos sobrinas oriundas de Iznalloz, María Dolores Sanchez, de 26 años, e Isidora Sanchez ,de 20[46]; las dos son solteras, la primera residía en la Alhambra desde hacía veinticinco años, mientras que la segunda llevaba sólo dos. Irving conoció únicamente a la primera, a la que llama simplemente Dolores y describe como "una excelente criaturilla de una clara inteligencia natural unida a una gran ingenuidad". Los diminutivos que utiliza para una mujer que tenía ya 31 años se deberían a su escasa estatura y a su sencillo carácter. Por lo demás, la ve como una mujer simpática, regordeta y de ojos negros y brillantes a la que su tía había encargado la misión de cuidar al escritor[47]. Como ya hemos visto antes, Richard Ford la retrataba como "fea y mercenaria".

Con la tía Antonia vive también otro sobrino llamado Manuel Molina, que Irving describe como "joven de verdadero mérito y de gravedad española", que había sido militar en España y en América. Manuel Molina está enamorado de su prima Dolores y estudia medicina, título que logra poco antes de la partida de Irving. Manuel Molina aspira a ser el médico titular de la ciudadela (Cuentos 71, 354). puesto que está vacante desde hace años y que viene a cubrir precariamente el anciano cirujano José de la Plata y Chacón. Sin embargo, éste no murió hasta 1833, con la para entonces sorprendente edad de 83 años y sin haberse jubilado. Es evidente que para esas fechas Manuel Molina ha buscado colocación en otro lugar, pues no presenta su candidatura a médico[48]. De todas formas, el gobernador deseaba suprimir un puesto que consideraba innecesario y para la atención sanitaria de los habitantes de la Alhambra se llamará puntualmente a un médico de la ciudad. Resulta dudoso que Manuel se casara con su prima, porque ésta sigue viviendo en 1832 con su tía y a la familia se ha sumado un tal Francisco Molina, soltero, que no se indica si es hermano de Francisca o un sobrino[49].

44
En un censo de 1824 se indica que tiene 52 años, AHA, 259-13.

45
Por el contrario, Rafael Contreras alabaría a este gobernador "más celoso de los monumentos" y que "desalojó de ellos a las gentes que los ocupaban, hizo reformas aunque de poco interés artístico, e inauguró los paseos de las alamedas" (Contreras 207). Sus méritos los reconoció la Real Sociedad Económica al nombrarle miembro de dicha asociación el 16 noviembre 1834 (AHA, 203-4).

46
AHA, 259-13.

47
Los rasgos descriptivos los expone en sus cartas y en los cuentos (Cartas 80, 113; Cuentos 63).

48
Sabemos que se presentó al puesto, sin éxito, un tal Ildefonso González. AHA, 227-1.

49
AHMG legajo 1468 libro 12046.

La tía Antonia solía recibir en sus habitaciones a otros habitantes de la Alhambra, todos pobres, con los que jugaba a las cartas y mantenía tertulias que interesaron mucho a Irving. Por los censos sabemos que en la Casa Real vivían, antes de las expulsiones decretadas por el gobernador, 25 personas residentes, aunque dos estaban ausentes y una mujer estaba en la cárcel. La mayoría de los habitantes son soldados inválidos, pero hay también un herrero, un alpargatero y un tejedor. Los personajes que cita Irving no los he logrado localizar en los censos, unos porque el norteamericano los cita con apodos, y otros porque seguramente tenían nombres distintos, ya que, como hemos podido comprobar, Irving les cambia o modifica el nombre al convertirlos en personajes de sus escritos.

Un soldado inválido al que hace especial referencia Irving es el tío Polo, a quien debe al menos uno de los cuentos que recoge en The Alhambra ("La leyenda del soldado encantado"), y que, a decir de otros habitantes de la ciudadela, conocía más leyendas que el propio Matías Jiménez (Cuentos 327). Así lo describe:

> Este buen veterano era una de las curiosidades del lugar; tenía el rostro enjuto y broncíneo, curtido en los trópicos, larga nariz romana y ojos de cucaracha. Yo lo había visto con frecuencia leyendo con gran interés al parecer, un viejo volumen encuadernado en pergami no [obra sobre magia de Jerónimo Feijoo]. Algunas veces se hallaba rodeado por un grupo de sus colegas inválidos, sentados unos en los parapetos, tendidos otros en la hierba, y escuchando con gran atención, mientras él leía pausada y deliberadamente su obra favorita, deteniéndose de cuando en cuando para dar explicaciones o hacer comentarios en beneficio de su poco ilustrado auditorio (Cuentos 325).

También llamó mucho la atención del escritor María Antonia Sabonea, "reina coquina", porque vive en el hueco de una escalera. Aunque no haya logrado localizar su nombre en los censos, sí he encontrado una anécdota antigua que nos demuestra que no era la primera persona en vivir en tan precarias condiciones. En 1793 el maestro de obras de la Alhambra pudo comprobar cómo en la deteriorada garita de una pequeña torre de la Alcazaba vivía una mujer[50].

LA RECONFIGURACIÓN DE LOS PASEOS DE LA ALHAMBRA

Como señalaba al principio de este trabajo, el nombramiento de Francisco de Sales Serna como gobernador en 1827 supuso la puesta en marcha de un activo plan de obras para restaurar la Alhambra y su entorno, trabajos que Washington Irving pudo ver durante sus dos estancias y que continuaron tras su marcha. En las próximas páginas detallaré estos cambios que nos permitirán conocer mejor como estaban cuando las recorrió el escritor.

Los paseos y el bosque de la Alhambra sufrieron daños muy graves durante la ocupación francesa, tanto por falta de riegos como por la tala de muchos árboles para hacer empalizadas y despejar las murallas de obstáculos que entorpecieran la defensa. Además, la voladura del costado sureste de la muralla arrojó una gran cantidad de escombros en los paseos.

Aunque tras la retirada francesa hubo distintas órdenes del gobernador prohibiendo las talas o las podas abusivas y abogando por la plantación de nuevos árboles[51], la realidad es que hubo robos de madera e incluso de hierba aprovechando los descuidos del guarda, mientras que algunos árboles fueron cortados para fines militares[52].

50 Esta mujer se llamaba Rosa González. AHA, 72-2.

51 Real orden de 17 julio 1817. AHA, 175-28.

52 AHA, 258-2.

La cuesta Gomérez se convirtió durante la primera etapa del reinado de Fernando VII en el lugar por el que se subían los cadáveres al cementerio del Haza de la Escaramuza. Los cuerpos se iban acumulando en la placeta que hay tras la puerta de las Granadas, en una casilla que antes fue capilla del Señor Crucificado, para llevarlos todos juntos al cementerio en el ocaso. Ello hizo que este lugar de recreo ofreciera un espectáculo "horrendo" que desanimaba a la gente a sentarse en los bancos que allí había. La capilla del Señor Crucificado estaba en 1817 casi arruinada debido a que los franceses la habían utilizado como cuerpo de guardia. Algunos vecinos abogaban por reconstruirla con mayor tamaño "para el culto de una Santa Imagen que allí existe largos tiempos hace"[53]. Finalmente se prohibió el uso de la capilla como depósito de cadáveres y se convirtió en casilla para un guardabosques. Además, se obligó a llevar a los muertos por un camino del Realejo eludiendo los paseos de la Alhambra[54].

De las tres fuentes que había en los paseos sólo una manaba, hasta que en 1824 se atascó y quedó seca como las demás durante más de una década[55]. Cuando en 1827 fue cesado el gobernador Ignacio Montilla, la situación del bosque y paseos era lamentable:

> parages que en otro tiempo se hallaban cubiertos de álamos, están despoblados en el día, y hechos un depósito de inmundicia: las fuentes que de trecho en trecho hermosean las Alamedas sin uso, y aun rotas las cañerías: los caminos que conducen a los diferentes puntos del sitio, están casi intransitables, ya por las penosas cuestas, y ya llenos de pedregales y escombros: en fin todo presenta un aspecto mas triste y digno de que se formase el más severo cargo a los que hayan tenido parte del abandono[56].

Una investigación determinó que entre 1822 y 1827 fueron cortados 484 árboles, muchos de ellos de gran valor económico y sanos, pese a que la legislación sólo permitía talar los enfermos. Además, el dinero obtenido por la venta de dos centenares de árboles nunca ingresó en las arcas de la Alhambra. El expolio era tan grave que, cuando en 1827 comenzaron las obras de restauración de la ciudadela, no fue posible encontrar en el bosque madera apta para los trabajos[57].

Al poco de ocupar el cargo de gobernador, Francisco de Sales Serna puso fin al crónico abandono de los paseos y el bosque. Las primeras tareas se abordaron en 1828 bajo la dirección de los maestros de obras José de Salas y Antonio Agustín Garrido, que realizaron tareas de desbrozo, plantación, arreglo de los canales que corrían por las alamedas y consolidación de algunos barrancos que perjudicaban a la Acequia Real[58].

A finales de 1829 el contador de la Alhambra informaba con optimismo que "las alamedas se han poblado" y se "han tendido abundantes riegos en las mas secas y abrasadas estaciones presentando ya una lozanía y hermosura de que hacía muchos años carecían". Sin embargo, los viajeros que se acercaban a la Alhambra no tenían referencias para apreciar las mejoras y lo que veían eran unos paseos todavía muy deteriorados. El británico David Inglis denunció que el paseo del bosque de la Alhambra "mostraba muchas marcas del imperdonable abandono con el que todos los magníficos monumentos en España son tratados por aquellos que rigen los destinos de este mal gobernado país"[59].

Las principales mejoras de los paseos se acometieron al poco de marcharse Irving. En 1830 se procedió también a arreglar los caminos, en especial el central, el único que con

53 AHA, 241-24 y AGP, 10756/13.

54 AHA: 67-9 y 241-24, y AGP, 10756/13.

55 AGP, 12011/42.

56 Texto fechado en julio de 1827. AHA: 227-1.

57 AHA, 228-16.

58 AHA, 191-3.

59 Visitó la Alhambra en 1830. (López-Burgos 1:37).

su pendiente menos abrupta podía permitir el paso de carros. Al final de la primavera de ese año se habían creado arrecifes y trazado dos glorietas "a cuyas márgenes se han plantado árboles y flores" que han permitido hacer desaparecer "las inmundicias y demás indecencias que a la sombra de su antiguo mal estado se hacían". También se procedió a talar árboles viejos y carcomidos y a arreglar las conducciones de agua en la alameda. Además, se realizó un cambio al trazar un paseo recto desde la fuente del Tomate hacia abajo, lo que supuso cortar "muchos Alamos de todas edades" y quitar algunos asientos. De esta manera se cambió la fisonomía de los paseos, que de ser "callejones tortuosos" se convirtieron en trayectos amplios y menos propicios a los "excesos contra la moral"[60]. Estas reformas y las que le seguirán en el siguiente lustro dieron a los paseos el aspecto que en líneas generales aún mantienen, frente a su anterior fisonomía, más montuosa y angosta.

60
AHMG, 910, AHA, 131-1, 191-3 y 227-7-57, y AGP, 1760/12.

61
AHA: L-227-1 y 237-2.

62
AHA, 131-1.

63
AGP, fondo Fernando VII, 290/1 y 10758/11 y AHA, 297.

EL PALACIO DE CARLOS V, DE ALMACÉN MILITAR A MONUMENTO

Para Washington Irving, como para tantos viajeros románticos, el "magnífico" palacio de Carlos V tiene el pecado original de haberse construido sobre el solar de una presunta "residencia de invierno, que fue demolida para dejar sitio a esta maciza mole". En su error, el norteamericano cree que la fachada del palacio musulmán había desaparecido y se equivoca a la hora de interpretar la estructura urbana del recinto. Por ello afirma que "Con toda su imponente grandeza y mérito arquitectónico, miramos al palacio de Carlos V como un arrogante intruso y, pasando delante de él casi con un poco de desprecio, llamamos a la puerta musulmana" (Cuentos 63).

El palacio carolino era un depósito de armas desde la ocupación francesa, años en los que las pocas carpinterías que tenía fueron expoliadas para hacer leña. Las tropas patriotas de Ballesteros mantuvieron como depósito de artillería el palacio y guardaron en él grandes cantidades de pólvora, balas y carbón piedra[61]. Los jefes de artillería dispusieron del edificio de manera indebida y desoyeron todos los llamamientos del gobernador de la Alhambra para que lo abandonaran, dado que pertenecía al Real Patrimonio y no al ejército. Los vecinos también protestaron en distintas ocasiones porque suponía un peligro.

Cuando en febrero de 1828 un rayo provocó un grave incendio en la albaicinera iglesia de San Nicolás, cundió la preocupación. Se empezaron a sondear distintos lugares para ubicar el polvorín. En junio de 1831 se hablaba ya en firme de adquirir un cortijo que había en las inmediaciones de la ciudad[62]. Pero no fue hasta enero de 1832 que se evacuó el palacio carolino. Los militares no habían invertido ni una moneda en obras de mantenimiento y sólo dejaron tres o cuatro puertas rotas y cuatro cañones franceses inservibles que habían intentado derretir con el único resultado de ennegrecer las bóvedas del palacio. En cuando a los elementos de bronce que ornaban las fachadas del palacio (los argollones y unas enormes manos ubicadas en las esquinas para acoger faroles), varios habían sido robados y los otros se almacenaron en la casa de Gobierno[63]. El gobernador de la ciudadela había propuesto en 1821 vender estas piezas porque "de nada sirven", pero afortunadamente su propuesta no prosperó y quedaron guardadas en un almacén para que no hubiera más robos[64].

DETERIORO Y OBRAS DE CONSOLIDACIÓN EN LA CASA REAL

Los reparos que necesitaba la Alhambra tras al guerra eran inmensos, pero hubo que esperar al verano de 1818 para que se realizara una campaña de obras que, según el gobernador Ignacio Montilla, dio "alguna decencia y seguridad a este Real Sitio", un "monumento de antigüedad y digno de un monarca como el de España, y admiración de todas las naciones". Las obras no afectaron en principio a la Casa Real, sino que sólo buscaron consolidar algunas torres y reforzar puertas de lo que seguía siendo una ciudadela militar, además de mejorar el abastecimiento de agua[65]. Dos años después, el maestro mayor de obras José de Salas acometía modestos reparos en la techumbre del patio de los Leones, lo que no dejaba de ser una gota en un océano de necesidades[66]. El gobernador elevaría algunos lamentos al Real Patrimonio, pero nada más se hizo por frenar un deterioro que conducía a la ruina.

La situación llegó a un límite extremo el 28 de julio de 1822, cuando varios terremotos sacudieron la ciudad. De inmediato, el maestro cerrajero José López y el maestro carpintero José Linares reconocieron la Casa Real y comprobaron que la torre de Comares había sufrido el desprendimiento de estucos y daños en sus ventanas, y que había síntomas de ruina en uno de los cenadores del patio de los Leones[67].

Para el patio de los Leones determinaron la urgencia de asegurar con tirantes de hierro las columnatas y uno de los pabellones, mientras que para el conjunto de la Casa Real recomendaron la reparación de los tejados y carpinterías. En el salón de Comares se colocaron algunas de las yeserías desprendidas, entre las que había inscripciones que los restauradores, en su ignorancia de la lengua árabe, colocaron invertidas[68].

Cuando el nuevo gobernador Francisco de Sales Serna tomó posesión del cargo en 1827 llamó de inmediato para que reconocieran el palacio a los maestros de obras José de Salas y Antonio Agustín Garrido. Éstos señalaron que los tejados de la Casa Real llevan sin tocarse muchos años y hay serios problemas en algunos. Es alarmante el estado de la armadura de la entrada a la sala de los Embajadores, que tiene hundimientos por podredumbre de algunas maderas y una columna desviada de su eje; también la armadura situada a oriente del patio de los Arrayanes se halla completamente vencida y amenaza las bóvedas de los baños; además, en uno de los ángulos del patio de los Leones hay un hundimiento y las goteras están presentes en todas las estancias de la Casa Real. Entre octubre y enero del año siguiente José de Salas acometió este problema, sin duda el más urgente, con una cuadrilla de una docena de trabajadores[69].

En febrero de 1828 un nuevo oficio habla de las obras de restauración que es necesario hacer en la Casa Real: "hay varios departamentos en ella tanto de habitaciones como de jardines que necesitan de obra muy urgente, pues la inquria de los tiempos, los continuados y fuertes terremotos y finalmente el abandono escandaloso en que tanto tiempo se la ha tenido lo reclaman imperiosamente". En el oficio se expresa el deseo de que "este hermoso y desgraciado Sitio" se convierta en un lugar "de aspecto floreciente y agradable cual su hermosa posición promete"[70].

64
En 1843, Lafuente Alcántara recogió la noticia con más detalle en su guía: "las aldabas y manillas de bronce que alternativamente estaban clavadas para mayor adorno, figurando columnas dóricas... habiendo desaparecido algunas de estas piezas, fue necesario quitar las restantes, que se custodian en un cuarto del palacio árabe . . . En cada una de las esquinas del edificio había clavadas en el muro unas manos de bronce colosales, preparadas para recibir el perno de un pescante, del cual penderían faroles que alumbrasen. Fueron arrancadas como los manillones de que ya hemos hecho mención" (Lafuente Alcántara 132, 138). Véase también Rosenthal (65-66).

65
AGP, 10757/8 y fondo Fernando VII, 282/7.

66
AHA, 191-3.

67
AHA: 241-33.

68
Medio siglo después escribió Rafael Contreras: "En la reparación de las almatrayas de sus paredes, hacia 1829, invirtieron algunas inscripciones de los cuadros de las puertas grandes, cortándolas por medio para colocarlas de nuevo, lo cual tenemos proyectado corregir con otros accesorios de la misma época" (221).

69
AGP, 10759 y AHA: 227-1-10 y 228-16.

70
AHA: 191-3 y 227-1-15.

Para afrontar estos retos el nuevo gobernador se encuentra con sólo 2.000 reales y una administración que es un "torrente de insubordinación y de anarquía". Eleva peticiones de recursos al real patrimonio y logra algunos fondos con los que iniciar una campaña de trabajos en la primavera y el verano de 1828, durante la cual los maestros de obras antes citados hacen reparaciones en la totalidad de la Casa Real por un importe de 5.596 reales, menos de la mitad de lo presupuestado como imprescindible. Según los maestros "puede decirse que se ha salvado el edificio de una tan próxima e inevitable ruina, cual toda esta capital la temía", pero es necesario emprender nuevos trabajos dado que "son muchos los parages del edificio que exigen repararse con urgencia, y cuyo pormenor no es fácil marcarlo en un presupuesto, pues cuando se cree concluido el reconocimiento aparecen nuevos daños y ruinas que sólo se descubren al tiempo de ir obrando"[71].

Además del arreglo de los tejados y otras obras de consolidación en 1828, se expulsa del palacio a "las familias andrajosas que por via de caridad de los anteriores gobernadores lo habitaban" y se limpia la capilla establecida en el Mexuar, que estaba "convertida en deposito de efectos y armas inutiles de la extinguida compañia de Imbalidos"[72]. En febrero de 1829 el veedor-contador afirma que la Alhambra "casi abandonada principia a renacer y su Gobernador a contribuir del modo que puede a fomentar dicho entusiasmo". Añade con moderno criterio que la restauración del monumento interesa a "la Ciudad de Granada, y toda la Nación, porque es depositario de lo que sirve de admiración a todo estrangero"[73]. En efecto, el número de visitantes del recinto crece a la par que éste se adecenta. En otoño escribe el veedor-contador embargado de optimismo:

> Actualmente están dos Italianos copiando con el mayor cuidado y primor los admirables restos, que aun se conservan, exclamando que no hay en toda Europa, monumentos mas grandes ni vistas mas pintorescas que las de este Sitio, y si diez y nueve meses de cuidado, le han hecho tomar un semblante de vida y de esperanza ¿qué no podrá prometerse de la continuacion de estos mismos afanes y de los arvitrios que el Rey Nuestro Señor se digne consignar? Puede asegurarse, que con tales elementos quatro años bastarian para que la Alhambra tubiese la dicha de ver dentro de sus muros a nuestros Soberanos y Real familia, sin que hechasen de menos los hermosos Sitios que circundan la Corte.[74]

El aumento de visitantes que recibe la Alhambra llevó a elaborar un sencillo reglamento para regular el acceso al recinto, el primero de la época contemporánea y que es aprobado por el real patrimonio con algunos cambios en el verano de 1828. Este reglamento además de establecer un horario de visitas y una tarifa para la entrada al palacio, obliga a mantener aseada la Casa Real y a que se supervise periódicamente su estado de conservación[75]. Un año después el propio gobernador se saltará el reglamento aprobado al permitir al escritor Washington Irving instalarse a vivir en el palacio. El norteamericano pagó de su bolsillo el arreglo de las habitaciones que hoy llevan su nombre[76]. Dos años después, Richard Ford haría lo propio: "Me encuentro ocupadísimo aquí arriba, con

71
AHA: 227-1-2 y 19 y AGP, 10759/12 y 10938/5 y 9.

72
También se hacen reparaciones en el patio de Machuca. El responsable de las obras es siempre José de Salas. AGP, Reinados, fondo Fernando VII, 290-1 y AHA, 191-3.

73
AHA: 227-1-3.

74
AGP, Reinados, fondo Fernando VII, 290-1.

75
Lo elaboró el veedor-contador. AGP, 10759/19 y AHA, 203-5.

76
Según cuenta en una carta fechada el 9 de mayo de 1829 el gobernador le ofreció alojarse en sus dependencias sitas sobre el Mexuar o capilla. En ellas permaneció hasta que el 12 de junio se traslada a las antiguas habitaciones castellanas sitas junto al jardín de Lindaraja, después de que Matías Jiménez hiciera unos sencillos arreglos en sus puertas y ventanas. (Cartas 91, 109, 113).

una hueste de pintores y carpinteros, acondicionando la parte de la Alhambra que me ha cedido el Alcaide, tarea nada sencilla"[77].

El 22 de julio de 1830, el Real Patrimonio da un importante paso adelante en la reparación de la Alhambra cuando acuerda entregar al gobernador 50.000 reales anuales y asignarle para las obras una brigada de 50 confinados[78]. Es todo un triunfo personal de Francisco de Sales Serna, que con su buena administración y perseverancia ha conseguido ganarse el respeto en Madrid. En fin, todo esto demuestra que hay una decidida voluntad de restaurar la Alhambra antes de que Washington Irving denuncie en sus escritos el estado de ruina del monumento.

No obstante, la fama del libro de Irving y las denuncias de otros viajeros animarán a continuar la línea de conservación iniciada en 1827, porque, como el propio norteamericano escribió, "los españoles aprecian mucho la buena opinión de los extranjeros sobre todo lo español" (Cartas 86). y el acentuado deterioro de la Alhambra era una fuente de desprestigio. En Granada no se olvidaría el servicio prestado por los Cuentos de la Alhambra, como puede verse en esta cita de 1884 extraída del principal periódico que se publicaba entonces en la ciudad:

> En lo que va de siglo, fue fortaleza en tiempo de los franceses . . . ; después, sirvió para todo, la habitó quien quiso, hasta gitanos, y gracias al patriotismo de algunos y a los clamores del ilustre americano Washington Irving, se pensó en conservar aquellos novilísimos restos"[79].

77
Añade escéptico: "Puedo asegurarle que con el tiempo, los franceses y los bárbaros españoles, este encantador lugar se irá por donde se van todas las cosas de España". Carta a Addington fechada el 7 de junio de 1831, (Ford 129).

78
AHA, 131-1, 203-4 y 233-1.

79
El Defensor de Granada, 22 de julio de 1884.

OBRAS CITADAS

Barrios Rozúa, Juan Manuel. "El convento de San Francisco de la Alhambra: de cenobio a ruina romántica." Reales Sitios 168 (2006): 36-51.

Benavides y Fernández Navarrete, Antonio. "Álbum de Granada: La Alhambra vista por un político del siglo XIX." Cuadernos de la Alhambra 7 (1971): 85-109.

Contreras, Rafael. Estudio descriptivo de los monumentos árabes de Granada, Sevilla y Córdoba, o sea la Alhambra, el Alcázar y la Gran Mezquita de Occidente. Madrid: Imprenta y Litografía de A. Rodero, 1875.

Ford, Richard. Granada. Escritos con dibujos inéditos. Prólogo de Alfonso Gámir Sandoval. Granada: Patronato de la Alhambra y el Generalife, 1955.

Gautier, Théophile. Viaje por España. Prólogo de Manuel Vázquez Montalbán. Barcelona: Taifa, 1985.

Gurpegui, Antonio. Estudio preliminar a Cuentos De La Alhambra, de Washington Irving. Madrid: Cátedra, 2001.

Irving, Washington. Cartas desde la Alhambra. Prólogo de Antonio Garnica Silva. Córdoba: Almuzara, 2009.

---. Cuentos de la Alhambra. Granada: Editorial Padre Suárez, 1965.

Lafuente Alcántara, Miguel. El libro del viajero en Granada. Madrid: Imprenta D. Luis García, 1850. Edición facsímil. Granada: Editorial Don Quijote, 1981.

López-Burgos, María Antonia. Granada. Relatos de viajeros ingleses. 3 vols. 1 (1802-1830), 2 (1830-1843) y 3 (1843-1850). Melbourne: Australis Publishers 2000.

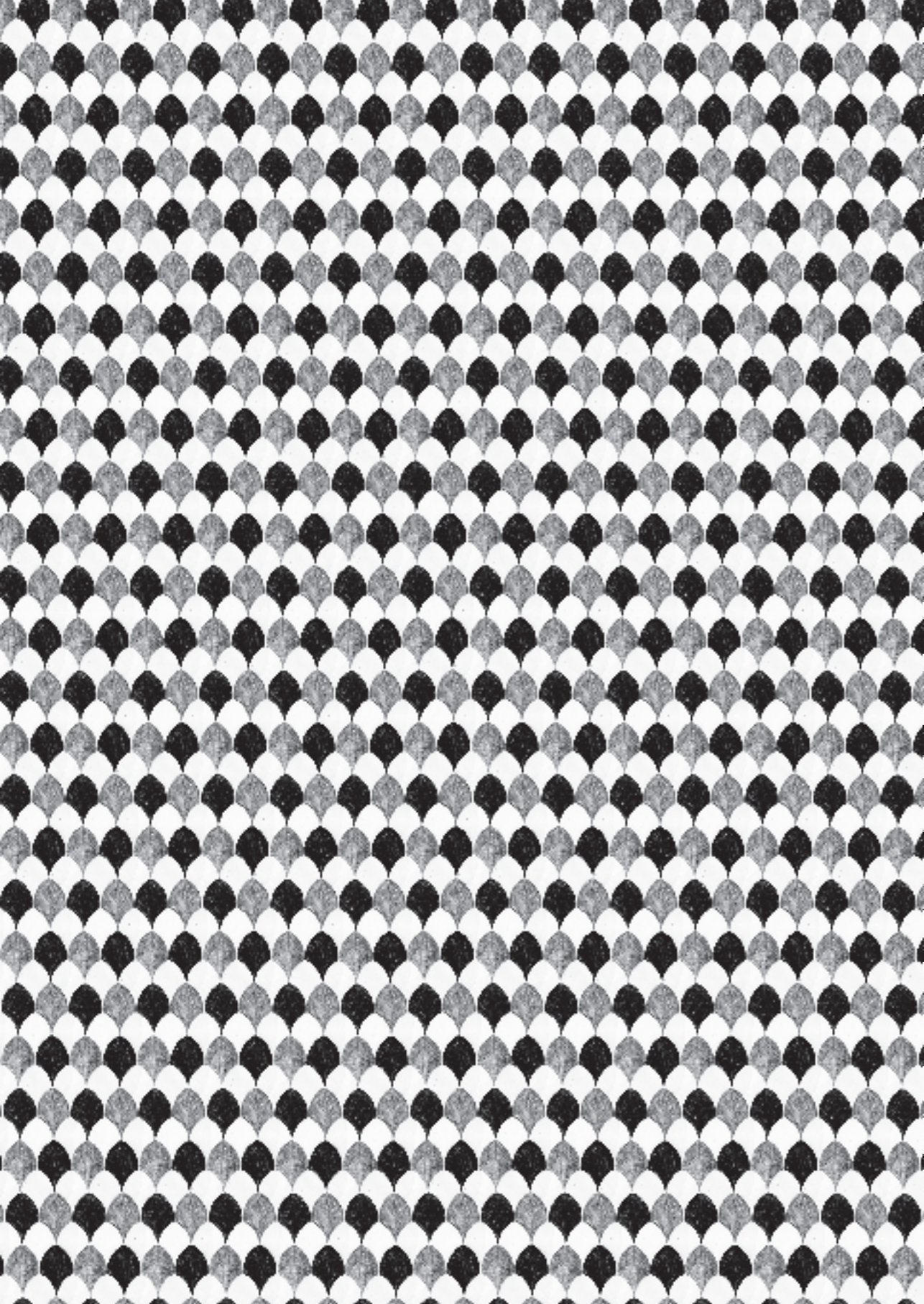
Morales Souvirón, Francisco. "Cartas de Washington Irving desde la Alhambra", en Washington Irving (1859-1959). Granada: Universidad de Granada, 1960, 87-117.

Rosenthal, Earl E. El palacio de Carlos V en Granada. Madrid: Alianza Editorial, 1988.

Valladar y Serrano, Francisco de Paula. Guía de Granada. Historia, descripciones, artes, costumbres, investigaciones arqueológicas, Granada: Paulino Ventura Traveset, 1906. Edición facsímil. con introducción de Barrios Rozúa, Juan Manuel, Editorial Universidad, 2000.

Villafranca Jiménez, María del Mar y otros. Washington Irving y la Alhambra 1859-2009. Catálogo de la Exposición. Granada: Patronato de la Alhambra y el Generalife, 2009.

Villoria Prieto, Javier. Traducción y manipulación: versiones españolas de las obras de Washington Irving en el siglo XIX. León: Universidad de León, 2000.



IX

EL ROMANTICISMO DE WASHINGTON IRVING

Cristina Viñes Millet

IX

> La vida de Washington Irving transcurre por completo dentro del gran momento del romanticismo norteamericano, que, dotado, de optimismo, individualismo y amor a la naturaleza, iba a dar también riendas sueltas al sentimiento y a la imaginación. (Morales Padrón 55)

Nacido en 1783 en Nueva York –donde sus padres, oriundos de Inglaterra y Escocia, se establecieron–, Irving fue el menor de una larga familia dedicada a los negocios. Desde bien temprano gustó de la lectura y, a pesar de cursar estudios de Derecho, su verdadera vocación fue literaria y viajera, centrando sus miradas en el viejo continente, como él mismo hará constar en algún momento:

> Ardo en deseos de recorrer sus lugares famosos –afirma–, de hollar el polvo de las primeras edades, de pasear mis locos sueños entre las ruinas de un castillo o los restos de una torre y de sustraerme, en fin, a las realidades del presente para perderme en las imaginarias grandezas del pasado. (Méndez Herrera 12)

Su delicada salud le permitió cumplir sus deseos en 1804 –cuando ronda los veinte años–, al emprender un largo periplo en el que visita Francia, Suiza, Holanda, Inglaterra, Alemania e Italia. No cabe dudar que este primer contacto con países de antigua y rica cultura iba a resultar importante en la futura trayectoria de este joven alegre, buen observador de los hombres y curioso por penetrar en un mundo que le parece diferente. Como se ha dicho, fue el suyo un viaje sentimental a lo Sterne, en el que "la sensibilidad, las reminiscencias y las comparaciones que se desprenden de las cartas y diarios irvingianos están llenos de ese romanticismo que ciñe a Europa como la escuadra inglesa los dominios napoleónicos, sin asaltarla aún" (Soria 129).

Romántico en ciernes, Irving comenzará a perfilar este rasgo a raíz de su segunda estancia europea, iniciada el mismo año en que la batalla de Waterloo apagaba definitivamente la estrella de Bonaparte. Es entonces cuando estrecha su relación con Walter Scott, creador de nuevas formas literarias, cuyo influjo acrecienta el gusto innato por lo pintoresco y la atracción por el pasado. Inglaterra, a la que, como sabemos, le unen raíces familiares, le inspira relatos evocadores del ayer, de antiguas tradiciones y costumbres que, con posterioridad, trasladará también a su solar americano. Esta experiencia ha sido resumida por uno de los estudiosos de su obra con las siguientes palabras: "Ha sido el contacto con las corrientes literarias europeas y su historia lo que hizo de catalizador de un anhelo juvenil de Irving, que se había distinguido desde su adolescencia por un amor a las cosas pasadas, a la naturaleza y al escenario rural" (Ynduráin 19).

Sus viajes de este momento, que incluyen nuevamente Francia o Alemania, están en el origen de Tales of a Traveller, que ve la luz en 1824. Es un libro que resulta sumamente interesante, no sólo por su contenido sino, fundamentalmente, por la valoración que el autor hace del mismo:

> Para otros cuentos contenidos en esta obra y en general para todos los míos, puedo hacer una observación: soy un inveterado viajero, he leído algo, visto y oído más y soñado mucho más. Mi cabeza está, pues, henchida de toda especie de cosas raras y sabidas. Al viajar, estos heterogéneos materiales se revuelven en mi imaginación como los artículos de una revuelta valija, de tal modo que, cuando trato de extraer un hecho, no puedo determinar si lo he leído, me lo han contado o lo he soñado, y siempre fallo en saber qué es lo que he de creer de mis propias historias (Soria 133-4).

1824 es el año en que aprende español sobre textos clásicos de Cervantes o Calderón. Pero el interés por nuestro país en su vertiente histórico-literaria viene de más atrás, según sus propias palabras. "No conozco nada que me deleite más que la literatura española antigua...La literatura española, participa del carácter de su historia y de su pueblo: tiene un brillo oriental. La mezcla de ardor, magnificencia y romance árabes con la antigua dignidad y orgullo castellano" (Ynduráin 27-8). Antigua es también la sugestión que Granada ejerce sobre él y, para avalarlo, contamos igualmente con su testimonio:

> Desde que en mi lejana infancia, a orillas del Hudson, recorrí por primera vez las páginas de la vieja y caballeresca historia apócrifa de Ginés Pérez de Hita sobre las guerras civiles de Granada y las luchas de sus valientes caballeros Zegríes y Abencerrajes, fue siempre esta ciudad objeto que despertó mis sueños. (cit. en Villa-Real, Homenaje 113)

No es extraño, por tanto, que en ella ambientara El estudiante de Salamanca, primero de sus relatos hispanos, desarrollado en tiempo de los Austrias. Historia de románticos amores con final feliz y plagada de tópicos al uso, constituye sin embargo un precedente no desdeñable. A pesar de que todavía por entonces su mente está repleta de imágenes que le han proporcionado sus lecturas de Pérez de Hita o de Florián –autores cuya valoración modificará radicalmente con el tiempo, como comprobaremos– y al margen de estereotipos y evidentes errores, Irving supo plasmar en este cuento viñetas de intenso colorido no carentes de verosimilitud[1].

1
La primera parte de las guerras civiles de Granada la publicó Ginés Pérez de Hita en 1595, bajo el título Historia de los vandos de Zegríes y Abencerrajes, caballeros moros de Granada. La obra –novela antes que historia– tuvo un éxito evidente y persistente, como evidencian las diversas ediciones de la misma y su traducción al francés, donde propició la moda morisca. Como ha señalado Ma Soledad Carrasco, este libro deleitó a los neoclásicos, descubriendo en él el romanticismo nuevos valores estéticos. En 1791 Jean Pierre Claris de Florian daba a la imprenta Gonzalo de Córdoba o la conquista de Granada, que igualmente gozó de un rápido y rotundo éxito, multiplicándose las reediciones a lo largo de toda la primera mitad del siglo XIX.

Ignoro en qué momento concreto pudo plantearse la posibilidad de visitar España. Sí es sabido que fue el embajador de su país, Alexander H. Everett, quien le abrió sus puertas, al proponerle la traducción al inglés de los documentos sobre viajes y descubrimientos españoles recopilados por Fernández de Navarrete. Así, en los primeros días de marzo de 1826, emprende un viaje que iba a ser fundamental en su producción. Cuando llega, en su cabeza se entremezclan, como piezas de un increíble puzzle, "el aliento heroico de los conquistadores, la epicidad de la lucha contra los infieles y la reciente presencia, tan gallarda, en la derrota de Napoleón". Instalado en Madrid, se apresta a una tarea que no termina de satisfacerle. El trabajo que le ha sido encomendado le resulta lento, monótono y acabará por abandonarlo. Pero, en contrapartida, la lectura de aquellos antiguos papeles tiene la virtud de poner ante sus ojos una epopeya que le parece fascinante.

Comienza así la labor que iba a merecerle el calificativo de primer hispanista norteamericano. En ella, la figura de Cristóbal Colón y de sus compañeros en aquella fantástica aventura, resulta de mención obligada. Pero hay algo más que interesa puntualizar. Al adentrarse en la vida y en las circunstancias que rodearon al futuro almirante, irremediablemente tuvo que situarse nuevamente ante las puertas de Granada, aunque ahora lo hiciera de forma diferente. Comprobó sorprendido que la realidad histórica superaba a la ficción literaria. Tan intensa fue su emoción –se ha dicho– "al trabar conocimiento de primera mano con la contienda caballeresca desarrollada en torno a Granada, que no pudo volver con compostura al trabajo más monótono de su biografía (de Colón) hasta haber hilvanado una historia de la conquista" (Carrasco Urgoiti 239).

La Crónica de la conquista de Granada aparece como un manuscrito debido a Fray Antonio Agápida, guiño que hace recordar al Cide Hamete Benengeli creado por Cervantes en el Quijote. Irving siempre defendió la autenticidad de lo narrado en ella, y lo cierto es que para elaborarla se documentó sólidamente, manejando las obras de Valera, Palencia, Pulgar, Bernáldez o Mariana. Ello no impide, sin embargo, que en el relato introduzca incidentes pseudo-novelescos o deje volar su fantasía en tal o cual momento[2]. Veámoslo en esta descripción, que viene a ser culminación del mismo, en la que narra la entrada de los Reyes Católicos en la ciudad y en la Alhambra:

> Terminadas las ceremonias religiosas, la Corte subió con gran boato al palacio de la Alhambra, entrando por la gran puerta de la Justicia. En sus salones, hasta entonces ocupados por los turbantes de los infieles, crujían ahora los sedosos trajes de las elegantes damas de la Corte cristiana, quienes hallábanse maravilladas, con ávida curiosidad por escudriñar aquel afamado palacio, admirar sus frescos patios y borboteantes fuentes, sus aposentos decorados con elegantes arabescos e históricas inscripciones, así como la magnificencia interior de sus doradas y policromadas cúpulas. (Crónica 520-1)

Pero es que, según la interpretación de Irving, ello no supone menoscabo alguno del rigor exigible. Muy al contrario, como dirá en otro momento, es necesario obviar

> todas las maravillas y desenfrenos de esta parte de la historia de España y juzgarla con el mismo patrón de probabilidad apropiado para otros países más insensibles y prosaicos, sería desechar algunas de sus más bellas e instructivas características nacionales. España es virtualmente una tierra de poesía y romance, en donde a diario se participa de alguna aventura, y la menor agitación o estímulo conduce a pasmosas empresas y arriesgadas hazañas. (Leyendas 14)

Al aproximarse a las fuentes fue capaz de discernir el auténtico valor de aquellas guerras civiles que tan hondamente le fascinaban. El rechazo ante algunas de las afirmaciones en ellas vertidas es inmediato y muy duro su juicio:

> El origen de tales fábulas –argumenta airado– parte de una obra muy popular, las guerras civiles de Granada que contiene la supuesta historia de las rivalidades entre los Zegríes y Abencerrajes durante la última lucha del imperio morisco. Este trabajo apareció últimamente en español, indicando ser traducción del árabe, por un tal Ginés Pérez de Hita, vecino de Murcia; después fue vertido a varias lenguas, y Florian tomó mucho de él para la fábula de su Gonzalo de Córdoba; de este modo se ha desautorizado en gran parte la verdadera historia siendo aquel libro tenido como verídico por el pueblo y por la gente rústica de Granada. Sin embargo, el contenido de éste es un tejido de falsedades zurcidas con acontecimientos auténticos que le dan al todo cierto carácter de veracidad. Lleva en sí mismo, además, el sello interno de su falsedad; los usos y costumbres de los moros están descritos de un modo extravagante; las escenas que presenta son del todo incompatibles con sus hábitos y religión, y no es posible que

2 Ese carácter histórico-literario que quiso infundirle encajaba perfectamente en el espíritu de la época, como se manifiesta en estas frases. "No hay descripción que pueda proporcionar al lector una idea sobre la Alhambra de Granada. No son únicamente los patios, los salones y las fuentes, los factores que excitan el interés del viajero. A cada uno de ellos se asocia alguna tradición histórica o romántica y el visitante, que pueda disfrutar de horas o de días entre las espléndidas reliquias del imperio moro, deberá prepararse mediante una lectura del delicioso trabajo Crónica de la conquista de Granada. Allí encontrará miles de escenas excitantes, románticas y tiernas, que pueblan la Alhambra de recuerdos tan interesantes como pueden proporcionárselos, las pasiones y los afectos humanos" (Inglis 46).

> puedan ser de tal modo referidos por ningún escritor mahometano... Creo francamente que hay un fondo criminal en las premeditadas falsedades de la obra. (Cuentos de la Alhambra, Espasa-Calpe 58)

Me detengo en este trabajo para destacar la minuciosa descripción que de Granada plasma Irving:

> En el centro del reino que lleva su nombre, al que protegen altas montañas que encierran ricos valles, y al abrigo de Sierra Nevada, se alza la capital sobre dos colinas fronteras. Corona una la al que protegen altas montañas que encierran ricos valles Alhambra. Se apiñan en la otra multitud de casas con patios donde florece el granado, el limonero y el naranjo. A sus pies, rodeándola, la hermosa vega, vasto y delicioso jardín surcado de innumerables riachuelos. No es de extrañar que a los hijos de Mahoma que llegaron hasta ese lugar les semejara el paraíso, puesto por el Profeta en esta tierra para recompensarles.

La cosa no tendría nada de reseñable si no fuera porque cuando escribe esto, casi con toda seguridad no ha tenido la oportunidad de conocer todavía la realidad que así describe.

La Crónica, junto con las Leyendas de la conquista de España, marca un punto de inflexión en su obra. No busquemos en ellas el rigor del historiador profesional, porque entonces no entenderíamos su íntimo sentido y el impulso con el que fueron concebidas, tal como señala Baez Díaz:

> Su valor no se funda en el terreno histórico, sino en el literario, que es donde triunfa Washington Irving. Sus dotes de narrador interesante, pintoresco, evocador mágico de pretéritas edades, son las que le han hecho inmortal y digno de ser conocido de los amantes de la literatura. (Báez Díaz 11)

Afirmaciones que comparto, pero que, posiblemente, no hubieran satisfecho al autor, para quien siempre fue Granada la ciudad de romántica historia.

La Crónica de la conquista de Granada sale a la calle en 1829, simultáneamente en Filadelfia y Londres. Ese mismo año Irving se instala en los palacios nazaríes de la colina roja para una larga estancia, de la que iban a salir los Cuentos de la Alhambra, su libro más conocido y divulgado. Pero esta es cuestión sobre la que merece hacer un poco de historia. Cuando nuestro personaje decide abandonar Madrid para trasladarse a Andalucía corre ya el año 1828. El 8 de marzo, tras una escala en Córdoba, llegaba a Granada, hospedándose en la fonda del Comercio. Diez días iba a permanecer en esta ciudad. Los suficientes para ratificar la fascinación que por ella sentía. Para conocer las impresiones experimentadas en ese primer encuentro es necesario acudir a su correspondencia, editada después de su muerte por su sobrino Pierre (1862), y fundamentalmente a una carta que fecha el 15 de marzo y dirige a Antoinette Bollviller. Larga carta en la que, tras describir el viaje con detalle, exclama incontenible:

> ¡Pero Granada, la bellísima Granada! Imagínese cuál debió ser nuestra alegría cuando después de pasar el famoso puente de Pinos, escenario de sangrientos encuentros entre Moros y Cristianos y notable por haber sido el lugar donde fue alcanzado Colón por un mensajero de la reina Isabel, divisamos Granada con su Alhambra, sus torres y sus

> nevadas montañas; todo aparecía ante nuestra vista. El sol poniente lucía majestuosamente en sus torres de color bermejo a medida que nos acercábamos y daba un suave tono al paisaje de la vega; un mágico resplandor lucía sobre este lugar tan celebrado por la poesía. (Morales Souvirón 95)

Días pasados recorriendo la ciudad y su entorno, sumergiéndose en ese verdor que lo inunda todo, dice:

> Hay como una embriaguez al contemplar estos paisajes en esta estación única en el año. Toda la naturaleza rebosa nueva vida y ofrece las primicias de la lozana primavera, los almendros en flor, la higuera comienza a germinar y a despuntar las nuevas hojas. La belleza de la estación ha empezado a mostrarse en su plenitud, prometiéndonos, sin embargo, ulteriores frutos en los meses venideros. ¡Santo cielo, después de haber pasado dos años en los baldíos calcinados de Castilla, ser libertado para vagar libremente en este país de ensueño! (Morales Souvirón 95)

Pero son, sin duda, la Alhambra y el Generalife los que despiertan su mayor entusiasmo con sus ornamentados muros, el murmullo de las fuentes y la frescura del agua, las galerías abiertas a la brisa de la sierra y desde las que se domina el valle del Darro y la dilatada llanura de la vega. Al transitar por sus salas intenta conjurar la sombra de Boabdil, la de su bella reina, las de los caballeros Gomeres y Abencerrajes. Vaga por caminillos y veredas buscando los lugares que fueron señalados por la historia. Pregunta. Inquiere. Un anciano que vive en una chabola cerca de las ruinas de la torre de Siete Suelos, volada por los franceses, le habla de su tapiada puerta, le revela secretos y supersticiones que corren entre las gentes humildes que pueblan la ciudadela y que se refieren a fabulosos tesoros enterrados y misteriosas apariciones. Él mismo le ha enseñado el camino por el que descendió el último monarca moro y la pequeña ermita –antiguo morabito– donde la tradición señala que tuvo lugar su encuentro con los Reyes Católicos.

A la caída de la tarde se ha sentado en el patio de los Leones para escribir esa misiva, que concluye de esta manera:

> Ya el sol se ha puesto; las salas contiguas a este patio se tornan oscuras y el murciélago revolotea sobre mí en lugar de los pájaros que en otro tiempo debieron alegrar este recinto con sus trinos. He cumplido mi promesa, escribiendo desde la Alhambra. Que indignas estas pobres líneas de este lugar... Cogeré para usted una flor de este patio, antes de marchar, y la encerraré en esta carta para así compensar la ausencia de flores en mi estilo. (Morales Souvirón 99-100)

Testimonio fundamental, en el que prefigura lo que a poco tardar iban a ser los Cuentos. Sobre el romanticismo ya asumido por Irving, Andalucía en general y Granada en forma muy concreta iban a actuar de detonantes. Posiblemente, como escribiera Fernández Almagro, porque no era ésta ciudad

> donde los románticos tuviesen que rebuscar los temas propios del nuevo gusto, ni siquiera los pretextos para que la fantasía actuase: tan pródiga siempre es Granada en sugestiones literarias de cualquier género y estilo ... Cabe presumir que el romanticismo tuvo en Francia mucho de abstracción estética y producto de escuela, mientras que en España, y en Granada por modo típico, el romanticismo vino a señalar y denominar

> realidades que se imponían por su propia evidencia, en las letras, en las artes, en la topografía, en múltiples formas de vida. (Fernández Almagro 60)

El 18 de marzo parte con destino a Sevilla, cuyos archivos le interesa consultar recabando la información que precisa para el libro sobre Colón y también para la Crónica y las Leyendas. Como vemos, diversos son los trabajos que tiene entre las manos, pero que no le van a impedir ese rato de relación y de tertulia con el que disfruta. Hombre "fino, cortés, amable, gracioso, dulce (que) igualaba socialmente a los más refinados europeos" (Ynduráin 51), no le iba a costar enlazar amistades, alguna particularmente interesante para el tema que nos ocupa. Es el caso del hispanista alemán Nicolás Böhl de Faber y de su hija Cecilia, que adoptaría literariamente el nombre de Fernán Caballero. Interesados ambos por el folclore y lo popular, el contacto mantenido con ellos en Sevilla y en el Puerto resultó al escritor norteamericano incentivo importante para ese libro que estaba a punto de acometer y al que vamos a dedicar nuestra atención en forma inmediata:

> En la primavera de 1829, el autor de esta obra, a quien la curiosidad habíale llevado a España, realizó una andariega excursión de Sevilla a Granada, en compañía de un amigo, miembro de la Embajada rusa en Madrid. La casualidad nos había unido desde lejanas regiones del globo, y una analogía de gustos nos indujo a vagar juntos por los románticos montes de Andalucía (Cuentos, Aguilar 27-8).

Así da comienzo a los Cuentos de la Alhambra, dedicando el primer capítulo a narrar el viaje realizado con el príncipe Dolgoruki, que es el amigo que le acompaña. Excelentes páginas literarias, en las que refleja fielmente sus impresiones sobre nuestro país y sus gentes, en ellas encontramos una temprana valoración del paisaje de la Meseta que –a despecho de lo que pudiera decir en algún momento– describe en esta forma. Hay algo "en los severos y sencillos rasgos del paisaje español que llena el alma de un sentimiento de sublimidad. Las inmensas llanuras de las dos Castillas y de la Mancha, que se extienden hasta donde la vista alcanza, despiertan interés por su propia desnudez e inmensidad, y poseen, en cierto modo, la grandeza solemne del Océano". Para añadir poco más adelante: "desde que he visto el suelo donde mora, me parece comprender mejor al español altivo, fuerte, frugal y sobrio, que desafía virilmente las penalidades y desprecia las complacencias afeminadas" (Cuentos, Aguilar 29). Siempre consideró Irving, y así lo dejó escrito, que esos valores propios de la raza es entre el pueblo llano donde se muestran más visibles. Gentes humildes, sí, pero dotadas de rara inteligencia natural y de innegable cortesía. Ejemplo de ello el joven que les sirvió de guía, al que dedica elogiosas palabras y al que quiso llamar Sancho, nombre aceptado gustosamente por el interesado.

Atentos sus ojos a cuanto le rodea, deja vagar libremente su mente por el terreno de la sugestión que le suscita lo que contempla. Dejémosle, una vez más, la palabra.

> El antiguo reino de Granada en el que estábamos a punto de penetrar es una de las regiones más montañosas de España. Vastas sierras desnudas de árboles o arbustos y veteadas de abigarrados mármoles y granitos alzan sus quemadas crestas hasta el intenso azul del cielo; mas en sus fragosos senos yacen sumidos verdeantes y fértiles valles, en donde páramo y jardín luchan por dominarse, y hasta la misma roca dijérase obligada a hacer brotar la higuera, el naranjo y el limonero y a florecer con el mirto y la rosa. En los agrestes pasos de estas montañas, el espectáculo de las ciudades y aldeas amuralladas, construidas, como nidos de águilas, entre los riscos y rodeadas de creste-

> rías moras o de ruinosos torreones encaramados en los encumbrados picos, nos hace retroceder con la imaginación a los días caballerescos de la guerra entre cristianos y musulmanes y a la lucha romántica por la conquista de Granada. (Cuentos Aguilar 33)

Así va a ser para él. Antequera es la antigua ciudad de renombre guerrero, en la que –sin embargo– no deja de observar que los viejos aún usan la montera, corriente no hace mucho en toda España, mientras las mujeres lucen mantillas y basquiñas. Archidona, donde, según le contó un lugareño, permanece enterrado un rico tesoro bajo las ruinas del antiguo castillo moro. Loja, llave de Granada, agrestemente pintoresca al amparo de lo que fuera en otros tiempos altivo alcázar. El Soto de Roma, delicioso con sus frescas brisas y exuberante vegetación. Desde él, en la lejanía, pudo contemplar nuevamente la silueta de Granada, coronada por las rojizas torres de la Alhambra y tendida al pie de las blancas cumbres de Sierra Nevada.

No es necesario intuir los sentimientos que le embargaban en ese reencuentro porque, al respecto, se muestra tan explícito como suele ser habitual en él. Lugar de peregrinación le parece, envuelto en leyendas y tradiciones, en cantares y en romances, en hechos de guerra y en lances de amor. Pero lugar también de realidades que iría descubriendo en el paso de los días y de las que había de dejar vivas escenas, difícilmente superables. Es esa mezcla de observación y fantasía lo que iba a conferir a su relato un encanto innegable.

> Maravillosa Andalucía de los románticos! Irving la ve con los mismos ojos de los pintores y grabadores de su tiempo, hoy tan en boga. Exageran un poco la altura de las montañas, la pendiente de los precipicios o la desolación de los páramos; aborrascan los cielos un tantico demasiadamente. Pero luego, aunque en escala reducida, alegran los detalles y saben pintar con nitidez el rojo de los jaeces de los burros o el verde de las graciosas basquiñas; fiestas de color donde sólo son negros los trajes de los viejos, los ojos de las mozas y las patillas de los galanes. (García Gómez 35)

Durante su estancia en Granada iba a disfrutar Irving, junto con Dolgoruki, de un raro privilegio: habitar en los propios alcázares, en estancias dedicadas a residencia de los gobernadores, vacías desde que éstos decidieran trasladarse a vivir en la ciudad.

> Al alojarme en la Alhambra –dice– me arreglaron una serie de habitaciones de arquitectura moderna. Estaban frente del palacio, mirando hacia la explanada de los Aljibes. Por estos departamentos se sale a un ángulo de la torre de Comares, atravesando un estrecho corredor y una oscura escalera de caracol, pasando la cual y abriendo una puertecilla, se queda uno sorprendido al salir a la brillante antecámara del salón de Embajadores" (Cuentos, Espasa Calpe 64).

Contiguos a estos aposentos se encontraban los de Antonia Molina encargada de la vigilancia y cuidado de los palacios. Vivían con ella dos sobrinos, Manuel y Dolores una robusta joven de ojos negros. La tía Antonia y Dolores se encargarían también de cuidar a nuestro viajero, que pronto quedó solo al partir Dolgoruki, reclamado por sus obligaciones (Viñes Millet, 2008, 9-15).

Instalación provisional tan sólo ya que –como sigue narrando– no se encontraba totalmente satisfecho, deseando mudarse al interior de los palacios.

> Paseábame cierto día por los salones moriscos, cuando encontré junto a una apartada galería una puerta que no había notado anteriormente y que comunicaba –al parecer–

> con algún extenso apartamento reservado. Aquí, pues, había misterio; era, sin duda, el sitio encantado de la fortaleza. Me procuré la llave, no sin gran dificultad; la puerta conducía a unas habitaciones vacías, de arquitectura europea, aunque edificadas sobre una galería árabe contigua al jardín de Lindaraja. Eran dos soberbias habitaciones, cuyos techos, divididos formando casetones, tenían macizas ensambladuras de cedro figurando frutas y flores ricas y hábilmente talladas y entremezcladas con grotescos mascarones. Las paredes habían estado, sin duda, en otros tiempos, tapizadas de damasco, pero ahora se encontraban desnudas y garabateadas con las firmas de los turistas noveles, sin nombre ni importancia; las ventanas, que se encontraban desmanteladas y abiertas al aire y la lluvia, daban al jardín de Lindaraja, extendiéndose las ramas de los naranjos y limoneros por dentro de la habitación. (Cuentos, Espasa Calpe 109)

Tan prendado quedó de este lugar que decidió hacerlo suyo, lo que se apresura a comunicar a su amigo Dolgoruki:

> He tomado posesión de este aposento y una habitación me ha sido acomodada muy confortablemente para dormitorio. Nunca tuve semejante residencia. Una de mis ventanas da al jardín de Lindaraja, donde florecen los limoneros y en cuyo centro hay una fuente con un surtidor de agua; en el lado opuesto del jardín hay una doble ventana abierta que comunica con la sala de las Dos Hermanas y a través de la cual puede verse la fuente del patio de los Leones y aún más al fondo la sombría sala de los Abencerrajes. Otra ventana de mi habitación domina el valle del Darro. (Morales Souvirón, 109)

Cuando Washington Irving se instala en la Alhambra, "Alfredo de Musset escribía sus Contes d'Espagne, Víctor Hugo lanzaba a los ávidos lectores una nueva edición de sus Orientales. Un año después el romanticismo daba su aldabonazo definitivo con Hernani, en la Comedia francesa. Más tarde, Gautier cruzaba los Pirineos y, atraído por el afán orientalista, pasaba una noche en el patio de los Leones" (Méndez Herrera, Prólogo, AÑO, 15). Los Cuentos de la Alhambra, redactados con ágil pluma y en estilo atrayente, constituyen acabado exponente de su época, de su autor y de las peculiares circunstancias que, como acabamos de ver, acompañaron su estancia granadina. Por sus páginas campea la libertad de expresión de la que hizo bandera el romanticismo, combinada con grandes dosis de espontaneidad. Pasado y presente se aúnan en forma tan armoniosa que el lector se siente transportado de un tiempo a otro, sin que ello llegue a causarle la menor extrañeza. Trazados sin lógica aparente, encierran sin embargo una estructura que lleva a transitar por momentos, lugares y acontecimientos en imaginario y delicioso paseo. No hay improvisación en ellos, ya que incluso cuando se sumerge en el fantástico mundo de las leyendas, cada una de ellas responde a una razón de ser. Como se ha escrito, "Estamos, pues, en presencia de una amalgama. Personajes vivos, folklore oral y orientalismo literario, han sido fundidos aquí con maestría suprema, y lo perfecto de esta fusión ha dotado al libro de un interés constante" (Soria 149).

Siempre se mostró generoso Irving –quizá interesado– a la hora de explicar la gestación de una obra, el impulso que le llevó a acometerla, los objetivos que se marcó al elaborarla. No iba a ser una excepción en este caso, que expone así:

> Los borradores de algunos de los siguientes cuentos y ensayos fueron escritos, en realidad, durante mi residencia en la Alhambra; otros fueron agregados después, fundándome en las notas y observaciones allí hechas. He cuidado de conservar el color local

> y la verosimilitud, de forma que el conjunto ofrezca un cuadro fiel y vivo de aquel microcosmos, de aquel singular pequeño mundo en el que viví casualmente, y acerca del cual el mundo exterior tenía una idea muy imperfecta. (Méndez Herrera, 18)

Cabe pensar que la razón de que no pudiera culminar este libro en el lugar que era escenario de lo narrado en él, haya que buscarla en lo precipitado de su partida, al ser llamado para ocupar un cargo diplomático en Londres, lo que le obligaba a abandonar Granada, a la que nunca regresaría. "Partiré de la Alhambra dentro de pocos días –comunica a su hermano Peter– y he de hacerlo con gran pesar: nunca en mi vida he pasado días semejantes ni espero volver a pasarlos" (Morales Souvirón, AÑO 113). Era el 22 de julio de 1829.

Los Cuentos aparecían publicados en 1832 con el título La Alhambra. Una serie de leyendas y apuntes sobre moros y españoles. Precediendo al texto inserta una carta, que fecha en mayo de ese mismo año y dirige a su amigo el pintor David Wilkie. Por su interés y porque ha sido omitida con frecuencia, quisiera transcribirla:

> Mi querido amigo –dice en ella–: Recordará usted que, en las andanzas que juntos realizamos por algunas viejas ciudades de España –Toledo y Sevilla, sobre todo–, advertimos una intensa mezcla del sarraceno con el gótico, restos del tiempo de los moros; más de una vez nos sorprendieron escenas e incidentes callejeros que trajeron a nuestro recuerdo pasajes de Las mil y una noches. Me incitó usted entonces a que escribiese algo que representase estas singularidades, 'algo a la manera de Harum al Raschid', que tuviese cierto sabor a esa especia árabe que lo impregna todo en España. Traigo esto a su recuerdo para demostrarle que, en cierto modo, usted es el responsable de la presente obra, en la que presento algunos bosquejos 'arabescos' de la vida, y leyendas basadas en tradiciones populares, extraídas, durante mi estancia en él, de uno de los lugares más moriscoespañoles de la Península. Le dedico estas páginas en recuerdo de las agradables escenas que juntos presenciamos en aquel país de aventura y como testimonio de estimación por sus méritos, al que sólo excede la admiración por su talento. Su amigo y compañero de viaje. (Cuentos, vi)

El éxito de los Cuentos de la Alhambra –como finalmente serían conocidos– fue importante e inmediato, circulando a poco de su aparición vertidos al francés y al alemán, al italiano y al holandés, al sueco y al danés e, incluso, al islandés. Por extraño que pueda parecer, más lenta y tardía fue su difusión en España, donde la primera traducción castellana, realizada en Valencia, tan sólo recogía algunos de los capítulos de la obra. Fue la buena acogida que le dispensaron los lectores la que llevó algo más adelante, en 1844, a acometer la edición completa, aunque partiendo de la versión francesa. No es mi intención hacer un seguimiento de la suerte corrida por el libro de Irving, tarea que ya realizara hace tiempo y con maestría el profesor Gallego Morell (1960). Sí me gustaría comentar brevemente la recepción de la misma en la ciudad que le había servido de inspiración.

En lo que al panorama editorial se refiere hay que decir que las cosas no difieren en forma sustancial de las ya dichas. Una primera impresión, mutilada igualmente, se realizaba en Granada en 1859, teniendo que esperar a una fecha tardía –1888– para que de los talleres de Sabatel saliera la de su texto íntegro, en traducción directa del inglés debida a José Ventura Traveset. Primoroso tomito, que incorporaba una noticia biográfica del autor firmada por González Garbín y se presentaba bellamente ilustrado, en su prólogo manifestaba el traductor:

> Muévenos a publicar esta versión española de la celebrada obra de Washington Irving, Cuentos de la Alhambra, el deseo de popularizar –hoy que tan vivo interés ha conseguido despertar la literatura folclórica en Europa– ese precioso ciclo legendario que nace en torno de los alcázares granadinos durante la dominación musulmana, que se acrecienta con los poéticos episodios de la Reconquista y con los varios accidentes y trágicos sucesos del alzamiento de los moriscos, y que se ha perpetuado hasta nuestros días entre los viejos habitantes del árabe recinto (...) El bello libro de Washington Irving no se ha llegado a popularizar en nuestra España tanto como en el resto de Europa y en el Nuevo Mundo, especialmente en Norteamérica, donde ese insigne turista fue tan querido y celebrado. Y por cierto que bien merecía y merece la obra ser conocida de los españoles y, sobre todo, de los hijos de la hermosa Granada, por él enaltecida y considerada como el dulce paraíso de sus días más venturosos.
>
> Dentro de la lírica popular europea, pocos libros podrán aventajar al de Irving en interés y amenidad, por el sello especial que le distingue, por su estilo primoroso y sus galas y atavío de lenguaje, y por aquel colorido local tan artísticamente conservado en sus consejas: por su profundo conocimiento, en fin, de las costumbres populares granadinas. (Cuentos, Espasa-Calpe 5).

Cierto es lo que se dice en estos párrafos pero, con todo, resulta conveniente matizar algunos de sus extremos. No era tan desconocido el libro de Irving como en ellos se nos da a entender, fundamentalmente en lo que a los cuentos incorporados en él se refiere, algunos de los cuales habían circulado en publicaciones periódicas, ya fuera insertos en sus páginas, ya como folletín, o incluso a modo de regalo para los suscriptores. Poco puede extrañar que fuera así, ya que resulta difícil negarle al escritor norteamericano el haber revalorizado las leyendas populares, al descubrir en ellas un tesoro de posibilidades narrativas. Es precisamente desde esa vertiente desde la que iba a ejercer un influjo evidente sobre varias generaciones de escritores granadinos, continuadores en buena medida de ese modelo irvingiano que se asienta en los valores históricos y monumentales que ofrece la ciudad, en el material que proporcionan sus tradiciones y en el orientalismo que la impregna (Gallego Roca, 1991). Largo influjo, por otra parte, vigente aún en las postrimerías de la centuria.

Muchos son los autores y títulos a los que pudiera referirme en ese sentido. Me voy a limitar a dos, por considerarlos suficientemente representativos. El primero en el tiempo fue Serafín Estébanez Calderón –granadino de sentimientos y de corazón, que no de nacimiento– autor de Los tesoros de la Alhambra, relato breve publicado en 1832, en el que combina con acierto el cuadro costumbrista con los elementos fantásticos. Al parecer, durante un tiempo acarició la idea de unos "Cuentos del Generalife" que no pasarían de proyecto apenas esbozado (Carrasco Urgoiti 309). En línea similar, aunque con temática bien diferente, es de mención obligada El sombrero de tres picos (1874) de Pedro Antonio de Alarcón, considerada una de las obras maestras de la literatura del XIX.

Ya que hemos hablado de su difusión y de su influencia, resulta necesario aludir también a su permanencia. En este aspecto los datos resultan ser bien claros, ya que los Cuentos de la Alhambra iban a convertirse en una de las obras más veces reeditada y más profusamente vendida. ¿Implica ello una permanencia del sentido romántico que los impregna? Cabría en lo posible, a mi modo de ver. De hecho, si en algo no han podido llegar a un punto de encuentro los estudiosos de aquel movimiento es en delimitar las fechas que marcan su inicio y su final. Hay quien piensa que lo romántico es como una corriente

soterrada que atraviesa la historia, para emerger en concretos momentos. Los hay que lo consideran específico de una determinada época que, iniciada en los albores del siglo XIX, no iría más allá de los años centrales de esa misma centuria. No falta quien opine que, si en efecto, breve fue su duración, larga había sido su gestación, que hunde sus raíces en el XVIII, y largo su epílogo, que se adentra profundamente en el XX (Viñes Millet, 2007). Pienso que es esta última valoración la que puede y debe aplicarse a Granada y su Alhambra, que ahora nos ocupan.

Si complejo resulta establecer los límites, no menos lo es concretar los principios que le son consustanciales. Se siente lo romántico –se ha dicho– pero resulta difícil definirlo. La frase, en su brevedad, encierra una innegable realidad, al apuntar a algo fundamental: el sentimiento que se desborda sin pudor alguno para manifestarse. De ahí que más que un canon poético o una revolución literaria adscrita a un determinado momento, pueda considerarse patrimonio de quienes valoran, en su más íntima esencia y en su subjetivismo, "el mundo idealizado y soñador del espíritu, ante el paisaje, ante la mujer y el amor, ante la misma historia" (Villa-Real, 1967, 8). A abundar en esa idea vienen las palabras de Emilio García Gómez, cuando escribe: "Hasta qué punto nuestra visión de la Alhambra y, en general, la de Andalucía difiera de la de los románticos es tema que se presta a discusión; pero lo que no creo que sea dudoso es que esa visión nuestra, más o menos diferente, deriva de la que los románticos tuvieron" (23).

En 1842 Washington Irving volvía a España como embajador de su país en Madrid, pero no retorna a Granada, circunstancia que ha sido puesta de relieve en más de una ocasión, enjuiciándola en diferente forma. A uno de esos juicios quisiera referirme, para rebatirlo si me es posible. Dice así quien lo emite:

> No voy a entrar en este extraño desinterés, ni en buscarle una explicación, que no se la encuentro satisfactoria: en todo caso me parece muy decepcionante el olvido y me hace sospechar que su viaje y estada en la Alhambra no había pasado de servir a un fin utilitario que, una vez cumplido quedaba atrás, agotadas para el autor las posibilidades estimulantes de su imaginación. Y esta indiferencia, ¿no nos suscita alguna duda acerca de la autenticidad de la experiencia pasada? Mientras tanto, el libro de la Alhambra había tenido un éxito muy halagüeño y contribuyó poderosamente, junto con los de otros viajeros, a difundir el raro y peculiar encanto granadino a los cuatro vientos. (Ynduráin 41)

Ya lo vemos. Desinterés, indiferencia, oportunismo. Me cuesta trabajo creerlo. Más me inclino a pensar que su resistencia a emprender ese nuevo viaje pudiera venir motivada por una especie de temor a que las cosas ya no fueran iguales a como él las viviera y las sintiera. Granada le había dado, con creces, lo que un día buscó en ella. Ahora, el retornar pudiera desvirtuar ese recuerdo, tan vivo y tan hermoso, que conserva. Porque no hay olvido. Eso es algo innegable, y no se trata en este caso de meras suposiciones. Por entonces –quizá algo más adelante– se encuentra trabajando nuevamente en los Cuentos, en lo que será una edición revisada y enriquecida con páginas que se cuentan entre las mejores de la literatura viajera, edición que veía la luz en 1851. En ella –como Méndez Herrera ha escrito– "fundió el metal de su primer libro para purificarlo, y que en la campana resonante de ecos que él forjara a golpes de pluma y fuego de fantasía no quedara grieta por donde pudiera escaparse ni una sola de las observaciones pasadas, ni un trino del cántico vivo que se le entrara por el corazón" (19). Poco más me queda por decir. Dejaré, por tanto, que

sea por última vez el propio Irving quien nos narre en qué forma cerró definitivamente sus Cuentos de la Alhambra.

> Al caer la tarde llegué al lugar donde el camino serpenteaba entre montañas, y allí me detuve para tender una última mirada sobre Granada. Desde la colina donde yo estaba se dominaba un esplendoroso paisaje de la ciudad, la vega y las montañas circundantes. Se hallaba en el punto cardinal contrario a La cuesta de las lágrimas, famosa por el 'último suspiro del moro'. Ahora podía comprender algo de lo que sintió el pobre Boabdil al decir adiós al paraíso que dejaba tras de sí y contemplar ante él un camino escarpado y árido que le llevaba al desierto.
>
> Como siempre, el sol poniente derramaba un melancólico fulgor sobre las rojizas torres de la Alhambra. Apenas si podía distinguir la ventana de la torre de Comares, donde me entregara a tantos y tan deliciosos ensueños. Los numerosos bosquecillos y jardines que rodean la ciudad se hallaban ricamente dorados por el brillo del sol, y la purpúrea bruma de la noche estival se cernía sobre la vega; todo era hermoso, pero igualmente tierno y triste a mi mirada de despedida.
>
> Me alejaré de este paisaje –pensé– antes que el sol se ponga, para llevar conmigo el recuerdo envuelto en toda su belleza. Tras estos pensamientos, proseguí mi andar entre montañas. Unos pasos más, y Granada, la vega y la Alhambra desaparecieron de mi vista. Así terminó uno de los más placenteros sueños de una vida que el lector acaso piense estuvoLa vida de Washington Irving transcurre por completo dentro del gran momento del romanticismo norteamericano, que, dotado, de optimismo, individualismo y amor a la naturaleza, iba a dar también riendas sueltas al sentimiento y a la imaginación. (Morales Padrón 55)

OBRAS CITADAS

Báez Díaz, Luis. "Prólogo." Leyendas de la conquista de España, de Washington Irving. Granada: Miguel Sánchez Editor, 1974.

Carrasco Urgoiti, Ma. Soledad. El moro de Granada en la literatura (Del siglo XV al XIX). Madrid: Revista de Occidente, 1956.

Fernández Almagro, Melchor. Granada en la literatura romántica española. Madrid, Real Academia, 1951. Edición con estudio preliminar y notas al texto de C. Viñes Millet. Madrid: Editorial Rueda, 1995.

Gallego Morell, Antonio. "The Alhambra de Washington Irving y sus traducciones españolas" Washington Irving (1859-1959), 161-186.

Gallego Roca, Miguel. La Cuerda granadina. Una sociedad literaria del postromanticismo. Granada: Comares, 1991.

García Gómez, Emilio. Silla del Moro y nuevas escenas andaluzas. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1954.

Inglis, H.D. Granada en 1830. Traducción y prólogo de A. Gámir Sandoval. Granada: CAM, 1955.

Irving, Washington. Cuentos de la Alhambra. Traducción, prólogo y notas de J. Méndez Herrera. Madrid: Aguilar, 1964.

----. Cuentos de la Alhambra. Trad. de J. Ventura Traveset. Madrid: Espasa Calpe, 1955.

----. Cuentos de la Alhambra, edición de A. Gallego Morell. Madrid: Espasa Calpe, 1991.

----. Crónica de la conquista de Granada. Traducción, prólogo y notas de L. Báez Díaz. Granada: Ediciones Miguel Sánchez, 2003.

----. Leyendas de la conquista de España. Crónicas moriscas. Traducción, prólogo y notas de L. Báez Díaz. Granada: Miguel Sánchez Editor, 1974.

----. "To the Reader." Tales of a Traveller, by Geoffrey Crayon, Gent. Philadelphia: Cary and Lee, 1824.

Irving, Pierre The Life and Letters of Washington Irving. New York: G.P. Putnam, 1862.

Méndez Herrera, J. "Prólogo.". Cuentos de la Alhambra de Washington Irving. Madrid: Aguilar, 1964.

Morales Padrón, Francisco. "El descubrimiento de América según Washington Irving." En Washington Irving (1859-1959), 53-86.

Morales Souvirón, F. "Cartas de Washington Irving desde la Alhambra." En Washington Irving (1859-1959), 87-117.

Soria, A. "Washington Irving 1859-1959. Notas en su centenario". En Washington Irving (1859-1959), 119-159.

Ventura Traveset, J. "Prólogo." Cuentos de la Alhambra, de Washington Irving. Granada: Imp. y Lib. Paulino V. Sabatel, 1888.

Villa-Real, Ricardo. Homenaje a Granada. Granada: Miguel Sánchez, 1990.

---. "Prólogo." Cuentos de la Alhambra, de Washington Irving. Granada: Editorial Padre Suárez, 1967.

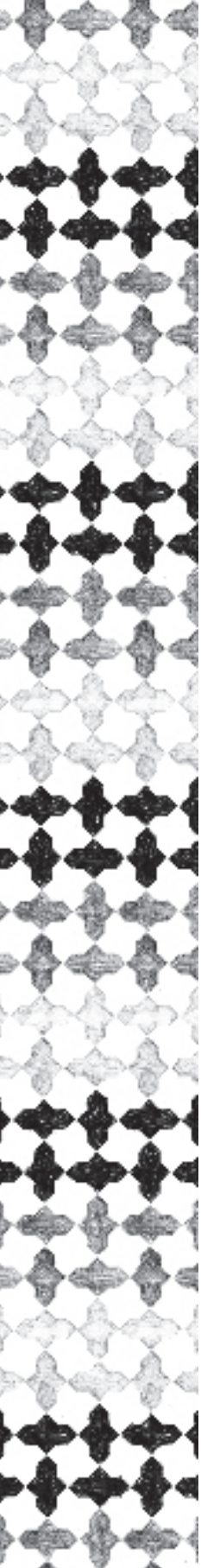
Viñes Millet, Cristina. La Alhambra que fascinó a los románticos. Córdoba: Patronato de la Alhambra y el Generalife, Tinta Blanca, Almuzara, 2007.

----. "Viajeros en la Alhambra. El peinador de la Reina" Cuadernos de la Alhambra 42 (2007): 151-171.

----. "Washington Irving en la Alhambra" en La Alhambra, el palacio. EntreRíos, 4.7-8 (2008): 9-15.

Washington Irving (1859-1959). Granada: Universidad, 1960. Edición Facsímil. Granada: Universidad, 2008.

Ynduráin Hernández, Francisco. "Washington Irving, primer hispanista americano." En Washington Irving (1859-1959), 7-51.



X

GRANADA: WASHINGTON IRVING, CINCUENTA AÑOS DESPUÉS

Andrés Soria Olmedo

X

Ante todo querría dar las gracias a Mar Villafranca y a Antonio Garnica por haberme invitado a participar en este curso, pues mi único título para ello es la decena de páginas que escribí con mi colega y amigo José Luis Martínez Dueñas, catedrático de Filología Inglesa de la Universidad de Granada, para proponer de nuevo al público lector un libro que recogía una serie de conferencias (Washington Irving, 2008)[1] pronunciadas con motivo del Centenario de 1959. El resto es ejercicio de un lector no especialista.

Aquel volumen atendía al interés local por el visitante ilustre, aunque sin olvidar que el mundo romántico y legendario que el escritor norteamericano trasladó a la literatura de su época tuvo una recepción distinta en su tierra natal y en España, y que la presencia de Los cuentos de la Alhambra no debía desligarse del trasfondo cultural y literario de un autor cuya obra completa comprendía once volúmenes en la edición de 1881 (The Works of Washington Irving), más tres volúmenes de diarios (The Journals of Washington Irving) de 1919, y varios de correspondencia, además de multitud de ediciones sueltas[2]. De hecho, aquella serie de artículos, además de ser un ejercicio no desdeñable de literatura comparada, supuso en cierto modo un aldabonazo intelectual que llevaría a la fundación de los estudios de Filología Inglesa, a finales de los años sesenta.

En el volumen[3], Francisco Ynduráin lo situaba como "primer hispanista norteamericano" –en la senda, hasta ahora no abandonada, de la biografía de Stanley T. Williams (1935)[4]- y al mismo tiempo como primer escritor norteamericano. Las cartas de Irving escritas en la Alhambra, traducidas por Francisco Morales Souvirón, permitían contrastar las apreciaciones y descripciones epistolares con las contenidas en la obra destinada a la publicación[5]. Las notas de Andrés Soria Ortega recorren el romanticismo de Irving, su contacto con España y las relaciones de los Cuentos de la Alhambra con el mundo oriental. La colaboración de Antonio Gallego Morell versaba sobre las traducciones españolas de The Alhambra.

Las sendas que marcaban estos trabajos han sido fértiles y la bibliografía, muy abundante[6].

En efecto, Irving se encuentra en una triple encrucijada que quizá pueda definirlo como escritor moderno: por un lado debe participar de la creación de un nacionalismo, de la difícil fundación de una literatura que pueda ser identificada como propia por los jovencísimos Estados Unidos, por otro es un escritor público, dependiente de unos circuitos periodísticos y de consumo que sólo existían con esa vivacidad en Gran Bretaña y Estados Unidos; compartió con lord Byron al editor Murray[7] y toda su vida literaria está marcada por índices de éxito –hoy diríamos "índices de audiencia"-, tan lejos de los escritores cortesanos y académicos que llegaron hasta la Revolución francesa como del escuálido mercado español de las novelas por entregas del editor Cabrerizo[8], y en tercer lugar es un romántico, o por lo menos un escritor que cuenta ya entre sus códigos con el repertorio del romanticismo europeo.

1 Francisco Ynduráin Hernández, Francisco Morales Padrón, Francisco Morales Souvirón, Andrés Soria Ortega y Antonio Gallego Morell. Washington Irving (1859-1959). Granada: Universidad de Granada, 1960. Se reimprimió en edición facsímil dentro de la colección Archivum, con presentación de Antonio Gallego Morell y prólogo de José Luis Martínez Dueñas Espejo y Andrés Soria Olmedo. Granada: EUG, 2008.

2 Algunas de las primeras ediciones de estas obras pueden leerse hoy "online" en el original inglés a través de la página de la Biblioteca de la Universidad de Granada.

3 Dejamos a un lado la contribución de Francisco Morales Padrón ("El descubrimiento de América según Washington Irving"), historiador detallista y perceptivo frente a la Vida y viajes de Cristóbal Colón, que explica la contribución de Irving a la biografía de Colón y a la difusión del descubrimiento.

4 Y de su posterior La huella española en la literatura norteamericana (1957).

5 Ver ahora la colección completa, Cartas desde la Alhambra (2009).

6 Digamos desde los ensayos de Edward Wagenknecht. Washington Irving: moderation displayed, (1962), e Irwin Leary, Washington Irving (1963), hasta el volumen de 2004

Los tres factores se entrelazan. Desde muy pronto el público americano aplaudió productos accesibles como A History of New York from the Beginning of the World to the End of the Dutch Dynasty publicada en 1809, atribuida a un cierto Knickerbocker, entre cuyos papeles se encontró la historia. A pesar de un expediente tan usual como el del manuscrito encontrado (por parte de un cervantista medular como era Irving) la superchería funcionó y contribuyó a su éxito, además de un estilo de "seriedad burlona y crasa irreverencia" que, como señaló Leary, será una constante de la literatura norteamericana hasta Mark Twain y Faulkner. Otra de las obras más conocidas de Irving es Rip Van Winkle, una adaptación del cuento alemán conocido como Peter Klaus, a su vez versión del motivo folklórico de "Los siete durmientes". Irving introdujo y adaptó viejos mitos y despertó el interés por el misterio, lo mágico y lo fantasmal, ajustándolo todo a la realidad norteamericana de la época. El personaje se transforma en una representación del hombre norteamericano simpático, inmaduro y candoroso. La famosa narración The legend of Sleepy Hollow, llevada en 1999 a la pantalla por Tim Burton, entronca también con esa tradición de cuentos de fantasmas y de relatos telúricos (Ynduráin 19). Ambas están incluidas en The Sketch Book of Geoffrey Crayon, Gent (1818-19), y ya son inseparables del encuentro con el romanticismo.

Hay que detenerse algo en este último aspecto. La posibilidad de una literatura "norteamericana" se abre cuando "al mirar a la nación cuya tutela han roto" se encuentran con el hecho nuevo del romanticismo (Soria Ortega, 124). Con el hundimiento del Antiguo Régimen cae todo el sistema secular de la "imitatio". Es decir, la propia idea de la imitación de los modelos ingleses, la hipoteca más obvia con la que se encuentra, se desestabiliza desde el momento en que el empirismo reclama, como dice Emerson citado por Gurpegui, que "el mundo lleva inevitablemente nuestro color y cada objeto encaja inevitablemente en el propio sujeto" (Gurpegui 14), dejando sin efecto las reglas neoclásicas. Con la metáfora empleada en el clásico libro de Abrams, del espejo se pasa a la lámpara, que ilumina desde dentro no sólo la experiencia verificable sino también la imaginación y la fantasía (Abrams, 1975). Esta es una de las vertientes del romanticismo, y el horizonte inmediato de Washington Irving, "cuya mejor ejecutoria es ser un literato romántico", según Andrés Soria Ortega.

Desde luego no es un "High Romantic", ni por cronología ni por disposición, pero sí un representante de lo que algún crítico ha llamado el romanticismo domesticado, más inclinado a la ironía que a la analogía[9]. Irving se había formado, recuerda Ynduráin, en la tradición dieciochesca inglesa de "una lengua que aspira a la precisión y a la pulcritud, que busca la información exacta y conveniente" a la que el romanticismo añadió color, aunque "his tame propriety and faultlesness of style" le resultara insuficiente a un Edgar Allan Poe (Ynduráin 49).

Su primer encuentro con el gótico arquitectónico tuvo lugar en 1804, en San Andrés de Burdeos, y lo hizo recordando el gótico de los libros, El castillo de Otranto y Los misterios de Udolfo.

Cuando llega a España ya ha pasado temporadas en Inglaterra, donde ha visitado Stratford-on-Avon, Westminster y Tintern Abbey y ha respirado medievalismo en Abbot-

Washington Irving en Andalucía, editado por Antonio Garnica, con contribuciones suyas, de Jerónimo Páez, Jesús Díaz García, Blanca Krauel Heredia, María Jesús Sanz Serrano, Consuelo Varela, Juan Manuel Barrios Rozúa y Ángel Galán Sánchez, la bibliografía ha sido muy abundante. Ver Silvia L. Hilton, Washington Irving. Un romántico entre Europa y América. Introducción y bibliografía general (1986), y hasta 1996 la recogida de modo sistemático en la edición completa de la versión de The Alhambra de 1851 de José Antonio Gurpegui, con traducción de José Miguel Santamaría y Raquel Merino. Es la traducción que manejamos.

7 Véase Holmes (2005).

8 Véase Romero Tobar (1994).

9 Véase Nemoianou (1984). Para la oposición analogía/ironía, véase Octavio Paz (1974).

sorford, la residencia escocesa de Walter Scott, que lo distinguió con su amistad y lo encaminó al conocimiento de los románticos alemanes, Wieland, Tieck, Jean Paul Richter, un escritor alemán cómico, o más bien, humorista, a quien conoció en Dresde, donde leyó a Calderón, seguramente incitado por el interés de Bouterwek y los Schlegel por la literatura española medieval y barroca (Williams 2: 370).

Por otro lado, en su educación hispánica hay una pieza decisiva y obvia: Cervantes; un autor que -dice Williams- "was part of his vocabulary". Ynduráin vio que el protagonista de The Sleepy Hollow, Ichabod, sale montado en un jamelgo (llamado Gunpowder) "like a knight-errant in quest of adventures". En resolución, continúa, Cervantes lo llevó "a contemplar a sus personajes con benévola ironía, con indulgente sensibilidad, siempre que se descuente en Irving el sentido trascendental, que ni buscó ni tuvo" (Ynduráin 26). En 1824 empezó a estudiar español y en 1826 conoció a Moratín, exiliado en Burdeos. Llegó a conocer nuestros clásicos, dice Andrés Soria Ortega, "tal como los poseyeron el siglo XVIII y los primeros tiempos del siglo XIX" (Soria Ortega 137) en Europa, es decir, rodeados de los tópicos y limitaciones que dan una España convencional. En Bracebridge Hall incluyó una historia, "El estudiante de Salamanca", ambientada en Granada, en forma –predilecta y cervantina- de un manuscrito del amigo del narrador, muerto en Waterloo. Narra un amor romántico con todas sus secuelas de pintoresquismo libresco, basado en Pérez de Hita y Florian.

Cuentos de la Alhambra, la obra que "a lo largo de varias generaciones, ha rivalizado con The Sketchbook en popularidad, y con la que su autor se anticipaba a Flaubert, a Pierre Loti, a Stevenson y a Lafcadio Hearn, por su sensualismo exuberante", como escribe Leary, se relaciona con el "sketch book" a través de la propia idea del sketch": "Como la moda de los turistas modernos es viajar con el lápiz en la mano y traer a casa sus cuadernos repletos de dibujos, me dispongo a recoger unos pocos para entretenimiento de mis amigos", dice en el prefacio del Sketchbook. Dibujar, esbozar con palabras es un elemento romántico, directamente ligado a la nueva categoría subjetiva de lo "pintoresco" y su apreciación inmediata y espontánea, en la misma órbita de la predilección romántica por el fragmento y lo inacabado. Incluso al borde de esa órbita, si tenemos en cuenta que "sketch" es la raíz etimológica de "kitsch". El patrón del "sketch" llega explícitamente a la primera versión de los Tales of the Alhambra (1832) en la medida en que los sigue firmando con el seudónimo "Geoffrey Crayon"- es decir "lápiz"- y en la dedicatoria de esa edición al pintor David Wilkie, con quien viajó por España. Al percibir "una fuerte mezcla de lo sarraceno con lo godo, que subsistía desde el tiempo de los moros" y sorprender juntos escenas e incidentes que les recordaban "Las mil y una noches", Wilkie le sugirió que escribiese algo en estilo Harun Al Rachid, con lo cual es el responsable del libro "en el que he narrado unos pocos bocetos "arabescos" de la vida, y cuentos basados en la tradición popular que fueron pergeñados, principalmente, durante mi estancia en uno de los lugares morisco-españoles de la Península" (Gurpegui 146).

Antes de entrar en el orientalismo de Irving nos interesa tener presente la persistencia del "boceto", a la que podemos añadir que la escritura como "arabesco", como adorno rápido y breve, no como tema, es uno de los ideales de Friedrich Schlegel. En todo caso, como vio Jesús Díaz García, "The Sketch Book es el compás de acceso a The Alhambra" (35).

Ya en España (1828), el hilo del romanticismo continúa a través de la amistad con Nicolás Böhl de Faber[10] y la amistad con su hija Cecilia Böhl. Con ella compartió el interés por las costumbres españolas, la manera de vivir, el folklore y las leyendas. En su diario,

10
"Como Schlegel [A.W.] y Bouterwek, Böhl de Faber había luchado en las filas que habían intentado convencer al siglo XIX de las glorias pasadas de la historia y la literatura españolas" (Williams 2: 32).

Irving quiere acordarse de lo bien que la Marquesa de Arco Hermoso contó cuentos del pueblo de Dos Hermanas el 1 de enero de 1829; sin duda hubo un trasvase del sketch al artículo de costumbres de Fernán Caballero y ambos compartieron la idea de que tales artículos debían basarse en "impresiones de la vida ordinaria" y de que se debía "poetizar la realidad sin alterarla" (Williams 2: 69-70), aunque desde luego fuese ya una realidad previamente idílica o legendaria.

11
Aunque la sugestión del cuadro es la estaticidad, y la del sketch el movimiento.

Aunque Irving retiene una libertad de composición del todo romántica, Gurpegui se ha detenido en los cambios de disposición desde los Tales of the Alhambra de 1832 hasta La Alhambra. Una serie de leyendas y apuntes sobre moros y españoles, que es el título de la edición revisada de 1851, donde alternan "sketches", o cuadros de costumbres[11], historias, que describen acciones, más o menos históricas, aunque embellecidas por lo legendario, y leyendas, imaginarias aunque situadas en el allí y entonces de su estancia en la Alhambra. Se distribuyen libremente, en función de contrapunto mutuo entre historia y poesía. El autor que figura en la edición de 1851 ya no es Geoffrey Crayon, sino Irving con su nombre y su yo, como un personaje más del libro. Sus lectores de entonces ya buscan esa novedad llamada realismo (Gurpegui 82)

Si el libro de la Alhambra, como dice Francisco Ynduráin, se organiza según un "doble punto de mira: la observación del presente en su lado más colorista, y la evocación de un pasado más o menos embellecido", nosotros somos herederos de esos lectores, y por eso preferimos los esbozos a las leyendas, lo pintoresco de 1832 al pasado prestigioso, que en su caso es el oriental, a pesar de la "topiquería pintoresquista" (Ynduráin 31) con que se retratan los "hijos de la Alhambra". Me refiero a lectores de mi edad, es decir, en gran parte lectores del siglo XX: quién sabe qué buscarán ustedes, ya del todo en el siglo XXI.

Por otro lado, ya en la Alhambra, Irving recuerda y resume en un capítulo titulado "Importantes negociaciones. El autor accede al trono de Boabdil":

> Desde mi más tierna infancia cuando, a orillas del Hudson, me engolfé por primera vez en las páginas de la historia apócrifa, pero caballeresca, de las Guerras de Granada, de Ginés Pérez de Hita, y de los enfrentamientos de sus gallardos caballeros, Zegríes y Abencerrajes, esta ciudad ha sido siempre el objetivo de mis ensoñaciones; y muchas veces he pisado, en mi imaginación, los románticos salones de la Alhambra. Aquí tenéis, por una vez, un sueño hecho realidad. (Cuentos 190)

Si Cervantes le tiñe la mirada hacia el presente, Pérez de Hita hace lo propio con el pasado, dando como presupuesto que "España es virtualmente un país de poesía y romance, donde la vida de cada día se hermana con la aventura" (Leyenda de la conquista de España). Quizá leyó a Pérez de Hita en la traducción de Thomas Rod (1803), y conoció las baladas de Thomas Percy, o la adaptación de las Mil y una noches al gusto del XVIII francés por Galland.

En la serie literaria se le adelanta El último Abencerraje de Chateaubriand (1816), y aunque no alcanza el patetismo narrativo de Aben Hamet -fin de raza- ni llega a la amplificación retórica del francés, su orientalismo es, como dice Ynduráin, "incondicional e ilimitado" (34).

Ese orientalismo se vierte sobre todo en las historias fantásticas. En el capítulo "Tradiciones locales" expone su teoría del cuento, según la cual "El pueblo llano tiene en España una pasión oriental por contar historias, y les encanta lo portentoso". Entre ellas sobre-

salen las de tesoros enterrados, basadas en hechos reales o verosímiles. Tienen "un aire un tanto oriental" y revelan "la mezcla de lo árabe y lo godo" que "caracteriza todo en España y en especial en las provincias del Sur". La Alhambra es una "plaza fuerte" en este aspecto. Descubrimientos arqueológicos prometedores (monedas moras y el esqueleto de un gallo, un gran escarabajo de barro cocido) espolearon la imaginación de la "misérrima prole" que habita en la Alhambra. Yo -dice- las he "moldeado y dado forma diligentemente, a partir de leyendas y detalles recogidos en el curso de mis paseos".

De todo esto -concluye Andrés Soria Ortega- puede deducirse que conocería la tradición local, la que Fernán Caballero le había enseñado a respetar. Pero esta parte es pequeña: "La idea de dotar al más importante monumento árabe de Occidente, de un corpus, aunque minúsculo, de leyendas, no pudo provenir más que de los libros" (Soria Ortega 148).

Los cuentos esparcidos por el libro son de tesoros ocultos, como "La aventura del albañil", "Leyenda del legado del moro" y "Leyenda de las dos discretas estatuas", de encantamientos, como "Leyenda del astrólogo árabe", "Leyenda del príncipe Ahmed al Kamel; o el peregrino del amor", de tipo novelesco amoroso, de moros y cristianos, como la "Leyenda de las tres hermosas princesas" y la "Leyenda de la rosa de la Alhambra", localizada un siglo antes, en tiempos de Isabel de Parma, esposa de Felipe V, y enganchada con el presente casi inmediato al relacionar el laúd de plata que la princesa Zorahayda le regala a la simpática Jacinta, la "rosa de la Alhambra", con el violín de Paganini, sobre el que escribió E.T.A. Hoffmann "El violín de Cremona" (1822), o de corte picaresco, como "El gobernador manco y el escribano".

De ellos sólo pudo oír los relativos a tesoros ocultos[12], aunque el del soldado encantado procede de los Paseos por Granada del padre Echeverría, lo mismo que la del "Belludo", el caballo demoníaco que guarda la torre de los Siete Suelos (que por cierto coincide con el de Sleepy Hollow) y el de la casa del Gallo de Viento está en Mármol Carvajal. Otros vienen de Galland o del propio Corán, mientras el papagayo mensajero de amor (en la historia de Ahmed al Kamel) está en la Celestina, auto XIX y en la literatura provenzal, según estudió Soria Ortega.

En todo caso, el orientalismo de Irving es del todo occidental. Soledad Carrasco Urgoiti en El moro de Granada en la literatura estudió muy por extenso las derivaciones del hecho de que la idealización del moro nació en el campo hispano-cristiano tras la conquista, y Edward Said el funcionamiento ideológico de la construcción del orientalismo como saber orientado a canalizar el poder sobre el Oriente real[13].

La manera más útil de comprobar todo lo dicho es acercar la mirada o leer despacio. Elegiré dos capítulos o sketches contiguos: "Las habitaciones misteriosas", cuyo papel clave ha estudiado Gurpegui, y el siguiente, "Panorama desde la Torre de Comares". En el primero el autor cuenta su traslado desde unos cuartos cerca del patio de los aljibes hasta los remotos del jardín de Lindaraja y el Peinador de la Reina. Se monta sobre un patrón de ilusión romántica y prosaísmo cotidiano. Lo primero es el paseo y el encuentro con la puerta

12
Yo mismo oí a mi abuela paterna contar el descubrimiento de uno de esos tesoros, cuando se destruyó un barrio arábigo y contrarreformista del centro de Granada para trazar la Gran Vía a comienzos del siglo pasado.

13
Ver respectivamente la reedición de 1989, con estudio preliminar de Juan Martínez Ruiz (Granada, Universidad, colección Archivum) y el ya clásico Orientalismo de Edward Said (2004). Por cierto que en el capítulo titulado "El patio de los Leones", divagando sobre las superposiciones de observación y fantasía, imposibles de separar en aquellos espacios, de repente se encuentra Irving con un moro de verdad, natural de Tetuán, con tienda en el Zacatín, un moro melancólico que a veces subía a la Alhambra porque le recordaba "los viejos palacios de Berbería". Ante la indignación de Irving, gran defensor del rey rubio, le contó el lugar común de que la Alhambra seguiría en poder de los árabes si no los hubiera traicionado Boabdil, y se fue maldiciéndolo. Irving armoniza esa historia con la anécdota que le cuenta un amigo que se entrevistó con el Pachá de Tetuán, quien se prometió que no tardaría el momento en que un musulmán volviese a reinar en la Alhambra; le contó que esa es la creencia entre los moros de Berbería que consideran Al-Andalus como su herencia. Y cito: "Varios de ellos residen en Tetuán y mantienen sus apellidos, como Páez y Medina". (Inevitable: ¿Será "El legado Andalusí" una consecuencia de ese anhelo?)

cerrada: "Aquí había, pues, un misterio. Aquí estaba el ala encantada del castillo". Tras varias conjeturas opta por el recurso "menos romántico", pedirle la llave a doña Antonia, la encargada.

14
Ver Emilio Orozco Díaz (1963).

Al abrirla, se encontró con una decoración "europea" en las paredes, con cestas de frutas y techumbre de flores, la de unos aposentos preparados para Isabel de Farnesio, mujer de Felipe V. Curiosa o sintomáticamente, no se refiere a que el trabajo se debe a artistas del siglo XVI, en los que ya se fijó Góngora, por ejemplo, al ponderar el "Cuarto de las Frutas",

> fresco, vistoso y notable,
>
> injuria de los pinceles
>
> de Apeles y de Timantes,
>
> donde tan bien las fingidas
>
> imitan las naturales,
>
> que no hay hombre a quien no burlen
>
> ni pájaro a quien no engañen[14]

Hacia el interior del edificio, estas habitaciones dan al jardín de Lindaraja. Inmediatamente se inserta la crónica histórica de quién era esa "belleza mora". Con no mucho patetismo evoca la belleza pasada:

> Aún florecían los jardines que tanto disfrutó: la fuente presentaba aún el cristalino espejo que pudo, en tiempos, haber reflejado sus encantos; cierto es que el alabastro ha perdido su blancura; la pila inferior, recubierta de hierbajos, se ha convertido en madriguera de lagartos, pero hay algo en esa misma decadencia que aumenta el interés del lugar al hablar, como lo hacía, de la mutabilidad, el destino irrevocable del hombre y sus obras.

Tras esas gotas de poética de las ruinas, el regreso a sus antiguas habitaciones le parecía "prosaico y vulgar". El traslado a las nuevas es una especie de arriesgada aventura, a la que se oponen los "hijos de la Alhambra". Y desde luego confiesa que la primera noche le produjo una desazón "inexplicable", procedente del "aura" de la habitación, "con todas sus extrañas evocaciones". Todo va adquiriendo un tinte de novela gótica, e incluso asoma el patetismo de un "Ubi sunt" por la reina Isabel ("aquí quedaban las huellas de su elegancia y regocijo; pero ¿cuáles y dónde estaban? ¡Polvo y cenizas! ¡morando en la tumba!, ¡fantasmas de mi memoria!"). En efecto "todo se estaba viendo afectado por el trabajo de mi mente", sometida a la imaginación. Un recorrido nocturno hace presentes los "terroríficos recuerdos" de aquellos lugares, en un crescendo que culmina cuando "rompieron la noche unos aullidos, como de un animal: más tarde gemidos sofocados y sonidos inarticulados". Sólo el sol de la mañana siguiente disipó los temores y espantó las "sombras e imaginaciones que habían concitado las tinieblas de la noche anterior". Hasta los "pavorosos aullidos" tuvieron explicación racional, pues venían de un "pobre maníaco" al que había que encerrar. El goticismo (o quizá debiéramos decir goticismo orientalizante) se dosifica y se contrapesa con el sentido común, un poco como en Northanger Abbey, aunque desde luego sin la genialidad de Jane Austen.

La siguiente descripción de los mismos lugares, ya familiares, marca un cambio notable. Ahora aparecen bañados por la luna: "todo era claro, espacioso, bello: todo sugería placer y ensueños románticos". Y se produce el proceso inverso: "Todas las heridas y cicatrices causadas por el tiempo . . . desaparecen; . . . los salones se iluminan con un etéreo resplandor; ¡pisamos el palacio encantado de un cuento árabe!".

La elaboración retórica puede contrastarse con la descripción del espacio y el episodio en carta a su amigo Dolgorouki (15 junio 1829): "Tengo ahora una magnífica habitación. ¿Se acuerda de la serie de habitaciones cerradas, donde trabajaba el artista italiano que había estado restaurando la Alhambra? Es un aposento edificado por Carlos V o Felipe II, el cual termina en una galería abierta en la que Chateaubriand escribió su nombre en la pared. . . . Nunca tuve semejante residencia. Una de mis ventanas da al jardín de Lindaraja, donde florecen los limoneros y en cuyo centro hay una fuente con un surtidor de agua; en el lado opuesto del jardían hay una doble ventana abierta que comunica con la sala de las Dos Hermanas y a través de la cual puede verse la fuente del Patio de los Leones y aún más al fondo la sombría sala de los Abencerrajes. Otra ventana de mi habitación domina el valle del Darro. Estoy tan satisfecho con este aposento que tengo que hacer un esfuerzo para decidirme a salir a pasear . . .

Aunque lo amonestaron "No pude, sin embargo, resistir la tentación de alojarme en esta habitación y así pasé varias noches desafiando a los ladrones y moros encantados" (Morales Souvirón 109-11; Garnica 112-3).

El único rasgo común es el perfume de la ironía.

Para ir acabando, vamos a detenernos en otro de estos esbozos, "Panorama desde la Torre de Comares".

El autor nos propone madrugar y contemplar Granada y sus alrededores a vista de pájaro: "Vamos, pues, estimado lector y camarada, sigue mis pasos por este vestíbulo". El expediente de dirigirse a nosotros nos sitúa en un espacio y un tiempo concretos, un presente inmediato que se polariza frente al pasado histórico, poético y legendario. "¡Cuidado! Hay una escalera de caracol muy pendiente y poca luz; pero los altivos reyes de Granada y sus reinas subieron muy a menudo por esta escalera . . . hasta las almenas para ver aproximarse a los ejércitos invasores o contemplar, con el corazón angustiado, los combates que se daban en la Vega".

Desde ese panorama sigue alternando la descripción pintoresca y la evocación del pasado, el deíctico y la historia: "Mira, a este lado tenemos todo el plano de la Alhambra abierto ante nosotros y podemos ver a nuestros pies sus patios y jardines" (patio de la Alberca- patio de los Leones- jardín de Lindaraja). Con precisión nos dirige hacia las torres, algunas de ellas en ruinas, y por el Norte, al valle del Darro. De ahí se pasa a la ladera de enfrente, donde está el Generalife. Y por encima la Silla del Moro. A los pies, el abismo de la Alameda[15]: "En estos momentos sólo puedes ver unos cuantos monjes sin prisa y un grupo de aguadores. Estos últimos van cargados con cántaros para el agua, de tradicional hechura oriental, iguales a los que usaban los moros"[16].

"Veo que elevas la mirada hacia las nevadas cumbres de aquel grupo de montes. "Bien se les puede llamar a estas sierras la gloria de Granada"-pero no en clave sublime. La mi-

15
Hoy Paseo de los Tristes.

16
Han llenado los cántaros en la fuente de los Avellanos [sic por Avellano]. "Aquel sendero de montaña conduce a la fuente, un lugar predilecto tanto para moros como para cristianos, porque dicen que es aquel Adinamar (Aynu-l-adamar) o fuente de las lágrimas , que mencionara Ibn Batuta, viajero y muy celebrado en las historias y romances de los moros" (Cuentos 228). En realidad, la Fuente del Avellano y la de Ainadamar están en dos lugares muy distantes entre sí.

rada se fija en el suspiro del moro, la vega, Santa Fe que une el viejo y el nuevo mundo, Sierra Elvira y la anécdota histórico-caballeresca de Ismael ben Ferrag, venció a los príncipes Don Juan y Don Pedro y muertos les rindió honores fúnebres acordes con su rango. "Pero ya vale; el sol ya ha ascendido por encima de las cumbres y lanza su ardor sobre nuestras cabezas. Ya se ha calentado bajo nuestros pies la terraza que techa la torre. Vamos a dejarla y a refrescarnos, bajo las arcadas, junto a la fuente de los Leones".

17 Ver ahora también Cristina Viñes Millet (2007).

18 Cf. Richard Ford, Granada , traducción de Alfonso Gámir Sandoval, publicada por el Patronato de la Alhambra en 1955.

Esta combinación de efectos estilísticos y moderación romántica contribuyó eficazmente a la fascinación por el monumento[17]. Se plasma en las descripciones y comentarios sobre los palacios, salas, jardines y demás partes del maravilloso recinto, así como sobre el tipismo de sus habitantes. Los cuentos de la Alhambra no son sólo una sucesión más o menos coherente de leyendas y narraciones, sino que constituyen un auténtico paseo por el enclave. Como observa Tonia Raquejo : "Sin duda, desde que Irving publicó sus Cuentos, la Alhambra quedó popularmente asociada a lo inverosímil" (131). Esa idea de inverosimilitud, de exotismo, de rareza estética, de mundo maravilloso, de Arcadia oriental, es la creación de Irving, con quien comienza un discurso "alhambresco", una moda imaginaria y real a partir de unos textos. En 1833 se publicó en Boston el libro de otro enamorado de España, Caleb Cushing, Reminiscences of Spain, donde los recuerdos de la Alhambra corren paralelos a los de Irving, lo que muestra que la afición por lo español era algo más que una moda pasajera.

Stanley T. Williams cita a otros autores del siglo XIX cuya visita a la Alhambra dependía de las narraciones de Irving, "el descubridor de la fascinación de España". A su juicio, como historiador, Irving no pasó de aficionado, pues le faltaban las herramientas y la profundidad del historiador profesional: "los elementos filosóficos de la historia están graciosamente ausentes", pero su visión de España en sensibilidad literaria y en estilo imaginativo resultan insuperables. Para Williams, la creación de personajes absurdos como las tres princesas de Cuentos de la Alhambra no era más que la prolongación de un estilo que incluía no tomarse las cosas con mucha seriedad: "Su interpretación de las leyendas españolas y de todas las fases de España era, frecuentemente, humorística en extremo." Esta observación del biógrafo de Irving corrobora la visión de otros críticos que lo consideran instalado en "una seriedad burlona." Hoy no podemos sino agradecer ese sentido del humor, tan enemigo de lo pomposo.

La Alhambra fue ganándose un prestigio en el mundo de los viajeros y los curiosos que se puede explicar a partir de Irving. Sus "caracterizaciones de los habitantes de la Alhambra estaban a la altura de un Fernán Caballero", enfatiza Williams. Como escribió Richard Rorty, cualquier tipo de avance, sea éste político, cultural o científico, surge de la feliz coincidencia entre la obsesión particular y la necesidad pública. Y esto es lo que ocurre en el caso de Irving, cuando publica sus Cuentos en 1832. La obra de Irving atrajo a la Alhambra a miles de norteamericanos. El caldo de cultivo generó obras tan sensatas y populares como los Gatherings from Spain (1834) de Richard Ford[18] y la serie inglesa de publicaciones de viajes Landscape Annual, en concreto la obra de Thomas Roscoe, que aparece tres años después de la de Irving, The tourist in Spain. Granada, una obra muy popular en su época, editada con ilustraciones de David Roberts. Este libro, publicado en Londres en 1835 y reimpreso muchas veces, representa un esfuerzo informativo por ocupar el espacio de ese mundo tan atractivo y desconocido de la España musulmana, y

se dedica a contar la caída del reino moro de Granada. Pero este libro inglés sirve también a un doble propósito: describir la topografía del Reino de Granada en toda su extensión para el viajero contemporáneo, desde Gibraltar, naturalmente, hasta Granada, y glosar las maravillas de la Alhambra en sus páginas. Esto resulta claramente revelador de la magnífica oportunidad que aprovecha Irving. En la página 249, en una nota sobre la intención del rey Fernando de fundar un monasterio de San Francisco en La Zubia tras la batalla contra las tropas de Musa, leemos lo siguiente:

> De este monasterio se sabe que aún existe y en su jardín destaca un laurel del que se dice que lo planto su majestad con sus propias manos. La casa desde la que sus majestades contemplaron la batalla no se ha destruido. Según el grato cronista moderno Washington Irving está en la primera calle a la derecha cuando se entra al pueblo desde la Vega y el escudo real está pintado sobre los muros. Lo habita un digno labrador, Francisco García, quien al enseñar la casa rechaza cualquier compensación con auténtico orgullo español, ofreciendo como contraste la hospitalidad de su mansión al forastero.

Esta breve referencia da una idea de la importancia de Irving en su momento y de su autoridad y reconocimiento, y de la extensión de la moda y de la fascinación por España.

Irving es un entusiasta de la Alhambra y su propuesta no es ni más ni menos que actuar de guía por el recinto. La lectura de los Cuentos puede convertirse en la manera más interesante y sencilla de hacer un recorrido por todo el recinto de la mano de un cicerone excepcional, más autorizado si cabe que ese "hijo de la Alhambra", Mateo Jiménez, (¿un "oreja" de su época?) que se le ofreció para enseñarle la fortaleza al escritor y diplomático norteamericano. La visión del mundo del autor norteamericano aflora en esas páginas al igual que lo hace en las pinturas de John Frederick Lewis o de David Roberts y tanto la narrativa de Irving como las pinturas de los británicos contribuyen a crear ese concepto narrativo y visual de la Alhambra, sin el cual nuestro entendimiento y valoración del monumento no serían iguales.

Irving acaba sus Cuentos con su despedida de la ciudad, en "El adiós del autor a Granada", con una última alusión shakespeareana: "Tras estos pensamientos, proseguí mi andar entre montañas. Unos pasos más y Granada, la Vega y la Alhambra desaparecieron de mi vista. Así terminó uno de los más placenteros sueños de mi vida, que el lector acaso piense estuvo demasiado hecha de sueños".

Recuerda Ricardo Villa-Real (1990)[19], que Washington Irving es quien ha universalizado más el nombre de Granada y de la Alhambra. Basta releer La Alhambra para redescubrir por qué.

19
Homenaje a Granada, Granada, Miguel Sánchez, 1990.

OBRAS CITADAS

Abrams, M. H. El espejo y la lámpara. Teoría romántica y tradición crítica. 1953. Barcelona: Barral, 1975.

Carrasco Urgoiti, Ma. Soledad. El moro de Granada en la literatura (Del siglo XV al XIX). Madrid: Revista de Occidente, 1956. Edición facsímil. Estudio preliminar de Juan Martínez Ruiz. Granada: Universidad, 1989.

Díaz García, Jesús. "El Sketchbook como compás de La Alhambra". En Antonio Garnica, ed. Washington Irving en Andalucía, 31-57.

Ford Richard. Granada. Traducción de Alfonso Gámir Sandoval. Granada: Patronato de la Alhambra, 1955.

Gallego Morell, Antonio. "The Alhambra de Washington Irving y sus traducciones españolas" Washington Irving (1859-1959), 161-186.

Garnica, Antonio, ed. Washington Irving en Andalucía. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2004.

Gurpegui, José Antonio. Introducción a Cuentos de la Alhambra, de Washington Irving. Ed. de José Antonio Gurpegui. Traducción de José Miguel Santamaría y Raquel Merino. Madrid: Cátedra, 1996.

Hilton, Silvia L. Washington Irving. Un romántico entre Europa y América. Introducción y bibliografía general. Madrid: CSIC, 1986.

Holmes, Richard. The Romantic Poets and Their Circle. Londres: National Portrait Gallery, 2005.

Irving, Washington. Cartas desde la Alhambra. Edición y traducción de Antonio Garnica Silva. Granada: La Biblioteca de la Alhambra, 2009.

---. Cuentos de la Alhambra. Ed. de José Antonio Gurpegui. Traducción de José Miguel Santamaría y Raquel Merino. Madrid: Cátedra, 1996.

Leary, Lewis. Washington Irving. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1963.

Morales Padrón, Francisco. "El descubrimiento de América según Washington Irving." En Washington Irving (1859-1959), 53-86.

Morales Souvirón, F. "Cartas de Washington Irving desde la Alhambra." En Washington Irving (1859-1959), 87-117.

Nemoianou, Virgil. The Taming of Romanticism. European Literature and the Age of Biedermeier. Cambridge: Harvard University Press, 1984.

Orozco Díaz, Emilio. Granada en la poesía barroca. Edición y comentario de tres romances inéditos. Granada: Universidad, 1963. Edición facsímil. Estudio introductorio de José Lara Garrido. Granada: Universidad de Granada, 2000.

Paz, Octavio. Los hijos del limo. Barcelona: Seix Barral, 1974.

Raquejo Tonia. El palacio encantado. La Alhambra en el arte británico. Madrid: Taurus, 1990.

Romero Tobar, Leonardo. Panorama crítico del romanticismo español. Madrid: Castalia, 1994.

Said, Edward. Orientalismo. Barcelona: DeBolsillo, 2004.

Soria, A. "Washington Irving 1859-1959. Notas en su centenario". En Washington Irving (1859-1959), 119-159.

Villa-Real, Ricardo. Homenaje a Granada. Granada: Miguel Sánchez, 1990.

Viñes Millet, Cristina. La Alhambra que fascinó a los románticos. Córdoba: Patronato de la Alhambra y el Generalife, Tinta Blanca, Almuzara, 2007.

Wagenknecht, Edward. Washington Irving: Moderation Displayed. Nueva York: Oxford University Press, 1962.

Washington Irving (1859-1959). Granada: Universidad de Granada, 1960. Edición facsímil. Presentación de Antonio Gallego Morell y prólogo de José Luis Martínez Dueñas Espejo y Andrés Soria Olmedo. Granada: EUG, 2008.

Williams, Stanley. La huella española en la literatura norteamericana. Madrid: Gredos, 1957.

Ynduráin Hernández, Francisco. "Washington Irving, primer hispanista americano." En Washington Irving (1859-1959), 7-51.

XI

WASHINGTON IRVING TRADUCIDO: CUENTOS DE LA ALHAMBRA

Raquel Merino Álvarez
y José Miguel Santamaría

XI CUENTOS DE LA ALHAMBRA: UN CLÁSICO UNIVERSAL

Washington Irving es un clásico universal y lo es, sobre todo, por la difusión y repercusión que Cuentos de la Alhambra ha tenido a nivel mundial. Hablar de la Alhambra sin mencionar a Irving o a la inversa es tarea ardua: "Washington Irving and the Alhambra are inextricably linked, and this not only in North American and Hispanic tradition but in a larger sense in world literature" (Lenehan y Myers xv). Cada país y cada literatura han alojado la obra de Irving y la han convertido en universal. Tanto en versión original, en Estados Unidos y en Gran Bretaña, como en traducciones a otros idiomas, principalmente el español, la obra de este clásico norteamericano ha traspasado barreras. "In Britain . . . his works were used as examples of British prose in British schools, in Germany as examples of regional folk tales, and in Spain they contributed to the record of the national history, and still do" (Bradbury 81).

Irving es un clásico muy productivo, que ha rendido y rinde pingües beneficios a la industria editorial. En España nos encontramos Cuentos de la Alhambra (CLA) en ediciones de todo tipo, orientadas a prácticamente cualquier segmento del público lector (niños y jóvenes, adultos, universitarios, o turistas). Y este fenómeno editorial se aprecia de manera aún más acusada en Granada: "Hoy día Cuentos de la Alhambra sigue siendo un libro omnipresente en las librerías granadinas y su venta es continuada dada la sociología que nos conforma" (Martínez Dueñas Espejo y Soria Olmedo 25). Son cientos las ediciones españolas de CLA que podemos encontrar en una amplia gama de idiomas, desde el español al japonés, pasando por las ediciones en inglés.

En el ámbito universitario CLA se estudia, por ejemplo, en los primeros cursos de carreras como Arquitectura, por lo que también hace tiempo que ha trascendido la barrera de especialización que suele dividir ciencias y letras en compartimentos separados. La obra de este autor norteamericano ha trascendido también la página y se puede decir que es, a día de hoy, un clásico en la pantalla.

Según algunos, CLA es el libro más publicado y traducido en el mundo, tras La Biblia, el Quijote o Hamlet (Girón López 9). Sin querer entrar a corroborar esta afirmación, pasaremos aquí a ilustrar, no obstante, cómo estudiar la evolución de las traducciones al español de la obra, todo un desafío investigador por el ingente número de ediciones y por la naturaleza variopinta del mercado al que han estado tradicionalmente orientadas.

En nuestro caso, la motivación para investigar la genealogía de la obra de Irving comienza con un encargo para traducir CLA para la editorial Cátedra y la voluntad del editor de ofrecer la obra en la forma más extensa revisada por Irving antes de su muerte: la ARE (Author's Revised Edition) o Putnam edition (1851). La localización de este original resultó tan dificultosa, allá por 1995, que, mientras esperábamos que llegara a nuestras manos el texto que íbamos a traducir, comenzamos a tirar de un hilo que nos ha llevado a recopilar unas mil ediciones de CLA en un catálogo que no podrá nunca estar completo, pues cada año surgen decenas de nuevas ediciones sólo en nuestro país[1].

También hemos investigado la obra de Irving en los archivos de censura de la época de Franco, en el contexto del proyecto TRACE (www.ehu.es/trace), y también en este caso la naturaleza variada y compleja de las ediciones recopiladas supuso un importante reto que nos ayudó a completar y cualificar el catálogo de ediciones de CLA y a registrar la producción editorial argentina que llegó a España a través del canal de la importación.

1 En la versión publicada por la Editorial Cátedra de nuestra traducción incluíamos ya un catálogo de traducciones de CLA (Santamaría y Merino 1996).

A día de hoy, Irving y sus CLA han entrado ya en la era digital y, por tanto, en las pantallas de millones de personas. Las diferentes ediciones de sus obras, que tanto costaba localizar hace poco más de diez años, se pueden consultar hoy por hoy online como parte de los fondos de bibliotecas digitales de todo el mundo[2].

La industria audiovisual tampoco ha dejado pasar la oportunidad de nutrirse del éxito que los CLA han cosechado tradicionalmente en páginas impresas. Hay adaptaciones de esta obra producidas en España, y alguno de sus cuentos o de los personajes (Ahmed) o compañeros de viaje de Irving (Dolgorouki) se han utilizado en producciones españolas de animación[3].

Selecciones de CLA pueden encontrarse en forma de audiolibros, en podcasts y, como no, en blogs dedicados al autor y su obra. Y es que esta obra de Irving, y la mágica localización que la inspiró, la Alhambra, habían sido ya fuente de inspiración para ilustradores famosos que, en una época anterior al cine y otras pantallas, hicieron de CLA un clásico "visual"[4].

CLA EN INGLÉS: PRINCIPALES EDICIONES

CLA se publica en inglés por primera vez en 1832, casi de forma simultánea en París, Londres y Filadelfia. Se trata de un libro estructurado en 31 cuentos que en estas primeras ediciones se presenta bajo diversos títulos, con el denominador común "Tales of the Alhambra". El propio autor revisa el texto para la publicación de sus obras completas (1951, Putnam, Nueva York), reescribe algunos cuentos e incluye otros, amén de reestructurar el orden en el que aparecen en esta edición revisada, que contiene 41 cuentos, de los que la mayoría fueron modificados (véase anexo 2).

A finales del siglo XIX, Elizabeth Pennell apuesta por una edición de CLA para la editorial Macmillan en la que trata de dar unidad a un conjunto de cuentos que ella estima que conforman un todo compacto. Así, basándose en el original revisado, Pennell selecciona 30 cuentos que se publican acompañados de las ilustraciones de Joseph Pennell. Esta edición se convierte en un clásico en Gran Bretaña y en Estados Unidos, tanto que entra a formar parte de los fondos de la biblioteca de la Casa Blanca en 1963.

PRINCIPALES EDICIONES EN INGLÉS DE CLA[6]

1832 Tales of the Alhambra. Londres, Colburn & Bentley. Filadelfia, Carey & Lea. París, Calignani.

1851 The Alhambra. The Works of Washington Irving. Vol. 15. Nueva York, Putnam. Edición Putnam.

1896 The Alhambra. Introduction by Elizabeth Robins Pennell and illustrations by Joseph Pennell. Londres y Nueva York, Macmillan.1986, Londres, Darf.

2
La edición revisada (ARE) puede consultarse como libro electrónico en la University of Adelaide, Australia (http://ebooks.adelaide.edu.au), y la primera traducción completa al español de Ventura Traveset en el Centro Virtual Cervantes (www.cervantesvirtual.com).

3
Las producciones de animación El embrujo del sur o Ahmed, príncipe de la Alhambra se han comercializado en catalán, español, gallego o vasco (www.loturafilms.com).

4
"Cuando los artistas gráficos plasmaron escenas de las obras de Irving, estaban venerando a una de las figuras más importantes de la vida cultural de la joven nación norteamericana" (Johnson 67).

5
Sobre su selección dice E. Pennell: "to drop certain chapters from The Alhambra is simply to anticipate the reader in the act of skipping" (xii).

6
En adelante utilizaremos las etiquetas TO y TM para referirnos a los principales textos, originales u origen y traducidos o textos meta, que hemos analizado y comparado. TO1, primer original de 1832, TO2, edición revisada (1851), y TO3, edición Macmillan (1896). TM1, traducción de Ventura Traveset (1888), TM2, traducción de Méndez Herrera (1910[3]) y TM3, traducción de Juan y José Bergua (1953). En España contamos con ediciones en inglés de CLA. Así el TO1 lo reproduce Miguel Sánchez Editor, el TO2 aparece en la edición en inglés de Everest y el TO3 lo encontramos en la Editorial Escudo de Oro. Puede ocurrir, y de hecho hemos comprobado que es así en la mayor parte de los casos, que una misma editorial ofrezca una versión del texto en inglés y otra, con diferente número de cuentos, estructura y secuencia, en español.

Estas ediciones han convivido en el mercado editorial inglés durante años con otras fragmentarias que difieren en extensión y número de cuentos, dándose el caso de que algunas pueden llegar a constar de menos de diez. La reducción en el número de cuentos y el orden en que van dispuestos no es la única variable que encontramos al analizar las ediciones que se nos presentan bajo un mismo título genérico; también nos encontramos con adaptaciones para niños y jóvenes, o para la escena, que implican necesariamente cierto grado de reescritura del original[7].

ADAPTACIONES ESCÉNICAS EN INGLÉS[8] DE CLA (LENEHAN Y MYERS 1983: XLVI-LV)

1840 Ahmed al Kamel, or, The Pigrim of Love. The libretto. Henry G. Finn, música de C.E. Horn

1851 The Alhambra or the Three Beautiful Princesses, a Burlesque Extravaganza, Albert Smith

1958 The legend of the Moor's Legacy, dramatizada en tres actos por Anne Nicholson

1967 The Moor's Treasure, A Play for children's theatre based on The legend of the Moor's Legacy in Washington Irving's The Alhambra, adaptada en diez escenas por Ray Mount y Elizabeth Keyes Mount

EDICIONES DE ADAPTACIONES EN INGLÉS DE CLA[9] (LENEHAN Y MYERS 1983: XLVI-LV)

1915 Tales from the Alhambra. Edición escolar. Ginn and Co. Boston. Editor: Edward K. Robinson. Con ilustraciones y notas.

1917 Tales from the Alhambra. 6 cuentos adaptados por Josephine Brower, ilustraciones de Charles E. Brock. (1910[1])

1965 Tales of the Alhambra. Legends of Knights, Princesses, Magicians and Ghosts. Avon Books.

1962 Tales of the Alhambra. Nueve leyendas adaptadas por Robert C. Goldston.

1964 The Alhambra, Palace of Majesty and Splendor. Macmillan. Adaptada por Mabel Williams. (1926[1], 1953)

CLA EN ESPAÑOL: PRINCIPALES EDICIONES

La historia de las ediciones de The Alhambra en inglés es compleja y ha discurrido paralela en el tiempo a la aparición de traducciones y adaptaciones a otras lenguas como el alemán[10], danés, holandés, finlandés, francés, italiano o sueco. Pero, probablemente, el idioma por excelencia al que se ha vertido esta obra sea el español (Gallego Morell, The Alhambra 170). Son alrededor de un millar las ediciones de CLA en español que hemos podido identificar sólo en nuestro país[11]. Y es que desde 1833, momento en el que aparece en Valencia la edición fragmentaria de ocho cuentos, a cargo de Don Luis Lamarca, se puede rastrear un goteo continuo de ediciones de CLA que, con mayor o menor aceptación por parte del público, han ido quedando integradas en la historia cultural española.

7
Se han llevado a cabo adaptaciones cinematográficas producido en inglés de las obras de Irving. Sólo de La leyenda de Sleepy Hollow nos encontramos con: The headless horseman (Edward D. Venturini, 1922), The legend of Sleepy Hollow (Walt Disney, 1958) y Sleepy Hollow (Tim Burton, 1999), mientras que de Cuentos de la Alhambra sería difícil encontrar una adaptación cinematográfica de similares características.

8
Lenehan y Myers mencionan el caso de Pushkin, quien leyó a Irving en francés y de quien se dice que se inspiró en la leyenda de "La casa del gallo de viento" ("The house of the Weathercock") para escribir "El gallo de oro" (1834). Esta pieza de Pushkin parece que también dio lugar a la obra de Rimsky Korsakov "Le Coq d'Or" (1909).

9
Es raro encontrar traducciones al español de adaptaciones en inglés de CLA. La única que hemos podido identificar como tal es la de la editorial Molino, presentada a censura en 1964 (expediente 1861, AGA), firmada por H.G. Granch.

10
Según Lenehan y Myers (xlvii), en Alemania se utiliza con asiduidad el libro de Irving en ediciones escolares.

Dado el volumen de ediciones recopiladas, presentamos a continuación sólo una selección de las más significativas: aquéllas que han sido registradas en las fuentes de documentación principales utilizadas para la catalogación de la obra de Irving[12] . En el anexo 1 recogemos las principales ediciones, tanto fragmentarias (selección de un número de cuentos concreto pero respetando el contenido y longitud de cada uno de ellos) como completas (reproducen el texto completo, esto es el número total de cuentos recogidos en alguno de los originales). En el siguiente cuadro reproducimos una selección en la que se resaltan las traducciones de José Ventura Traveset (TM1-JVT), José Méndez Herrera (TM2-JMH) y Juan y José Bergua (TM3-Bergua).

PRINCIPALES EDICIONES EN ESPAÑOL DE CLA

1888 Cuentos de La Alhambra. Versión directa del inglés de José Ventura Traveset. Noticia biográfica del autor por D. A. G. Garbín. Granada. TM1-JVT.

1948 Cuentos de La Alhambra. Traducción, prólogo y notas de José Méndez Herrera. Madrid, Aguilar, colección "Crisol". 2ª ed. TM2-JMH

1951 Cuentos de La Alhambra. Traducción, prólogo y notas de Ricardo Villa-Real. Granada, Edit. Padre Suárez M. Imp. Halar.

1953 Cuentos de La Alhambra. Traducción y noticia preliminar de Juan y José Bergua. Madrid, Ediciones Ibéricas. TM3-Bergua.

1959 Leyendas de La Alhambra y de la conquista árabe de España, traducción del inglés y notas Ma Josefa Lecluyse y Francisco B. del Castillo. Barcelona, Editorial Iberia S.A.

1967 Cuentos de La Alhambra, trad. F. Serrano Valverde. Barcelona, Sopena.

1967 Cuentos de La Alhambra. Introd. O. Garza. México, Porrúa.

1973 Cuentos de la Alhambra. León, Everest.

1981 La Alhambra. Barcelona, Escudo de Oro.

1985 Viaje a La Alhambra, trad. Marta Pérez. Barcelona, Laertes.

1996 Cuentos de la Alhambra. Trad. José-Miguel Santamaría y Raquel Merino. Madrid, Cátedra.

2000 Cuentos de La Alhambra. Granada, F. Gallegos.

11
En esta aportación hemos querido centrarnos en las traducciones de CLA. Sobre la presencia del resto de sus obras en España la consulta al catálogo de Bibliotecas Públicas del Estado "Irving + Alhambra" nos arroja unos 942 resultados, 214 si restringimos la búsqueda a bibliotecas de Andalucía. Una consulta similar que acote el nombre del autor y su obra La leyenda de Sleepy Hollow da como resultado 257 y 39, para toda España y bibliotecas andaluzas; y para su obra Rip Van Winkle tendremos 172 y 34 entradas respectivamente. En el ISBN español CLA arroja un total de 165, Sleepy Hollow 20 y Rip Van Winkle 18. De otras obras como La conquista de Granada o la biografía de George Washington, inédita hasta 2004 (Santamaría 2004), el número de ediciones disponibles oscila entre 3 y 1 según el ISBN español. [Consultas realizadas en octubre de 2009. Bibliotecas Públicas del Estado, http://www.mcu.es/bibliotecas/MC/CBPE/index.html, e ISBN, http://www.mcu.es/libro.]

12
Hemos consultado los catálogos de la Biblioteca Nacional, Bibliotecas Públicas del Estado, Bibliotecas Universitarias (REBIUN), Library of Congress, Index Translationum, ISBN español y compendios como el Palau, junto con estudios como los de Gallego Morell (1960) o S. T. Williams (1930). Véase Merino (2004).

El siguiente listado reproduce algunas ediciones que, si atendemos a su presentación y características, parecen responder a textos adaptados a partir de uno o más cuentos. La reducción, tal y como hemos podido constatar mediante cotejo textual directo, puede afectar únicamente al número de cuentos, o ir más allá de la mera selección y afectar al volumen de texto (número de páginas o de palabras) para cada una de las historias seleccionadas.

EDICIONES EN ESPAÑOL-ADAPTACIONES DE CLA

1920 El Legado del Moro. Leyenda de La Alhambra. Versión castellana de Natalia Cossío de Jiménez. Madrid, Jiménez Fraud Imp. Clásica Española.

1922 El peregrino del amor. Leyenda de La Alhambra. Versión castellana de Natalia Cossío de Jiménez. Madrid, Jiménez Fraud Imp. Clásica Española.

1934 Cuentos de La Alhambra. Relatados a los niños por Manuel Vallvé. Barcelona, Araluce.

1951 Cuentos de La Alhambra. Adaptación por Manuel Rosell Pasant. Barcelona, Edit. Mateu.

1958 Cuentos de La Alhambra, trad. B. Montuenga. Madrid, Editorial Alhambra.

1960 El legado del moro. Barcelona, Molino.

1974 El astrólogo y la hechicera. Barcelona, Toray.

1980 Cuentos de La Alhambra, trad. Ma Luisa Vela. Barcelona, Toray. 1a ed. [3 cuentos]

1984 Cuentos de la Alhambra. Washington Irving-Francisco Agras. Granada: Roasa. [Contiene: La leyenda del astrólogo árabe, El legado del moro, El peregrino del amor. 61 pp.]

1984 Leyendas de La Alhambra. Adaptación de Carmen Asensio. Ilustraciones de Carmen Guerra. Barcelona, Toray. 2ª ed. [6 cuentos]

1990 Cuentos de la Alhambra. Autor de los textos: Saro de la Iglesia. Autor de los dibujos: Francisco Capdevilla. Barcelona, Planeta-Agostini. [En el interior puede encontrarse una única historia: "La leyenda del valle dormido", versión de "Rip Van Winkle".] [Libro y versión en vídeo VHS.]

LAS PRINCIPALES TRADUCCIONES DE CLA

En los cuadros comparativos del anexo 2 reflejamos las diferencias entre las principales ediciones originales de CLA (TO1, TO2, TO3), así como entre estos originales y las principales versiones españolas, atendiendo tanto a su estructura como al número de cuentos. Se trata de las mismas traducciones completas que Gallego Morell (2008, 1960[1]) mencionaba como las de mayor difusión en nuestro país a mediados del siglo XX (TM1, TM2, TM3). Medio siglo más tarde podemos afirmar que, de forma directa o indirecta, siguen siendo traducciones muy presentes en nuestra cultura (Merino 2005).

1888 Cuentos de La Alhambra. Versión directa del inglés de José Ventura Traveset. Noticia biográfica del autor por D. A. G. Garbín. Granada. TM1-JVT.

1948 Cuentos de La Alhambra. Traducción, prólogo y notas de José Méndez Herrera. Madrid, Aguilar, colección "Crisol". 2ª ed. TM2-JMH

1953 Cuentos de La Alhambra. Traducción y noticia preliminar de Juan y José Bergua. Madrid, Ediciones Ibéricas. TM3-Bergua.

La primera traducción completa al español (TM1) de la primera edición inglesa de CLA, firmada por José Ventura Traveset, es sin duda uno de los textos más publicados y en mayor diversidad de editoriales, como se puede comprobar en el anexo 1. Además es, con toda probabilidad, el texto reproducido con más frecuencia desde su aparición en 1888. Su pervivencia va unida a las reediciones que la editorial Espasa Calpe ha ofrecido tanto en España como en Argentina.

La traducción de Méndez Herrera (TM2), que apareció a principios del siglo XX, ha sido distribuída en diferentes colecciones por Aguilar y se ha consolidado como la traducción íntegra de la edición revisada, aunque reproduzca 37 de los 41 cuentos de aquélla. La traducción de Bergua (TM3), de mediados del siglo XX, que Gallego Morell equiparaba en distribución y repercusión con las anteriores, es hoy un libro algo más difícil de localizar, aunque no esté agotado, y el acceso al mismo es por tanto bastante restringido.

Son muchas más las traducciones de CLA publicadas y comercializadas como distintas y, si nos atuviésemos a un estricto cómputo bibliográfico, habríamos de listar cientos de ellas. Es más, si hiciésemos caso a las introducciones que acompañan a estas ediciones, o incluso a la propia estructura y composición de los cuentos que contienen, creeríamos contar con decenas de traducciones diferentes. Sin embargo diversas calas textuales entre las traducciones que mencionamos en los anexos nos han llevado a ser mucho más cautos. Tras estudios como los ya publicados (Merino 1997, 2001, 2002, 2003 y 2004), y otros aún en proceso de realización, las únicas traducciones que, hasta la fecha, han resistido el cotejo con los respectivos originales y con otras traducciones, y que, por tanto, podríamos decir que son genuinas, es decir, derivadas directamente de sus correspondientes originales, son: TM1, del primer original (TO1), TM2, de la edición revisada (TO2) y TM3 de la edición Macmillan (TO3).

Hasta donde hemos podido comprobar por medio de cotejos textuales, el resto de las principales ediciones estudiadas utilizan como fuente estas traducciones genuinas. Hasta la fecha, la comparación textual traducción-original y traducción-traducción nos ha llevado a establecer tres tipos de ediciones españolas de CLA: aquéllas que citan la traducción que reproducen, las que no identifican traductor alguno pero reproducen traducciones existentes en el mercado y, siguiendo la nefasta tradición de plagiar (Santoyo 1981), tenemos aquellas ediciones en las que no sólo se copia sino que se suplanta el nombre del traductor original.

Y junto con estas reediciones y plagios de textos completos nos encontramos con un tipo de reproducción parcial de traducciones genuinas: las ediciones que se nos presentan como nuevos textos en español de CLA, y que incluso se identifican bajo el nombre de traductores diversos, pero que, sometidas al cotejo textual con las anteriores, parecen haberse servido, en mayor o menor grado, de aquéllas. En estos casos, que hemos identificado parcialmente en estudios anteriores, un peritaje textual detallado nos revela otro modo de construir textos de CLA en español: el "collage" textual previa consulta de una o varias versiones anteriores. Se trata de textos "derivados" en cuanto no parten directamente de ningún original sino de textos de CLA en español de los que se nutren para ofrecen una supuesta nueva versión. Alguno de estos textos derivados pueden a su vez servir de fuente para la construcción de una supuesta nueva traducción. Y lo mismo que hemos descrito brevemente para ediciones completas parece regir en las ediciones de selecciones de cuentos.

CUENTOS DE LA ALHAMBRA Y LA INDUSTRIA EDITORIAL

Por todo lo dicho cabe preguntarse qué es lo que leemos cuando leemos Cuentos de la Alhambra de Irving, qué sometemos a estudio cuando hablamos de CLA en foros académicos o qué adquirimos cuando compramos nuestro ejemplar de este clásico universal. Probablemente no sabemos cuántas historias o cuentos de los 41 posibles contiene la edición que manejamos, o qué original reproduce, o si lo que leemos en español es una

traducción genuina o si, por el contrario, se trata de un texto de segunda o tercera mano, o si los derechos de autoría de cada texto son ilegítimos o están debidamente identificados.

Cuando consumimos productos audiovisuales solemos dar por sentado que, si se generan a partir de obras existentes, el texto de partida ha sido necesariamente reelaborado, adaptado y, por eso, nos sorprende menos oír al príncipe Dolgorouki hablar con Irving en El embrujo del sur. Sin embargo, parece que existe una especial confianza en el caso de la cultura impresa. Nos dejamos llevar por la apariencia de las ediciones, por la calidad del papel, por las ilustraciones y quizá por el prestigio de la editorial. Rara vez reparamos en el nombre del traductor, si es que éste figura. Las introducciones e ilustraciones suelen captar más nuestra atención.

Esperemos que la historia de Cuentos de la Alhambra en español que hemos esbozado aquí pueda ayudar a entender la complejidad que se esconde tras cada edición que manejamos, y la dificultad que entraña la oferta de nuevas traducciones, en muchas ocasiones dependiente de la profesionalidad de los agentes involucrados en el negocio de la edición y de la visibilidad que a la labor del traductor se quiera dar en nuestra cultura.

13

En este listado hemos marcado con un asterisco las ediciones que hemos manejado para la comparación textual inglés-español y español-español. Con un guión (-) detrás de la fecha de publicación se señalan las ediciones fragmentarias.

14

La editorial barcelonesa Escudo de Oro reproduce este original en su edición en inglés. Nosotros hemos consultado la de 1999.

ANEXO 1

EDICIONES EN INGLÉS DE CLA (LENEHAN Y MYERS 1983: 281 Y 395-296)

1832 Tales of the Alhambra. Londres, Colburn & Bentley (1ª y 2ª edición el mismo año). Filadelfia, Carey & Lea. París, Calignani. TO1 [31 cuentos.]*[13]

1836 Filadelfia, Carey, Lea & Blanchard.

1842 Filadelfia, Carey, Lea & Blanchard.

1850 Londres, R. Bentley

1851 The Alhambra. The Works of Washington Irving. Vol. 15. Nueva York, Putnam. Edición Putnam. (ARE-Author's Revised Edition-Edición Revisada por el Autor). TO2 [41 cuentos.]*

1851 Nueva York, Putnam. (ARE).Con Ilustraciones.

1857 Nueva York, Putnam. (ARE)

1859 Nueva York, Putnam. (ARE)

1865 Nueva York, Putnam. (ARE)

1983 The Alhambra. Edited by William T. Lenehan y Andrew T. Myers. Boston, Twayne Publishers. (ARE)*

1896 The Alhambra. Introduction by Elizabeth Robins Pennell and illustrations by Joseph Pennell. Londres y Nueva York, Macmillan.1986, Londres, Darf. TO3 [30 cuentos.]*[14].

EDICIONES EN ESPAÑOL DE CLA: COMPLETAS Y FRAGMENTARIAS

1833 Cuentos de La Alhambra, trad. D. Luis Lamarca. Valencia, J. Ferrer de Orga.

1844 Los Cuentos de La Alhambra, precedidos de un viaje por la provincia de Granada, trad. Manuel M. de Santa Ana del francés. Madrid, Imp. y Casa de la Unión Comercial.

1887 Los Cuentos de La Alhambra, precedidos de un viaje por la provincia de Granada, trad. Francisco Correa y Ramírez. Barcelona, no figura editorial.

1888 Cuentos de La Alhambra. Versión directa del inglés de José Ventura Traveset. Noticia biográfica del autor por D. A. G. Garbín. Granada. [31 cuentos] TM1-JVT.*

1906 Leyendas de La Alhambra, trad. de Augusto Muro. Barcelona, Savatella, "Autores Célebres".

1910 Cuentos de La Alhambra. Versión y nota biográfica por Pedro Umbert. Barcelona, Henrich y Ca· 2ª ed.

1917 Cuentos de La Alhambra. Barcelona, Edit. Maucci, "La novela breve".

1920 El Legado del Moro. Leyenda de La Alhambra. Versión castellana de Natalia Cossio de Jiménez. Madrid, Jiménez Fraud Imp. Clásica Española.

1922 El peregrino del amor Leyenda de La Alhambra. Versión castellana de Natalia Cossio de Jiménez. Madrid, Jiménez Fraud Imp. Clásica Española.

1922 La rosa de La Alhambra Leyenda de La Alhambra. Versión castellana de Natalia Cossio de Jiménez. Madrid, Jiménez Fraud Imp. Clásica Española.

1922 La tres bellas infantas Leyenda de La Alhambra. Versión castellana de Natalia Cossio de Jiménez. Madrid, Jiménez Fraud Imp. Clásica Española.

1934 Cuentos de La Alhambra, relatados a los niños por Manuel Vallvé. Barcelona, Araluce.*

1935 Leyendas de La Alhambra, trad. y prólogo de Emilio Gascó y Contell. Madrid, "Nuestra Raza".

1941 Cuentos de La Alhambra, trad. J. Ventura Traveset. Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina Colección Austral.*

1941 Leyendas de La Alhambra. Barcelona, Ediciones Selectas "Colección Norte".

1947 Leyendas de La Alhambra. Versión de Juan A. G. Larraya. Barcelona, Ediciones Reguera

1948 Cuentos de La Alhambra. Traducción, prólogo y notas de José Méndez Herrera. Madrid, Aguilar, colección "Crisol". 2ª ed. [1962, 7ª edición. 37 cuentos.] TM2-JMH [1910[3]] *

1950 Leyendas de La Alhambra, trad. José Ventura Traveset. Barcelona, Fama.

1951 Cuentos de La Alhambra. Traducción, prólogo y notas de Ricardo Villa-Real. Granada, Edit. Padre Suárez M. Imp. Halar. [34 cuentos]*

1951 Cuentos de La Alhambra. Adaptación por Manuel Rosell Pasant. Barcelona, Edit. Mateu.*

1952 Cuentos de La Alhambra, Barcelona, Araluce. 6ª ed.*

1952 Cuentos de La Alhambra. Madrid, Dólar.

1953 Cuentos de La Alhambra. Traducción y noticia preliminar de Juan y José Bergua. Madrid, Ediciones Ibéricas. [32 cuentos] TM3-Bergua.*

1955 Leyendas de La Alhambra, trad. José Ventura Traveset. Madrid, Espasa Calpe. 11ª ed.*

1958 Cuentos de La Alhambra, trad. B. Montuenga. Madrid, Editorial Alhambra. [Véase Irving 1985b.]*

1959 Leyendas de La Alhambra y de la conquista árabe de España, traducción del inglés y notas Ma Josefa Lecluyse y Francisco B. del Castillo. Barcelona, Editorial Iberia S.A. [No figura ni en el Index Translationum ni en el Palau.]*

1960 El legado del moro. Barcelona, Molino. [Idem 1964]*

1962 Cuentos de la Alhambra. Trad. José Méndez-Herrera. Madrid, Aguilar. 7ª edición.*

1967 Cuentos de La Alhambra, trad. F. Serrano Valverde. Barcelona, Sopena. [Idem. 1981. Barcelona, Bruguera.] [34 cuentos] *

1967 Cuentos de La Alhambra. Introd. O. Garza. México, Porrúa.*

1967 Leyendas de La Alhambra. Madrid, Susaeta.*

1968 Cuentos de La Alhambra, trad. José Ventura Traveset. Madrid, Pérez del Hoyo.

1968 Cuentos de La Alhambra, trad. Ma Victoria Rodoreda. Barcelona, Bruguera. [Idem 1969, 3ª ed. 1979, 4ª ed.]*

1969 Cuentos de La Alhambra. Traducción, prólogo y notas de José Méndez Herrera. Madrid, Aguilar. 8ª ed. [Idem 1950, 3ª ed. 1959, 5ª ed. y 1967]. [Idem 1910 y 1948.]*

1970 Cuentos de La Alhambra. Granada, F. Gallegos. [Idem, 1971.]

1970 Leyendas de La Alhambra. Madrid, Libra.

1970 Cuentos de La Alhambra, trad. Montserrat Canal Rifá. Barcelona, Bruguera. 2a ed. [Idem 1971, 3ª ed.]

1974 Cuentos de la Alhambra. Trad. Fernando Serrano-Valverde. Barcelona, (1967[1]), Ramón Sopena. Ed. Bruguera.*

1974 Cuentos de La Alhambra, trad. Ricardo Villa-Real. Granada, Miguel Sánchez. [Idem 1977, 1978, 1980, 1983, 1985, 1986 y 1987.].*

1974 El astrólogo y la hechicera. Barcelona, Toray.

1975 Cuentos de La Alhambra. Madrid, Everest. 3ª ed. [Idem 1977, 4ª ed. 1979, 5ª ed. 1980, 6ª ed. 1981, 7ª ed. 1983, 8ª ed. 1984, 9ª ed. 1990, 12ª ed. y 1992, 13ª ed.]*

1977 Cuentos de La Alhambra. Madrid, Club Internacional del Libro. [Idem 1983 y 1987.]

1978 Cuentos de La Alhambra, trad. Elisa Criado. Colección Textos en Español Fácil, TEF. Madrid, Sociedad General Española de Librería. 1ª ed. [1986, 2ª ed.]*

1979 Los tesoros de La Alhambra. Barcelona, Geocolor. 1ª- y 2ª ed.

1981 Leyendas de La Alhambra, trad. José Ventura Traveset. Barcelona, La Gaya Ciencia. Barcelona, Pomaire.

1982 Cuentos de la Alhambra. Barcelona, Madrid, Buenos Aires: Ediciones Toray. Ilustraciones María Pascual. Adaptaciones Mª Luisa Vela. Tomo 1. [1980, 1ª ed. 1981, 2ª ed. 1982, 3ª ed.] [3 cuentos]*

1983 Cuentos de La Alhambra, trad. Ricardo Villa-Real. Madrid, Alianza Editorial. 1ª ed. [Idem 1986 y 1996, 7ª reimpresión.].*

1984 Cuentos de La Alhambra, trad. John Christianson. Madrid, Alonso

1984 Leyendas de La Alhambra. Madrid, Busma. 2ª ed.

1984 Cuentos de la Alhambra. Adaptación y dibujos, Francisco Agras. Granada: Roasa. [Contiene: La leyenda del astrólogo árabe, El legado del moro, El peregrino del amor. 61 pp.].*

1984 Leyenda del Astrólogo Arabe. Cuentos de La Alhambra, trad. José Luis Moreno-Ruiz. Madrid, Altea.

1984 Leyendas de La Alhambra. Adaptación de Carmen Asensio. Ilustraciones de Carmen Guerra. Barcelona, Madrid, Buenos Aires: Toray. Tomo 11. 2ª ed. [6 cuentos]*

1985 Leyendas de La Alhambra, trad. José Ventura Traveset. Barcelona, Juan Granica. 2ª ed. [Idem 1950, 1955 y 1981.]

1985 Viaje a La Alhambra, trad. Marta Pérez. Barcelona, Laertes. Introd. Elizabeth Robins Pennell, ilustrado por Joseph Pennell.*

1985 Cuentos de La Alhambra, trad. Manuel Rossell Pesant. Barcelona, Mateu. [Idem 1951.]*

1985 Cuentos de La Alhambra. La Ley de los cuatro Hombres Justos, trad. B. Montuenga. Madrid, Alhambra. [Idem 1958.]*

1986 Cuentos de La Alhambra. Barcelona, Editors.

1990 Cuentos de La Alhambra, trad. Diorki. León, Everest. [Idem 1975.]*

1990 Cuentos de la Alhambra. Autor de los textos: Saro de la Iglesia. Autor de los dibujos: Francisco Capdevilla. Barcelona, Planeta-Agostini. [En el interior puede encontrarse una única historia: "La leyenda del valle dormido", versión de "Rip Van Winkle".] [Libro y vídeo VHS.]*

1991 Cuentos de la Alhambra. Trad. Ricardo Villa-Real. Granada, Miguel Sánchez Editor.*

1991 Cuentos de La Alhambra, trad. José Ventura Traveset. Madrid, Espasa Calpe. 14ª ed.*

1993 Leyendas de La Alhambra. Madrid, M.E.

1995 La Alhambra. Barcelona, Escudo de Oro. 3ª ed. [Idem 1981]. [34 cuentos]*

1995 Cuentos de la Alhambra. León, Everest. 16ª ed. [41 cuentos]*. (1973[1])

1996 Cuentos de la Alhambra. Trad. José-Miguel Santamaría y Raquel Merino. Madrid, Cátedra. [41 cuentos]*

1996 La leyenda del legado del moro y otros relatos. Trad. José Méndez-Herrera. Madrid, Aguilar. Relato corto Aguilar. [3 cuentos]*

1997 Cuentos de La Alhambra. Madrid, Editorial Alba.*

1997 Cuentos de La Alhambra, trad. José Ventura Traveset. Barcelona, Edicomunicación. Colección Fontana.*

1998 Cuentos de la Alhambra. Trad. José Ventura Traveset. Granada, Comares.*

1998 Cuentos de La Alhambra. Biblioteca Araluce. Presentación: Luis Alberto de Cuenca. Prólogo: Jaime García Padrino. Madrid, Anaya. [7 cuentos]*

1998 Leyendas de La Alhambra. Madrid, Edimat. [14 cuentos]*

1999 Los cuentos de la Alhambra para niños. Adaptación literaria de Miguel Ángel González. Ilustraciones de Enrique Bonet. Granada, Comares.*

1999 Cuentos de La Alhambra, trad. José Ventura Traveset. Barcelona, Edicomunicación. Colección Cultura.*

1999 Leyendas de La Alhambra. Madrid, Edimat. [14 cuentos]*

2000 Cuentos de La Alhambra. Granada, F. Gallegos. [34 cuentos]*

ANEXO 2[15]

ORDEN Y ESTRUCTURA DE LOS CUENTOS EN LAS PRINCIPALES EDICIONES EN INGLÉS

TO1	TO2 (ARE)[16]	TO3
1 The Journey	The Journey (1 Rev. Párrafos finales omitidos)	TO2
2 Government of the Alhambra	Palace of the Alhambra (> 2 y 3) + Note on Morisco architecture	TO2
3 Interior of the Alhambra	Important negotiations. The author succeeds to the throne of Boabdil (>1 final, 6)	TO2
4 The tower of Comares	Inhabitants of the Alhambra 10	TO2
5 Reflections on the Moslem Domination in Spain	The hall of ambassadors (> 3 y 5)	TO2
6 The household	The Jesuits' library (primeros párrafos de 30)	
7 The truant	Alhamar, the founder of the Alhambra (30 Rev.)	
8 The Author's Chamber	Yusef Abu Hagig, the finisher of the Alhambra (31 Rev.)	
9 The Alhambra by Moonlight	The mysterious Chambers (> 8 y 9 Rev.)	TO2
10 Inhabitants of the Alhambra	Panorama from the Tower of Comares (4 Rev.)	TO2
11 The Court of Lions	The truant 7	

15
La comparación macrotextual que presentamos en este anexo es particularmente importante en el caso de la obra que nos ocupa, pues Cuentos de la Alhambra es un libro que se compone de historias (cuentos o leyendas). El número que aparece en cada edición y el orden en el que se ofrecen caracterizan el origen de cada edición. En inglés, la presencia de 31 cuentos en una secuencia concreta, o de 41 en otro orden, o una selección de 30, identifican un texto dado como edición de TO1, TO2 o TO3 respectivamente. Selecciones con un número de cuentos inferior nos indican que se trata de ediciones fragmentarias de alguno de los originales mencionados. Y sin embargo, cada uno de esos textos se puede presentar bajo un mismo título genérico común. De hecho las catalogaciones tradicionales (Melgarejo et. al, 2007) suelen quedarse en una descripción física de la edición, sin entrar a describir lo que aquí denominamos macrotextual.

Respecto a las ediciones en español, tal y como iremos indicando para cada comparación macrotextual (TO1-TM1, TO2-TM2-Everest o TO3-TM3-Laertes), un mismo título genérico puede presentar traducciones completas de alguno de los originales, reediciones de éstas, selecciones o plagios. También, y esto esconde una complejidad textual mayor, tenemos textos que nos presentan supuestas nuevas traducciones que, sometidas a estudio, resultan ser deudoras de otras anteriores.

12 Boabdil el Chico	The Balcony 14	TO2
13 Mementos of Boabdil	The Adventure of the Mason 15	TO2
14 The Balcony	The Court of Lions (> 3 y 12 Rev.)	TO2
15 The Adventure of the Mason	The Abencerrages (12 y N)	
16 A Ramble among the Hills	Mementos of Boabdil (13 Rev., 12)	TO2
17 Local Traditions	Public Fêtes of Granada K	
18 The House of the Weathercock	Local Traditions 17	
19 Legend of the Arabian Astrologer	The house of the weathercock (18 Rev.<)	TO2
20 The tower of Las Infantas	Legend of the Arabian astrologer 19	TO2
21 Legend of the Three Beautiful Princesses	Visitors to the Alhambra (22 Rev.)	TO2
22 Visitors to the Alhambra	Relics and genealogies (N)	
23 Legend of the Prince Ahmed al Kamel, or the pilgrim of Love	The Generalife (N)	TO2
24 Legend of the Moor's Legacy	Legend of the Prince Ahmed al Kamel, or the pilgrim of Love 23	TO2
25 Legend of the Rose of the Alhambra, or the page and the ger-falcon	A Ramble among the Hills (último párrafo añadido) 16	TO2
26 The Veteran	Legend of the Moor's Legacy 24	TO2
27 The Governor and the Notary	The tower of Las Infantas 20	TO2
28 Governor Manco and the Soldier	Legend of the Three Beautiful Princesses (último párrafo añadido) 21	TO2
29 Legend of the Two Discreet Statues	Legend of the Rose of the Alhambra 25	TO2
30 Muhamed Abu Alahmar, the founder of the Alhambra	The Veteran 26	TO2

16

Según el detallado estudio de Lenehan y Myers (1983: 286-287) Irving añade un 36% de material textual en TO2 (ARE) respecto a TO1, y, de las 30.000 palabras que añade, 24.000 son unidades independientes, totalmente nuevas. El resto es material textual tomado de otras obras suyas. Lenehan y Myers estiman en 85.000 el cómputo de palabras del TO1, y en 115.000 el total en el TO2 (ARE).

En TO1 aparece la dedicatoria al pintor inglés Wilkie, que ya no se encuentra en TO2, texto en el que se introduce una nota sobre el príncipe ruso Dolgorouki. TO3 se caracteriza por la introducción de Elizabeth Robins Pennell, en la que justifica la selección textual y las ilustraciones de Joseph Pennell. Salvo un primer párrafo ligeramente diferente en "The journey", el material textual procede de TO2.

31 Yusef Abul Hagig, the finisher of the Alhambra	The Governor and the Notary 27	TO2
	Governor Manco and the Soldier 28	TO2
	A Fête in the Alhambra (REV> 22)	TO2
	Legend of the Two Discreet Statues 29	TO2
	The Crusade of the Grand Master of Alcantara (N)	TO2
	Spanish Romance (K)	
	Legend of Don Munio Sancho de Hinojosa (K)	
	Poets and Poetry of Moslem Audulus (N)	
	An expedidtion in quest of a diploma (N)	TO2
	The Legend of the Enchanted soldier s (N) + Nota	TO2
	The Author's farewell to Granada (N)	TO2

ORDEN Y ESTRUCTURA DE LOS CUENTOS
EN LAS PRINCIPALES EDICIONES ESPAÑOLAS (> TO1)

TO1	1888 TM1 JVT [17]
The Journey	El viaje
Government of the Alhambra	Gobierno de la Alhambra
Interior of the Alhambra	Interior de la Alhambra
The tower of Comares	La Torre de Comares
Reflections on the Moslem Domination in Spain	Consideraciones sobre la dominación musulmana en España
The household	La familia de la casa
The truant	El truhán
The Author's Chamber	La habitación del autor
The Alhambra by Moonlight	La Alhambra a la luz de la luna
Inhabitants of the Alhambra	Habitantes de la Alhambra
The Court of Lions	El Patio de los Leones
Boabdil el Chico	Boabdil el Chico

17
La traducción de José Ventura Traveset (JVT) hecha según el propio traductor "directamente del inglés y con cuanta fidelidad y esmero nos han sido posibles" (26), utiliza como original la primera edición londinense de 1832. Son muchas las ediciones españolas que reproducen esta traducción. Algunas, como la de la editorial Comares (1999), respetan la mención a los derechos de autor del traductor; pero las más (1914, 1959, 1999), reproducen dicha traducción sin mencionar la fuente, o incluso presentando la traducción bajo el nombre de otros supuestos traductores (p.e. Lecluyse y del Castillo en la edición de Editorial Iberia, 1959). Hay otro tipo de ediciones que reproducen sólo una parte de la obra. Tal es el caso de la edición de Mateu (1951) que presenta los cuentos no 17 a 31 en traducción de JVT atribuyendo la versión a otro autor. Otra utilización a menudo fraudulenta de esta primera traducción es la copia de partes del texto. Se pueden rastrear este tipo de consultas más o menos extensas de este TM1 en diversas traducciones publicadas y atribuidas a diferentes traductores.

Mementos of Boabdil	Recuerdos de Boabdil
The Balcony	El balcón
The Adventure of the Mason	La aventura del albañil
A Ramble among the Hills	Un paseo por las colinas
Local Traditions	Tradiciones Locales
The House of the Weathercock	La casa del gallo de viento
Legend of the Arabian Astrologer	Leyenda del Astrólogo Árabe
The tower of Las Infantas	La torre de las infantas
Legend of the Three Beautiful Princesses	Leyenda de las tres hermosas princesas
Visitors to the Alhambra	Visitadores de la Alhambra
Legend of the Prince Ahmed	Leyenda del príncipe Ahmed
al Kamel, or the pilgrim of Love	Al Kamel o el peregrino de amor
Legend of the Moor's Legacy	Leyenda del legado del moro
Legend of the Rose of the Alhambra, or the page and the ger-falcon	Leyenda de la rosa de la Alhambra o el paje y el halcón
The Veteran	El veterano
The Governor and the Notary	Leyenda del gobernador y el escribano
Governor Manco and the Soldier	Leyenda del gobernador manco y el soldado
Legend of the Two Discreet Statues	Leyenda de las dos discretas estatuas
Muhamed Abu Alahmar, the founder of the Alhambra	Mohamed Abu Alahmar, el fundador de la Alhambra
Yusef Abul Hagig, the finisher of the Alhambra	Yusef Abul Hagig, el finalizador de la Alhambra

ORDEN Y ESTRUCTURA DE LOS CUENTOS
EN LAS PRINCIPALES EDICIONES ESPAÑOLAS (> TO2[18])

TO2 (ARE)	1910 Aguilar TM2 JMH[19]	1973 Everest[20]
The Journey	El viaje	El viaje
Palace of the Alhambra	El palacio de la Alhambra	El palacio de la Alhambra
Important negotiations. The author succeeds to the throne of Boabdil	Importantes negociaciones El autor logra llegar al trono de Boabdil	Negociaciones importantes. El autor logra llegar al trono de Boabdil
	El truhán	
Inhabitants of the Alhambra	Los habitantes de la Alhambra	Los habitantes de la Alhambra
The hall of ambassadors	El Salón de Embajadores	El Salón de Embajadores
The Jesuits' library	La biblioteca de los jesuitas	La biblioteca de los jesuitas
Alhamar, the founder of the Alhambra	Alahmar, fundador de la Alhambra	Alahmar, fundador de la Alhambra

Yusef Abu Hagig, the finisher of the Alhambra	Yusef Abul Hagig, el perfeccionador de la Alhambra	Yusef Abul Hagig, el finalizador de la Alhambra
The mysterious Chambers	Las cámaras misteriosas	Las habitaciones misteriosas
Panorama from the Tower of Comares	Panorama desde la Torre de Comares	Panorama desde la Torre de Comares
The truant		El truhán
The Balcony	El balcón	El balcón
The Adventure of the Mason	La aventura del albañil	La aventura del albañil
The Court of Lions	El patio de los leones	El patio de los leones
The Abencerrages	-	Los abencerrajes
Mementos of Boabdil	Recuerdos de Boabdil	Recuerdos de Boabdil
Public Fêtes of Granada	-	Fiestas públicas de Granada
Local Traditions	Tradiciones locales	Tradiciones locales
The house of the weathercock	La Casa del Gallo de Viento	La Casa del Gallo de Viento
Legend of the Arabian astrologer	Leyenda del Astrólogo árabe	Leyenda del Astrólogo árabe
Visitors to the Alhambra	Visitantes de la Alhambra	Visitantes de la Alhambra
Relics and genealogies	-	Reliquias y genealogías
The Generalife	El Generalife	El Generalife

18

El texto revisado por Irving (ARE), compuesto por los 41 cuentos de que consta, se encuentra en las ediciones de Everest y de la editorial Cátedra donde se menciona la edición Putnam de manera explícita.

19

Se puede afirmar que la traducción de José Méndez Herrera, realizada para Aguilar a principios del siglo XX, es la primera que parte del original revisado. El traductor, en la introducción, dice que ha utilizado como fuente la edición revisada. Eso es cierto con las siguientes salvedades: no reproduce la totalidad de cuentos (sólo 37 de 41), menciona en la introducción un original revisado publicado en 1857 (en lugar de 1851), e incluye características del TO1 o el TO3 (dedicatoria a Wilkie, grabados de Joseph Pennell) como un modo de "recoger la totalidad de lo que Irving escribió sobre la Alhambra" (1962: 21). Méndez Herrera es consciente de que el original revisado no incluye la dedicatoria a Wilkie, pero decide no obstante reproducirla junto con la nota sobre Dolgorouki, propia del TO2.

Esta traducción ha dado lugar, como la primera de Ventura Traveset, que José Méndez Herrera menciona en términos elogiosos, a una extensa progenie de textos en español. Hemos encontrado rastros que nos llevan a concluir que este texto ha servido, de forma directa o indirecta, como fuente para ediciones en español como la de Miguel Sánchez (1951), Bruguera (1967), Everest (1973), Escudo de Oro (1981), Laertes (1985) o Gallegos (2000). Si hemos de atender a las calas textuales realizadas, podríamos afirmar que las dos traducciones centenarias, la de Ventura Traveset y la de Méndez Herrera, han sido la fuente directa o indirecta de la mayor parte de las versiones que podemos encontrar publicadas en nuestro país.

Véase Merino 2003 y 2004 para una aproximación a la comparación textual de CLA en español.

20

La edición de Everest en español parece que se ha basado en la traducción de Méndez Herrera, para los 37 cuentos que componen la misma, sin mencionar el origen. No se trata de un caso aislado, sino de un procedimiento bastante común a la hora de ofrecer versiones al español.

Legend of the Prince Ahmed al Kamel, or the pilgrim of Love	Leyenda del príncipe Ahmed al Kamel o el Peregrino del Amor	Leyenda del príncipe Ahmed al Kamel o el Peregrino del Amor
A Ramble among the Hills	Un paseo por las colinas	Un paseo por las colinas
Legend of the Moor's Legacy moro	Leyenda del legado del moro	Leyenda del legado del moro
The tower of Las Infantas	La Torre de las Infantas	La Torre de las Infantas
Legend of the Three Beautiful Princesses	Leyenda de las tres hermosas princesas	Leyenda de las tres hermosas princesas
Legend of the Rose of the Alhambra	Leyenda de la Rosa de la Alhambra	Leyenda de la Rosa de la Alhambra
The Veteran	El veterano	El veterano
The Governor and the Notary	El gobernador y el notario	El gobernador y el notario
Governor Manco and the Soldier	El goberandor manco y el soldado	El goberandor manco y el soldado
A Fête in the Alhambra	Una fiesta en la Alhambra	Una fiesta en la Alhambra
Legend of the Two Discreet Statues	Leyenda de las dos estatuas discretas	Leyenda de las dos estatuas discretas
The Crusade of the Grand Master of Alcantara	La cruzada del gran maestre de Alcántara	La cruzada del gran maestre de Alcántara
Spanish Romance	El espíritu caballeresco español	Romanticismo español
Legend of Don Munio Sancho de Hinojosa	Leyenda de don Munio Sancho de Hinojosa	Leyenda de don Munio Sancho de Hinojosa
Poets and Poetry of Moslem Audulus	-	Poetas y poesía de la Andalucía musulmana
An expedition in quest of a diploma	Una expedición en busca de un diploma	Una expedición en busca de un diploma
The Legend of the Enchanted soldier	Leyenda del soldado encantado	La leyenda del soldado encantado
The Author's farewell to Granada	El adiós del autor a Granada	El adiós del autor a Granada

ORDEN Y ESTRUCTURA DE LOS CUENTOS
EN LAS PRINCIPALES EDICIONES ESPAÑOLAS (> TO3)

TO3	1953 TM3Bergua[21]	Ed. Laertes 1985[22]
The Journey	El viaje	El viaje
Palace of the Alhambra	El palacio de la Alhambra	El palacio de la Alhambra
Important negotiations. The author succeeds to the throne of Boabdil	Negociaciones importantes: El autor en el palacio de Boabdil	Negociaciones Importantes El autor logra acceso al trono de Boabdil
Inhabitants of the Alhambra	Los habitantes de la Alhambrad	Los habitantes e la Alhambra
The hall of ambassadors	El Salón de Embajadores	El Salón de Embajadores
The mysterious Chambers	Los aposentos misteriosos	Las estancias misteriosas
Panorama view from	El panorama desde	Panorama desde
the Tower of Comares	la Torre de Comares	la torre de Comares
The Balcony	Mi observatorio	El balcón
The Adventure of the Mason	La aventura del albañil	La aventura del albañil
The Court of Lions	El Patio de los Leones	El patio de Los Leones
Mementos of Boabdil	Remembranzas de Boabdil	Recuerdos de Boabdil
The house of the weathercock	El guerrero de los vientos	La Casa del Gallo de Viento

21
El texto que publica Ediciones Ibéricas (1953), en traducción de Juan y José Bergua, es la edición que hemos manejado junto con el manuscrito presentado en su día a censura por este editor (AGA. expediente 3603). La edición consta de 32 cuentos, mientras que las primeras galeradas contienen 30 (más adelante se añaden dos cuentos al expediente y se rehace la paginación original). Los traductores, en la presentación, citan el original revisado para Putnam (1857, según ellos) y también citan las ediciones londinenses de 1896 a 1929. Es claro que tuvieron que utilizar la selección textual de Elizabeth R. Pennell, y probablemente de ahí derivará también la referencia a 1857 (Pennell 1986: xi), en lugar de 1851 para la edición revisada de Putnam. En las galeradas que hemos manejado en el Archivo General de la Administración-AGA, expediente 3603-1953, el texto se identifica como "Traducción directa del inglés por José Bergua", la presentación está redactada en singular ("el traductor"), y contiene inicialmente 30 cuentos, los mismos que la edición Macmillan, en selección de Pennell. El cambio de firma de traductor a traductores puede deberse al carácter de exiliado de José Bergua. Su hermano, Juan Bergua, era por aquel entonces el encargado de dirigir el negocio editorial.

La editorial Porrúa (1967) reproduce el texto que apareció en Ediciones Ibéricas, sin indicación de traductor y con una introducción por Ofelia Garza. En dicha edición mexicana se incluyen los cuentos añadidos en la edición de Ediciones Ibéricas de 1953: "Mohamed Abu Al Ahmar fundó la Alhambra" y "Yusef Abul Hagig concluyó la Alhambra".

22
Hemos querido integrar la estructura del texto de la editorial Laertes (1985) puesto que sigue la del TO3 a este nivel macrotextual. Se trata además de la única edición española de las estudiadas que reproduce las ilustraciones de la edición Macmillan, aunque no integre la introducción anunciada.

Los datos que figuran en la edición ("Viaje a la Alhambra. Introducción de Elizabeth Robins Pennell. Ilustrado por Joseph Pennell. Las ilustraciones de este libro han sido tomadas de la edición Macmillan and Co., London (1896). Título original: The Alhambra. Traducción: Marta Pérez. Diseño de cubierta: Sebastià Duatis") nos llevaron, en un principio, a barajar la posibilidad de que se tratara de una traducción genuina. Tras el cotejo textual con TO3 y con otras traducciones, podemos concluir que no se trata de una traducción inédita, pues presenta rasgos muy cercanos a la de Méndez Herrera. Se podría avanzar la hipótesis de que se ha construido este texto siguiendo la estructura de TO3, pero consultando asiduamente TM2-JMH, bien directa o indirectamente.

Legend of the Arabian astrologer	Leyenda del Astrólogo árabe	Leyenda del Astrólogo árabe
	Mohamed Abu Al Ahmar fundó la Alhambra	
	Yusef Abul Hagig concluyó la Alhambra	
Visitors to the Alhambra	Un nuevo huésped	Visitantes de la Alhambra
The Generalife	El Generalife	El Generalife
Legend of the Prince Ahmed al Kamel, or the pilgrim of Love	El príncipe Ahmed el Perfecto o el peregrino de amor	Leyenda del príncipe Ahmed Al kamel o el peregrino del amor
A Ramble among the Hills	Vagando entre las montañas	Un paseo por las colinas
Legend of the Moor's Legacy	Leyenda del legado del moro	Leyenda del legado
The tower of Las Infantas	La Torre de las infantas	La Torre de Las Infantas
Legend of the Three Beautiful Princesses	Leyenda de las tres princesas	Leyenda de las tres bellas princesas
Legend of the Rose of the Alhambra	La Rosa de la Alhambra	Leyenda de la Rosa de La Alhambra
The Veteran	El soldado veterano	El veterano
The Governor and the Notary	El gobernador y el escribano	El gobernador y el escribano
Governor Manco and the Soldier	El gobernador y el soldado	El gobernador manco y el soldado
A Fête in the Alhambra	Un día de holgorio	Una fiesta en la Alhambra
Legend of the Two Discreet Statues	Las dos estatuas discretas	Leyenda de las dos estatuas discretas
The Crusade of the Grand Master of Alcantara	La cruzada del gran maestre	La cruzada del gran maestre de Alcántara
An expedidtion in quest of a diploma	Anhelos logrados	Una expedición en busca de un diploma
The Legend of the Enchanted soldier	El soldado encantado	Leyenda del soldado encantado
The Author's farewell to Granada	Mi despedida de Granada	El autor se despide de Granada

ORDEN, ESTRUCTURA Y NO DE CUENTOS EN EDICIONES FRAGMENTARIAS[23] [15, 14, 12, 11, 8, 6, 4, 3, 1 CUENTOS]

Ed. Mateu, 1951 [15]	Yérico, 1984 Alba, 1997 [12] Edimat, 1998 Edimat, 1999 [14]	1952 Vallvé [13]	SGEL, 1999
Tradiciones Locales	Tradiciones de la Alhambra	Los fundadores	Capítulo I (El viaje)
La casa del gallo de viento	El guerrero de los vientos	La Alhambra	Capítulo II (Gobierno de la Alhambra)
Leyenda del Astrólogo Árabe	Leyenda del Astrólogo Árabe	El Astrólogo Árabe	Capítulo III (Mi familia en la Alhambra)
La torre de las infantas	Mohamed Abu al Ahmar fundó la Alhambra	Las tres hermosas princesas	Capítulo IV (Los habitantes de la Alhambra. El patio de los leones)
Leyenda de las tres hermosas princesas	Yusef Abul Hagig concluyó la Alhambra	El príncipe Ahmed Al Kamel o el peregrino de amor	Capítulo V (Boabdil el Chico. Un paseo)
Visitadores de la Alhambra	El príncipe Ahmed, el perfecto, o el peregrino del amor	El legado del moro	Capítulo VI (La torre de las infantas. Historia de las tres hermosas princesas)
Leyenda del príncipe Ahmed Al Kamel o el peregrino del amor	Leyenda del legado del rey moro	Las dos discretas estatuas	Capítulo VII (Visitantes de la Alhambra. El paje y el halcón)
Leyenda del legado del moro	Leyenda de las tres princesas	(vol. II) Leyenda de la rosa de la Alhambra	Capítulo VIII (El fundador de la Alhambra)

23
Se indica en cada una el número de cuentos que contiene (de 15 a 1) y el orden en el que aparecen. Para poder establecer la fuente de cada uno de estos textos estamos procediendo al cotejo textual con ediciones originales en inglés, traducciones u otros textos, derivados a su vez de traducciones anteriores. La casuística es aún más compleja que la estudiada al contrastar ediciones completas, por lo que no hemos podido llegar, hasta ahora, a conclusiones claras sobre la cadena de producción textual que ha dado lugar a cada uno de los textos aquí incluidos. Las ediciones fragmentarias de CLA están muy extendidas, tanto en ediciones para adultos como para niños y, al menos en apariencia, se diferencian poco de la ediciones completas.

Leyenda de "la rosa de la Alhambra" o el paje y el halcón	La rosa de la Alhambra	El gobernador y el notario	Capítulo IX (Yusef Abul Hagig, el rey que terminó la Alhambra)
El veterano	El gobernador y el escribano	El gobernado Manco y el soldado	
Leyenda del gobernador y el escribano	El gobernador y el soldado	Leyenda del Don Munio Sancho de Hinojosa	
Leyenda del gobernador manco y el soldado	Las dos estatuas discretas	La leyenda del soldado encantado	
Leyenda de las dos discretas estatuas	La cruzada del Gran Maestre		
Mohamed Abu Alahmar, el fundador de la Alhambra	El soldado encantado		
Yusef Abul Hagig, el finalizador de la Alhambra			

Bruguera, 1964 (AGA, exped. 2931) [11]	Bruguera, 1969 [11]	Comares, 1999 [11]	Anaya, 1998 [7]
El palacio	El palacio	El Astrólogo Árabe	Los fundadores de la Alhambra
Leyenda del albañil	El albañil	El príncipe Ahmed, o el peregrino de amor	La Alhambra
Leyenda del astrólogo árabe y la princesa hechicera	El astrólogo y la hechicera	El legado del moro	El astrólogo árabe
Leyenda del legado del moro	El legado del moro	IV-Los habitantes de la Alhambra. El patio de los leones	Las tres hermosas princesas
Leyenda de las tres hermosas princesas	La rosa de la Alhambra	V-Boabdil el Chico. Un paseo	El príncipe Ahmed Al Kamel o el Peregrino de Amor
Leyenda de la rosa de la Alhambra	El laúd de plata	La casa del gallo de viento	El legado del moro

Leyenda del gobernador y el notario	El gobernador y el notario	Leyenda del Astrólogo Árabe	Las dos discretas estatuas
Leyenda del gobernador manco y el soldado	El gobernador y el soldado	Las tres hermosas princesas	
Leyenda de la niña Sanchica y las dos estatuas discretas	Las estatuas discretas	La rosa de la Alhambra	
Leyenda de Don Munio Sancho de Hinojosa	Don Munio Sancho de Hinojosa	Las dos discretas estatuas	
Leyenda del soldado encantado	El soldado encantado	El soldado encantado	

Ed. Ensayos, 1954 [8]	Ed. Alhambra,1958 (AGA, exped. 1996) [8]	Susaeta, 1967Ed. (AGA, exped. 9568)	Alhambra, 1985 [4] [6]
El viaje	El gobernador y el escribano	Tradiciones locales	El gobernador y el escribano
Leyenda de las tres hermosas princesas	Leyenda del príncipe Ahmed Al Kamel o el peregrino de amor	La casa del gallo de viento	Leyenda del príncipe Ahmed Al Kamel o el peregrino de amor
Leyenda de la rosa de la Alhambra o el Paje y el halcón	Leyenda del Astrólogo Árabe	Leyenda del Astrólogo Árabe	Leyenda del Astrólogo Árabe
Leyenda del príncipe Ahmed Al Kamel o el peregrino de amor	Leyenda de la rosa de la Alhambra o el Paje y el gerifalte	Leyenda del legado del moro	
Leyenda del legado del moro	Leyenda del legado del moro	Leyenda del gobernador y el escribano	Leyenda de la rosa de la Alhambra o el Paje y el gerifalte
Mohamed Abu Alahmar, el fundador de la Alhambra	Mohamed Abu Alahmar, el fundador de la Alhambra	Leyenda de la rosa de la Alhambra o el paje y el halcón	
Yusef Abul Hagig, Finalizador de la Alhambra	Yusef Abul Hagig, Finalizador de la Alhambra		
Regreso	Regreso		

Molino, 1964 (AGA, exped. 1891) [3]	Ed. Toray. Col. Azucena, 1980 (AGA, exped. 2665) [3]	Aguilar. Col. Relato corto, 1996 [3]
La aventura del albañil	La aventura del albañil	Leyenda del legado del moro
Leyenda del príncipe Al Kamel o el peregrino de amor	Ahmed Leyenda del príncipe Ahmed Al Kamel o el peregrino de amor	Leyenda del Astrólogo árabe
El fugitivo	El fugitivo	Leyenda del príncipe Ahmed al Kamel o el Peregrino del Amor

Tor/Figueroa, 1949 (AGA, exped. 6187) [1]	Tor/Figueroa, 1950 (AGA, exped. 4537) [1]	Tor/Figueroa, 1953 (AGA, exped. 3013) [1]	1953 (AGA, exped. 5282) [1]
El legado del moro	Las dos estatuas	Las tres princesas	El guerrero mágico, cuento de hadas

Ensayos, 1954 (AGA, exped. 7693) [1]	Ensayos, 1955 (AGA, exped. 422) [1]	Molino, 1955 (AGA, exped. 4563) [1]
El viaje	El Astrólogo Árabe	El legado del moro

1970 (AGA, exped. 5855) [1]	Bruguera, 1967 (AGA, exped. 10331) [1]
Las tres princesas	El laúd de plata

OBRAS CITADAS

Bergua, J. y J. "Presentación". Cuentos de la Alhambra, de Washington Irving. Trad. y nota preliminar de Juan y José Bergua. Madrid: Ediciones Ibéricas, 1953, 5-11.

Bradbury, M. "Washington Irving's Europe". Studia Patriciae Shaw Oblata. Eds. S. González y Fernández-Corugedo et al. Vol. 3. Oviedo: Universidad de Oviedo, 1991, 80-95.

Gallego Morell, A. "Introducción". Cuentos de la Alhambra, de Washington Irving. Madrid: Espasa Calpe, 1991, 9-24.

---. "The Alhambra de Washington Irving y sus traducciones españolas". Washington Irving (1859-1959), 161-186.

Girón López, César, "Washington Irving y Los Cuentos de la Alhambra". Cuentos de la Alhambra, de Washington Irving. Ilustraciones de Gustavo Doré [Del libro Spain de C. H. D'Avillier]. Granada: Comares, 1998, 7-11.

Irving, W. The Alhambra. Ed. William T. Lenehan y Andrew B. Myers. Boston: Twayne Publishers, 1983.

---. The Alhambra. With an introduction by Elizabeth Robins Pennell. Illustrated with drawings of the places mentioned by Joseph Pennell. 1896. Londres: Darf, 1986.

Johnson, K. Eagen. "Irving ilustrado: el impacto del escritor americano en el arte comercial". Washington Irving y la Alhambra, 1859-2009. Granada: Patronato de la Alhambra y el Generalife, 2009, 67-77.

Lenehan, William T. y Andrew T. Myers. "Introduction. Editorial Appendix: textual commentary, discussions, and lists". The Alhambra, de Washington Irving. Boston: Twayne Publishers, 1983, xi-lv y 277-323.

Martínez Dueñas Espejo, J.L. y A. Soria Olmedo. "Washington Irving en la universidad de Granada, cincuenta años después". Washington Irving (1859-1959), 15-35.

Melgarejo, M.M., M.M. Gil Serra y F.J. Bonachera, eds. Washington Irving en la biblioteca de la Alhambra. Granada: Patronato de la Alhambra y el Generalife, 2007.

Méndez Herrera, J.. "Introducción". Cuentos de la Alhambra, de Washington Irving. Madrid: Aguilar, 1962, 11-22.

Merino Álvarez, Raquel. "Complejidad y diversidad en los Estudios Descriptivos de Traducción: La Alhambra de Washington Irving en España". Aproximaciones a los Estudios de Traducción. Eds. P. Fernández Nistal y J.M. Bravo Gozalo Valladolid: Universidad de Valladolid, 1997, 51-70.

---. "Del plagio como método de tradución del teatro inglés en España: una tradición demasiado arraigada." TRANS, Revista de Traductología 5 (2001): 219-226.

---. Traducciones censuradas de teatro y literatura infantil y juvenil en la España de Franco. Contribuciones al estudio de la literatura infantil y juvenil. Eds. L. Lorenzo, A. Pereira y V. Ruzicka. Madrid: Dossat, 2000, 69-90.

---. "Tracing back (in awe) a hundred years' history of Spanish translations: Irving's The Alhambra". Translation today. Trends and Perspectives. Eds. G. Anderman & M. Rogers. Clevedon: Multilingual Matters, 2003, 92-111.

---. "Progresión metodológica en un estudio descriptivo de traducciones: Cuentos de La Alhambra de Washington Irving en español". A New Spectrum of Translation Studies. Ed. J.M. Bravo Gozalo. Valladolid: Universidad de Valladolid, 2004, 231-264.

---. "El pasado de los textos traducidos". El Trujamán, 26 de julio de 2005. http://cvc.cervantes.es/trujaman/anteriores/julio_05/26072005.htm.

Myers, A.B. A century of commentary on the works of Washington Irving. Tarrytown, New York: Sleepy Hollow Restoration, 1976.

Pennell, E. Robins. "Introduction". The Alhambra, de Washington Irving. 1896. Londres: Darf, 1986, vii-xvii.

Santamaría, J.M. "Introducción". George Washington, de Washington Irving. Madrid: Espasa-Calpe, 2004, 11-25.

Santamaría, J.M. y R. Merino.. "Fortuna de La Alhambra en español". Cuentos de la Alhambra, de Washington Irving. Madrid: Cátedra, 1996, 105-110.

Santoyo, J. C. "Plagio en las traducciones inglés-español" Atlantis 2.1 (1981): 60-64.

Ventura Traveset, J. 1991. "Prólogo del traductor". Cuentos de la Alhambra, de Washington Irving. Madrid: Espasa Calpe, 1981, 25-26.

Washington Irving (1859-1959). 1960. Granada: Universidad de Granada, 2008.

Weatherspoon Bowden, M. Washington Irving. Boston: Twayne Publishers, 1981.

Williams, S. T.. "The first version of the writings of Washington Irving in Spanish". Modern Philology 27 (1930): 185-201.

---. "Introduction." The Life of Washington Irving. Vol. 1. 1935. A century of commentary on the works of Washington Irving. Ed. A. B. Myers. Tarrytown, New York: Sleepy Hollow Restoration, 1976, 193-195.

---. "Washington Irving." The Spanish Background to American Literature. Vol. 2. 1955). A century of commentary on the works of Washington Irving. Ed. A. B. Myers. Tarrytown, New York: Sleepy Hollow Restoration, 1976, 254-263.

PARTE DEL PORTO
Sierra Morena
La Sierra de Costantina
La Sierra de Aroche
El Axarafe
El Condado
La Campina, ó Vanda Mo
La Maresma
SEVILLA
Hispalis
Triana
Carmona
Lora
Cantillana
Almera
Guadalcanal
Alanis
Casalla
Constantina
Cumbres
Aroche
Aracena
Almonaster
Paymogo
Granado
Alquera
Los Ouces
Almendro
Castillejos
Cartaja
S. Siluestro
Lepe
Redondella
Niebla
Huelva
Palos
Moguer
Lucena
Chiclana
Alcala
Inoiosa
Pilas
Almonte
Chillas
Lebrixa
Los Palacios
Dos Hermanos
Coria
Coperos
Gandul
Alcantarilla
Los Morales
Las Cabezas
Coronil
Espeja, ó Espera
Aiamonte
Saltees
Xerez
Medina de las Torres
Fuentes de Cantos
Monesterio
Fuente del Maestre
Villa Alua
Feria
Llerena
Villa de Reyna
Mazagredu
Campanario
Ruesta
Monsaraz
Mourão
Chelas
Balcaroto
Nogales
Zaino
Val de Matamoros
Valencia del Ventoso
Xeres de los Caualeros
Bordonal
Fuentes de Leon
Realejo
Almaden
Frexenal
Yguera
Barancos
Cumbres
Aracena
Cortegana
Almonaster
El Villar
Elmedianos
Castillo de las Guardias
Cala
Aracena
Cumbres de S. Bartol
Corte de los Acores
Aroche
Paymogo
Pueblo
Alquera
Los Ouces
Almendro
Mozna
Almonte

Sierra Susana
Sierra de Cazorla
Sierra Elvira
Sierra Nevada
Las Alpuxaras
Anduiar ô Anduxar
Las Guardas
Venta del Moral
Venta de Martinserano
Martinserano
Guescar, ô Huesca
Totana Tolana
Martos
Torre del Campo
Caralaja
la Guardia
Montejar
Solera
Venta la Mata
Torre Ximeno
Guardia Gilinte
Elajo
Galera
Moron
Cambil
La Venta de Duque
Guadalbolloc
Guadahortuna, ô Hortagna
Velez el Rubio
Venta del Alhamo
Lorca
Alcala Real
Moclin
la Venta Nueva
Venta Arrara
Baza, ol Basti
Venta del Marques
Rio Guadalentin
Tora
Ylanos
Venta Tajada ô Taggia
Albuar
Gallar
Sequin
Puerto Lope
Pinos
Bancos de Flandes
Venta de Guer
Barchul, ô Babul
Priego
Venta del Gato
Alfucar
Cogollos
Venta del Fraile
Venta de Urania
la Venta
Asnalcazar
GUADIX, ol Acci, et Colonia Accitania
Ayllar
Venta del Freno
Darfontes
Pozos de Amores
Albolete
Lo ô Baños de la Peca
Ruz
Santa Fe
Veas, ô Vueas
Venta Quemada
Loxa
GRANADA ol Iliberis
Aguas Blancas
Abla
el Salar
Lazuja
Gestar
Baur
Dona Maria, ô Dogna Maria
Filabres
S. Cruz
Monachil
Albolodui, ô Albolodini
Nerca
Venta de la Portuguesa
Gauia
Hoanez
Porcena
Alhama
Guelma
S. Cruz
Vera ol Bataria, ô Baria et Barcia
Venta del Trabuco
Arones
Nechito
Volinreal
Cobil
la Venta d'Alcober
Padul
Capilleria
Pata
Canjuar ô Canguar
Terque
Auxarca ol Vrci, et Vrci, et Virgi
Luque
Albuñuelas
Lamaron
Andarax ô Andaraz
Cudiar
Vaijar
Ragol
Mensa de Roldan
Leuteri
Orgiua
Alhama la Secca
Murcas
Vera, ô Verja
ALMERIA ol Almeria, et Portus Magnus
Castel de Grimaldo
Almunecar
Torre de la Cuada
Velez
Turon
Dalias
Castillo
Carbonara
Salobreña
Motril
Beria, ol Barcia
Adra, ol Abdara, et Abdera
Bengias
Aladra
Larauato
Buño
Punta de Holona
Roquetas
Guarda Vega
S. Pedro
Rio Guadiana
Rio de Almeria
Rio Guadalamar
Rio de Huercara
Rio Frio
Rio Ruz

Páginas anteriores

1700 Nolin, Jean-Baptiste, detalles de los Reynos de Granada y de Sevilla con todos los apellidos antiguos de las ciudades.
Institut Cartogràfic de Catalunya.

ISBN: 978-84-7993-265-7
Edición electrónica

Universidad Internacional de Andalucía

CUNA DEL DESCUBRIMIENTO